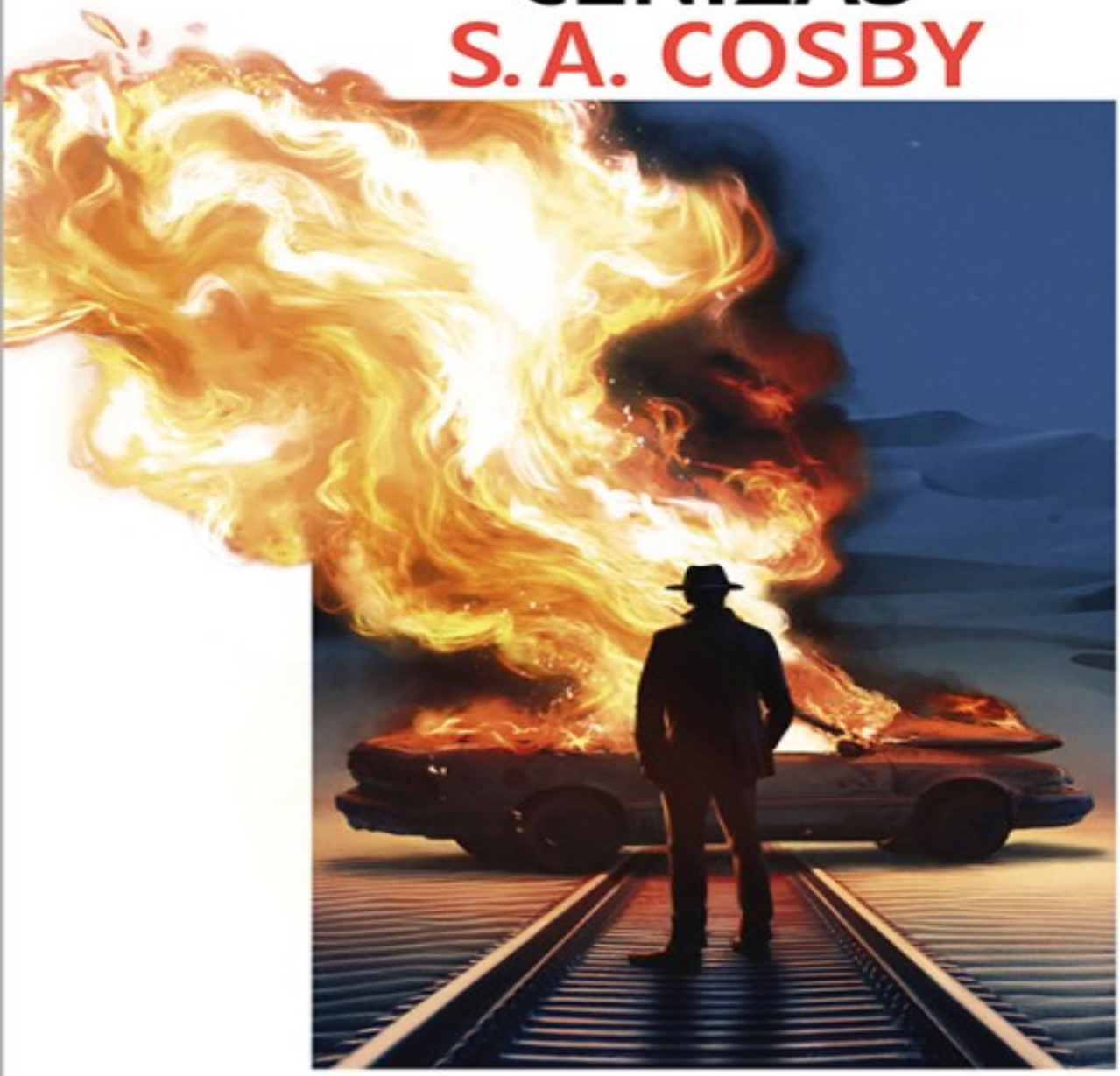
EL REY DE LAS CENIZAS

S. A. COSBY



black salamandra

S. A. Cosby

EL REY DE LAS CENIZAS

Traducción del inglés de
Rita da Costa

black salamandra

Ésta se la dedico a Todd Robinson.
Larga vida a los matones

La memoria cree antes de que el conocimiento recuerde. Cree antes de recordar, antes de que el conocimiento se interrogue siquiera.

WILLIAM FAULKNER

Todos los imperios son creados con sangre y fuego.

PABLO ESCOBAR

1

Sueña con su madre.

La piel caoba se ve más intensa y oscura bañada por el tono sepia que tamiza la cinematografía de su sueño. Los ojos, profundos y almendrados, centellean como luciérnagas al mirarlo. El pelo, corto por detrás y ensortijado por arriba, también parece refulgir. Lleva puesto el mismo pijama de enfermera que vestía el último día que la vio. El dobladillo de la pernera izquierda del pantalón está salpicado de gotitas de sangre que recuerdan un tatuaje de henna abstracto.

En el sueño, él alarga la mano en su dirección —no la mano que luce el reloj de doce mil dólares, sino la de su yo de dieciséis años—, pero, antes incluso de rozarla, su madre se desvanece como una polaroid inversa.

Y entonces se despierta con su nombre en los labios.

El sabor de la mujer que yace a su lado también lo espera. Espera que su lengua y su vergüenza redescubran ese sabor. Ella se da la vuelta y pasa un esbelto muslo color canela por encima del suyo al tiempo que murmura su nombre.

—Roman.

Lo dice con la solemnidad de una plegaria. Él rueda en la dirección opuesta, alejándose de ella. Sabe su nombre artístico, pero ahora mismo no le viene a la mente.

—¿Mmm?

—¿Vamos a desayunar? —pregunta ella.

Ambos se remueven, cambiando de postura hasta que la mujer se acurruca con la espalda pegada al torso de Roman, las rodillas recogidas casi hasta el pecho.

Él cierra los ojos e inhala profundamente.

—Mmm... —murmura.

Posa la mano en la parte baja de la espalda de la mujer y dibuja leves círculos con las yemas de los dedos.

—¿Podemos ir a Mammy's? Me muero de hambre —susurra ella.

El nombre se le escapa, pero lo ve escrito en su mente. Lo que pasa es que las letras están embarulladas, como uno de los acertijos del diario que a su madre le gustaba resolver.

La mujer se vuelve hacia Roman, que observa la delicada curva de su mentón, el voluptuoso contorno de los labios. Ella sonríe, y sus ojos azul cielo parecen centellear al mirarlo. Cuando le preguntó si eran lentillas, ella había amagado en broma con propinarle un puñetazo. Tenía los ojos brillantes como...

Zafiros. Eso es, se llama Saffire. Y su amiga, la que ahora estaba en el cuarto de invitados con su amigo Khalil, se llamaba Genesis. Todos ellos habían sido invitados a la fiesta de lanzamiento del single de Lil Glock 9, una celebración organizada por la discográfica para alimentar la expectación en torno al nuevo tema, que se estrenaría en las principales plataformas de *streaming*. Roman sabía que la fiesta era ante todo una formalidad de cara a los fans de Lil Glock, una excusa para postrarse a los pies de su ídolo. A decir verdad, no ganaban mucho dinero con el *streaming*. Era con las giras y conciertos que el cantante se forraba, aunque habían dejado de ser

el filón de otros tiempos. La empresa de gestión patrimonial de Roman había ayudado a Lil Glock 9, cuyo verdadero nombre era Franklin Parrish, a optimizar sus ganancias al tiempo que lo alejaba del punto de mira de Hacienda. A lo largo de los años, esa optimización empezó a exigir una contabilidad cada vez más creativa, pues los sellos discográficos se quedaban una parte creciente del pastel mientras los artistas como Lil Glock se desvivían por aparentar que seguían en la brecha.

Roman recordaba vagamente que Khalil le había presentado a Saffire antes de que se fueran a su piso, cruzando Decatur a toda velocidad en su Porsche.

«Mi Porsche de 2012», pensó. Predicaba responsabilidad fiscal a sus clientes, pero no había muchos que quisieran conducir un Porsche matriculado hacía diez años, ni lucir joyas alquiladas en compromisos sociales o rodajes de videoclips. Roman era consciente de que debía mantener ciertas apariencias como gestor financiero en una de las ciudades más ricas de Estados Unidos, pero no tenía intención de arruinarse en pos de esa imagen.

—No pienso alquilar una puta mierda. Mis cosas son mías —había dicho Lil Glock, y en vano intentó Roman explicarle el concepto de depreciación.

Oyó una voz masculina, seguida de una risa femenina, ambas procedentes del salón. Khalil y Genesis también estaban despiertos. Segundos después, alguien llamó a la puerta de su habitación.

—Oye, Rome, bajamos a comer algo. ¿Os apuntáis? —preguntó Khalil.

Roman lo imaginó al otro lado de la puerta, golpeteando la madera con sus enormes nudillos tatuados, poco menos que

bloqueando el paso con su corpulenta figura. Khalil era el encargado de seguridad de buena parte de las élites de Atlanta. Se movía por ese mundo como un delfín que surcara las olas guiando a un marinero perdido, pero Roman sabía qué simbolizaban esos tatuajes y también que Khalil no era un delfín, sino más bien un tiburón.

—Sí, deja que me... —empezó a decir, pero el tono de llamada de su móvil lo interrumpió a media frase.

Se zafó de los muslos de Saffire y cogió el móvil de la mesilla de noche. El sol de la mañana se elevaba sobre el centro de Atlanta, iluminando la silueta de los edificios que se recortaban sobre el horizonte como la llama de una lámpara de aceite. Roman miró la pantalla táctil mientras sonaba *Para Elisa*.

Era Neveah.

Respiró hondo y contestó. Algo chungo había pasado. Neveah nunca llamaba salvo que hubiese pasado algo chungo. De eso podía estar tan seguro como del amanecer que ahora arrojaba su sombra sobre la cama de matrimonio.

—Hola, ¿qué hay? —dijo él.

—Es papá. Ha tenido un accidente, está en coma. Será mejor que vuelvas a casa, Rome —repuso su hermana con una voz que no pasaba de un susurro.

Roman dejó a Khalil y las chicas en su ático y se dirigió al centro, donde las oficinas de Carruthers y Asociados se alzaban entre las numerosas empresas de inversión financiera que parecían brotar como setas en Atlanta.

—Dile a Simon que se encargue de mi reunión con la nueva cantante de Sony —le indicó a su ayudante, Keisha, que se puso a tomar notas en la tableta como una posesa—. Que Gary y Nick se

reúnan con las dos nuevas Housewives of Atlanta. Reprograma la reunión con Elian Rhodes. No quiero que nadie más hable con él. Los Falcons están bastante preocupados porque al parecer es un manirroto. Cancela mi reunión de seguimiento con Lil Glock 9 y aplaza la que tenía programada con los Kee Law Group. No dejes que nadie hable con el presidente de Morehouse hasta que yo vuelva.

—¿Cuánto tiempo crees que estarás fuera? —preguntó ella.

Roman hizo una pausa.

—Lo que tarde en asegurarme de que mi padre no va a morir.

Su vuelo no salía hasta las ocho de la noche. No encontró otro más temprano pese a vivir en una ciudad que se contaba entre los principales nodos de conexión de Delta Air Lines. Le dio tiempo a hacer la maleta, dejar atados los asuntos laborales y darle a Khalil su llave de repuesto. Estaba listo para volver a casa.

Sólo le quedaba una parada más.

Consultó el reloj de pulsera. Había llegado puntual a la cita, pero ahora pasaban diez minutos de la hora acordada. Sabía que ese retraso formaba parte de la experiencia, pero no podía evitar que le escociera un poco.

Estaba sentado en la exquisita y deliberadamente discreta antesala de una lujosa casa de dos plantas construida en estilo colonial clásico al cabo de una calle sin salida que hacía esquina con Peach Tree Road, en el exclusivo barrio residencial de Buckhead. Un tema instrumental de aires New Age sonaba por los altavoces ocultos mientras un incienso de aroma apenas perceptible ardía en

los dos extremos de la estancia. Roman se daba golpecitos en la rodilla con el índice siguiendo el compás de la música, que alcanzó un crescendo.

Por fin, Miss Delicate entró por la puerta.

Era alta, casi tanto como Roman, lo que significaba que medía poco menos de metro ochenta. Su piel era tersa y oscura como una noche sin luna. Una larga y gruesa trenza negra le caía por la espalda hasta las firmes y redondeadas nalgas. Roman le echaba entre cuarenta y cinco y cincuenta años. Era difícil saberlo a ciencia cierta. No tenía una sola arruga en la cara, y lucía un cuerpo más tonificado que la mujer con la que él había pasado la noche, hacía tan sólo unas horas. Si tenía cincuenta, era exactamente quince años mayor que él.

Eso le gustaba. O, mejor dicho, lo necesitaba.

—Ya puedes pasar —dijo ella. Hablaba en tono distendido, pero el mensaje era directo e inapelable.

—Sí, mamá —farfulló Roman con la boca reseca.

Las esposas se le clavaban en las muñecas lo justo para que no olvidara que estaban allí. En realidad, no le dolía. El dolor de verdad vendría después. El escozor de las ataduras era una sensación casi agradable, una sensación familiar que le brindaba tranquilidad incluso cuando su respiración se convirtió en un rápido jadeo. No tenía miedo. Confiaba en la palabra acordada de antemano. Miss Delicate lo soltaría en cuanto la pronunciara. En el preciso instante en que esa palabra escapara de sus labios, sería libre.

Físicamente, al menos.

Sin embargo, había un lugar en su mente, entre la penumbra del deseo y la oscuridad de la autoflagelación, donde el tiempo discurría

más despacio y el mundo real se desvanecía, donde la palabra segura no surtía efecto. Donde Miss Delicate hacía caso omiso de sus protestas. Donde obtenía lo que anhelaba en lo más profundo y tenebroso de su corazón.

Penitencia. Castigo. Absolución.

Por lo general, acudía a ese lugar una vez al mes, salvo que tuviera una semana especialmente estresante, como sucedía cuando uno de sus clientes intentaba convencerlo para que invirtiera todos sus ahorros, casi cuarenta millones de dólares, en una empresa de criptomoneda. Era en esas ocasiones —cuando se sentía como Atlas cargando sobre los hombros todo el peso de la existencia de sus clientes, de sus legados, de su prosperidad merecida o inmerecida— cuando iba hasta allí para una sesión «adicional».

Sabía que, en muchos sentidos, era un cliente estereotípico para alguien como Miss Delicate. Un próspero hombre de negocios deseoso de renunciar al poder que ejercía alegremente durante la jornada laboral y someterse a la voluntad de otra persona. Y, a decir verdad, algo de eso había. Pero ése era sólo uno de los motivos por los que iba allí, por los que buscaba ese tipo de lugares. Aquello no iba de sexo. Era algo sexual, desde luego, pero no iba de sexo. La sexualidad era tan sólo la pluma de la que se valían para escribir la historia que él necesitaba leer una y otra vez.

La historia en la que él impide que su madre salga de casa ese día y desaparezca sin dejar rastro. La leyenda popular en la que encarna al héroe clásico que evita que su madre se desvanezca como el rocío con los primeros rayos de sol.

Miss Delicate bordeó la cruz de san Andrés, hiriendo el suelo a cada paso con sus tacones de aguja, y se detuvo a su espalda.

Roman notó su aliento en la nuca.

—¿Estás arrepentido? ¿Te arrepientes de ser tan mal hijo? —le preguntó Miss Delicate. Su voz sonaba más grave que en la antesala, pero igual de melodiosa y rica en matices.

Un ángel con una aureola negra.

—Lo siento, mamá —susurró Roman.

Miss Delicate volvió a situarse delante de él. Sostenía un azote de nueve tiras anudadas en las puntas. Lo desplegó y las tiras de cuero restallaron como las secas y susurrantes alas de un murciélago.

—No te creo —dijo.

Una hora después, Roman se estaba abotonando la camisa azul claro de Blugiallo mientras Miss Delicate —huelga decir que no era su nombre real—, guardaba sus juguetes bajo los cálidos y rosados leds que punteaban el techo siguiendo el perfil de una moldura decorativa. Roman pensaba a menudo que ese lugar tenía menos de mazmorra gótica que de lujurioso *boudoir*.

Equipado con un azote de nueve tiras anudadas.

Se aclaró la garganta.

—Tengo que cancelar la sesión de la semana que viene. Mi padre ha sufrido un accidente de tráfico y debo ir a Virginia. No sé cuánto tardaré en volver —dijo en voz queda.

Miss Delicate chasqueó la lengua.

—Y, sin embargo, ¿vienes a verme antes de subirte a un avión para sentarte a la cabecera de tu padre? —preguntó.

Roman notó que le ardían las mejillas.

—Sí. Verás... Es que... No voy mucho por casa. Me trae malos recuerdos. Esto me ayuda a sobrellevarlos —repuso.

Ella se le acercó repiqueteando en el suelo con los tacones de aguja negros. Se plantó frente a él, mirándolo a los ojos. Roman percibió su sudor. Había pedido y recibido una sesión intensa. Bajo el sudor, distinguió el aroma de su jabón o gel de ducha. Y, por debajo de éste, su olor natural, crudo y embriagador.

—La sesión ha terminado, pero considéralo una muestra de cortesía profesional. Nunca te lo perdonarás si le pasa algo a tu padre estando tú aquí. Y ya tienes un problema con los remordimientos —dijo sin alzar la voz.

Luego se inclinó hacia delante y le susurró al oído:

—Te gusta crear situaciones en las que necesitas ser castigado, aunque tengas que castigarte a ti mismo. Pero ahora no se trata de eso, sino de tu padre. Vete ahora mismo —dijo.

—Ya me voy, sólo quería... Necesitaba... —balbuceó, pero ella lo interrumpió con un arqueo de ceja.

—No era una petición —zanjó con brusquedad.

Horas después, Roman iba sentado en primera clase, bebiendo a sorbos un Jameson con hielo en un vaso de plástico mientras los auxiliares de vuelo repasaban los protocolos de seguridad, algo que siempre se le antojaba un tanto ridículo. Los cinturones de seguridad en un avión eran como los cascos en un salto con paracaídas: servían sobre todo para tranquilizarte ante ese viaje indeciblemente peligroso que estabas a punto de emprender. En un combate entre el cuerpo humano y el suelo, este último era imbatible.

Apuró la copa y cerró los ojos. Pensó en el poder de las tragedias. En cómo irrumpían en tu vida de pronto y ponían el mundo patas arriba sin la menor contemplación. Roman había salido durante algún tiempo con una física teórica que tenía la costumbre de recostarse sobre su pecho después de hacer el amor y hablarle de sus hijos, que eran casi de su edad, o del último artículo que había publicado en alguna revista científica, pero una noche se puso a hablar sobre la naturaleza del universo en un tono casi bíblico.

«Antes temía que el universo fuese malvado. Ahora casi desearía que lo fuese. Porque con el mal se puede negociar, el mal tiene un propósito, por horrible que sea. Pero la conclusión a la que he llegado es que el universo es indiferente, y eso es mucho más aterrador», había concluido.

Mientras el avión enfilaba la pista de aterrizaje, Roman pensó que no estaba de acuerdo con ella. El universo era tan malvado como indiferente. Era cruel y estúpidamente insensible a la vez, como un dios que surcara el tiempo y el espacio rebosante de ira y desprovisto de compasión.

Bajo sus párpados cerrados se proyectaba una película protagonizada por su madre, que llevaba diecinueve años desaparecida, y por su padre. Los vio desvanecerse, reducidos a polvo y barridos por el viento, mientras el universo se encogía de hombros y seguía su camino.

2

Nada más tomar tierra en el aeropuerto internacional de Richmond, Roman llamó a Neveah, que contestó al instante con una voz rasposa como el papel de lija.

—¿Sí?

—Soy yo —dijo Roman.

—Ah, ni siquiera he mirado el móvil. Pensaba que llamaban del hospital. ¿Qué hora es?

Roman miró el reloj.

—Las diez menos veinte. ¿Estás en la casa? —preguntó.

—Sí.

—¿Y Dante? —preguntó Roman.

Su hermana emitió un sonido a medio camino entre un resoplido y un refunfuño.

—No lo he visto desde el accidente. No sé dónde anda. Para variar —apostilló.

Roman percibió la acritud en su voz y pasó de puntillas sobre ella porque sabía que Dante no era el único destinatario de ese sentimiento, tan sólo el blanco más cercano.

—Estoy en el aeropuerto. Voy a alquilar un coche. ¿Quieres que pase a recogerte o prefieres que quedemos en el hospital? —preguntó.

—Rome, se ha acabado el horario de visitas —señaló Neveah.

—Nev, voy a verlo. ¿Te vienes o no? —replicó Roman.

Neveah no dijo nada durante unos segundos. Su silencio era de lo más elocuente: su hermano imaginó todas las palabras que se abstuvo de pronunciar.

«Ah, ¿ahora sí te preocupas por él?»

«Vale, ¿piensas presentarte aquí como si fueras el amo del universo?»

«Llevas cinco años sin volver a casa. Cinco putos años.»

Nada de esto se transmitió por las antenas de la red móvil ni por la línea telefónica. Lo único que Roman oyó fue un profundo suspiro, una bocanada de aire que su hermana parecía estar reteniendo desde el comienzo de los tiempos.

—Nos vemos allí.

Roman abandonó la Interestatal 64 por la salida de Jefferson Run, siguiendo a un camión articulado que expelía una humareda negra por los dos tubos verticales que flanqueaban la cabina. Se le encogió el estómago mientras enfilaba la suave curva en pendiente de la salida al volante de un sedán y se incorporaba a Harper Street. Dejó atrás la estación de autobuses abandonada, el primero de los cuatro semáforos de esa zona de Jefferson Run y dos videoclubes para adultos, anacronismos que sobrevivían gracias a la lascivia de los habitantes de Jefferson Run. Los videoclubes, situados uno enfrente del otro, también vendían juguetes sexuales, disfraces y falsas viagras. Eran auténticos cuernos de la abundancia destinados a satisfacer los más bajos instintos carnales.

«Serás hipócrita», pensó mientras se reacomodaba en el asiento del coche de alquiler y notaba los verdugones en la espalda. Pasó delante de incontables restaurantes mexicanos y oficinas de cobro de talones, así como una tienda de compra-venta de objetos de segunda mano y luego más edificios y almacenes abandonados. Dobló a mano izquierda para tomar Lillyhammer Street y dejó atrás Church's Chicken, un negocio que se negaba obstinadamente a desaparecer, con un personal tan avezado a repartir muslos de pollo como mandobles.

Roman se detuvo frente a una señal de stop. A la izquierda quedaba el hospital, pero, si giraba en sentido contrario y se dirigía a las lindes de la ciudad, se toparía con un polígono industrial, una de esas monstruosidades urbanísticas inspiradas en el brutalismo. La mayor parte de las empresas que había allí cuando él era pequeño habían desaparecido —lo sabía por las conversaciones que tenía con su padre—, pero el crematorio de los Carruthers seguía en pie, un monolito de ladrillo rojo y polvoriento que descollaba sobre la decadente silueta de la ciudad de Jefferson Run.

Roman pensó que llamar ciudad a Jefferson Run era tan generoso para el antaño bullicioso pueblo como insultante para las ciudades dignas de ese nombre del insigne estado de Virginia. Cuando cursaba el último año en el instituto Jefferson Run High, había hecho un trabajo sobre la otrora célebre industria manufacturera de su ciudad natal. Situada en la confluencia de dos ríos y sendas carreteras interestatales, Jefferson Run había conocido en el pasado una gran actividad industrial. La ciudad había albergado una gran fábrica de pastillas de freno para la automoción, almacenes tabacaleros, una fábrica de botes de conservas y uno de los campus

universitarios para afrodescendientes más antiguos del estado, la Prosser State University, cuyos alumnos se hacían llamar Poderosos Ciervos, algo que a Roman siempre le había parecido desternillante.

Mientras iba hacia el hospital, circulando entre edificios tapiados y farolas rotas, pensó que Jefferson Run —o Jefferson Got the Runs, «Jefferson Tuvo un Apretón», como sus amigos y él la llamaban en su día— era como un paciente conectado a un respirador artificial, demasiado empeñado en sobrevivir para darse cuenta de que está muerto.

No se le escapaba que la misma analogía podría aplicarse a su padre, que yacía atrapado en esa especie de limbo que hay entre la vida y lo que quiera que venga después. Sin embargo, Keith Carruthers no era una urbe moribunda, sino un hombre que lo había sacrificado todo por su familia. Más de lo que la mayoría alcanzaba a imaginar. Pero aún no estaba muerto, y Roman no estaba dispuesto a dejarlo marchar, ni de coña.

Vio a Neveah plantada en el vestíbulo del hospital, abrazada a sí misma. Había heredado las hechuras de su padre: delgada pero enjuta, la tez canela. El pelo cortado casi al rape acentuaba sus grandes ojos y el perfil de unos labios carnosos. Era una mujer hermosa, pero Roman advirtió en el rostro de su hermana los estragos del tiempo, que acechaba los contornos de sus facciones. Había pasado años ayudando a su padre a dirigir el crematorio mientras Roman estaba en Atlanta, la nueva meca negra, haciéndose un nombre a fuerza de codearse con los pijos locales, y Dante... en fin, Dante desempeñaba el rol del pequeño príncipe.

—Hola —dijo Roman.

Neveah se volvió en su dirección y frunció los labios en una tensa línea que sólo con muy buena voluntad podría considerarse una sonrisa. Roman se dirigió hacia ella y la rodeó con los brazos, y, tras unos instantes, su hermana le devolvió el abrazo. Sí, había resentimiento entre ambos, y no, él no había arrimado el hombro cuando debería haberlo hecho, pero eran hermanos, al fin y al cabo. Los tres —Dante, Neveah y Roman— habían compartido un mismo útero, habían llegado al mundo gracias a la misma alquimia de amor, pasión y dependencia que había entre sus padres. Esa magia los mantenía unidos para siempre, por más que sus padres quedaran excluidos de ese sentimiento solidario. Eran hermanos, sangre de la misma sangre. Nadie más podía saber o comprender lo que ellos compartían. Se guardaban los secretos unos a otros, como ocurre en la mayor parte de las familias.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Roman.

Neveah le frotó la espalda antes de desasirse. Roman intentó no estremecerse de dolor cuando su mano pasó sobre los verdugones todavía en carne viva.

—Un camión lo embistió cerca de las vías del tren, y su furgoneta chocó con un vagón. Los médicos dicen que tiene las dos caderas rotas. Nueve costillas fracturadas. Hemorragia cerebral. Hasta tiene un meñique roto, Rome —añadió Neveah, y rompió a llorar.

—Vamos a verlo. Necesito verlo —dijo Roman.

—No te dejarán pasar. Son más de las nueve —repuso ella.

—Voy a ver a mi padre. ¿En qué habitación está?

—En la doscientos cuarenta y cinco, pero te estoy diciendo que no nos dejarán pasar.

Roman no replicó, sino que enfiló el pasillo siguiendo un letrero que decía HABITACIONES 201-245 y se encaminó al mostrador semicircular de enfermería. Una mujer blanca de piel bronceada y el pelo rubio recogido en un moño tirante tecleaba en el ordenador cuando él pasó por delante del mostrador.

—Perdone, señor, pero se ha acabado el horario de visita —dijo.

Roman se detuvo y se volvió hacia ella.

—Acabo de llegar en avión desde Atlanta. Mi padre está ingresado y, por lo que tengo entendido, en estado de coma. No quiero complicarle la vida a nadie, pero voy a ver a mi padre. Si quiere llamar a seguridad o a la policía, allá usted, pero mi hermana tiene un móvil y me aseguraré de que grabe toda la escena. Mañana a primera hora el Jefferson Run Memorial estará en todas las redes sociales y se hará viral por haber maltratado al hijo de un empresario local que sólo quería ver a su padre enfermo. No querrá que eso ocurra, ¿verdad? —preguntó Roman.

La enfermera se ruborizó a pesar del bronceado.

—Por favor, que no pase de cinco minutos —alcanzó a decir con un hilo de voz.

Los fluorescentes emitían una tenue luminosidad que teñía la estancia de azul, dándole un aire subacuático, como si estuvieran todos sumergidos. Su padre yacía tumbado boca arriba con los ojos cerrados y la boca ligeramente entreabierta; por ella asomaba un grueso tubo transparente. En el rincón, un respirador bombeaba aire. Roman se acercó a la cabecera de la cama y le asió la mano con delicadeza. Palpó las cicatrices, las quemaduras, los surcos y

rasguños de esas manos que contaban una historia de determinación y reveses. De éxito y pesar.

Estrechó la mano de su padre. Esperaba que él le contestara apretando la suya, pero permaneció inerte. Neveah se colocó al otro lado de la cama y apoyó las manos sobre la barandilla.

—El médico dice que deberíamos hablarle, que las personas en coma escuchan lo que les dicen. No sé si me lo trago —añadió.

Roman volvió a estrechar la mano de su padre.

—Soy Rome, papá. Estoy aquí —dijo.

El rostro de su padre permaneció impasible.

—¿Cuánto tiempo te quedarás? —preguntó Neveah.

Roman se encogió de hombros.

—No lo sé. He dejado un montón de cosas pendientes, tendré que volver a casa en algún momento.

—Atlanta se ha convertido en tu casa, claro —repuso Neveah. Roman hizo caso omiso del comentario—. Te lo pregunto porque tengo algo así como seis cadáveres esperando para entrar en el horno durante los próximos días. Se supone que Dante iba a echarme una mano, pero no he sabido nada de él desde el accidente. Por llamarlo de algún modo —añadió.

—¿Qué quieres decir?

Neveah se pasó la lengua por los labios.

—Cerca de dos semanas antes de que esto pasara, alguien rajó todos los neumáticos de las dos furgonetas. Y la semana anterior alguien escribió «187» en la puerta del crematorio con pintura en espray. ¿Y ahora un camión saca a papá de la carretera? A mí me parecen demasiadas casualidades —concluyó Neveah.

—¿Quién querría hacerle daño? Tampoco es que compita con otros crematorios por el negocio. Como él dice, mientras la gente se muera, no le faltará trabajo —dijo Roman.

—No lo sé, y eso es lo que me quita el sueño. Pero, como te decía, ¿podrías venir al taller mañana? Tengo un fiambre que pesa nada menos que doscientos setenta kilos.

Roman soltó la mano de su padre. Hizo ademán de secarse los ojos, aunque no había lágrimas que enjugar. Quería llorar, pero era como si la conmoción de ver a su padre conectado a todos esos tubos y máquinas hubiese cerrado la compuerta de su corazón y levantado un dique que contenía las lágrimas.

—Claro, me acercaré.

—Gracias —dijo Neveah.

—Ya sabes que no tienes que darme las gracias por nada —repuso Roman.

El móvil de Neveah empezó a vibrar. Lo sacó del bolsillo de los vaqueros.

—Oye, ahora vuelvo.

—¿Es Dante? —preguntó Roman.

—No —contestó ella mientras salía de la habitación.

Roman volvió a estrechar la mano de su padre y luego le tocó el rostro. La piel estaba fresca y húmeda al tacto. Tenía el párpado izquierdo entornado, revelando una rendija blanca.

Roman se estremeció, respiró hondo y se volvió para seguir con la mirada a su hermana, que se había apoyado en la pared del pasillo y hablaba en susurros. Apartó los ojos para concederle cierta privacidad, pero no pudo evitar oír el final de la conversación.

—Ya, bueno, lo intentaré. Tú mándamelo al móvil. He dicho que lo intentaré. Estoy aquí con mi hermano, hemos venido a ver a mi padre. Ajá, vale. Hasta luego —dijo Neveah antes de guardar el móvil en el bolsillo y volverse hacia Roman. Había una expresión en su rostro que no alcanzó a descifrar del todo. No era ira, pero tampoco alegría, sino más bien resignación.

—Me voy a la casa —anunció él.

—Coge la llave. Tengo que ir a hacer algo. Déjala debajo de la maceta del porche —dijo Neveah, sacando un manojo de llaves del bolsillo y extrayendo una del aro metálico. Se la dio a Roman.

—Vale. ¿Estás bien? —preguntó él.

—No. No soporto verlo tirado en esa cama. No soporto la idea de llevar el crematorio yo sola. Es como si volviera a perder a mamá. No estoy bien, Rome, para nada —repuso ella.

Roman posó una mano sobre su hombro.

—No lo decía en ese sentido.

Neveah le dio unas palmaditas en el dorso de la mano y luego blandió la suya como quitándole hierro.

—Lo sé. Lo que pasa es que ha sido un año difícil. Estamos hasta arriba de trabajo. El covid casi acabó con nosotros, y casi siempre estábamos papá y yo solos. No hace nada que la cosa ha empezado a aflojar un poco. —Soltó un suspiro—. Sólo estoy estresada, Rome —concluyó.

Roman quería decirle que todo saldría bien. Que ahora él estaba allí, que juntos enderezarían el rumbo y esta vez él no la dejaría tirada. Quería decirle que su hermano mayor estaba allí para arreglar todo lo que no funcionaba. Pero no lo hizo, porque habría sido mentira. Le echaría una mano al día siguiente porque era lo que

tocaba, pero, si era sincero —y sabía que, en el seno de una familia, la sinceridad podía llegar a ser un bien escaso—, no quería trabajar en el crematorio. No quería que el olor a carne carbonizada se le pegara a las fosas nasales, ni las cenizas al pelo. Estaba agradecido por la vida que esas llamas les habían permitido llevar a sus hermanos y a él, pero no quería ser el «rey de las cenizas». Ese título pertenecía a su padre, y a Roman le daba igual que perdurara o ardiera con él.

3

Roman aparcó el coche de alquiler en el camino asfaltado por el que se accedía a la casa que su padre compartía con Neveah y Dante, una vivienda moderna de aire campestre con dos plantas y un porche que recorría la fachada de punta a punta. Sacó las bolsas del maletero y las cargó hasta el cuarto de invitados. Esa casa era tres veces más grande que aquella en la que habían crecido mientras sus padres se deslomaban trabajando y ahorrando para abrir el crematorio. Por entonces Keith Carruthers trabajaba como sepulturero para Bama Mathews Vault Company, a las afueras de Petersburg, y ella era auxiliar de quirófano en el mismo hospital donde ahora estaba ingresado su padre, entre la vida y la muerte. Roman recordaba el calor sofocante que lo envolvía como una mortaja y el frío glacial que lo dejaba helado cuando vivían en una casa móvil de sección única en el extrarradio de Jefferson Run, en el parque de caravanas Shady Hill.

El tiempo y la perseverancia les habían permitido pasar de ese rectángulo de aluminio a esta moderna casa señorial en el reino de las viviendas unifamiliares y las comunidades residenciales cerradas. Una hermosa casa de trescientos setenta metros cuadrados en la que su madre vivió durante seis meses en total antes de

desaparecer sin dejar rastro al finalizar su turno de noche en el hospital.

Según la policía, el 6 de junio de 2003, Bonita Carruthers salió del Jefferson Run Memorial y se desvaneció como una nube de polvo barrida por la brisa veraniega.

Roman fue a la cocina, se puso en cuclillas y abrió el armario que había debajo del fregadero. La botella de whisky de su padre seguía allí, como cuando Dante y él, entonces poco menos que adolescentes, le daban sorbitos a escondidas. Se sirvió una copa con dos cubitos de hielo.

Mientras le daba el primer sorbo, se quedó mirando un tarro de cerámica con forma de osito de peluche que descansaba sobre la nevera. Ese tarro llevaba allí desde antes de que su madre desapareciese. El sonriente osito marrón lucía al cuello un lazo rojo y su cabeza era la tapa del tarro. Roman solía decirle a Dante que estaban decapitando al oso cada vez que arrastraban una silla desde el comedor hasta allí para coger galletas a hurtadillas antes de cenar. Tras lo sucedido con su madre, Neveah le afeaba la broma.

—¿Y si alguien la ha matado, Rome? ¿Y si le han cortado la cabeza, joder? —le espetó en cierta ocasión.

—Déjalo ya, ¿vale? —suplicó Dante.

Nunca volvieron a asaltar el tarro de las galletas.

Roman cerró los ojos. Intentó apartar de su mente la imagen de su madre muerta, enterrada en una tumba poco profunda y sin la cabeza.

Bebió otro sorbo y salió al porche. Se sentó en una mecedora a contemplar el cielo crepuscular, que oscurecía por momentos. Tendió la vista más allá del césped, en dirección a la colina que se alzaba en

paralelo a las vías del tren. Al pie de esa colina nacía una carretera que cruzaba el corazón de Jefferson Run, pero en ese rincón apartado donde su padre había erigido una fortaleza revestida de vinilo la ciudad era un murmullo apenas audible. En el patio trasero, pasada la barbacoa de obra que había construido a medias con el tío Harold, se alzaba el bosque, siempre al acecho, tal vez esperando el día en que los hombres pulsarán un interruptor o dejarán caer un vaso de precipitados y extinguirán así la luz de la existencia humana como un niño que sopla una vela. Esperando el día en que volverán a tomar posesión de la tierra, el cielo y la noche.

Roman tomó otro sorbo del whisky paterno, un Macallan de veinticinco años. Bajaba como la seda, sin oponer la menor resistencia, como una mujer o un hombre desesperados por todas las cosas que hacen que los hombres y las mujeres caigan de rodillas. Le dio otro sorbo.

A lo mejor el bosque debería recuperar el terreno perdido, pensó. Trató de imaginar qué aspecto tendría Jefferson Run, qué aspecto tendría todo el estado de Virginia, antes de la llegada del hombre. Un jardín del Edén que la humanidad había echado a perder.

—No pienses tanto, chaval —murmuró.

Un par de faros alumbraron la noche al pie de la colina. Al poco, un Dodge Challenger de color rojo aparcó junto a su coche de alquiler. Los faros centellearon en la oscuridad y luego se apagaron. La portezuela del conductor se abrió y Dante salió al camino asfaltado. Cerró el vehículo, hizo una mueca, trastabilló un par de veces, se enderezó y se dirigió a la casa. A Roman no se le escapó su mirada ausente.

Dante iba puesto hasta las cejas.

Roman le dio un último sorbo al whisky y dejó el vaso sobre la mesita que había junto a la mecedora. Se levantó mientras su hermano ponía un pie en el primer escalón del porche. No parecía haber advertido su presencia. Iba vestido como para recibir al otoño en el insigne estado de Virginia: chaqueta de cuero negra sobre una camiseta blanquinegra de la banda de hip-hop The Roots, vaqueros azules de corte ceñido y unas Timberland de toda la vida. En los cinco años transcurridos desde su última visita, Dante se había dejado una tenue perilla. Roman pensó que era más bien la insinuación de una perilla, tan rala que daba la impresión de poder borrarse frotándola con el pulgar y un poco de saliva. El look de neohípster negro se completaba con un corte de pelo rapado a los lados y con una cascada de rizos por arriba.

—Dante —saludó Roman.

Su hermano irguió la cabeza bruscamente y abrió un poco más los ojos.

—¡Rome! ¿Cuándo has llegado? —preguntó. No arrastraba las palabras. De hecho, sonaba perfectamente sobrio y contento de verlo.

—Hoy mismo. Acabo de venir del hospital, de ver a papá —dijo Roman.

Ante la mención de su padre, Dante se estremeció.

—Ah —fue lo único que acertó a decir.

Subió los escalones mientras Roman los bajaba y, cuando se encontraron en el medio, este último lo rodeó con los brazos. Dante le devolvió el abrazo como un náufrago que se aferra a una tabla de salvación. Roman pensó que parecía frágil como un polluelo. Tenía

los huesos como de cristal, la piel tan fina como el papel de seda. Se preguntó cuándo habría comido por última vez.

No obstante, lo abrazaba con la fuerza de una trampa para osos.

—Me alegro de verte, tío —farfulló Dante con la boca pegada a su pecho.

—Yo también me alegro. Vamos dentro —dijo Roman.

Entraron en la casa y Dante se fue derecho a la cocina. La botella de whisky seguía sobre la encimera. Roman vio como su hermano le daba un largo trago sin molestarse en coger un vaso.

—¿Qué le ha pasado a papá? ¿Alguien lo atropelló y se dio a la fuga? —preguntó Roman—. Según Nev, la poli cree que fue un accidente, pero ella sospecha que se trató de algo planeado.

—Y yo qué sé, joder. ¿No vas a preguntarme cómo estoy? No hemos hablado en un año —protestó Dante, y le dio otro trago a la botella.

—La semana pasada te mandé un mensaje al móvil y aún estoy esperando que me contestes. Además, no te lo tomes a mal, pero es papá el que está ingresado en el hospital. De momento, tú sigues en pie —dijo Roman.

—Ya sé que está en el puto hospital. Lo sé. Pero me parece que podrías interesarte un poquito por mí, no te hubiese costado nada preguntarme qué tal estoy. Lo cortés no quita lo valiente, joder. Lo cortés no quita lo valiente, tío. Prueba a hacer dos cosas a la vez —dijo Dante. Se echó a reír, pero en su risa se adivinaba un atisbo de desesperación.

—Tienes razón, lo cortés no quita lo valiente. ¿Cómo estás, todo en orden? —preguntó Roman.

Dante apoyó la espalda contra la encimera y se frotó las perneras del pantalón enérgicamente, como si tuviera algo fétido en las manos y tratara por todos los medios de eliminar ese olor.

—Estoy... bien, supongo. Toda esta movida con papá ha sido muy fuerte. Además, Thalia y yo rompimos hace unos meses. Supongo que llevo un tiempo dándole vueltas a todo. Han pasado mogollón de cosas, y ninguna buena. Yo qué sé... —Dante enmudeció y Roman se dio cuenta de que miraba el tarro de las galletas—. A veces me pregunto cómo sería todo si ella siguiera aquí. Papá no hace más que trabajar. Nunca me dice que he hecho nada bien, ni que está orgulloso de mí. Joder, ni siquiera parece que le caiga bien. Pero mamá... Mamá sí lo decía. Era capaz de decirte que te quería más que al sol, la luna y todas las estrellas del firmamento. —Dante se frotó la cara—. Y lo decía de corazón, no sólo porque creyese que debía hacerlo porque había herido tus sentimientos y quisiera hacer las paces. Le salía del alma. Ya no quedan muchas personas así en mi vida, hermanito —concluyó Dante.

Roman notó que se le formaba un nudo en la garganta, duro y afilado como una obsidiana. Él añoraba a su madre igual que Dante, pero no se le ocurriría arrancarse las tiritas ensangrentadas y exponer las heridas en carne viva como acababa de hacer su hermano. Ni siquiera con las numerosas mujeres que se llevaba a la cama o la mujer a la que pagaba para conjurar sus demonios a fuerza de azotes y alaridos. Las sencillas palabras de Dante dejaban al descubierto lo que todos habían perdido ese día: los tres hermanos a una madre, su padre a una esposa y todos ellos la luz que los guiaba. Un faro en la oscuridad que les indicaba el camino de vuelta a casa. Un faro que era también un fuego que les daba

calor y les brindaba seguridad como sólo pueden hacerlo los brazos de una madre.

—Sé que a veces papá se hace difícil de querer —empezó Roman —. De pequeño tenía la impresión de que el crematorio era como su cuarto hijo. Pero levantó ese negocio ladrillo a ladrillo. Lo hicieron juntos, mamá y él. Y compró esta casa para todos nosotros. Y me mandó a la Universidad de Georgia. Y te regaló ese Challenger. Lo sacrificó todo por nosotros. Tal vez no sea un hombre cariñoso, pero sí un buen hombre, que no es poco. Tienes que ir a verlo. Ya tardas. Está hecho polvo. No querrás que le pase algo sin que hayas podido despedirte.

Dante clavó los ojos en sus Timberland.

—Voy a ir, ¿vale? Voy a ir. No hace falta que me hagas sentir como una mierda —musitó.

Roman decidió no contestar. No sabía qué podía decir sin sonar moralizante o paternalista. Dante era un hombre hecho y derecho. No tenía por qué hacerle sentir culpable para que fuera a ver a su padre, y sin embargo eso era exactamente lo que acababa de hacer, porque en el fondo la culpa era un poderoso incentivo y no soportaba la idea de que su padre abandonara este mundo sin todos los hijos a su lado. Era algo que no habían podido hacer con su madre.

No dejaría que eso volviese a pasar.

—Vale, mañana iré. Pero ahora mismo me abro. Necesito salir de aquí —dijo Dante, apartándose de la encimera.

—¿Vas a salir? Casi empotras el coche contra la casa. ¿Estás seguro? —preguntó Roman.

Dante puso los ojos en blanco.

—He vuelto a casa en peores condiciones. Sólo voy a acercarme a Millicent Avenue —se excusó Dante.

—¿Qué hay allí ahora? Antes estaba la lavandería automática y ese bar de country, cómo se llamaba... ¿El Cactus Dorado? —aventuró Roman.

—No, la Espuela Dorada, pero tenían un gran letrero luminoso con un cactus. Ese bar chapó, tío. Ahora hay una discoteca en su lugar, Candy's. Es un sitio guay. Nos vemos mañana —dijo Dante.

—¿De verdad vas a ir hasta allí después de haber llegado a casa dando tumbos? —le preguntó Roman.

—Una de las cosas buenas de ser adulto es que no tengo que pedir permiso para nada —replicó Dante entre risas. Se fue hacia la puerta, pero se detuvo de pronto—. Sabes qué, si tanto te preocupas por mí, ¿por qué no me acercas con mi coche? Ya sé que un garito de toda la vida en Jefferson Run no puede competir con Hotlanta, pero por lo menos aquí puedes tomarte una copa con tu hermano, joder. ¿A que eso no lo tienes allá? —dijo Dante, mordiéndose el labio inferior y arqueando las cejas.

—O sea que, para evitar que pierdas el carnet, y puede que la vida, tengo que ir a beber whisky de garrafón rebajado con agua al último tugurio que han abierto en el pueblo, ¿no? —preguntó Roman.

—Tal como lo dices suena espantoso. A ver, es espantoso, pero tampoco hace falta que cargues las tintas —dijo Dante.

Su hermano se lo quedó mirando de hito en hito.

Dante le sostuvo la mirada.

Roman rompió a reír. Era la primera vez que se reía desde que Neveah lo había llamado esa mañana. Fue una carcajada

espontánea y sincera, y debía reconocer que, pese a todo lo que estaba pasando, le sentó de maravilla.

—Venga, pardillo, vámonos a beber whisky del malo y a comer un muslo de pollo metido entre dos rebanadas de pan al que llamaremos bocadillo —dijo Roman.

—Ves, ya estás hablando como si fueras de Jefferson Tuvo un Apretón y no un pijito de Atlanta —replicó Dante mientras salían por la puerta.

4

Candy's ocupaba un antiguo almacén, una construcción independiente castigada por los elementos que había albergado el mencionado bar country en la esquina de Millicent Avenue y Lady Smith Boulevard. Roman se preguntó, no por primera vez, qué beldades habían inspirado tantos nombres de calles en Jefferson Run. También se preguntó qué pensarían si vieran el lamentable estado de las vías que llevaban su nombre.

Detrás del antiguo almacén había un inmenso solar desierto que hacía las veces de aparcamiento de Candy's. Roman se desvió de Millicent Avenue antes de llegar a la esquina y enfiló un callejón que quedaba entre la discoteca y la antigua lavandería automática que ahora se caía a trozos. El arrurruz y la madreselva habían abrazado el edificio como viejos amantes que se reencuentran tras una larga separación, la clase de amantes con los que uno teme toparse en cualquier momento pese a haberse mudado a la otra punta del país.

Roman se dirigió al extremo más alejado del solar y aparcó. Le gustaba ese coche. No sabía si le ganaría la partida a su Porsche, pero no hubiese apostado en su contra. Mientras cruzaban la ciudad, el motor parecía frustrado por no poder superar el límite máximo de velocidad. Khalil le había hablado en cierta ocasión de un blanco sureño al que había conocido mientras llevaba a cabo tareas de

«seguridad» para unos clientes que traficaban con armas a lo largo de la Costa Este a través del llamado «oleoducto de hierro». Al parecer, ese tipo era capaz de pasar por el ojo de una aguja yendo marcha atrás a ciento sesenta kilómetros por hora y se había hecho famoso por protagonizar fugas muy sonadas al volante de un coche. Roman pensó que alguien así tendría todas las de ganar en una carrera con el Challenger, fuera cual fuese el otro coche.

—Como te digo, es un local relajado. No como ese garito que hay cerca de las vías del tren. Allí hay tantos tiroteos que deberían darte un chaleco antibalas con la entrada —comentó Dante.

—¿Tan mal está la cosa? No me extraña que el negocio le vaya viento en popa a papá —repuso Roman.

Dante enmudeció de nuevo. Parecía alternar entre exclamaciones de júbilo y silencios meditabundos. Roman sabía que su hermano se debatía entre sentimientos encontrados. Era el benjamín de la familia, no sólo cronológicamente, sino también en el plano emocional. Lo recordaba llorando a moco tendido cuando tenía siete años al ver como su padre mataba una víbora cobriza con un hacha en el patio trasero. Dante estaba convencido de que la familia de la víbora la echaría de menos. Neveah y Roman se habían desternillado de risa a costa de su hermano pequeño y la preocupación que sentía por los deudos de un reptil venenoso.

Cuando su madre desapareció, ya no les pareció tan gracioso.

Dante se estremeció, resopló, carraspeó y se recompuso.

—Sí, esto se ha puesto bastante chugo. Venga, entremos de una vez. Te presentaré a las chicas de nueve de Jefferson Run. En Atlanta no pasarían de un seis, pero menos da una piedra —dijo Dante. Sonrió, pero era una sonrisa forzada.

Pagaron la entrada y franquearon la puerta de Candy's.

El local estaba decorado con leds que cubrían todos los cantos y aristas imaginables. Había tiras de leds rojos a lo largo de la barra. Leds azules bordeaban la moldura que recorría todo el perímetro del techo. Las mesas situadas frente a la barra estaban iluminadas desde abajo por un tenue resplandor blanco. Detrás de éstas había una pequeña pista de baile rodeada de arte pop elaborado con fluorescentes y leds. Consignas del tipo NADA DE COCA EN EL BAÑO o DEJA DE BEBER ANTES DE MANDAR ESE MENSAJE compartían espacio en las paredes con corazones hechos de tubos fluorescentes que se habían estirado y retorcido como si estuvieran hechos de caramelo.

—Venga, deja que te invite a una copa —dijo Dante.

Se abrió paso entre el gentío hasta llegar a la barra y acomodó su delgada silueta sobre uno de los taburetes mientras Roman hacía lo propio.

A decir verdad, se respiraba una agradable mezcla de ambiente rústico sureño y sofisticación de pueblo con aspiraciones. La música evocaba carreteras de tierra roja y el blues pasado por el filtro hiphopero del Dirty South.

Unas pocas personas reconocieron a Roman, más de las que hubiese dicho. Había evitado volver durante media década, y sin embargo ahí estaba la gente, dándole las consabidas palmadas en la espalda e incómodos apretones de mano que parecían no acabar nunca.

El hecho de que él reconociera tantos rostros era reconfortante y un poco deprimente a la vez. No resultaba fácil irse de Jefferson Run, y menos aún dejarlo atrás.

Dante pidió dos chupitos de Jameson y dos Crown-and-Coke. Tres encantadoras chicas negras se acercaron a Dante mientras hablaba con el camarero.

—Gran D., ¿nos invitas a una copa a mis amigas y a mí? —preguntó una de ellas, que lucía una melena afro de color azul pastel.

Tenía fundas de oro en los cuatro incisivos centrales y ojos claros como gotas de platino líquido. Llevaba unos vaqueros tan ceñidos que Roman pensó que bien podría haber nacido con ellos puestos, y una camiseta *babydoll* tan corta que apenas cubría sus senos colgantes.

—Trina, ¡eso está hecho, nena! —exclamó Dante.

Pidió tres chupitos de Hpnotiq para las damas. Cuando llegaron las bebidas, les tendió los vasitos de licor azul con aire distraído, sin molestarse siquiera en volverse para ver como desaparecían entre la multitud.

—¿La gente sigue bebiendo eso? —preguntó Roman.

—A Trina le gusta porque hace juego con su pelo. Ten, brindemos. Por mi hermano Rome, que tiene una gran cabeza y un gran cerebro y unos pies que olían como cebolla frita de hace tres días, pero aparte de eso es un tipo legal, supongo.

Roman cogió su chupito de Jameson y brindó con Dante.

—Y por mi hermano Dante, que creyó en el conejito de Pascua hasta cumplir los catorce —dijo Roman con una sonrisita burlona.

—Oye, atontado, ¿has estado alguna vez en una fiesta de peluches? El conejito de Pascua es un friki de cuidado —dijo Dante.

Apuraron los chupitos de un trago y luego Roman probó el cóctel, que era tan flojo como cabría esperar. Mientras lo tomaba a sorbos,

dos parejas se acercaron a Dante y le pidieron una ronda de chupitos, a lo que éste accedió sin vacilar.

—Sabes, por lo general advierto a mis clientes que no intenten comprar el bar cuando salen de copas. Hacerse el millonetis no es el mejor plan de jubilación —comentó Roman, ligeramente horrorizado por la rapidez con que había recuperado la cadencia y la jerga de su ciudad natal.

—Menos mal que no soy uno de tus clientes, tío —repuso Dante riendo entre dientes.

Roman negó con la cabeza.

—Sólo digo que, estando papá ingresado, tal vez sea mejor no andar derrochando. Neveah dice que tiene un buen seguro médico, pero las facturas del hospital suben como la espuma. Son lo que llamamos «gastos imprevisibles» —dijo.

Los hombros de Dante se hundieron.

—Ya lo sé, ¿vale? ¿Crees que no pienso en papá? Pienso en él cada segundo del día. Pienso en él allí tirado, desangrándose en las vías del tren, las mismas vías en las que encontraron el coche de mamá. ¿Crees que no pienso en él? A la mierda todo, tío. Sólo quiero pasarlo bien con mi hermano mayor un ratito. Sé que Neveah y tú creéis que le chupo la sangre a papá, pero lo adoro, ¿sabes? Él quiere que yo tome las riendas de mi propia vida, y yo quiero hacerlo, pero no soy tan listo como Neveah y tú. No puedo llevar el negocio. Nunca seré un asesor financiero. A mí se me da bien gastar el dinero, no decirle a la gente qué hacer con él, ¿entiendes? Y en cuanto a toda esta gente, sé que sólo les caigo bien porque voy repartiendo billetes, pero lo mío con papá es distinto.

En el resplandor rojo sangre de los leds que rodeaban el espejo al otro lado de la barra, Roman vio como las lágrimas rodaban despacio por las mejillas de Dante.

Rodeó los delgados hombros de su hermano con un brazo.

—Oye, oye, sé que quieres a papá, sólo estaba...

—Mirando por mí, lo sé. Siempre lo haces —dijo Dante, y atrajo a Roman pasando un brazo alrededor de sus anchos hombros.

—Te he echado de menos, Rome. Te he echado mucho de menos. Estoy hecho una mierda, hermano. La he cagado mucho —dijo Dante.

—Oye, todo se arreglará, ¿vale? —le aseguró Roman, girando sobre el taburete para abrazar a Dante—. Estoy aquí. ¿Me oyes? Estoy aquí.

Era perfectamente consciente de que antes no se había dignado contarle a Neveah una versión de esa benévola mentira, pero pensó que cualquiera que conociese a sus hermanos convendría en que Dante necesitaba oírla más que Neveah.

Después de la tercera copa, Roman consultó su reloj y vio que pasaba de la una de la madrugada. Reprimió un bostezo y le dio una palmadita en la espalda a su hermano, que mecía la cabeza suavemente de un lado al otro.

—Oye, pide la cuenta y vámonos a casa. Mañana tengo que levantarme temprano para ayudar a Neveah en el taller, y tú necesitas dormir. Yo también necesito dormir, dicho sea de paso. Estoy hecho polvo, joder —dijo Roman.

Dante se volvió hacia él y estaba a punto de protestar cuando de pronto algo captó su atención y puso unos ojos como platos.

Roman se volvió para mirar a su espalda.

El local no estaba menos concurrido pese a lo tardío de la hora. En los haces de luz multicolor, vio a gente contoneándose en la pista de baile, parejas y grupos de amigos sentados a las mesas. Entonces advirtió que los bailarines se apartaban como un río que fluye en torno a una piedra mientras un puñado de hombres acompañados de mujeres despampanantes cruzaban el local. Los dos hombres que parecían liderar el grupo eran delgados pero nervudos. Uno de ellos lucía una voluminosa melena afro y el otro largas rastas que le colgaban por la espalda y le caían sobre la cara. Ambos llevaban camisas blancas con los primeros botones desabrochados para exhibir unos tatuajes que parecían resplandecer bajo la luz negra del techo. El de la melena afro también llevaba una chaqueta de piel fina y un colgante de oro que tenía la forma de una calavera con sombrero de copa.

El de las rastas miró a Roman y Dante mientras el grupo se dirigía a la parte delantera de la discoteca, a un rincón a la derecha de la barra que hacía las veces de zona VIP, y tomaba asiento. Roman hubiese jurado que les guiñó el ojo al pasar.

—Venga, Rome, vámonos a casa. Estoy listo. Paga y vámonos —dijo Dante. Sonaba sorprendentemente sobrio.

—¿Qué pasa, Dante?

—¿Podemos irnos, por favor? Venga, tío, vámonos de una vez —insistió su hermano.

Roman sacó una de sus tarjetas de crédito y pagó al camarero, aunque no era él quien se había pasado la noche invitando a todo

dios a chupitos. Firmó el tíquet y se apeó del taburete de un salto. Dante ya estaba yendo hacia la puerta. Salieron los dos al gélido aire nocturno. El mes de septiembre en Virginia podía ser tan templado como junio, pero ese año el otoño había llegado con ganas. Se encaminaron al coche y Roman se sentó al volante mientras Dante ocupaba el asiento contiguo. Arrancó el coche mientras un hombre pasaba por delante del Challenger con una jarra de cerveza en la mano. Mientras Roman miraba hacia abajo para abrocharse el cinturón de seguridad, Dante se puso a chillar.

—¡No, no!

Roman levantó la cabeza bruscamente, justo a tiempo de ver como el hombre prendía fuego al líquido de la jarra y lo vertía sobre el capó del Challenger. Luego dejó caer la jarra y se marchó tan campante mientras las llamaradas azules se extendían por el capó.

Roman se bajó del coche y se quitó la camisa para intentar apagar las llamas azotándolas frenéticamente, pero lo único que consiguió fue prender fuego a su camisa. La dejó caer al suelo y la pisoteó mientras las llamas del capó iban perdiendo fuerza hasta extinguirse solas. Dante volvió el rostro hacia la ventanilla y cerró los ojos.

En el aparcamiento estalló un guirigay de risas y burlas mientras Roman miraba a la multitud por encima del techo del coche, jadeando como una locomotora en el frío aire nocturno.

—Rome, vámonos de una vez. Venga, tío. Te lo pido por favor —dijo Dante.

Roman volvió a meterse en el coche y arrancó a toda velocidad mientras el empalagoso olor del alcohol quemado y el metal chamuscado llenaba el coche.

5

Cuando llegaron al camino de acceso a la casa, Dante se apeó del coche antes de que éste se detuviera por completo. Subió a trompicones los escalones de la entrada, abrió la puerta y entró dando tumbos. Para cuando Roman cruzó el umbral y cerró la puerta, su hermano ya estaba en la cocina, amorrado a la botella de whisky. Intentó arrebatársela.

Dante sostenía la botella por el cuello con la mano derecha mientras se secaba la boca con el dorso de la izquierda. Se tambaleó hacia atrás y alargó la mano libre instintivamente para no perder el equilibrio, pero ésta resbaló sobre la encimera y acabó golpeando el escurreplatos, que se precipitó al suelo con todo su contenido. Los platos, boles y vasos acabaron hechos trizas sobre las baldosas.

—Mierda —dijo Dante, intentando incorporarse sin soltar la botella de whisky.

Roman pasó por encima de la vajilla destrozada y esta vez sí le arrebató la botella de la mano.

—Ya basta.

Dante lo empujó, pero Roman pesaba casi quince kilos más que él. Practicar crossfit cuatro días por semana había añadido mucha masa muscular a su cuerpo enjuto. Apenas se movió.

—Que te den por culo, tío. ¿Te crees que puedes decirme lo que tengo que hacer? No has estado aquí los últimos cinco años, así que ni se te ocurra. No sabes nada. No sabes nada de mí, ni te importa. Mamá no está porque yo la cagué. Papá está en el hospital porque he seguido cagándola y a ti te la suda. A todo el mundo se la suda —dijo Dante con el rostro bañado en lágrimas.

Roman dejó la botella a un lado y, apoyando las dos manos sobre los hombros de su hermano, se inclinó hacia delante hasta tocarle la frente con la suya. Cuando habló, su voz había perdido todo rastro del afectado acento de la alta sociedad de Atlanta y recuperado la cadencia y musicalidad de Virginia central. Ya no era Roman Carruthers, director ejecutivo de Carruthers y Asociados, sino sólo Rome. El hermano mayor de Dante. El primogénito. Volvió a encarnar ese rol con todo lo que conllevaba.

—Soy tu hermano. Créeme cuando te digo que sí me importa. Háblame. Dime qué está pasando. Dime por qué no has ido a ver a papá al hospital. Mírame. Dime qué hacía ese capullo prendiendo fuego a tu coche. Dime por qué parecía que fueras a cagarte en los pantalones cuando esos otros tíos han entrado en el club, los de las rastas y el pelo afro. Dímelo. Sea lo que sea, estoy de tu parte. Siempre.

Dante apartó la cabeza de la suya y miró al techo.

—La cosa está chunga, Rome. Muy chunga. Me mataría, pero eso no serviría de nada —dijo Dante, todavía llorando a lágrima viva.

Roman miró a los ojos a su hermano pequeño y vio en ellos el fantasma del arrepentimiento, el espectro de la desesperación y, por encima de todo, miedo.

Después de recoger los añicos, se instalaron en la sala de estar. Roman ocupó el sillón de su padre y Dante se repantingó en el sofá modular. El primero se inclinó hacia delante y dejó una mano colgando entre las rodillas, el segundo se pasó la mano por el rostro. Hubo un silencio que pareció alargarse durante horas, hasta que por fin Dante tomó la palabra.

—El caso es que... últimamente quedo bastante con mi amigo Getty y su novia, Cassidy. Ella estudia en la facultad de Hempstead, allá en Richmond, y conoce a todos los pijos blancos del campus, todas las Beckys y Tylers del lugar. Total que, según Getty, a esos niñatos les mola el cristal que flipas, así que me propuso, ya sabes, pillar algo de eme y revenderlo. Me dijo que a toda esa peña de Hempstead le va mogollón la marcha, que era dinero fácil.

—Dante, no te falta dinero. Papá te pasa tres mil dólares al mes y te paga la cuota del coche y el seguro. Vives a cuerpo de rey sin poner nada de tu bolsillo. Ni siquiera tienes que llenar la nevera —señaló Roman.

—¡Ya lo sé! Por eso me apunté a esta movida. He cumplido treinta tacos y estoy hasta los mismísimos de tener que ir cada puto día al crematorio. De aguantar ese puñetero olor, de ver los cadáveres sobre los que se posan las moscas, de notar el regusto a chamusquina en la boca. Y no puedo negarme a ir al crematorio porque, como bien dices, papá me paga las cuotas del coche y me pasa pasta y me llena la puta nevera. Quiero largarme de aquí. Quiero dejarlo todo, ganar mi propio dinero, hacer algo por mí mismo —dijo Dante.

Se había puesto en pie y gesticulaba al hablar. Roman dejó que se desahogara sin apuntar que sabía de buena tinta que no iba al

crematorio a diario. Ni al de Jefferson Run ni al otro, el que quedaba en la carretera 301, cerca de Red Hill. Dejó que Dante contara su historia con todos los pretextos y justificaciones que necesitaba porque, pese a que su hermano se complacía en una versión subjetiva e idealizada de los hechos, Roman creía saber cómo acababa la historia. Lo veía venir con la lucidez de un clarividente.

—Vale, Getty y tú pillasteis algo de eme e intentasteis revenderlo. ¿Qué pasó luego? —preguntó Roman.

Dante se acercó al extremo del sofá y dio la espalda a su hermano.

—Sí, pillamos algo de eme. Y también algo de caballo. Bastante.

—¿Cuánto es bastante? —preguntó Roman.

Sabía desde hacía algún tiempo que Dante se automedicaba con drogas legales e ilegales. La última vez que había estado en casa, iba de aquí para allá con una latita de caramelos Altoids llena de comprimidos de oxicodona que mezclaba con *purple drank*. Entonces no se lo afeó, ni sentía ahora la necesidad de hacerlo. Todos ellos vivían a la sombra de una gran ausencia. Neveah no fumaba en el hospital, pero Roman sabía que gastaba un paquete y medio de Newport a diario. Había empezado a fumar un mes después de la desaparición de su madre. No le conocía otros vicios, ni falta que le hacía. Bastante tenía con los suyos. Si Dante quería mitigar el dolor, buscar un modo de seguir a flote entre los desechos de su pena compartida, ¿quién era él para juzgarlo?

Pero esto era algo completamente distinto. Esto era como nadar entre tiburones estando el agua teñida de sangre.

—Unos cincuenta mil de eme y... doscientos cincuenta mil de heroína —dijo Dante.

Antes incluso de que su hermano acabara de hablar, Roman sintió que la incredulidad le subía por el pecho como la bilis. Seguro que no lo había oído bien. Era impensable que su hermano pequeño se hubiese metido a narcotraficante sin tener experiencia previa y le hubiesen pasado mercancía por valor de trecientos mil dólares para que la revendiera en una facultad de Humanidades cuyo exalumno más célebre era un tipo que había ganado un concurso de telerrealidad.

—Dante, ¿cómo has conseguido esa cantidad de mercancía? ¿Llevas todo este tiempo vendiendo droga? —le preguntó Roman. Hizo lo posible por emplear un tono neutro, pero la ira y el miedo hacían lo que querían con sus cuerdas vocales.

—No, ha sido la primera vez, lo juro por Dios. Lo que pasa es que... esos tíos sabían quién es papá. Me dijeron: «Nos fiamos de ti» —explicó Dante.

Roman cerró los ojos.

—Getty, Cassidy y tú os pulisteis la mercancía, ¿no? Os pegasteis una juerga de aquí te espero con el eme y la heroína y ahora estáis en deuda con esa gente —dijo Roman.

No era una pregunta.

—Sí —concedió Dante.

—¿Cuánto? —preguntó Roman, dándose cuenta de que se estaba aferrando a los brazos del sillón. Sus largos y delgados dedos se clavaban en el suave terciopelo del tapizado como si agarrara el culo de una estríper.

Dante contestó, pero, una vez más, Roman se quedó tan atónito que se convenció de que lo había oído mal.

—¿Cuánto? —preguntó de nuevo.

—Todo. Se lo debemos todo. Trescientos mil. Cassidy y Getty se pulieron el jaco, lo compartieron con sus amigos y luego la peña de una fraternidad nos mangó un montón de eme. Se llevaron casi veinte mil. Intentamos vender el resto, pero nadie nos lo quería pagar cuando esos niñatos de Phi Delta Zeta se lo daban por la patilla, así que decidimos usarlo para consumo propio.

—¿Que os lo mangaron? ¿De qué coño me estás hablando? —preguntó Roman. Había empezado a gritar y le daba igual. Creía estar al borde de un ictus.

—Getty fue a venderles una parte y le dieron una paliza y se lo quitaron. Se lo contamos a Torrent y Tranquil, pero los tíos van y nos dicen que no es su problema —dijo Dante.

—Vale, vale... En primer lugar, ¿estabas con Getty cuando le robaron la mercancía? Porque todo esto suena de un turbio que te cagas. Y, en segundo lugar, doscientos cincuenta mil dólares de heroína son cerca de dos kilos y medio. ¿De verdad crees que Getty y esa tal Cassidy se lo metieron todo en el cuerpo y siguen respirando? Tus amigos te la han pegado, D.

Dante negó con la cabeza.

—Qué va. ¿Por qué iba Getty a mentirme? Debe la misma pasta que yo. No se la puedes jugar a tíos como Torrent y Tranquil. Son los líderes de los Black Baron Boys. Gente chunga, Rome. Muy chunga. No tendríamos que haber hecho negocios con ellos. Están como cabras y... sencillamente no son la clase de gente a la que puedes ir tocando los huevos. Son los que estaban en el club esta noche. Los del pelo afro y las rastas —precisó Dante.

—Getty no debe la misma pasta que tú —señaló Roman, dando rienda suelta al acento de Virginia.

—¿Qué dices? ¿No me has oído? Le compramos la mercancía a...

—No. Tú se la compraste a los Black Baron Boys, que sólo te fiaron por tus lazos familiares, Dante. La deuda la tienes tú, no Getty. ¿Comprendes ahora por qué es plausible que te haya mentido? En serio, ¿puedes detenerte a pensarlo por un momento? Concéntrate —dijo Roman.

Dante se volvió para mirarlo con los ojos como platos, las pupilas tan dilatadas que parecían llenar las cuencas.

—Getty no haría algo así. No me la jugaría de esa manera.

—¿Por qué no? ¿Porque sois muy amiguitos? Trabajo a diario con dinero y puedo asegurarte que es como el ácido: todo lo corroe. Amistades, familia, amantes, maridos y mujeres. Sea cual sea el vínculo que crees tener, el dinero se lo cargará como si tal cosa. Es corrosivo. No te engañes creyendo lo contrario —sentenció Roman.

Dante se desplomó en el sofá. Roman soltó los brazos del sillón. Dejó que su cerebro procesara todo lo que su hermano le había contado y llenó los espacios en blanco allí donde Dante se había mordido la lengua, porque sabía que se estaba mordiendo la lengua. Nadie contaba toda la verdad, ni siquiera con la mano sobre la Biblia.

—Esos tíos... ¿cómo se llamaban? ¿Torrent y Tranquil? Han sido ellos los que han rajado los neumáticos de las furgonetas, ¿verdad? ¿También fueron ellos los que sacaron a papá de la carretera? —preguntó Roman.

Creía que decirlo en voz alta, hacer que esos pensamientos salieran a la luz y se quedaran flotando entre ambos, sería más llevadero que tenerlos encerrados en su cabeza, pero se equivocaba. Era peor. Ver como se le desencajaba el rostro a Dante al oír sus

palabras era peor, notar el regusto amargo que le dejaban en la boca era peor. Pronunciarlas en voz alta era como mascullar una maldición.

Dante no contestó, sino que se limitó a asentir con la cabeza. Las lágrimas volvieron a rodar por su cara, pero esta vez no conmovieron tanto a Roman. La ira competía con el amor que sentía por su padre y la compasión que le despertaba su hermano. No sabía cuál de esas emociones se llevaría el gato al agua.

—Vale. Por supuesto, Nev no sabe nada. Mejor que siga así. Bastante tiene con todo lo demás —empezó Roman, dándose cuenta de que todos ellos habían delegado sus responsabilidades en ella a lo largo de los años—. ¿Os han dado un plazo para devolver la pasta? —preguntó.

—Dos semanas. De eso hace tres —contestó Dante.

Roman sintió que se le caía el alma a los pies.

—D, ¿por qué no me llamaste? —chilló.

—¿Para qué? ¿Te sobran doscientos mil pavos? Quería... quería ganar un poco de tiempo para ver si se me ocurría algo. Pero entonces sacaron a papá de la carretera y... ya no supe qué hacer.

—Vale. ¿Puedes ponerte en contacto con esos tíos? —preguntó Roman.

—¿Para qué? ¿Para que puedan decirte que me van a cortar a cachitos y a enterrarme en una zanja en medio del bosque? —replicó Dante.

—No, para que podamos hablar con ellos. Para que yo pueda hablar con ellos y llegar a algún tipo de acuerdo —dijo Roman.

Dante palideció.

—Rome, esos tíos no son como tus clientes. Son asesinos despiadados. No van a aceptar una puñetera devolución a plazos. ¿No has visto lo que han hecho con el coche?

—Si fueran en serio, habrían volado el coche con nosotros dentro. Querían mandar un mensaje. Bien, pues mensaje recibido. Vamos a arreglar esto. Tengo unos ahorros, conseguiré el dinero. Tú organiza la reunión —dijo Roman.

—Vale, pero la última vez que intentamos arreglar las cosas no salió demasiado bien, que digamos —farfulló Dante.

Roman sintió que la pulla de Dante se abría paso entre sus costillas como una puñalada trapera, pero lo ignoró.

—Ponte en contacto con ellos. Diles que nos vemos en el crematorio mañana por la noche —dijo Roman. Se levantó, fue hasta el extremo del sofá y puso una mano sobre el hombro de su hermano.

—No lo veo claro, Rome —dijo Dante.

—Yo sí. Llámalos —zanjó Roman.

6

Neveah oyó el timbre en el preciso instante en que estaba colocando el elevador hidráulico junto a la mesa de trabajo de acero inoxidable sobre la que descansaba el ataúd de cartón encerado. Su padre había dispuesto que el timbre de la puerta sonara a la vez en el vestíbulo, el almacén y la sala del horno principal. Pasaba lo mismo con el teléfono cuando la línea fija era la más usada. Solía decir que una llamada perdida era dinero perdido. Curiosamente, no le importaba perderse las funciones teatrales del colegio ni las carreras de atletismo en el instituto de su hija. Por supuesto, después de que su madre desapareciera, las funciones escolares, las competiciones deportivas y los bailes en grupo se convirtieron para ella en meros recuerdos. Era una niña que se vio obligada a renunciar a las cosas de niñas. Su padre la necesitaba en el taller, como llamaban en casa al crematorio. Roman estaba a punto de marcharse a la universidad y, en cuanto a Dante, parecía absolutamente incapaz de enfrentarse a la vida, como para pedirle que se encargara de los muertos, de modo que le tocó a ella convertirse en la mano derecha de su padre.

A Neveah le parecía curioso que Keith Carruthers nunca hubiese perdido una llamada, pero sí su propia vida, que le había pasado de largo. Y todo indicaba que ella había heredado su miopía vital.

Cruzó el umbral que separaba la sala del horno del vestíbulo y abrió la puerta principal. Roman estaba allí plantado, con una impecable camisa blanca y unos chinos de algodón.

—Empezaba a pensar que no vendrías —dijo Neveah.

—Dije que lo haría, ¿no? —repuso Roman.

—La gente dice muchas cosas. Yo que tú me quitaría esa camisa. Tenemos un par de despachurros ahí detrás —dijo Neveah.

Así se refería su padre a los cadáveres en avanzado estado de descomposición. Las empresas funerarias que no tenían su propio crematorio llevaban esos restos mortales a las instalaciones de Servicios Crematorios Carruthers semanas antes de la ceremonia fúnebre. La tanatopraxis era una fascinante combinación de arte y ciencia, pero tenía sus límites. Cuando un cadáver dejaba atrás su condición humana para convertirse en materia putrefacta, superaba las habilidades de la mayoría de los profesionales. A su padre le gustaba decir que era entonces cuando ellos entraban en acción.

«A veces hay que quemarlo todo y punto. Nadie se queja del olor de las cenizas», decía Keith Carruthers como quien imparte una sabiduría mística de andar por casa.

Neveah creía que su padre se equivocaba. Ella había salido con más de un hombre que juraba y perjuraba notar el olor a carne carbonizada en su piel. Estaba convencida de que, las más de las veces, se lo imaginaban cuando les decía dónde trabajaba. Ella misma creía reconocer ese olor en su propia piel, las más de las veces, por mucho que se duchara. Y lo hacía muy a menudo. Se echaba litros de champú, a cuál más perfumado y dulzón, pese a lo cual creía percibir ese olor por debajo del aroma a fresas, vainilla y

azahar. Un tufo penetrante, agrio, como a carne que se ha quedado demasiado tiempo en la parrilla.

—Había dado por sentado que me pondría una bata —dijo Roman.

—Espera, voy a tomarme un descanso —repuso Neveah.

—Te acompaño.

Salieron y Neveah cerró la puerta a su espalda. Con un movimiento fluido, sacó un paquete de tabaco del bolsillo y lo encendió con un mechero desechable de color naranja. Inhaló profundamente y dejó que el humo saliera por la comisura de la boca como la estela de un barco a vapor.

—Pensaba que a lo mejor Dante te acompañaría. A veces, cuando estás por aquí, se comporta como si quisiera remangarse —dijo Neveah.

Se recostó contra la fachada de ladrillo del crematorio. Se habían resguardado bajo un pequeño toldo mientras la brisa matutina agitaba el aire a su alrededor. El viento azuzó el polvo y los desechos del depósito de chatarra de enfrente, que se enzarzaron en una pelea de perros. El crematorio propiamente dicho era un cubo de obra vista de dos plantas, desprovisto de ventanas. En el flanco izquierdo del edificio quedaban la puerta principal y una persiana de garaje enrollable. En el flanco derecho, la chimenea industrial de los dos grandes hornos crematorios dominaba la arquitectura. Cuando los restos incinerados llegaban a los conductos de ventilación, eran escupidos hacia el cielo por enormes ventiladores.

Roman negó con la cabeza.

—Cuando me he despertado, ya se había ido. Esta mañana no había nadie en casa.

—Típico de Dante. Quien madruga se lleva la hierba, o el eme, o lo que sea que se meta estos días —dijo Neveah.

—Anoche no volviste a casa, ¿verdad? —preguntó Roman.

—No —respondió Neveah. No tenía intención de darle explicaciones. ¿Por qué iba a hacerlo? Roman era su hermano, no su padre.

—¿Crees que Dante está enganchado? —preguntó él.

—Papá sí lo cree. El año pasado lo mandó a rehabilitación. Duró una semana. Amenazó una y otra vez con cortarle el grifo, pero nunca lo hizo. Por algo es el benjamín, ¿no? —dijo Neveah—. La verdad es que no da pie con bola desde que mamá desapareció. Como todos nosotros.

Roman soltó un suspiro.

—No creo que estemos peor que nadie. Tendrías que oír algunas de las conversaciones que me toca escuchar en el trabajo —señaló Roman.

Neveah dio una última calada al cigarrillo, lo dejó caer al asfalto y lo apagó con el tacón.

—Ya, pero ¿cuántas de esas personas tienen una madre desaparecida y todo un pueblo convencido de que tu padre la incineró? —replicó Neveah antes de volver adentro, dejando la puerta entornada.

Roman se quedó mirando fijamente la puerta del crematorio. Era de color gris pizarra, con un gran pomo de latón pulido por décadas de uso, y parecía montar guardia silenciosamente como un centinela de palacio, pero le hablaba en su cabeza.

«Vosotros que aquí entráis, abandonad toda esperanza.»

Para Roman, el crematorio era una especie de infierno. Un lugar donde campaban a sus anchas el miedo, la furia y los fantasmas de miles de almas consumidas por el fuego.

Después de cambiarse, pasó la mayor parte de la mañana trasladando cadáveres desde la cámara frigorífica a los dos hornos y empaquetando los restos en bolsas de plástico que luego se sellaban con chapas identificativas antes de introducirse en cajas desechables de cartón grueso del tamaño aproximado de una biblia. Le llevó cerca de una hora volver a cogerle el tranquillo. Habían pasado doce primaveras, veranos, otoños e inviernos desde que había manejado el elevador hidráulico, con su engranaje de tijera y sus brazos interconectados, o el cremulador, la trituradora eléctrica que pulveriza los restos incinerados hasta reducirlos a un polvillo de textura similar a la arena. Cuando las cenizas caían a través de la rejilla del horno a la bandeja de recolección, parecían trozos de grava gris. Las llamas habían consumido por completo la piel, la carne y la sangre, pero quedaban fragmentos de hueso y minerales. En cerca de dos horas, era posible reducir un hombre adulto de complexión media a poco menos de tres kilos de cenizas.

Roman estrelló el elevador hidráulico contra la pared un par de veces y estuvo a punto de dejar caer una bolsa de cenizas al sacarlas del cremulador, hasta que una especie de memoria muscular latente tomó las riendas de la situación. Había pasado demasiados sábados y domingos en esa ciudadela de los muertos hecha de ladrillo y mortero para olvidar por completo sus rituales.

Pensó en Dante. Sabía que a su hermano le gustaba salir de fiesta y coger un buen pedo de vez en cuando, pero en vista de la conversación que habían tenido la víspera, empezaba a sospechar

que su relación con las drogas había pasado de un consumo recreativo a una inquietante dependencia. Y es que Roman no creía ni por asomo que no había ayudado a Getty y Cassidy a pulirse buena parte de la heroína.

Dante se venía abajo mientras Neveah intentaba mantener todo el tinglado en pie. La culpa, un sentimiento con el que Roman estaba bastante familiarizado, incrementaba exponencialmente la empatía que le despertaba su hermana. Cuando hablaba de Dante, Neveah sonaba como el hermano del hijo pródigo. Roman opinaba que se había ganado ese derecho.

Finalmente, mientras las agujas del reloj reptaban despacio hacia las siete, Neveah se permitió una pausa lo bastante larga para fumar otro pitillo. Roman sabía que había reglas estatales que regulaban el consumo de tabaco en el crematorio, pero le parecía el colmo de la ironía que su hermana tuviera que salir a la calle para satisfacer su vicio.

—El que está dentro es el último de hoy. De todas formas, tenemos que dejar que los hornos se enfríen antes de limpiarlos —dijo Neveah.

Su bata, al igual que la de Roman, estaba empapada de sudor. Aunque dejaban la puerta enrollable abierta, encendían dos enormes ventiladores de ciento cincuenta centímetros de diámetro y la temperatura externa rondaba los quince grados centígrados, el termómetro de la sala del horno seguía marcando más de treinta y siete grados.

—¿Por qué no te vas a casa? Yo me encargo de cerrar —sugirió Roman.

Neveah lo miró y una sonrisa socarrona asomó a su rostro.

—¿Qué pasa, te sientes mal por todos los años que llevo pringando?

—Puede. O puede que me haya dado cuenta de que te vendría bien un descanso —mintió Roman.

—Vale. No te olvides de cerrar todas las válvulas de gas y dejar el extractor encendido.

—Ya lo sé.

—A papá le aterra que pueda haber un incendio en el crematorio. Siempre dice que no quiere que las llamas se vuelvan contra él —apuntó Neveah.

Se quedaron un rato bajo el toldo, uno al lado del otro, Neveah fumando y Roman consultando el móvil. Le había dicho a Dante que citara allí a los Black Baron Boys a eso de las nueve, dando por supuesto que el crematorio les proporcionaría la privacidad que necesitaban sin levantar demasiadas sospechas. Salvo que los BBB se presentaran en Cadillacs y Bonnevilles tuneados con llantas de sesenta centímetros. En ese caso, hasta el lamentable cuerpo de policía de Jefferson Run podría enterarse de su reunión.

—¿Alguna vez te preguntas dónde estará? —preguntó Neveah.

—Ya no —contestó Roman.

Guardó el móvil. El sol se había puesto y las primeras estrellas iluminaban el cielo como una guirnalda de bombillas que se fueran encendiendo de una en una.

—Durante un tiempo, yo pensaba en eso a todas horas. Como si lo único que pudiese hacer fuese intentar averiguar qué le había pasado. Por ejemplo, nunca me expliqué por qué la policía encontró su coche junto a las vías del tren. ¿Qué estaría haciendo mamá allí?

—¿Quedar con alguien? —aventuró Roman, con mayor dureza de la que pretendía.

—Antes le echaba la culpa a Oscar, pero ya no estoy tan segura. Cuando ella desapareció y empezaron los rumores, y papá lo despidió, le pregunté si creía que Oscar había tenido algo que ver con su desaparición, pero me dijo que no quería pensar en ello. Que no valía la pena hablar de eso. Oscar murió hace unos años, y cuando Chester Harmon, de la agencia funeraria Jackson Brothers, trajo el cadáver, papá ni siquiera se dignó mirarlo. Me hizo meterlo en el horno —reveló Neveah.

—La verdad, no puedo ni imaginar lo mal que lo habrá pasado —dijo Roman—. Todo el mundo lo sabía. Durante años no se habló de otra cosa en la escuela, y todos daban por hecho que mamá le ponía los cuernos.

Se notaba la mandíbula rígida y robótica, como si fuera un hombre de hojalata falto de aceite.

—Eso no es excusa para matarla —señaló Neveah.

—¿Quién? —preguntó Roman, ahogando una exclamación.

—¿Tú quién coño crees? —replicó ella.

Roman se apartó bruscamente del muro.

—No puedo creer que estés hablando de papá —dijo.

Neveah parpadeó rápidamente cinco o seis veces seguidas.

—Es la primera vez que lo digo en voz alta. Es como si, al verlo tendido en esa cama, le hubiese perdido el miedo. Sabes, cuando mamá desapareció y la policía vino a casa, me dije que él se comportaba así porque temía no volver a verla. Temía que ella no regresara. Pero ahora creo que temía que averiguaran lo que había hecho.

—No puedes decirlo en serio. No puedes creer de veras que él la mató —dijo Roman.

—Llevo la contabilidad de la empresa desde que cumplí quince años. Una de las cuentas bancarias sigue a nombre de mamá, pero no la ha tocado en todos estos años. Ni una llamada, ni un regalo de cumpleaños, ni una postal navideña. Nunca le mandó los papeles del divorcio a papá. No nos ha invitado a conocer a su nueva pareja. Ni una palabra en diecinueve años.

—Eso no quiere decir que él la matara. Papá no haría algo así. No sería capaz de matar a la madre de sus hijos. Levantaron todo esto juntos. Ella currando en el hospital, él trabajando a media jornada para los Jackson Brothers y otra media como camarero en el Trout's. ¿No te acuerdas? Se dejaron la piel para montar este negocio, codo con codo. Recuerdo el día que papá consiguió el préstamo. Nos metió a todos en la Suburban y nos llevó al Old Country Buffet. Mamá comentó que era el restaurante más elegante de Jefferson Run y papá le dijo que algún día la llevaría a Richmond, a cenar a un sitio realmente fino, pero hasta entonces tendría que conformarse con eso —dijo Roman, y se le quebró la voz.

Neveah dio otra calada al cigarrillo y expulsó el humo por las fosas nasales como un dragón. Escudriñó la creciente oscuridad, las estrellas incesantes y ancestrales en el cielo nocturno, la luna creciente, como una esquirla de luz que se elevaba tras nubes pestilentes.

—Mamá le ponía los cuernos a papá con el hombre que los ayudaba a llevar el negocio que habían levantado entre los dos. La madre de sus hijos y un hombre en el que confiaba como si fuera su hermano. Papá, que llevaba todo el verano oyendo rumores de que

su mujer se estaba tirando a su mano derecha, que se mataba a trabajar para sacar la empresa adelante, tiene un crematorio. ¿Y un buen día esa mujer, esa esposa, esa madre, desaparece sin más? ¿Qué crees que creo? Todo eso que acabas de decir no hace sino confirmar mis sospechas. Cuanto más quieres a alguien, más probable es que ese amor se trueque en odio si te sientes traicionado. Por supuesto que creo que él lo hizo. La pregunta es ¿por qué no lo crees tú? —dijo Neveah. Le dio una última calada al cigarrillo.

Roman vio destellar el ascua como la espoleta de una bala.

—Porque conozco a papá —dijo.

—Me voy a casa. No te olvides de cerrar las válvulas —insistió Neveah. Luego se encaminó a la furgoneta y se sentó al volante.

Como si fuera una señal acordada de antemano, su móvil vibró. Era un mensaje de texto.

Esta noche vuelvo a estar libre.

Neveah escribió con una mano mientras encendía un nuevo cigarrillo con la otra.

Esta noche no, Chauncey. Rollos familiares.

Pulsó «enviar» y salió a toda velocidad del aparcamiento. Al llegar al final de Industrial Way, dobló a la derecha en dirección al centro. Necesitaba una copa. Necesitaba diez. Necesitaba quitarse el

regusto amargo de lo que acababa de decir. No porque creyera estar equivocada, sino porque temía estar en lo cierto.

Roman subió a la zona privada del crematorio y se metió en la ducha. Abrió el grifo del agua caliente al máximo, todo lo caliente que podía soportarla sin que llegara a escaldarle la piel, y dejó que se llevara los restos de los cuerpos que habían incinerado y las vidas que habían reducido a polvo. En cierta ocasión, antes de que su madre desapareciera, le preguntó a su padre por qué había decidido abrir un crematorio y no una agencia funeraria.

«Si diriges una funeraria, tienes que hacer de consejero, abogado y agente de seguros. A veces tienes incluso que hacer de detective. Demasiado trabajo para tan poca recompensa. Pero aquí dejamos que el fuego haga todo el trabajo. No tenemos que vestir a los cadáveres, no tenemos que maquillarlos. Nadie vendrá a quejarse de que no se parecen a quienes fueron en vida. Aquí no hay preguntas ni reclamaciones. Simplemente dejamos que ardan. Todo arde», había concluido su padre.

Con el paso de los años, Roman reflexionaba a veces sobre la filosofía comercial descaradamente mercenaria de su padre. De niño no conocía la palabra «nihilismo», pero con el tiempo se convirtió para él en la mejor manera de describir la manera que tenía de ver la vida. Todo arde. Su matrimonio, sus amistades, la relación con sus propios hijos, todo iba a parar a una pira donde era sacrificado en aras de su ambición. Y, pese a todo, Roman lo quería. Lo quería precisamente por esos sacrificios. Por su voluntad de hierro. Si no fuera por su padre, ¿qué habría sido de él? Las llamas habían

pagado su título universitario. El fuego le había dado la vida que ahora llevaba en Hotlanta. Gracias a su padre se había convertido en el hombre que era. No gracias a su madre, por más que la añorase. Por más que soñara con ella.

El timbre de la puerta resonó en el edificio.

Roman salió de la ducha, se puso los chinos y la camisa, se colocó el Rolex en la muñeca izquierda. Sus camisas estaban confeccionadas a medida, con la manga izquierda un poco más corta que la derecha para poder presumir de ese reloj de doce mil dólares que había comprado de segunda mano a través de un joyero que hacía encargos para algunos de sus clientes. Le gustaban las cosas buenas, usar ropa de la mejor calidad, conducir los coches más extravagantes, comer en los restaurantes más selectos, pero había en él cierta austeridad deudora de la sabiduría que compartía con su padre.

Todo arde.

Los coches se devaluaban en cuanto los sacabas del concesionario. Las joyas sólo valían lo que determinaba el mercado en cada momento. Cualquier espectador de *Antiques Roadshow*, el programa de telerrealidad sobre antigüedades, lo sabía de sobra. Hasta las camisas hechas a medida se rasgaban y deshilachaban con el paso del tiempo. Todo era una farsa, puro teatro, y las cosas materiales formaban parte del atrezo. A Roman le gustaba vestir bien, pero le gustaba aún más tener una cuenta de siete cifras en un paraíso fiscal.

Se secó la cara. Al otro lado del espejo vio a un hombre que, sobre el papel, valía más de un millón de dólares, pero que en ese instante no parecía valer más de treinta mil. La mayor parte del

dinero estaba en cuentas que no podía tocar. Había organizado un complejo e intrincado sistema de inversión financiera que requería paciencia y planificación. No era la clase de inversión que recomendaría a sus clientes, que por norma buscaban un rendimiento inmediato. Roman se encargaba de que el dinero que habían amasado trabajara para ellos a destajo. Invertía en cuentas de alto rendimiento, fondos de cobertura, metales preciosos de alta gama, acciones en empresas tecnológicas, bienes inmuebles, etcétera, etcétera. Productos que podían venderse en un abrir y cerrar de ojos si el cliente necesitaba dinero para pagar la fianza por una transgresión pública que se había vuelto viral o bien para evitar que saliera a la luz otra cometida de puertas adentro. Sus clientes eran la clase de celebridades efímeras e hijos de papá que soñaban con retirarse a una isla paradisíaca, si es que se planteaban siquiera la posibilidad del retiro.

Roman soñaba con comprar la isla entera.

Para cuando llegó abajo, quienquiera que hubiese llamado al timbre había desistido de ese método y empezado a aporrear la puerta. El sonido reverberaba a través del edificio como un tambor en un museo.

Roman echó un vistazo por la mirilla.

Era un hombre con el uniforme marrón de UPS.

Abrió la puerta.

—Traigo un paquete para Servicios Crematorios Carruthers —dijo el repartidor tendiéndole una caja con el tamaño y la forma de una gran biblia, como la que había sobre el púlpito de la Primera Iglesia

Bautista Abisinia de Taylorville, donde toda la familia iba a misa antes de que su padre construyera una casa en Jefferson Run.

—Firme aquí —dijo el repartidor, ofreciéndole un lápiz óptico y una tableta electrónica. Roman así lo hizo—. Que tenga una buena noche —se despidió el hombre.

—Ojalá —repuso Roman apretando el paquete contra el pecho.

Lo dejó sobre el escritorio de la sala del horno y luego volvió arriba para esperar a Dante.

Una hora después oyó el Challenger aparcando fuera.

Volvió a bajar y abrió la puerta, que había cerrado con llave. Dante la empujó y entró en el vestíbulo. Roman se dio cuenta de que sus ojos habían perdido el brillo vidrioso de la víspera. Su hermano fue hasta la silla de madera que había junto a la mesa de centro y se sentó frente a la puerta del despacho.

—He ido a hablar con Getty, a preguntarle por lo que me dijiste —anunció.

—¿Y qué te ha dicho? —preguntó Roman.

Dante se pasó la mano por el pelo.

—Tenías razón. Se ha puesto en plan «tío, eso es cosa tuya. Esa gente confió en tu palabra». Rome, ese hijo de la gran puta ha tenido el santo morro de mirarme a los ojos y soltarme eso.

—Vale. Vale, lo usaremos en nuestro favor cuando hablemos con esos tíos —repuso Roman.

—Usarlo, ¿cómo? Rome, ¿qué hago? Los hermanos Gilchrist van a matarme —gimió Dante.

«Haberlo pensado antes de intentar meterte a camello», se dijo Roman.

—No van a matarte. Si lo hicieran, ¿cómo iban a recuperar la pasta que les debes? Sólo tienes que ofrecerles un buen trato, uno que les garantice que recuperarán el dinero con intereses.

—Rome, sigues sin pillarlo. Tío, esos dos son unos monstruos —dijo Dante.

Roman cruzó las piernas.

—Que va, sólo son gánsteres, y los gánsteres no son sino directores ejecutivos que trabajan a pie de calle. No es la primera vez que me las veo con directores ejecutivos y sus subalternos. Hablo su mismo lenguaje, puedo sacarnos de ésta.

Dante se pasó la lengua por los labios.

—Deja que te cuente algo sobre estos chicos. ¿Te acuerdas de Eva Willis, la que hacía atletismo? Esos dos son hijos de su hermana. Torrent y Tranquil Gilchrist. A uno lo llaman Torrent porque se llevó por delante toda la competencia que tenía en Jefferson Run. Lo de Tranquil, bueno, es casi un oxímoron, porque está como una puta cabra. Lo que pasa es que no se le nota en la cara. Nunca hay manera de saber si está enfadado, triste o contento. Hace un par de años, un chico llamado Quaran se vino aquí desde Richmond e intentó montar su propio negocio. Tenía algo que ver con los Crips, los Bloods u otra pandilla del estilo. El caso es que quiso instalarse aquí sin entender las reglas del juego. Iba por ahí robando los alijos de los hermanos Gilchrist y, no contento con eso, atracó un par de puestos de autolavado y tiendas de vapeo suyas. Para colmo, tuvo un encontronazo con Torrent en el restaurante Trout's y tiró al suelo el plato de menudillos de cerdo que él estaba comiendo sin molestarse demasiado en fingir que había sido un accidente.

Dante hizo una pausa, tomó aliento y siguió contando la historia.

—Cerca de una semana después, la madre de su hijo recibió una cena preparada completa en su casa. Se la entregó un tipo que dijo ser de una empresa de reparto a domicilio. Más tarde, la mujer le contó a todo el mundo que le dijo al repartidor que se equivocaba de dirección, pero que el hombre había pasado de todo. El caso es que la tía acepta la comida, ¿vale? ¿Qué hay de malo en ello? Y resulta que está muy rica, tío. Pan de maíz, macarrones con queso, verduras salteadas, una gran jarra de té con hielo y un plato de menudillos. Ella se lo da de comer a los niños, come también. Ya sabes, les echa un poco de salsa picante a los menudillos y para adentro. No deja ni pizca. Rome, cuando llega al fondo del plato, se da cuenta de que había una hoja pegada con celo debajo de la comida, una página arrancada del Corán. Le dieron de comer las tripas de ese pobre negro a la madre de sus hijos. Así que, sea lo que sea eso que estás pensando en decirles, piénsatelo muy, pero que muy bien —concluyó Dante.

Roman hizo un gesto con la mano como restándole importancia.

—Dante, eso es una leyenda urbana que seguramente hicieron circular ellos mismos para amedrentar a la gente. No puedes hacerle caso. No van a abrirte en canal. Lo que tenemos que hacer es negociar un acuerdo que permita a ambas partes creer que salen ganando.

—Rome, a esos dos se la suda si los demás salen ganando o no.

Roman estaba a punto de contestarle cuando el estruendo de un par de tubos de escape dobles resonó en la noche. Los dos hermanos miraron hacia la zona de trabajo situada en la parte trasera del edificio. La reverberación de los tubos de escape tuneados procedía de allí. Roman señaló con el mentón la puerta

con el letrero de PRIVADO que había al fondo del vestíbulo. Dante entró primero, fue hasta la puerta enrollable y miró por una de las cuatro ventanas que ocupaban todo el ancho de la puerta.

—Son ellos —dijo. Había empezado a jadear.

Roman se levantó, se acercó a él y posó una mano en su nuca.

—Todo saldrá bien. Tú preséntame, diles quién soy y déjame hablar, ¿de acuerdo?

Dante asintió en silencio.

Roman apretó los puños al tiempo que flexionaba los dedos de los pies dentro de los zapatos. Intentó proyectar un aura de serenidad y aplomo. La clase de aplomo con el que acudía a las salas de reuniones. Había dicho que se encargaría de resolver ese lío y estaba seguro de poder hacerlo, pero ahora que había llegado el momento los nervios amenazaban con desbaratar sus planes. Su cerebro primitivo, su yo animal, le suplicaba que huyese. Que huyese de ese lugar y, ya de paso, le prendiera fuego antes de poner pies en polvorosa.

Pero no podía abandonar a Dante. No por segunda vez.

—Abre —ordenó Roman.

Dante pulsó un botón rojo cercano a la puerta enrollable y se hizo a un lado.

Mientras la puerta se abría, Roman vio dos coches en el diminuto aparcamiento del crematorio. Uno de ellos era un Bonneville verde metalizado de carrocería grande, con enormes llantas de sesenta centímetros y una capa de pintura que parecía caramelo derretido y resplandecía bajo las farolas situadas a ambos lados del aparcamiento. El otro era un sencillo y discreto BMW negro. Tres hombres negros se apearon del Bonneville. Roman sintió un nudo en

el estómago. Eran tipos corpulentos vestidos con vaqueros azules de corte holgado y camisetas blancas sueltas. Uno de ellos llevaba el pelo recogido bajo un gorro elástico y una larga cadena negra al cuello con un colgante en forma de calavera tocada con sombrero de copa. Todos lucían tatuajes de la misma calavera que se extendían por sus brazos en diversas combinaciones.

Otros dos hombres se bajaron del BMW con la elegancia y la agilidad de dos atletas. Eran delgados, como los jugadores de un equipo de baloncesto universitario. El conductor era el más bajo de los dos y lucía largas rastas sueltas. En su cuello tatuado aparecía la misma calavera con sombrero de copa que tenía el conductor del Bonneville. Llevaba la camisa blanca remangada, dejando a la vista unos musculosos antebrazos con más tatuajes, vaqueros negros ceñidos y unas zapatillas Jordan clásicas en blanco y rojo.

El hombre que se apeó del asiento del copiloto era más alto, pero Roman advirtió el parecido familiar entre ambos. Los dos tenían el ceño permanentemente fruncido, como un caldero cuyas asas metálicas se hubiesen ido fundiendo de forma apenas perceptible a lo largo de los años y endureciéndose cada vez que se enfriaban. Pero Roman no creía que esos hombres se enfriaran jamás. Su ira era una llama eterna. Emanaba de ellos como el calor de una estufa de leña.

El copiloto lucía una abundante cabellera afro, salvo por una franja horizontal afeitada a ras de piel en el lado izquierdo del cráneo. Vestía camisa blanca, pantalones negros y un abrigo corto del mismo color. También lucía el tatuaje de la calavera en la mano izquierda, pero el suyo era un diseño sutil en comparación con los del conductor y los ocupantes del Bonneville.

Torrent y Tranquil. Los hermanos Gilchrist. La noche anterior, la tenue luz de la discoteca había prestado al rostro de ambos un aire aniñado, pero ahora, bajo el pálido resplandor de los fluorescentes del techo, los tenebrosos caminos que habían recorrido y las espantosas escenas que habían presenciado parecían grabadas a fuego en su cara. En la discoteca hubiesen pasado por meros camellos de tres al cuarto. Ahora, en la tranquila penumbra del crematorio, tenían toda la pinta de asesinos despiadados.

Roman tragó en seco.

—Rome, te presento a Torrent y Tranquil —dijo Dante, señalando con la cabeza a los dos ocupantes del BMW—. Y estos de aquí son D-Train, Splodie y Yellaboy.

—Me gusta tu cadena, tío —dijo Roman.

El hombre del gorro elástico asintió.

—Ya, tío, acabo de comprármela. Me llaman Yellaboy porque tuve ictericia de pequeño, no porque sea claro de piel, porque no lo soy —dijo con una carcajada que atajó en seco, como si la hubiese atravesado una catana, en cuanto Torrent le lanzó una mirada.

Lo primero que Roman había aprendido en la escuela de negocios era que establecer una buena comunicación no consistía sólo en entablar un diálogo, sino también en determinar qué posición ocupaba cada cual en la jerarquía social. Yellaboy estaba en uno de los eslabones inferiores. Roman llegó a esa conclusión al ver que se sentía obligado a justificar su apodo.

—Pasad, pasad —dijo.

Más movimientos jerárquicos. Era él y no Dante quien los invitaba a entrar. Un reconocimiento tácito de que estaba al mando. Los hombres entraron en la zona de trabajo.

—Cachéalos —dijo el de la melena afro, el que Roman había identificado como Torrent.

Yellaboy se adelantó y, sin pedir permiso, deslizó las manos por el pecho y el estómago de Roman, luego por las piernas y finalmente alrededor de la cintura. Luego repitió la operación con Dante. Torrent escrutaba a Roman con los ojos entornados y se acarició la perilla meticulosamente recortada por unos segundos antes de meter las manos en los bolsillos del abrigo.

—Según tu hermano, tienes algo que decirnos —empezó Torrent. Su voz sonaba grave y serena.

Tranquil se apoyó en el elevador hidráulico y se cruzó de brazos. A Roman no se le escapó que los otros tres se habían dispersado a su alrededor formando un semicírculo.

Respiró hondo.

—Mi hermano y su amigo Getty te pidieron que les adelantaras una gran cantidad de mercancía. Por valor de trescientos mil dólares, para ser exactos. Eme y heroína. Luego el señor Getty le contó a mi hermano la patraña de que le habían birlado cincuenta mil dólares de eme, algo que no se lo cree ni él. No quisiera inmiscuirme en tus asuntos, pero si yo estuviera en tu lugar hablaría personalmente con el señor Getty de ese asunto. Ahora bien, eso nos lleva a los doscientos cincuenta dólares de heroína restantes. Mi hermano cometió dos graves errores: intentar meterse en este negocio y hacerlo de la mano de alguien como Getty. El caso...

—No necesito un resumen de cómo la cagó tu hermano. Lo que necesito es saber cómo pensáis devolvernos la pasta —lo interrumpió Torrent. Sus ojos se posaron sobre él como los de un halcón al avistar a un conejo.

Roman intentó sostenerle la mirada, pero había un abismo en los ojos de Torrent que lo obligó a bajar los suyos y tomar la palabra de nuevo.

—De acuerdo. En ese paquete que ves sobre el escritorio hay doscientos mil dólares. Eso cubre una parte de la deuda de mi hermano. Puedo conseguir los cincuenta mil restantes a finales de mes. Con eso saldaríamos toda su deuda. Mientras tanto, si por casualidad te interesara invertir ese dinero en productos... menos arriesgados, estaría encantado de ayudarte. Así me gano la vida, haciendo que el dinero de mis clientes se multiplique, y se me da muy bien —dijo Roman notando que el corazón le vibraba en el pecho como las alas de un colibrí.

Había añadido esa especie de propina para atenuar el chasco de no tener todo el dinero a punto para que esa banda de asesinos y extorsionadores lo recogiese y partiese a lomos de sus caballerías rumbo al sol poniente. La víspera había llamado a Khalil a las dos de la madrugada para que fuera a su piso, cogiera de la caja fuerte todo el dinero en efectivo que tenía guardado para emergencias, se desplazara en coche hasta Carolina del Sur y le enviara el dinero a través de un buzón interno de UPS.

Le había dado la dirección del crematorio, rezando para que el paquete no llegara hasta que Neveah se hubiese marchado, y quiso la suerte que ese repartidor en concreto se retrasara con las entregas. Roman había pasado todo el día comprobando las alertas del móvil con el corazón en un puño hasta que oyó el timbre de la puerta.

Torrent alzó la mano y Roman se interrumpió. A su espalda, los hornos emitían una letanía de chasquidos y pitidos al enfriarse.

Dante se mordía el labio inferior.

—¿Crees que no sé qué hacer con mi dinero? —preguntó.

Roman advirtió que todos sus acompañantes se tensaban. Tranquil se apartó del elevador hidráulico. Algo en el ambiente había cambiado de un modo apenas perceptible. Pero Roman lo percibió, desde luego. Mantuvo la mirada al frente, pero se tomó unos segundos para escoger sus siguientes palabras.

—No es eso lo que quería decir. No pretendía insultarte —repuso Roman.

—¿Sabes qué? Hablas mucho, pero aún no te he oído decir cómo va a devolverme tu hermano el dinero que me debe.

—Te he dicho que tengo doscientos mil aquí mismo. Y además te ofrezco mis servicios. Eso es lo que he dicho, nada más.

Roman habló despacio y con claridad. Tenía la sensación de estar caminando por el filo de un cuchillo lo bastante afilado para rebanarlo en dos.

—Entiendo lo que dices. Quieres que me espere... ¿qué, tres meses, mientras vosotros jugáis a los trileros con mi pasta y tu hermano sigue paseándose por ahí como si no me debiera nada? — Torrent cruzó el suelo de hormigón y se detuvo a un palmo de Roman.

—He dicho... a finales de mes —musitó Roman.

Torrent inclinó la cabeza hacia delante.

—Tu hermano y su amigo vinieron a mí como si supieran lo que estaban haciendo, pero resulta que no lo sabían. Hablaban como si supieran cortar la mercancía, pero resulta que no sabían. Hablaban como si fueran a duplicar los beneficios y pagarme mi parte con

intereses por haberles adelantado semejante cantidad de mercancía. Así que, en realidad, nos deben cuatrocientos veinte mil dólares.

—Eso es... un cuarenta por ciento de interés —dijo Roman.

Torrent se llevó un dedo a los labios para imponer silencio.

—Eso fue lo acordado. Eso es lo que dijeron que iban a hacer. Pero no lo han hecho, sino que van por Jefferson Run descojonándose en nuestra puta cara. Incluso después de que vuestras furgonetas aparecieran con los neumáticos rajados. Incluso después de que al viejo se le desparramaran los sesos en la vía del tren. Así que dime, ¿qué te hace pensar que tu palabra es más creíble que la de tu hermano? ¿Me tomas por imbécil? —preguntó Torrent.

Roman se notó la garganta seca como la arena del desierto.

Torrent chasqueó los dedos delante de su cara.

—Te he hecho una pregunta.

—No, no te tomo por imbécil. Sólo intentaba...

—Claro que me tomas por imbécil. Te crees que soy una mala imitación de Nino Brown que esconde el dinero debajo del colchón y vive esperando que la pasma entre pegando una patada en la puerta.

—No, para nada. Puedes buscarme en internet. Sé de lo que hablo. Sólo intentaba explicarte que... el mundo de las finanzas... a mucha gente le cuesta... y yo... —balbuceó Roman, pero las palabras se le resistían y el corazón le daba brincos como si fuera a saltársele del pecho.

—Te diré lo que va a pasar —atajó Torrent—. Nos llevaremos esos doscientos mil y volveremos la semana que viene a por los cincuenta restantes. Luego podrás seguir pagando esa misma cantidad cada

mes hasta que yo decida que tu hermano y tú habéis pagado lo que cuesta mi paciencia. Considéralo un impuesto por tomadura de pelo.

—Mmm... Verás, no podemos pagar cincuenta mil dólares al mes durante un tiempo indeterminado. Puedo devolverte lo que te debe, te lo aseguro. Esos doscientos mil son una muestra de buena fe. Otros doscientos veinte mil a razón de cincuenta mil al mes son cuatro meses, más o menos. Eso es lo que mi hermano te debe, y eso es lo que podemos pagar —dijo Roman.

De pronto se le estaba llenando la boca de saliva, un líquido espeso que manaba sin cesar como si alguien hubiese abierto un grifo. Sintió ganas de vomitar, pero reprimió las arcadas. Tenía que hacerles entender lo que podía hacer y lo que no. A simple vista parecían delincuentes comunes, pero Roman se daba cuenta de que no tenían un pelo de tontos.

—Tranquil —dijo Torrent.

Su hermano se acercó con parsimonia. Clavó la mirada en Roman. Sus ojos eran de un marrón apagado y turbio que parecía negro bajo las sucias luces amarillas del techo.

—Escucha, no sé en qué momento se ha torcido esto, pero...

El golpe llegó de un modo tan repentino y veloz que más tarde Roman se diría que fue como ver una serpiente en un documental sobre naturaleza. Demasiado rápido para que el ojo lo percibiera, pero ahí estaba el resultado. Y, tal como un roedor atacado por la serpiente, Roman yacía en el suelo, retorciéndose de dolor. Tranquil lo cogió del pelo y tiró de él hacia arriba hasta dejarlo de rodillas. Luego cogió la pistola con que lo había golpeado y le metió el cañón en la boca. Roman notó el regusto a metal y aceite lubricante mientras sus dientes rozaban la mira del arma. Oyó a Dante chillar,

pero no veía lo que le estaban haciendo. Sólo veía a Tranquil y Torrent mirándolo desde arriba, a contraluz, alumbrados por las bombillas de la lámpara que colgaba del cavernoso techo de la sala del horno.

—Odio a los negros que se creen tan listos que vienen a darme lecciones como si no tuviera dos dedos de frente. Enderézalo —dijo Torrent.

Su tono era imperturbable, sus modales, pausados. Tranquil tiró a Roman del cuello de la camisa hasta dejarlo apoyado sobre las rodillas, pero incorporado de cintura para arriba. La sangre le manaba por la cara desde la herida en la sien.

—Te presentas aquí deshaciéndote en sonrisas, con tu camisa de marca, tu peluco de la hostia y tus zapatos de pijo blanco para decirme que no me vas a pagar. En Jefferson Run tenemos otra manera de hacer las cosas... —dijo Torrent.

Roman notó que se le llenaban los ojos de lágrimas. El regusto del aceite lubricante le estaba dando arcadas.

Torrent se situó a su espalda.

—Ahora lo verás —dijo.

Roman intentó hablar, intentó gritar, pero tenía la lengua inmovilizada por el cañón de la pistola, por lo que no podía obrar su magia.

Entonces lo golpearon de nuevo. Esta vez, en lo alto de la cabeza. Con fuerza. Notó que le zumbaban los oídos cuando se le rompieron los dientes contra el cañón de la pistola. Por un instante, el dolor fue tan intenso que parecía no existir. En su lugar, experimentó una efímera sensación de frescor, como si hubiese mordido un cubito de hielo. Pero eso duró una milésima de segundo. Y, cuando llegó el

dolor, fue como si se hubiese dado de morros contra un poste. Como si hubiese metido los dedos en un enchufe. Como si le hubiesen golpeado la boca con un puñado de monedas. Todo eso a la vez.

Tranquil sacó el cañón de la pistola de su boca y Roman se desplomó hacia delante. La sangre le llenaba la boca con su amargo sabor a cobre. Con la lengua libre, recorrió instintivamente los dientes de arriba. Lo que descubrió lo dejó horrorizado: dientes de contorno irregular, agrietados y rotos como astillas. Rodó hasta quedarse de costado y dejó que la sangre le manara por la boca y se deslizara por la barbilla. Notó algo duro y afilado tratando de bajar por su garganta, así que carraspeó y escupió sin pensarlo. Al hacerlo, se formó una pequeña mancha roja en el suelo de hormigón, con esquirlas blancas que parecía flotar en ese charco escarlata. Comprendió que eran trozos de sus propios dientes.

Torrent rodeó su cuerpo tendido y se agachó para mirarlo a la cara.

Roman intentó pensar. Le dolía la boca como si hubiese besado un cable pelado. Nunca había visto la muerte tan de cerca como en ese instante. Un par de noches atrás estaba tumbado en la cama con una modelo que presumía de haber salido en un videoclip de Usher en calidad de «Meneaculos n.º 2» y ahora estaba sangrando en el suelo del edificio que su padre había levantado ladrillo a ladrillo con el sudor de su frente. Fue entonces, con la boca llena de sangre, cuando comprendió que se había equivocado. Estaba tan acostumbrado a tratar con personajes histriónicos, como de dibujos animados, que se hacían pasar por tipos duros en los estudios de grabación de Atlanta, que desgranaban anécdotas de una vida que sólo habían visto de lejos, tomando ese conocimiento superficial

para atribuirse leyendas callejeras que sólo existían en su imaginación, aunque se reprodujeran millones de veces y se las descargaran matones igual de falsos que ellos, deseosos de creer que estaban en el ajo, que había olvidado que los gánsteres de verdad también existían. Hombres para los que el asesinato era tan sólo una parte del trabajo. Gajes del oficio. ¿Cómo los había descrito Dante?

Monstruos. Eran monstruos, y se los iban a comer vivos, a su hermano y a él.

—Eres demasiado blando y mono para dártelas de charlatán, ¿lo sabías? Hay tanto que destrozar en esa cara... Eres como una vidriera: muchos colorines, mucha luz y todo lo que quieras, pero en realidad no sirves para nada. Si la iglesia se quema, hay que romper la vidriera para que se vuelva útil. Verás, en lo que a mí respecta, la deuda de tu hermano es ahora tuya. Tal como yo lo veo, puedo deshacerme de él y de su amiguito y aun así recuperar mi dinero. Lo que no puedo es dejar que vaya por ahí faltándome al respeto. Lo entiendes, ¿verdad? Eres un hombre de negocios, ¿no? —dijo Torrent. Se levantó y se frotó las manos en los pantalones.

—Splodie, cárgate a ese negro. Tienes hasta el viernes para conseguir el resto del dinero. Luego, cincuenta mil a tocateja el primer día de cada mes. Si no pagas, vendremos otra vez de visita, pero esta vez hablaremos con tu hermana. Y si tampoco pagas al mes siguiente, te llevaremos a la finca y te presentaré a mis perros. Pero sé que vas a pagar, porque eres un tipo listo, ¿a que sí? —dijo Torrent.

Roman vio como Splodie se sacaba la pistola de la cinturilla del pantalón y encañonaba la cabeza de Dante. A duras penas, se

incorporó hasta quedarse otra vez de rodillas. Escupió lo que parecía un litro de sangre, saliva y dientes, y gritó con todas sus fuerzas:

—¡Espera! Puedo conseguirte otros cien mil. Ahora mismo. Pero iba en serio cuando me he ofrecido a echarte una mano con el dinero. Se me da bien mi trabajo, soy uno de los mejores. Puedo conseguirte el triple de lo que te deben. Tengo conocidos que me pasan información privilegiada sobre el mercado bursátil, gente que sabe cuándo una empresa va a salir a bolsa. Sé cómo hacer que el dinero se multiplique como por arte de magia. Trabajaremos para ti durante un mes y triplicaré lo que mi hermano te debe. Y además... —Roman hizo una pausa. Se había quedado sin aliento. La cabeza le dolía tanto que parecía a punto de desgajarse en dos como una nuez. Sabía que estaba haciendo un pacto con el diablo, pero era su último as en la manga. Si no lo jugaba, tanto Dante como él podían darse por muertos y de camino al infierno—. Y además puedes usar el crematorio para deshacerte de los problemas —concluyó Roman.

Torrent alzó un dedo y Splodie apartó el cañón de la pistola de la cabeza de Dante. Torrent indicó a Roman que prosiguiera describiendo un círculo en el aire con el dedo índice.

—Tendrás libre acceso a las instalaciones. Haremos desaparecer tus problemas. No quedarán más que cenizas. Nada de ADN. Nada de huellas. Hasta las balas se derriten. Todo arde. Y sé que hay gente de la que necesitas deshacerte. Nadie construye lo que tú has construido sin que alguien intente quitárselo —añadió Roman con voz ronca.

Torrent se acarició la perilla.

—¿El triple? ¿Y podemos usar el horno siempre que lo necesitemos?

—Lo juro por mi madre. Dame un mes.

Torrent miró a su hermano. Tranquil se encogió de hombros.

—Vale. Un mes. Recuerda que has dicho el triple.

—No lo olvidaré —dijo Roman, mirando a Torrent a los ojos.

—Vale, qué coño. Pero no puedo dejar que Dante vaya por ahí sin haber sido castigado por su falta de respeto. Cógele la mano —ordenó Torrent.

Splodie y Yellaboy agarraron a Dante por los brazos y lo obligaron a arrodillarse. D-Train le cogió el brazo izquierdo y lo estiró hacia un lado. Torrent se fue hacia el tablero perforado que había cerca de la cámara frigorífica y cogió unas tijeras de podar que su padre usaba para recortar los raquíticos arbustos de boj que había delante del crematorio.

—¿Qué haces? —gimió Roman.

—¡Rome, ayúdame! —chilló Dante.

Roman hizo amago de levantarse, pero notó el cañón de la pistola de Tranquil en la nuca, de modo que se quedó de rodillas, como un penitente ante un dios imperturbable. No podían contar con ninguna intervención divina. El terror que percibió en los alaridos de su hermano pequeño le dolió más que sus propios dientes destrozados. Se inclinó hacia delante y vomitó al ver como Torrent le rebanaba el dedo meñique a Dante con las tijeras de podar y luego lo aplastaba con el talón.

7

El dentista, un tipo de mofletes flácidos que, a juzgar por los capilares rotos de la nariz, despachaba tres whiskies solos por noche, alumbró el interior de la boca de Roman con la luz halógena del brazo articulado y chasqueó la lengua.

—Habrá que poner un puente parcial. Podríamos hacer implantes, aunque saldrán más caros. Bastante más caros. El seguro suele tardar unas semanas en aprobar el presupuesto, pero...

Roman lo interrumpió. La noche anterior se había desinfectado la boca con enjuague bucal antiséptico y había sentido un escozor tan intenso que, por unos instantes, hasta le había aliviado el dolor. Sin embargo, seguía notando el sabor a cobre de su propia sangre. Pensó que le daba un toque áspero y metálico a su voz.

—Implantes. Cárguelo a mi tarjeta. Lo necesito para hoy —dijo.

El dentista frunció el ceño, lo que hizo que sus mofletes colgantes parecieran dos pares de labios adicionales.

—Señor Carruthers, los implantes pueden llegar a costarle...

Roman volvió a interrumpirlo.

—Es una American Express negra. Hágalo.

En su mente se vio como un niño. Un niño que sostenía un cepillo de dientes con forma de cocodrilo y una pastillita roja que le había dado la enfermera del colegio en cuarto o quinto de primaria. Se

suponía que debía masticar la pastilla para que señalara las zonas de los dientes donde se había acumulado la placa. Esas zonas se teñirían de rojo vivo, como si le hubiese pegado un bocado a un trozo de carne cruda. Se vio a sí mismo mirándose en el espejo con toda la boca teñida de rojo. Sus padres trabajaban de sol a sol para intentar sacar adelante el crematorio y no siempre podían asegurarse de que Neveah, Dante y él se cepillaran los dientes como estaba mandado.

Una vez que su empresa despegó, Roman invirtió miles de dólares en carillas, tratamientos de blanqueamiento y limpiezas dentales. Los ricos que te confiaban el dinero para que se lo ocultaras al tío Sam o a su cónyuge deseaban creer que eras uno de los suyos. Al menor indicio de que habías vivido alguna vez por debajo del umbral de la pobreza, huían como ratas de vuelta a sus torres de marfil. No se fiaban de que un pelagatos manejara su riqueza.

Se fijaban en tu ropa, en cómo hablabas, te miraban los dientes como si fueras un caballo en venta. Tranquil y Torrent habían desparramado todos esos miles de dólares por el suelo del edificio que su padre había levantado a costa de sacrificar todo lo demás.

Dante tenía razón. Roman los había subestimado. Nada más ver su reloj de lujo y su ropa de marca, Torrent, Tranquil y sus secuaces pensaron que nunca había pasado penurias. Pensaron que era un blando.

Roman pensó que había muchas cosas que no podía presumir de ser. No era un gánster. No era un buen hijo ni un buen hermano. No era un buen novio.

Pero desde luego no era un blando.

Torrent y Tranquil sólo veían la superficie de lo que era, o de aquello en lo que se había convertido. No podían asomarse a sus ojos, a su alma, ni ver la roca que latía en su interior. Inmutable e inamovible como las pirámides. Sólo veían a Roman Carruthers, gestor financiero. No sabían de lo que era capaz ni lo que estaba dispuesto a hacer para alcanzar sus metas.

Ése era el error de Torrent y Tranquil.

Él era el único que recordaba cuando su familia vivía en el lado sur de la ciudad, cerca del centro de recogida y almacenamiento de residuos, en una zona conocida como el Arrabal, un lugar donde el aire siempre estaba impregnado por una película aceitosa procedente de los motores diésel de los trenes. Allí estaba la Casa Rosada, el burdel de Jefferson Run. Era un lugar dejado de la mano de Dios donde abundaban los puestos de cobro de cheques, los cobertizos hechos con bloques de hormigón desnudos que acogían los colmados del barrio, los bares de mala muerte sin salidas de emergencia y los desguaces que crecían como setas a la sombra de los almacenes de tabaco abandonados y los comercios vacíos. Recordaba haber vivido allí mientras sus padres trabajaban de sol a sol con el fin de alcanzar la liquidez económica que les permitiría pedir un préstamo para la construcción del crematorio. Vivir allí significaba reescribir sobre la marcha las reglas del bien y del mal. Y todos ellos sobrevivieron, luchando con uñas y dientes. El Arrabal te destruía o se apoderaba de ti, a menos que lograras escapar. Y sus padres acabaron sacándolos de allí, pero para entonces ya habían aprendido ciertas lecciones.

Roman tanteó con la lengua los fragmentos irregulares de los tres incisivos frontales. No eran los primeros dientes que perdía. Lomello

Green lo había golpeado en la cara con una botella de litro de cerveza que le había hecho saltar una muela cuando era un chaval, y todo porque había perdido un partido de baloncesto de patio contra el equipo de Roman. Al volver a casa se lo contó a sus padres, pero ambos parecían absortos en sus cosas.

—Eres el mayor, Rome. Tienes que aprender a sacarte las castañas del fuego —le había dicho su padre.

—Pero sólo tengo catorce años —había replicado él con un hilo de voz.

Tres horas después, Roman enfilaba el camino de entrada de la casa familiar. Dante estaba tumbado en el sofá con un aparatoso vendaje en la mano izquierda. Roman había llevado a su hermano al hospital después de recoger lo que quedaba de su meñique y meterlo en una bolsa con hielo, aunque fue en vano. Después de limpiarle las heridas y vendarle la mano, el médico les había dicho que el meñique estaba demasiado dañado para reimplantarlo.

—Quienquiera que te haya atacado no quería que recuperaras ese dedo —dijo el médico, un joven negro que cosió el cuero cabelludo de Roman y el muñón de Dante y los mandó a casa.

Roman pensó que no era exactamente una ironía, pero se le acercaba, que hubiesen derramado sangre en el edificio que su padre había levantado y que los atendiesen en el hospital donde había trabajado su madre.

—¿Aprovechando que estamos aquí... vamos a ver a papá? —había sugerido Dante después de recibir la primera dosis de analgésicos.

—No quiero verlo en este estado —contestó Roman, y replegó los labios para enseñar su dentadura mellada.

Dante no volvió a sacar el tema.

Ahora, ya en casa, Roman se acercó a su hermano y le dio unas palmadas en el hombro. Estaba viendo dibujos animados en la tele mientras daba cuenta de un enorme bol de cereales. Roman pensó que, en su caso, no se trataba de una forma de nostalgia. En muchos sentidos, Dante seguía siendo un niño, un niño perdido en un bosque que había resultado ser mucho más peligroso de lo que él alcanzaba a imaginar.

—¿Cómo estás? —le preguntó.

—Hecho una mierda. Las medicinas que me ha dado el médico no me están haciendo nada —dijo Dante.

—¿Te duele? —preguntó Roman.

—No, pero noto un hormigueo en el dedo, aunque sé que ya no está —dijo Dante.

—Si no te duele, es porque las medicinas están haciendo efecto. ¿Dónde está Neveah?

—Ha dicho algo de ir a la policía. Primero lo de las furgos y lo de papá, y ahora esto, le han hecho sospechar que alguien nos la tiene jurada —contestó Dante, dejando el bol sobre la mesa de centro—. Rome, ¿no crees que deberíamos contarle lo que está pasando? Tiene derecho a... ya sabes, protegerse.

—¿Cómo? —preguntó Roman.

—¿Qué quieres decir? Debería saber que hay gente que quiere hacernos daño —insistió Dante.

—Y luego, ¿qué? ¿Qué va a hacer al respecto? ¿Por qué crees que saber nada de todo esto le servirá de algo? Neveah ya se siente

responsable por ti, se preocupa por papá y, con la que está cayendo, intenta mantener el negocio a flote. No necesita más motivos de angustia. Tenemos que ocuparnos de esto para que ella no tenga que sumarlo a su lista de tareas pendientes —concluyó Roman.

—¿Ocuparnos de esto? ¡Que me han rebanado un dedo, Rome! —bramó Dante. Se llevó la mano a la cara y empezó a sollozar. Roman apartó las piernas de su hermano para poder sentarse a su lado en el sofá. Le rodeó los hombros con un brazo y lo meció dulcemente hacia delante y hacia atrás—. Ese hijo de la gran puta pisoteó mi dedo como si fuera una maldita cucaracha, Rome. Tú te has arreglado la dentadura, pero yo me he quedado sin dedo —gimoteó Dante entre sollozos.

—Escucha, sé que ahora mismo no lo parece, pero ayer tuvimos suerte. Iban a matarte sólo para dejar claro que tienen la sartén por el mango. Su avaricia nos salvó, y podemos usarla en su contra —dijo Roman.

Dante se secó la cara con su vieja camiseta de BORN IN THE USA.

—¿Se puede saber de qué hablas, Rome? ¿Acaso no viste lo que pasó anoche? ¿A qué te refieres cuando dices que podemos usarlo en su contra?

—Ya los oíste. Les debes lo que ellos digan que les debes. Van a exprimirnos hasta dejarnos secos y luego nos cortarán a cachitos y nos darán de comer a los perros. Ninguna cifra nos permitirá quitárnoslos de encima. Si la triplico, querrán que la cuadruplique. Si les pago cincuenta mil dólares al mes durante un año, al año siguiente querrán cien mil al mes. Nunca nos dejarán en paz. Si queremos ser libres, tenemos que deshacernos de ellos. De una vez por todas —sentenció Roman.

—¿Y cómo pretendes hacerlo? Porque anoche tu plan salió de puta pena —repuso Dante.

Roman apartó el brazo de los frágiles hombros de su hermano.

—Igual has olvidado que intento arreglar una cagada tuya. Sí, anoche cometí un error, dejé que la confianza en mis dotes como vendedor me ofuscara. Son monstruos, y un monstruo no es sino una bestia a la que no entiendes. Pero ahora ya los entiendo. La avaricia es el motor que los impulsa. Es su debilidad. Tengo un nuevo plan, pero, puesto que dudas de mí, dime cómo piensas arreglártelas para salir de ésta. Soy todo oídos —concluyó Roman.

Dante no dijo nada durante unos instantes. Alargó la mano para coger un frasco de comprimidos que descansaba junto al mando de la tele y tragó uno a palo seco. Luego cogió el bol de cereales y siguió comiendo como si tal cosa. Finalmente, al cabo de unos minutos, tomó la palabra.

—Lo siento. Sé que estás hasta los mismísimos de salvarme el pellejo. No hago más que cagarla, y cada vez que eso pasa tú intentas arreglarlo, pero es como intentar limpiar una gran mancha de sangre: acabas pringándolo todo alrededor —dijo Dante.

—No se trata de eso. Eres mi hermano y te quiero, igual que quiero a Neveah y a papá. Se supone que debo impedir que os hagan daño, pero he dejado que ocurriera. Da igual cómo hemos llegado hasta aquí, el caso es que yo no debería haber consentido que pasara. Pero voy a arreglarlo, te lo prometo. Voy a arreglarlo —repitió Roman.

Dante asintió en silencio. Roman le dio un amistoso puñetazo en el brazo.

—Tengo que hacer un par de llamadas. ¿Estás bien? ¿Necesitas algo?

—Hombre, un meñique nuevo no estaría mal —dijo Dante.

—Roman se lo quedó mirando fijamente hasta que su hermano sonrió. Entonces cerró los ojos y meneó la cabeza. Cuando los abrió, sonreía, aunque no tan abiertamente como Dante.

—Ahora vuelvo —dijo, y se fue hacia el estudio de su padre.

Dante observó a Roman hasta que éste dobló la esquina del pasillo y cerró la puerta del estudio a su espalda. Sólo cuando tuvo la certeza de que su hermano no podía oírlo, cogió el móvil y marcó el número de Getty.

Le salió el buzón de voz, como había pasado a lo largo de toda la mañana.

—Tío, soy yo. Tienes que largarte cagando leches. Llámame cuando oigas este mensaje —dijo Dante. Luego colgó y marcó otro número.

Volvió a salirle el buzón de voz.

—Oye, Cass, no te acerques a Getty durante los próximos días. La movida que teníamos entre manos se ha ido a pique. No quiero que te pase nada. Yo... Hasta luego —dijo.

En el fondo, lo que estaba haciendo con Cassidy no era engañar a Getty. Habían pasado más de una noche juntos los tres. Lo suyo era un triángulo abierto, relajado y sin ataduras, pero mentiría si dijera que no aspiraba a algo más. Quería a Cassidy, o eso suponía, en la medida en que era capaz de volcarse o querer a nadie desde que su madre se había desvanecido sin dejar rastro. No entendía a santo de

qué había mencionado Roman a Getty en presencia de los hermanos Gilchrist, pero no hacía falta tener muchas luces para saber que, si los Black Baron Boys no habían hecho de Dante un ejemplo, su socio sería el siguiente de la cola.

Confiaba en que Getty se hubiese largado a Virginia Beach. Tenía familia allí, o eso le había dicho. El estudio de tatuajes donde trabajaba no abría hasta las doce del mediodía. Llamaría al cabo de una hora para comprobar si había ido a trabajar.

Se llevó a la boca otra cucharada de cereales y se obligó a tragarla, aunque tenía el estómago cerrado. En realidad, no creía que Getty fuera a presentarse en el estudio de tatuajes. Ni ese día, ni nunca más.

Roman marcó un número familiar de memoria y aguardó. Al segundo tono, la voz grave de Khalil resonó en su oído.

—¿Qué pasa, tío? ¿Cómo sigue tu viejo? ¿Te llegó el paquete? —preguntó.

—Más o menos igual. Sí, me llegó. Necesito pedirte otro favor —dijo Roman.

—Cuéntamelo por whatsapp —dijo Khalil, y colgó. Roman abrió la app de mensajería instantánea en el móvil y le hizo un sucinto resumen de la situación.

«Necesito que hables con Sasha Billings. Dile que quiero el lote completo. Luego pídele que transfiera los fondos a una criptocuenta y vente para acá. Te compensaré por el tiempo perdido», escribió Roman.

«Entendido. Estaré allí mañana por la noche», contestó Khalil.

Sin preguntas, sólo una confirmación.

Roman pensó que tener un amigo como Khalil era a menudo lo mejor y lo peor que le había pasado en la vida. Khalil era un antiguo soldado de infantería del ejército estadounidense que se había convertido en mercenario y más tarde en asesor de seguridad para los ricos y —a menudo, tristemente— famosos de Atlanta. Se habían conocido cuando un cliente de Roman, un célebre jugador de la NFL que no quería salir del armario, necesitaba a alguien que pagara a un amante chantajista que era, a su vez, un estríper masculino de cierta notoriedad.

Roman había reunido los fondos y Khalil se había encargado de la transacción propiamente dicha. Un mes después del pago, el chantajista había desaparecido en misteriosas circunstancias. Los blogs y webs de cotilleos decían que se había perdido en las colinas de California mientras hacía senderismo. Roman estaba bastante seguro de que alguien había pagado a los blogueros para que difundieran esa versión de los hechos. La policía no parecía demasiado predispuesta a investigar lo sucedido y, con el paso del tiempo, hasta su recuerdo acabó devorado como carne cruda por la insaciable voracidad de Hotlanta.

Así era Khalil, un amigo maravilloso y terrible a la vez. En ese momento, Roman estaba convencido de que era más lo primero y sólo a ratos lo segundo. Khalil acudiría a su llamada sin hacer preguntas. Llegaría esa noche y entonces Roman tendría que decirle en qué dirección quería apuntarlo, porque Khalil era como un arma cargada. Ponías algo en su punto de mira, ya fuera planear rutas seguras para llegar a los Grammy o meterle el miedo en el cuerpo al

novio manilargo de una famosa influencer, y él salía disparado como una bala en esa dirección.

Roman quería poner en su punto de mira a los hermanos Gilchrist y apretar el gatillo hasta oír el chasquido.

Neveah estaba en la zona de espera de la comisaría de Jefferson Run, moviendo el pie al compás de una melodía inexistente. Al cabo de unos minutos, el sargento de guardia la llamó por señas. Neveah se acercó y el hombre le indicó una puerta con un letrero en el que ponía SALA DE INTERROGATORIOS 1.

—El agente Mansfield la está esperando —dijo.

—Gracias —musitó ella.

Entró en la habitación y cerró la puerta a su espalda.

Chauncey estaba sentado al otro lado de una mesa de conglomerado que imitaba la veta de la madera. Se sentó frente a él en una silla de plástico de diseño. El policía juntó las yemas de los dedos con los codos apoyados sobre la mesa y la miró fijamente. Sus ojos color avellana parecían arder como ascuas empapadas en whisky.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? ¿Qué bicho te ha picado para venir aquí preguntando por mí? —empezó Chauncey.

Los fluorescentes del techo prestaban un tono ceniciento a su piel oscura. Las canas asomaban aquí y allá en su discreto corte a cepillo.

—Alguien atacó a mis hermanos anoche. Le cortaron un dedo a mi hermano pequeño, y yo...

—¡Pues diles que vengan a poner una denuncia! O que llamen al 911. ¡Pero lo que no puedes hacer es venir a comisaría preguntando por mí! ¿Qué te creías, que lo dejaría todo para ocuparme de tus hermanos porque tú y yo somos amigos? ¿Tienes idea de cuántas personas son asaltadas al día en Jefferson Run, cuántas personas son asesinadas? ¡No puedo dejar a un lado los casos que tengo entre manos para ir corriendo a ver qué les ha pasado a tus hermanos cuando ni siquiera se molestan en poner una puñetera denuncia!

—He pensado que podrías preguntar a tus contactos o algo así. Alguien les ha hecho mucho daño. A Rome le rompieron los dientes y a Dante le cortaron un dedo, joder. Lo mínimo que podrías hacer es indagar un poco. Ya sabes, en vista de que nos comemos las partes íntimas el uno al otro con cierta regularidad —dijo Neveah.

Chauncey dio una palmada al aire. El sonido resonó en la habitación como un disparo de rifle. Se llevó un dedo a los labios y luego señaló con él a Neveah.

—Basta. No vuelvas a venir por aquí. Estoy casado.

—Estoy al tanto de tu estado civil, Chauncey.

—Y sabías que estaba casado cuando nos conocimos, así que deberías entender que no puedes presentarte aquí preguntando por mí como si fuera tu justiciero particular.

—Oye, no te estoy pidiendo un trato especial, pero alguien ha intentado matar a mi padre, y ahora va a por mis hermanos. Alguien se la tiene jurada a mi familia. Lo único que te pido es que lo investigues. Ya pongo yo la denuncia, joder. Pero alguien va a por nosotros, no me preguntes por qué. Deberías entender lo aterrador que es eso, siendo un padre de familia —le espetó Neveah.

—Deja a mi familia fuera de esto. Tenemos un buen apaño, me cago en todo. ¿Por qué quieres cargártelo? —preguntó Chauncey.

Neveah lo miró. «No es verdad —pensó—. Tenemos un apaño que nos hace sentir bien, y llegados a este punto ni siquiera estoy segura de eso.»

Se levantó de la silla.

—¿Tengo que presentar una denuncia?

—No, no hace falta que dejes constancia de tu paso por la comisaría. Hay que joderse. Escucha, preguntaré por ahí. Tengo un par de informantes a los que puedo sondear, pero no vuelvas a venir por aquí buscándome. Sabes de sobra que no deberías hacerlo —dijo Chauncey.

Neveah pensó en el día que se conocieron, seis meses atrás. Chauncey y su compañero Vega habían ido al crematorio para inspeccionar un cadáver que tenían en la cámara frigorífica. Victor Dearborne había caído víctima del arma más avanzada de la carrera armamentística que se libraba en las calles, un fusil tipo AR-15, mientras estaba sentado en la silla del barbero de High Point Street. Chauncey le dijo que el forense había borrado por accidente las fotos de los tatuajes que Victor lucía en el cuerpo. Su compañero y él necesitaban tomar nuevas fotos e intentar descifrar la escritura cuneiforme que cubría el cuerpo del joven para determinar si era un capitán de la banda de los Black Baron o tan sólo una inocente víctima colateral.

«Aunque, a decir verdad, las víctimas colaterales no suelen acabar cosidas a balas en una silla de barbero mientras todos a su alrededor fingen mirar el móvil», había añadido Chauncey con una sonrisa pícara. No fue esa sonrisa lo que la conquistó, pero sí fue la

primera gota de agua que acaba horadando una roca. Después de tomarle fotos al cadáver, él le pidió su número de móvil por si necesitaba preguntarle algo más.

Ella sabía de sobra que ninguna de las preguntas adicionales que le hiciera el agente de los ojazos tendría nada que ver con el difunto, pero le daba igual. ¿Qué había de malo en coquetear un poco, en divertirse un poco? Se lo tenía más que ganado. Y sí, había visto su anillo, pero era él quien estaba casado, no ella.

Para cuando él empezó a contarle que su mujer no lo entendía, que quería a sus hijos con locura pero ansiaba recuperar la libertad perdida, que su matrimonio era pura fachada, ella había comprendido que quien estaba casado era él, pero que ambos eran igual de culpables. Y total, ¿para qué? ¿Quince o veinte minutos de gemidos, sudor y el éxtasis cristalino que estallaba en su cuerpo y luego se desvanecía como las últimas notas de una triste balada de amor que ella sabía que tenía los días contados? Había intentado convencerse de que esa aventura era un regalo que se hacía a sí misma. A diferencia de otros hombres, Chauncey no parecía sentir grima por su trabajo en el crematorio, nunca le decía medio en broma que olía a quemado. La acariciaba y tocaba en sitios donde llevaba años sin sentir el tacto de otra persona. Era ese placer, tan ausente en su existencia, pero que ardía como los quemadores cuando dejaba los hornos encendidos todo el día, lo que la hacía volver a su lado una y otra vez. Él la tocaba, la besaba, y ella cerraba los ojos y fingía no saber qué clase de hombre te llamaba para echar un polvo mientras tu padre estaba conectado a un respirador, debatiéndose entre la vida y la muerte, aprovechando

que su propia esposa se había ido a visitar a su madre enferma. Fingía no saber qué clase de mujer accedía a algo así.

Sin embargo, tras cada nuevo encuentro, la lucidez poscoital revelaba más cosas sobre el hombre al que entregaba su cuerpo. Y, cuanto más sabía de él, más comprendía que era sin lugar a dudas una mala persona. No es que eso la absolviera, claro está, pero le quedaba el consuelo de que, pese a estar haciendo algo malo, ella no era una mala persona. Había una diferencia, por insignificante que fuese.

Así las cosas, lejos de sorprenderla, la reacción de Chauncey se le antojó lamentablemente predecible. Por supuesto que no la ayudaría cuando ella lo necesitaba. Neveah empezaba a darse cuenta de que, como muchos otros hombres, Chauncey despreciaba a su cómplice de adulterio. Pero eso no le quitaba el sueño, ya que estaba aprendiendo a sentir lo mismo por él.

Se fue hacia la puerta.

—Hay muchas cosas que no debería hacer.

8

Roman accedió al aparcamiento de Save-U-Moore, el pequeño supermercado local, y apagó el motor. Las luces de seguridad nocturnas empezaban a encenderse una a una, como luciérnagas. Se apeó del coche y entró en la tienda.

Recorrió los pasillos arriba y abajo, levemente horrorizado al comprobar lo poco que había cambiado el lugar desde que él era un chaval. En las neveras seguía habiendo más cerveza que agua o zumos de fruta. Los estantes de los dulces y las galletas estaban abarrotados, mientras que los del pan tenían una gruesa capa de polvo. Pensó que, cuando la gente habla de desierto alimentario, se refiere a que la comida disponible es pura bazofia. En vez de un desierto, él lo imaginaba como un océano. Una gran masa de agua que te mataba si bebías de ella. Las tiendas pequeñas como ésa eran los desechos arrastrados por la corriente en un océano de comida basura.

Sólo había entrado para coger una lata de galletas y un poco de queso. Ya había comprado la carne picada y la salsa de tomate. Iba a prepararles a Neveah y Dante uno de sus platos preferidos de la adolescencia: macarrones gratinados con carne picada. Era una receta bastante sencilla que en su día había sacado de la parte de atrás de un envase. Sus padres nunca le habían dicho de forma

explícita que debía hacerse cargo de sus hermanos, pero había asumido esa responsabilidad de forma natural. Cuando llegaban a casa al salir de clase la comida no estaba hecha, así que él se encargaba de cocinar. Por la misma razón, no solían encontrar el desayuno listo cuando se despertaban. Roman recordaba tener la sensación de que sus padres se habían casado con el crematorio, más que entre sí. Ocupaba una parte tan grande de su vida que a veces parecía dejarles poco margen para ejercer la paternidad.

Puso las galletas y la cuña de queso sobre el mostrador. Un joven negro con finas trenzas pegadas al cráneo, perfectamente simétricas, empezó a cobrarle sin preguntar si había encontrado todo lo que necesitaba, algo que Roman agradeció para sus adentros. Quienquiera que le hubiese hecho las trenzas a ese chaval tenía buena mano para la peluquería. Seguían un patrón ondulante que Neveah nunca había aprendido a dominar cuando le trenzaba el pelo de adolescente.

—Roman Carruthers, ¿eres tú? —graznó una voz desde la penumbra.

Roman vio a Leslie Moore, el propietario de Save-U-Moore, que se acercó al mostrador arrastrando los pies, apoyado en un andador. Su piel oscura parecía casi azul bajo los focos del techo.

—Sí, señor. ¿Cómo está? —preguntó Roman.

Leslie sonrió, enseñando dos hileras de dientes amarillentos.

—Nunca encontraron a tu madre, ¿a que no? Apuesto a que tu padre la mató y esparció sus cenizas en el río —dijo Leslie.

Luego dio media vuelta y se internó de nuevo en las sombras, por detrás del mostrador.

—No le haga caso, mi abuelo tiene alzhéimer y no sabe lo que dice —se disculpó el joven cajero.

Roman pagó y se marchó de la tienda sin replicar.

Se subió al coche de alquiler, arrancó el motor y encendió la radio a todo volumen hasta que los graves le provocaron dolor de oídos. Se recostó en el asiento y cerró los ojos. Respiró hondo, inspirando desde la zona abdominal, y expulsó el aire por la nariz. Luego repitió esta acción varias veces. Era una técnica que había aprendido cuando practicaba yoga tres veces por semana, antes de que su empresa despegara de verdad. Llevaba tanto tiempo sin pisar su ciudad natal que había bajado la guardia. Había olvidado que la desaparición de Bonita Carruthers seguía siendo el cotilleo más sonado de Jefferson Run. Qué más daban la violencia callejera, los cientos de asesinatos que las bandas provocaban en su ascenso, caída y lucha por controlar los bajos fondos de la ciudad. Qué más daban los escándalos por fraude en Prosser State o la manifiesta incompetencia del ayuntamiento a la hora de atraer a comercios legítimos. La desaparición de Bonita Carruthers y la posible implicación de su marido seguían siendo la comidilla del lugar, incluso para alguien con demencia.

Porque el chico no había preguntado quién era la madre de Roman, ¿a que no? No había preguntado de qué hablaba su anciano y senil abuelo, ¿a que no? La madre de Roman había pasado de la infamia a la leyenda sin solución de continuidad. Era como el Abominable Hombre de las Nieves de Jefferson Run, el hombre del saco de High Point Street. Desde un punto de vista racional, él lo entendía. Su padre nunca se había marchado y la policía nunca había podido incriminarlo por la desaparición de su madre. Era su

madre, pero también el fantasma de Jefferson Run por antonomasia, la figura espectral de la que echaban mano cuando escaseaban los chismes o el sermón dominical se alargaba más de la cuenta.

Roman casi podía oírlos.

«¿Te acuerdas de Bonita Carruthers?»

«¿Ésa no era la que se acostaba con Oscar Conley?»

«Si yo fuera su marido, también la habría metido en el horno.»

Roman suspiró.

La memoria es algo poderoso. Es como un espíritu al que invocamos de buen grado para que nos susurre mentiras o nos ayude a fustigarnos. Para los habitantes de Jefferson Run, recordar a Bonita Carruthers era un pasatiempo. Para él, una penitencia.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Neveah.

Roman estaba en la cocina, tomando un poco más del whisky bueno de su padre mientras esperaba que los macarrones estuvieran listos para sacar la fuente del horno. Dante estaba durmiendo en el sofá. Neveah sacó una lata de refresco de la nevera y apoyó la espalda contra la encimera.

—Estoy haciendo unos macarrones gratinados para la cena, salvo que tengas planes —dijo Roman, y le dio otro sorbo al whisky mientras veía a su hermana tomando un largo trago de refresco.

Le encantaba beber a morro de una lata helada pero no soportaba que le pusieran cubitos de hielo en la bebida. Roman pensó que era curioso cómo las cosas más aleatorias e insignificantes se te quedan grabadas en el cerebro cuando se trata de tu familia. Sobre todo cuando se trata de tus hermanos.

—Qué va, no tengo planes. Pero no me puedo creer que aún sepas preparar ese plato. Te imaginaba comiendo fuera de lunes a domingo cuando estás en Georgia —dijo Neveah dejando la lata sobre la encimera.

—Recomiendo a mis clientes que cocinen en casa siempre que puedan. Si te gastas todo el dinero en Ruth's Chris, acabarás pidiendo que te dejen trabajar allí —repuso Roman.

Por un fugaz instante, lo vio: una sonrisa de verdad en el rostro de su hermana. La primera que había visto desde su regreso. Apareció y desapareció tan deprisa que Roman pensó que habría pillado desprevenida hasta a la propia Neveah.

—Antes de que despertemos a Dante y se coma la mitad de los macarrones de una sentada, quiero hablar contigo —dijo ella.

—Vale.

—He ido a la policía. No parecen demasiado interesados en investigar lo sucedido porque ninguno de vosotros ha denunciado el ataque. Pero conozco a alguien en la comisaría y me ha dicho que indagará un poco.

—Te lo agradezco —repuso Roman.

Neveah se pellizcó el puente de la nariz.

—Rome, puede que creas lo contrario, pero no soy tonta. Papá y yo hemos salido del taller a las tres de la mañana un sábado por la noche, cuando en High Point Street parecía el Año Nuevo chino de la poca gente que había, y nunca nos han asaltado porque en la calle nadie cree que un crematorio tenga esa clase de dinero. Así que ¿por qué no me cuentas lo que pasó realmente antes de que D se despierte? Porque no me creo que sea casualidad que nos rajaran

los neumáticos, que sacaran a papá de la carretera y que a vosotros dos os hayan dado para el pelo.

—Neveah, te estoy diciendo la verdad. Dante se pasó por el crematorio, me ayudó a recoger y, cuando ya nos íbamos, nos atracaron. Venían a por nuestras carteras, pero yo no llevo efectivo encima y D sólo tenía un billete de veinte. Cogieron su tarjeta de débito y mi American Express. Él llevaba algo de droga encima, creo que era eme. No nos creyeron cuando les dijimos que no teníamos nada más y se les fue la pinza. Dante no quiso ir a la policía precisamente por el eme que llevaba encima. Te juro que eso fue lo que pasó.

—Desde que éramos pequeños, tienes la costumbre de mirar fijamente a los ojos de la persona a la que estás mintiendo. Como ahora mismo —dijo Neveah—. Dante anda metido en algo. Algo que casi os mata a vosotros y a papá. Cuéntamelo, Rome. Déjame ayudaros. Dime qué está pasando antes de que se lleven algo más que tus dientes y su dedo.

Roman bajó los ojos y se concentró en el patrón de las baldosas de la cocina.

—Te lo juro, Neveah. Eso es lo que pasó.

Su hermana soltó un largo suspiro.

—No, no lo es. Pero no me lo vas a contar. Eso también lo sé de ti. Una vez que se te mete algo en la cabeza, no hay manera de hacerte cambiar de idea. Despierta a Dante mientras saco la fuente del horno. Estoy hambrienta y cansada, no tengo energía para discutir contigo sobre por qué me mientes.

—Neveah, te juro que...

—¡Déjalo ya! No vuelvas a decirme eso. Deja de hablarme como si fuera imbécil. No sé si te has dado cuenta, pero el taller es toda mi vida. Apenas tengo amigos dignos de ese nombre. No tengo pareja. El negocio lo es todo para mí. Papá, Dante y tú os asegurasteis de que así fuera. De modo que, si él se ha metido en algo que pone el taller en peligro, debería saberlo. Papá hace lo mismo. Oh, sí, estoy más que cualificada para llevar los libros y ayudar a meter un cadáver en el horno, pero cuando se trata de cosas «importantes» no me deja meter baza, no sea que resulten demasiado complejas para mi linda cabecita. He aprendido a esperar esa actitud de él, por no decir que la espero de casi cualquier hombre, pero nunca pensé que mi propio hermano me trataría del mismo modo —dijo Neveah. Acto seguido abrió la puerta del horno, sacó la fuente con las manos desnudas y la dejó sobre los fogones con brusquedad.

—¡¿Qué haces?! ¡Coge una manopla o algo! —exclamó Roman, corriendo hacia ella y tomando las manos de Neveah entre las suyas.

—Llevo mucho tiempo ocupándome de los hornos del taller, hermanito. Apenas tengo sensibilidad en los dedos. Llevan años muertos —dijo Neveah. Se apartó de Roman y empezó a sacar platos del armario.

Él pensó que debería decir algo, pero temía que cualquier cosa que dijese sirviera para ahondar el abismo que había entre ambos o cerrar la rendija por la que se comunicaban.

Al final se decantó por el silencio. Era la única manera de asegurarse de que no metía la pata.

Después de cenar, estando tumbado en su antigua cama, Roman recibió un mensaje de Khalil.

Acabo de aterrizar. ¿Me acerco a tu casa o mejor quedamos mañana?

Roman contestó.

Mañana. Tengo muchas cosas que revisar.

Ok. Ah, me ha llegado el email, todo arreglado

Bien.

Roman guardó el móvil en el bolsillo. Ese email significaba que Khalil se había puesto en contacto con Sasha Billings, una conocida suya que también era asesora financiera y se dedicaba en exclusiva a las criptomonedas de alto rendimiento: sabía cómo inflarlas y luego deshacerse de ellas con la discreta prontitud de una experimentada corredora de bolsa que vivía en la frontera del nuevo Salvaje Oeste financiero. A Roman no le gustaba hacer negocios con ella salvo que uno de sus clientes se hallara en la tesitura de tener un desorbitado excedente fiduciario que había que «actualizar».

«Blanqueo de capitales» era un término vetado en los círculos en los que él se movía.

Tenía una cuenta abierta con cien mil dólares en la empresa de Sasha Billings, una especie de depósito en garantía a nombre de una empresa que nadie podría rastrear hasta él ni sus clientes. Cuando pedía el «lote completo», ella sabía que debía coger todo ese dinero y comprar acciones robustas que estuvieran a punto para ser

infladas. Más tarde, Sasha lo ayudaría a venderlas. Roman siempre había pensado que ése sería su último recurso si las cosas se torcían en su empresa o si uno de sus clientes hacía algo tan ilegal y fiscalmente irresponsable como para verse obligado a empezar de cero. Era su propio plan de seguridad a prueba de fallos.

La noche anterior él había fallado. Y, hasta que lo arreglara, nadie estaba seguro.

9

—Despierta, Rome.

Roman abrió los ojos despacio. Vio a Dante plantado en el umbral de su habitación con el móvil en la mano. La pálida luz verdosa de la pantalla le alumbraba el rostro.

—¿Qué pasa?

—Es Torrent. Quiere que quedemos... ya sabes dónde —dijo Dante.

Roman se incorporó y sacó las piernas por el borde de la cama hasta tocar con los pies la fría tarima de madera. Le cogió el móvil a su hermano.

—¿Hola?

—Te toca cumplir una parte de tu promesa, amiguito. Dos de mis hombres os estarán esperando en vuestro local dentro de veinte minutos —dijo Torrent.

Y colgó.

—¿Qué quiere, Rome?

Su hermano se puso en pie.

—Ve a por el coche, Dante.

No intercambiaron una sola palabra de camino al crematorio. Roman condujo el Challenger de Dante por las calles llenas de baches de Jefferson Run con la sombría determinación de un verdugo de camino al cadalso. Intentó prepararse mentalmente para lo que iban a encontrar en el taller. Algún enemigo de los Black Baron Boys envuelto en una sábana ensangrentada. El hijo de alguien, el padre de algún niño, que nunca vería otro amanecer ni volvería a respirar ese aire fresco que parecía exclusivo del insigne estado de Virginia.

—Todo arde —murmuró.

Cuando aparcó delante del crematorio, había dos coches esperando con las luces de posición encendidas, arrojando extrañas sombras sobre el asfalto y más allá, hacia los árboles que montaban guardia sobre esa parte de Jefferson Run. Uno era el Bonneville antiguo de las llantas grandes que ya conocían. El otro era un Honda Accord hipertuneado con un alerón enorme de lo más hortera, cristales tintados y relucientes llantas cromadas.

Roman detuvo el coche en el aparcamiento delantero. Cuando se apeó, los conductores de los otros dos vehículos hicieron lo mismo. Uno de ellos era Yellaboy y el otro Splodie.

—Apagad las luces de posición —dijo Roman—. No querréis que la pasma venga husmeando al ver tantos coches aquí a estas horas.

Splodie y Yellaboy obedecieron. Roman abrió la puerta principal y cruzó el local para acceder a la puerta de garaje que daba a la parte trasera. Dante seguía sus pasos como un cachorro perdido.

Cuando llegó a la puerta enrollable, la abrió usando las llaves de su hermano. Yellaboy y Splodie se dirigieron a sus respectivos maleteros y, tras cierto forcejeo, reaparecieron tirando de sendas siluetas humanas que avanzaban por su propio pie.

Dos personas con la cabeza cubierta con fundas de almohada.

Los dos sicarios las hicieron entrar a empujones por la puerta de garaje y Roman se apresuró a cerrarla a su paso, sobreponiéndose a la estupefacción de ver que estaban vivitas y coleando. En cuanto la puerta se cerró, Yellaboy y Splodie empujaron con brusquedad a los dos individuos, que cayeron a sus pies.

Roman rodeó al grupo y fue a colocarse junto a Dante. Notaba el temblor de su hermano como si se contagiara al aire que flotaba entre ambos.

—¿Cómo lo hacéis? ¿Los metéis al horno sin más? —preguntó Yellaboy.

—Esto... Esto no es lo que acordamos —dijo Roman. Dejó que cada palabra flotara en el aire por un segundo antes de permitir que otra se le escapara entre los labios.

—Ya, Torrent se olía que dirías algo así, por eso nos ha hecho traerlos vivos. Quiere que te ensucies las manos. Dijo que, si estás pringado en esto, no se te ocurrirá chivarte más adelante —dijo Splodie.

Roman intentaba pensar, buscar la manera de escabullirse de esa situación.

No tendría el resto del dinero que debían a Torrent y Tranquil hasta que hablara con Khalil. Cuando estaba tirado en el suelo con la boca ensangrentada, no se le había pasado por la cabeza que permitirles usar el taller para deshacerse de sus enemigos implicaría ver entrar a éstos por su propio pie. Había dado por hecho que les llevarían cadáveres, no personas vivas. Su padre siempre hacía hincapié en esa distinción.

«Un cadáver no es más que carne y huesos. Para cuando nos llegan, ya no queda ni rastro de la persona que fueron», decía Keith cuando introducían un féretro en el horno. Incluso cuando les tocó dejar a su amigo Donny Riggs en la cinta transportadora.

La idea de que los vivos entraran allí para ser incinerados le resultaba inconcebible. Era como un lobo incapaz de sospechar que esa trampa le pillaría la pata.

—¿Qué? ¿Por qué iba a chivarme? Intento trabajar para vosotros, saldar la deuda de mi hermano —replicó Roman. Tuvo la precaución de no decir que quería trabajar «con» los Black Baron Boys. Había aprendido el valor que tenían las palabras para esos chicos al ver cómo sus dientes rodaban por el suelo.

—Yo qué sé. Hay mamonazos que se chivan por toda clase de razones. Pero el caso es que Torrent ha dicho que te encargues de estos dos —concluyó Yellaboy mientras sacaba el móvil y miraba la pantalla.

Por unos instantes de insoportable angustia, Roman pensó que se disponía a grabar el asesinato de esas dos personas, pero lo que hizo fue escribir un mensaje y volver a guardar el dispositivo en el bolsillo.

—¿Te encargas tú de esto? Tengo que abrirme —le dijo a Splodie.

—Sí, yo me encargo, pero... Tío, ándate con ojo. Sé adónde vas. Sólo espero que valga la pena —dijo Splodie.

Yellaboy lo fulminó con la mirada.

—Perdona.

—Cuando esté hecho, mándame un mensaje —dijo Yellaboy.

Luego señaló a Roman y Dante.

—Si se echan atrás, Torrent ha dicho que nos los carguemos.

—Entendido, pero... —empezó Splodie.

Se miraron a los ojos y luego Splodie apartó la mirada mientras Yellaboy asentía sin decir palabra.

—Vale. Pégame un toque —dijo este último. Fue hacia la puerta enrollable, la abrió, salió y volvió a bajarla.

Splodie retiró las fundas de almohada que cubrían la cabeza de los dos individuos que seguían de rodillas en el suelo.

—Dios mío... —gimoteó Dante, y trastabilló hasta chocar con su hermano.

Roman tuvo que rodearle la cintura con el brazo para evitar que se desplomara.

Delante de Roman había un chico blanco con rastas cuya cara era un Jackson Pollock de sangre y magulladuras. A su lado había una mujer que podía ser latina o mestiza, no estaba seguro. Ambos tenían la boca tapada con cinta de embalar y las muñecas atadas delante del cuerpo.

—Son Getty y Cassidy —informó Dante en un susurro.

Roman se puso rígido.

—Que sepáis que el niñato este ha intentado cargaros el muerto. Ha dicho que le robasteis la mercancía y que no sabe qué habéis hecho con ella. Ahí queda eso —dijo Splodie.

—¿Para qué habéis traído a la chica? —preguntó Roman, intentando imitar el tono indiferente de Splodie.

—Tío, ella estaba allí. Vio cómo lo cogíamos. Torrent ha dicho que hay que deshacerse de los dos. No le gusta que se rían en su cara —dijo Splodie.

Roman miró a Getty, que tenía los ojos desorbitados y enrojecidos, un moratón del tamaño de una moneda de cincuenta centavos en la

sien izquierda. Las lágrimas le corrían por las mejillas y se separaban al llegar a la cinta de embalar como cauces fluviales desviados. Hablaba, o intentaba hacerlo, pese a tener la boca tapada. Por cómo sacudía las rastas, Roman dedujo que seguramente suplicaba: «¡No, por favor, no me matéis!»

Algo le decía que sus ruegos caerían en saco roto.

Splodie se levantó la camiseta de fútbol y sacó la pistola que llevaba encajada en la cinturilla del pantalón. Roman no sabía demasiado sobre armas de fuego, pero ésa era grande, plateada y tenía toda la pinta de ser semiautomática. Se parecía a la que empuña Jules en *Pulp Fiction*.

—Tíos, ¿vais a poneros las pilas o tengo que remangarme? —preguntó Splodie.

Roman apartó el brazo de la cintura de Dante. Se pasó la lengua por los labios. Volvió a sentir arcadas. Él manejaba números, ecuaciones. ¿Había momentos en los que sus tejemanejes matemáticos hacían que alguien acabara borrado del censo? ¿Hacía aparecer y desaparecer dinero por encargo de personas que tenían por costumbre enterrar a otras personas en el bosque que rodeaba Stone Mountain? La respuesta era afirmativa en ambos casos, pero esto era distinto. Había una distancia intrínseca a su posición que lo protegía de la violencia que atraía la riqueza como la mierda a las moscas. Las cifras no suplicaban que les perdonaran la vida.

Roman miraba a su alrededor como buscando una salida. Su padre tenía una pistola en el despacho, pero no se veía encañonando a Getty y apretando el gatillo. En la caja de herramientas a su derecha había una palanca y un martillo. En la mesa de trabajo sobre la que reposaban el embudo y el cremulador,

cubiertos de cenizas, había unos rollos de cinta adhesiva similar a la que habían usado para taparle la boca a Getty. Se le pasó por la cabeza que podía ponerle también un trozo de cinta en la nariz, pero no bien lo pensó comprendió que no tenía estómago para ver cómo se asfixiaba un hombre ante sus ojos.

Le dio la espalda a Splodie y plantó ambas manos sobre los hombros de Dante.

—Es él o nosotros. ¿Me oyes? Él o nosotros —susurró en un murmullo ronco.

—¿Y qué pasa con Cassidy? —replicó Dante con la cabeza gacha, como si se dirigiera a su propio pecho.

—Podemos hablarlo, pero, pase lo que pase, Getty no va a salir de aquí con vida. Eso lo sabes, ¿verdad? Hermanito, es él o nosotros. —Roman puso dos dedos debajo del mentón de Dante y lo obligó a erguir la cabeza—. Yo elijo lo segundo.

Se volvió de nuevo hacia Splodie.

—Ayúdanos a bajar una caja de cremación de esa estantería de ahí —dijo.

Splodie refunfuñó, pero volvió a encajar la pistola en la cinturilla del pantalón. Entre los tres cogieron una pieza de cartón plana y pesada de la estantería modular industrial del rincón. Luego Dante y Roman se atarearon doblando y encajando las lengüetas de cartón en las ranuras hasta que la pieza plana se convirtió en una larga caja rectangular.

—Vamos a meterlo dentro —dijo Roman.

—No puedo. No puedo hacerlo, Rome. Ya sé que me traicionó y me mintió, pero no puedo —dijo Dante.

—¿No os lo vais a cargar primero? ¡Joder, tío, qué sangre fría! —exclamó Splodie con una carcajada.

—Él o nosotros —repitió Roman, recalcando cada palabra.

Dante negó con la cabeza.

—Vale. No pasa nada —dijo Roman.

Respiró hondo varias veces, tantas que temió empezar a hiperventilar, y luego se fue hacia Getty y lo cogió desde atrás por las axilas. Resultó ser sorprendentemente ligero. Empezó a arrastrarlo hacia la caja que habían depositado sobre el elevador hidráulico, que él había bajado hasta dejarlo casi al nivel del suelo. Getty se debatió, pataleando e intentando zafarse, pero, hasta hacía poco, Roman entrenaba cuatro veces por semana. Agarró a Getty por la camiseta y, con un impulso rápido, lo levantó del suelo y lo dejó caer dentro de la caja. Cuando intentó incorporarse, le asestó un puñetazo en la nariz. Notó que algo se hundía en la cara del chico al caer hacia atrás, contra el fondo de la caja. Intentó incorporarse de nuevo y Roman volvió a golpearlo, esta vez con más fuerza, valiéndose de todo su peso. Getty se desplomó en la caja. Soltó un gemido gutural y procuró por todos los medios incorporarse de nuevo. Roman, al borde de las lágrimas, lo golpeó una y otra vez hasta que Getty dejó de gemir, dejó de debatirse y se quedó inmóvil.

Roman flexionó la mano. Tenía los nudillos ensangrentados. Llevaba años sin dar un puñetazo, desde que había ajustado cuentas con Lomello Green tres años después de que éste lo golpease en la cara con aquella botella de cerveza. Pero su cuerpo no había olvidado cómo se hacía.

Cogió la tapa y, con la agilidad de un gato, la colocó sobre la caja de cremación y pegó una gruesa tira de cinta de embalar a su

alrededor, en ambos extremos y en la parte central, para asegurarla. Sin decir palabra, subió el elevador hidráulico y deslizó la caja hacia la boca del horno. A continuación abrió la puerta de guillotina y empujó la caja para pasarla del elevador a la cinta transportadora, que se encargó de introducirla en las enormes fauces del horno. Luego apartó el elevador hidráulico y bajó la puerta hasta que se activó el bloqueo de seguridad. No podía apartar los ojos de la ventanilla de vidrio templado.

«Está inconsciente. Lo he dejado K.O. Lo he dejado K.O.», pensó. Cerró los ojos con fuerza.

Abrió los ojos, fue hacia el panel de control y apoyó la mano sobre el interruptor de encendido, provisto de una gran tapa de plástico verde que se iluminaría gracias a una pequeña bombilla interna cuando lo accionara y prendiera las llamas del horno.

Miró a Dante, que estaba recostado en la pared con la cabeza gacha de nuevo. Dante, que de pequeño lloraba cuando su padre mataba una serpiente en el patio.

Pese a todos sus defectos, era una buena persona.

Roman se dijo que él también era buena persona.

Tal vez estuviese equivocado, pero ¿acaso el hecho de hacer algo espantoso por una buena causa, como salvar la vida de tu propio hermano, te convertía en una mala persona?

Tragó en seco.

Pulsó el botón.

Las llamas cobraron vida con un rugido que sonó como un dragón escupiendo fuego sobre una aldea maldita. Cuando las llamas

envolvieron la caja, se oyó el sonido de un vigoroso pataleo en el interior del horno.

Roman se tapó la boca con el dorso de la mano y retrocedió. Creyó oír a Getty chillando.

Cassidy, que hasta ese momento parecía estar catatónica, se levantó de un brinco y dio dos zancadas hacia la puerta trasera antes de que Splodie le propinara un sopapo con aire casi distraído. La chica se desplomó en el suelo, hecha un manojo de largo pelo negro y largas piernas.

—¿Cogemos otra caja para la zorra esta? —sugirió Splodie.

Roman iba a contestar cuando se dio cuenta de que Dante se había acercado a Splodie por la espalda. No recordaba haberlo visto apartándose de la pared, pero ahora estaba detrás del sicario blandiendo algo con la mano buena.

Splodie debió de intuir su presencia, porque empezó a volverse en el preciso instante en que Dante descargó sobre su cabeza el martillo de bola que había cogido de la caja de herramientas. Al golpear el cráneo de Splodie, el cabezal de acero inoxidable del martillo produjo un ruido sordo que a Roman se le antojó apagado, menos sonoro de lo que hubiese esperado. Splodie cayó sobre una rodilla mientras intentaba coger la pistola. Dante lo golpeó de nuevo, esta vez con más fuerza, en la nuca. Un chorro de sangre salió disparado y regó la cara de Dante. Splodie cayó de bruces en el suelo de hormigón. Un charco rojo escarlata se extendió alrededor de su cabeza mientras cesaban los ruidos procedentes del interior del horno.

Roman se quedó petrificado.

Dante dejó caer el martillo. Parpadeó. Gruesos goterones de sangre le resbalaban por la cara.

—No podía dejar que lo hiciera. Que te obligara a hacerlo. A ella, no —dijo, moviendo la cabeza en señal de negación.

¿Lo habría hecho Roman? ¿Habría quemado viva a esa chica, cuyo único delito había sido salir con un hombre que no entendía que estaba nadando entre tiburones?

Decidió que no quería contestar a esa pregunta.

10

El resplandor de las llamas los bañaba en la dura luz cobriza que se filtraba por las puertas de vidrio templado. Llevaban una hora allí plantados delante de los dos hornos mientras las llamas devoraban a Getty y Splodie con insaciable voracidad. Dante rodeaba a Cassidy con un brazo y la estrechaba de un modo que a Roman le pareció demasiado íntimo para ser la primera vez.

Getty chilló durante lo que parecieron horas hasta que por fin enmudeció. Dante le había tapado los oídos a Cassidy, que lloraba de todos modos, encadenando grandes sollozos que resonaban en la sala del horno como el llanto de un alma en pena. Roman se dijo que seguramente el calor habría derretido la cinta adhesiva que tapaba la boca de Getty. No entendía cómo había podido resistir con vida durante tanto tiempo. Tendría que haberse quedado sin aire mucho antes. A lo mejor no habían pasado diez minutos. A lo mejor sólo era una impresión suya. Sabía que esos alaridos seguirían resonando sin cesar en sus pesadillas.

Transcurrida media hora desde el inicio de la cremación, Roman había subido la temperatura por encima de los límites fijados por el estado de Virginia para acelerar el proceso. Los hornos rugieron como dos demonios que montaran guardia a las puertas del infierno.

«Algún día —pensó— nos tocará a nosotros marchar hasta esas puertas.»

Ante sí se abría un camino que, de cogerlo, le permitiría mitigar la culpa tirando de falsa compasión: le habían salvado el pellejo a Cassidy. También se habían salvado a sí mismos, al menos de momento. Si Roman se permitía seguir ese camino, los horrores de esa noche serían los últimos de una larga serie de actos terribles cometidos en aras de un bien superior, actos que debía enterrar en el recoveco más profundo y recóndito de su corazón.

Pero tenía la impresión de que esa particular cripta empezaba a estar atestada.

—No lo atracaron —dijo Cassidy con voz queda.

—¿Qué? —preguntó Dante.

—Nadie atracó a Getty. Revendió el eme. Dijo que lo cortó o algo y lo vendió por el doble. Simplemente no quería compartir las ganancias —dijo Cassidy.

«Menuda sorpresa», pensó Roman. Pero el hecho de saber que Getty lo había traicionado tal vez sirviera para que las repercusiones de lo vivido esa noche no afectaran tanto a Dante, y por un momento Roman experimentó una inmensa gratitud hacia la chica.

Las palabras de Cassidy parecieron romper el hechizo colectivo que los tenía paralizados desde que Roman había cerrado la puerta del segundo horno.

Se volvió hacia la pareja.

—Cassidy, es hora de que te vayas —dijo.

—Rome, lo ha pasado fatal. Todos lo hemos pasado fatal. ¿Puedes esperar un minuto? —replicó su hermano.

Roman apretó los puños.

—Dante, tiene que irse. Nosotros tenemos que limpiar todo esto y ella tiene que poner tierra de por medio cuanto antes. Ahora mismo.

—¿Poner tierra de por medio? —preguntó Cassidy.

Roman la miró y sintió un nudo en el pecho al toparse con su mirada ingenua. Esa chica no tenía ni idea de lo que le estaba pasando. Parecía un cervatillo atrapado en el ojo de un huracán. No se lo había buscado, pero ahora todos ellos estaban inexorablemente atados a una losa que podía arrastrarlos hasta la tumba.

—Cassidy, van a dar por sentado que estás muerta. Deberías estar muerta, si no fuera por lo que Dante ha hecho. Tienes que largarte de Jefferson Run. Esta noche, ahora mismo. De lo contrario, nos matarán a todos. Tienes que marcharte y no volver nunca más —dijo Roman. Hablaba en un tono sereno, pero con determinación. Necesitaba que ella entendiera lo precaria que era la situación de todos ellos en ese momento y en todos los momentos futuros.

—Pero... mi madre, tengo que hablar con mi madre... No puedo irme sin más —dijo Cassidy.

—Rome, por lo menos tiene que despedirse de su madre —intercedió Dante.

—¿Para que ellos puedan ir a verla y preguntarle dónde está? ¿Cómo crees que acabará eso? ¿O acaso has olvidado lo de tu dedo?

Roman puso ambas manos sobre los hombros de Cassidy. La chica estaba temblando.

—¿Vas a quemarme como a ellos? —preguntó en un susurro.

—No —contestó Roman, y en ese instante pensó que lo decía de corazón—. Pero tienes que irte. Voy a darte algo de dinero. He cogido las llaves de Splodie, llévate su coche. De momento puedes usar el móvil, pero tienes que irte lejos y comprar uno nuevo. No te

pongas en contacto con nadie, no llames a tu madre. No uses tu carnet de identidad. Búscate un curro como camarera o algo así. Que te paguen bajo mano. Voy a darte mi número. Cuando tengas un móvil nuevo, llámame y te ayudaré a conseguir una nueva identidad. Pero eso será más adelante. Ahora mismo tienes que largarte —concluyó.

Cassidy apartó los ojos de él para mirar a Dante.

—D, qué... ¿Tengo que irme? —preguntó.

Dante volvió la cabeza hacia su hermano. Se miraron a los ojos y mantuvieron un diálogo mudo.

Dante fue hacia ella, la apartó de Roman y la abrazó con fuerza.

—Mi hermano tiene razón. Si se enteran de que sigues viva, nos matarán a todos. De momento, vete. Seguiremos en contacto y te diré cuándo puedes volver —le susurró Dante al oído sin dejar de mirar a los ojos a su hermano.

Éste puso cara de circunstancias al oír hablar de un posible regreso, pero no quiso contradecirlo delante de la chica. Ya hablarían más adelante, cuando estuvieran a solas. Si es que lograban meterla en el coche de Splodie antes de que alguien de los Black Baron Boys los descubriera y decidiese ahorrarles la molestia de cargar con su materia gris.

—Vale. Si tú lo dices, me iré —musitó Cassidy.

La acompañaron hasta el coche de Splodie. Roman le dio mil dólares de la caja chica del despacho, anotando mentalmente que debía restituirlos antes de que Neveah se percatara de que faltaban.

Cassidy se sentó al volante del coche y Dante cerró la portezuela desde fuera. La chica arrancó el motor y una tira de luces azul pastel iluminó el perfil del chasis. Cassidy bajó la ventanilla y Dante se encorvó hasta quedar a la altura de su rostro.

—Vete todo lo lejos que puedas, ¿vale? Luego te compras un móvil desechable y me llamas, para que sepa que estás a salvo —dijo Dante. Se inclinó a través de la ventanilla y la besó en la frente.

—No le cuentes a nadie lo que ha pasado aquí —dijo Roman—. Punto en boca y procura no llamar la atención. Todo se arreglará. Te enviaremos más dinero pronto.

Pensó en lo relativo que era todo. En su negocio movía millones de dólares de aquí para allá para transferir enormes sumas de dinero entre cuentas. Ocultaba, sumaba y dividía más dinero del que muchos ganaban en toda su vida, pero de repente su propia supervivencia dependía de que esa chica tuviera suficiente dinero para empezar una nueva vida a corto plazo.

—¿A quién se lo voy a contar? —replicó Cassidy.

—De momento, ¿por qué no coges la 95 y te vas a Washington? En Chinatown hay hoteles baratos. Estamos en contacto, ¿vale? —dijo Roman.

Cassidy asintió en silencio. Dante volvió a besarla en la frente y luego ella subió la ventanilla. La vieron dar marcha atrás, girar y salir del aparcamiento. Los faros traseros del Honda parpadearon una sola vez cuando llegó al cabo de la calle y desaparecieron en cuanto dobló a mano derecha para abandonar el polígono industrial en dirección a la interestatal 95. Una ráfaga de viento barrió la calle, formando pequeños remolinos de polvo y basura. Envoltorios de sándwiches, viejos folletos de discotecas que habían pasado a mejor

vida, materiales de embalaje desechados, todo bailaba a la pálida luz de la luna para un público de dos personas.

—¿Crees que podrá tener la boca cerrada? —preguntó Roman.

—Ya la has oído, ¿a quién se lo va a contar? —repuso Dante.

—¿Crees que será capaz de no volver?

—Sólo le queda su madre, ahora que Getty se ha... ido —dijo Dante.

Roman soltó un suspiro.

—Volvamos dentro. Tenemos que acabar esto.

Barrieron las cenizas de los colectores y las metieron en una sola bolsa, que Roman tiró al contenedor de residuos peligrosos situado al fondo de la sala del horno. Luego cogieron un cubo y dos fregonas y fregaron la sangre de Splodie. Trabajaron en silencio, aunque no del modo más eficiente; Dante dejaba caer la fregona todo el rato. Cuando por fin eliminaron las manchas de sangre, tiraron el agua del cubo por el desagüe del cuartito de la limpieza. Roman abrió la puerta de los dos hornos para que se enfriaran mientras Dante enjuagaba las fregonas.

Era como si Splodie y Getty nunca hubiesen entrado por la puerta.

—Vámonos a casa —dijo Roman.

—Yo no puedo irme a casa ahora mismo. Tengo que ir... a hacer algo —repuso Dante.

Roman respiró hondo.

—Esta noche no puedes ponerte ciego. Ni hablar. Tenemos que irnos a casa y quedarnos allí. Como pilles una mierda y te topes con

uno de los hombres de Torrent y te entre el pánico o te dé por largar...

—¿De verdad crees que sería capaz de irme de la lengua con ellos, precisamente, sobre lo que ha pasado aquí esta noche? Me cago en todo, nunca os haría eso a Cassidy y a ti. Pero necesito pillar. Y coger una buena curda, y luego a lo mejor meterme un lingotazo de jarabe para la tos. Lo que no puedo hacer es ir por ahí con todo esto en la cabeza. No puedo. He matado a un tío. He matado a un tío, Rome. No puedo cerrar los ojos esta noche con eso dándome vueltas en la cabeza —dijo Dante. Respiraba de forma agitada.

—No he dicho que fueras a irte de la lengua queriendo. Vámonos a casa, anda. Sé que papá tiene otra botella escondida en algún sitio. No tienes por qué pasar la noche solo —dijo Roman.

«Yo tampoco quiero estar solo esta noche», pensó.

Dante negó con la cabeza.

—Déjalo, hermano. Coge tú el Challenger. Yo pediré un Uber. Tengo que largarme de aquí, de este puto sitio. ¡Odio este puto sitio, maldita sea! ¡Lo odio con todas mis fuerzas!

Dante echó a andar a grandes zancadas, pero Roman lo cogió por el brazo. Su hermano se zafó con una sorprendente demostración de fuerza, se dirigió al vestíbulo y salió por la puerta.

Roman se quedó plantado en el centro de la sala del horno, tratando en vano de serenarse. Cerró los ojos. El corazón le iba a cien por hora. Se pasó la lengua por los nuevos implantes.

—Éste no eres tú. Éste no eres tú. Saldrás de ésta, volverás a Atlanta y te olvidarás de toda esta mierda. Este sitio ya no es tu

casa, sino tan sólo el lugar donde vive tu familia. Éste no eres tú. Éste no eres tú —murmuró.

Repitió el mantra una y otra vez mientras apagaba las luces del crematorio y se iba hacia el coche. Una vez fuera, buscó a Dante, pero ya se había marchado. Lo único que alcanzó a ver fueron las farolas del depósito de chatarra que había calle abajo, los semáforos del cruce y el último remolino de desechos danzantes en la alcantarilla. Pensó en la frase preferida de su padre y se dijo que estaba equivocado. No todo arde.

Hay cosas que acaban en la alcantarilla, como tiene que ser.

11

Para cuando Roman enfiló el camino de acceso a la casa, el sol ya asomaba por detrás del edificio, derramándose sobre los árboles como el agua a través de un colador. Subió los escalones del porche, llegó sin saber ni cómo a su antigua cama y se quedó dormido al instante.

Soñó con su madre.

El rostro de Bonita flotaba delante de él como un globo que se ha escapado, apenas fuera de su alcance. En el sueño, Roman veía su propia mano, y era la de un muchacho de dieciséis años: dedos delgados, palmas de piel tersa. Tenía el rostro de su madre muy cerca, al alcance de las yemas de los dedos.

En el sueño, ella sonreía. Sonreía y le decía algo, pero resultaba ininteligible. Ella lo repetía y luego pronunciaba su nombre.

«Rome, mi hijo del verano.»

Y entonces se despertó.

Bajó las escaleras y hurgó en los armarios de la cocina en busca de café. Instantáneo o en grano, le daba igual, cualquiera le valdría. Miró su reloj de pulsera. Eran poco más de las diez. Oyó crujir los

peldaños de la escalera y de pronto Neveah se presentó a su lado como una aparición.

—Dante no ha dormido en casa. ¿Adónde fuisteis después de cenar? —preguntó.

—A tomar otra copa juntos. A recuperar el tiempo perdido, supongo. Luego él conoció a una chica y se largó con ella. Yo me quedé otro rato, bebí más de la cuenta, me vine a casa y me metí en la cama —mintió Roman.

La facilidad con que esa mentira brotó de sus labios lo dejó estupefacto, pero se dijo que lo hacía por el bien de todos. Para mantener a Neveah lejos de esa ciénaga putrefacta en la que Dante y él estaban chapoteando.

Bastante malo era que ellos dos se hubiesen manchado las manos de sangre. Neveah no tenía por qué mancharse también sus insensibles yemas de los dedos.

—Vas a acabar hecho un borracho si sigues saliendo con Dante cada noche —dijo Neveah mientras alargaba el brazo por encima del hombro de su hermano para alcanzar un bote de café instantáneo.

Luego lo rodeó para coger un hervidor que llenó con agua y puso a calentar. Por último, apoyó la espalda en la encimera, y su postura era tan similar a la de Dante que Roman sintió un nudo en la garganta. Los tres hermanos se parecían más en sus gestos y ademanes inconscientes de lo que nunca se darían cuenta quienes no formaban parte de la familia. Su forma de reír, de apoyarse en una encimera, de masticar la comida. La víspera, mientras cenaban, Roman se había percatado de que todos ellos le daban un sorbito a la bebida después de cada bocado de macarrones gratinados, como para ayudar a bajar la comida. El linaje compartido tiraba de los

hilos de marioneta que unían a una generación hecha de alianzas, suspiros, largos días de invierno y noches de sábado con champán para que se movieran con espontánea sincronía.

Su árbol genealógico tenía raíces profundas que los mantenían firmemente unidos.

—No temas por mí. Ya tenía ganas de pasar algo de tiempo con Dante, aunque sea delante de una barra. Por cierto, hablando de todo un poco, ¿cómo es que tú puedes preguntarnos dónde hemos estado, pero nosotros no podemos saber nada de tus andanzas? ¿Va así la cosa? Porque en ese caso quiero introducir una enmienda al manual de instrucciones familiar —dijo Roman sonriendo a su hermana, que movió la cabeza en señal de negación.

—Vale, te lo he puesto en bandeja, pero yo no soy la que ha llegado a casa con la cara hecha un cristo y un dedo menos. No voy a darte la lata esta mañana, pero sé que lo que sea que os traéis entre manos tiene algo que ver con papá. Puedes contármelo ahora o puedes esperar a que lo averigüe, pero tarde o temprano lo sabré —dijo Neveah.

Roman supo que tenía razón. En algún momento su hermana se enteraría del trato que Dante y él habían hecho con los Black Baron Boys. Esperaba que eso no sucediera antes de que él lograra sacarlos del tremendo berenjenal en que los había metido Dante.

—No hay nada que averiguar, ya te lo he dicho. A todas éstas, ¿cómo se presenta el día? Hay pocos fiambres en la cámara frigorífica, ¿necesitas ayuda?

—Siempre me viene bien —repuso Neveah—. ¿Quieres venir un poco más tarde, cuando se te haya pasado la resaca? Puedes quedarte en el despacho mientras me acerco a Richmond. Tengo

que pagar la licencia de actividad hoy sin falta, y me gusta hacerlo en persona porque durante la pandemia la carta se extravió y me costó Dios y ayuda arreglarlo.

—Cuenta conmigo. ¿Me paso por allí sobre la una? —preguntó.

—Vale, por mí estupendo.

Neveah bajó el mentón y luego levantó la cabeza y miró al cielo.

—Verás, tengo amistad con un poli que se llama Chauncey. Puede que quiera hablar contigo sobre lo que os pasó a Dante y a ti, y antes de que me digas que no pasó nada, déjame aclarar que sólo pretende echarnos un cable preguntando a sus contactos. Si quieres que se ponga a investigar oficialmente, tendríais que presentar una denuncia. Esto sería algo informal —dijo.

A Roman se le encogió el estómago. Lo último que necesitaba era a la policía husmeando y haciéndole preguntas en el escenario de un asesinato que, casualmente, era también el negocio familiar.

—A ver, en realidad, no hace falta que se moleste —repuso Roman, y no bien lo dijo se arrepintió de haberlo hecho.

—Rome, ¿andáis metidos en algo ilegal? —preguntó Neveah—. Porque eso es justo lo que suele decir la gente que se dedica a los chanchullos cuando surge la posibilidad de hablar con la policía. Y no me vengas con eso de que «somos negros y pasamos de la pasma», porque estoy segura de que, si alguien te robara el Porsche en Atlanta, no dudarías en acudir a un policía de tráfico.

Roman cambió rápidamente de estrategia.

—¡Qué vamos a andar metidos en nada ilegal! Lo que pasa es que... Verás, creo que Dante se ha liado con la novia o la mujer de alguien y... En fin... No quisiera alborotar más el gallinero. No te digo que no me gustaría que esos mamones recibieran su merecido, pero

me da la impresión de que la policía local tampoco pinta mucho, y ¿te imaginas lo que pasaría si esos tíos averiguasen que nosotros los hemos señalado con el dedo? Ya has visto cómo se las gastan. Dante y yo no somos precisamente Omar y Stringer Bell —concluyó Roman, viendo cómo le cambiaba el semblante a su hermana según le contaba semejante patraña.

—¿De veras crees que esto es cosa de un marido celoso? —preguntó Neveah.

—Marido o novio. A Dante le gusta jugar con fuego.

El hervidor empezó a silbar.

—Voy a cambiarme para ir a trabajar —anunció Neveah. Y, sin esperar la respuesta de Roman, se fue escaleras arriba a grandes zancadas.

Roman llamó a Khalil.

—*Veni, vidi, vici* —dijo éste a modo de saludo.

—Hola, tío. Oye, te voy a mandar la dirección de la casa de mi padre. ¿Puedes pasarte por aquí a eso de las cinco? Quiero comentarte un par de cosas y saber tu opinión al respecto. ¿Todo en orden con la señorita Billings? —preguntó Roman.

—*Negro* —dijo en español—, no tengo nada que hacer salvo disfrutar de las vistas y esperar. Y sí, tengo eso que querías. Ahora mismo estoy en el Museo de Edgar Allan Poe. ¿Sabías que se casó con su prima? Igual por eso siempre andaba tan cabizbajo.

—Y porque ella se murió joven —dijo Roman.

—No jodas. Con ese careto y encima cenizo. No me extraña que le diera por escribir historias de miedo. Vale, mándame las señas y nos

vemos a las cinco —dijo Khalil.

—Vale, hasta luego.

—Chao —contestó Khalil, y colgó.

Una de las novias de Roman lo había descrito como alguien que se dedica a resolver problemas. Su mentor en la empresa para la que había trabajado antes de montar su propio negocio, Emil Sarlentanias, un economista armenio, lo había comparado con un cuervo.

«Eres divertido y astuto, pero siempre estás observando, siempre aprendiendo, siempre listo para no dejar pasar ninguna oportunidad, como un cuervo.»

Esos últimos días había aprendido unas cuantas cosas sobre los Black Baron Boys y su forma de trabajar. Representaban un problema que Roman debía resolver. Tenía un par de ideas al respecto, pero quería consultarlas con Khalil.

Roman sabía de dinero.

Khalil sabía de estrategia.

Si unías ambas cosas, podías hacer tambalear los cimientos más robustos.

12

Dante se despertó.

Se sintió decepcionado al ver que toda la oxicodona que se había metido en el cuerpo no lo había llevado al más allá. Su madre estaba allí y él quería volver con su madre. Mejor dicho, quería volver con su mami. Quería que ella lo estrechase con fuerza. Que le dijese que no era una calamidad andante. Que le mintiese y le asegurase que no era una eterna decepción. Pero, al parecer, aún no le había llegado el turno de emprender un viaje sin retorno al más allá.

Se apartó con esfuerzo del sofá hasta incorporarse. La noche anterior, después de... todo, alguien se había ofrecido para llevarlo en coche al Arrabal. Un chaval blanco llamado Tug vivía allí, en una casa prefabricada que servía como punto de venta de drogas, local para celebración de fiestas y escenario de toda clase de tropelías. Tug vivía allí con su novia, Raynell, que estaba emparentada con Torrent y Tranquil a través de una tía de éstos. Esa chica era el eslabón que había permitido a Getty y Dante cometer el peor error de su vida.

Al llegar allí la víspera, no lo habían tratado como a un apestado, como se temía. Al parecer, el hecho de que debiera dinero a los dos hombres más temidos de la ciudad no bastaba para ahuyentar a sus compañeros de farra. Le preguntaron qué le había pasado en el

dedo, él les contó una trola y la conversación derivó hacia cuestiones más apremiantes. Compró seis pastillas de oxicodona que enjuagó con una botella de cerveza barata y, para acabar de rematar la típica noche de juerga y desenfreno, se acostó con Dulsi, la amiga de Raynell, mientras el resto de los invitados de Tug echaban una partida de algún videojuego en la tele de pantalla gigante.

Justo cuando estaba a punto de penetrar a Dulsi, tuvo un destello de lucidez y comprendió que necesitaba un condón. Cuando se lo comentó, ella se limitó a reírse.

—Sácala antes de correrte y ya está —dijo—. No pasa nada. ¡No me importaría tener un pequeño Carruthers! —añadió con voz estridente.

Dante estuvo a punto de apartarse de ella. Un pequeño Carruthers. Incluso allí, rodeado de ladrones, adictos y gente de la peor calaña, no era Dante, sino tan sólo un Carruthers, el heredero de lo que se consideraba una riqueza con mayúsculas en esa parte de Virginia. No una persona, eso nunca, sino sólo un medio para alcanzar un fin. Un puente colgante que llevaba de la pobreza a la prosperidad a través de su descendencia.

Por un instante llegó a creer que le quedaba un resquicio de amor propio, pero luego se hundió en ella y notó el cuerpo de Dulsi estremeciéndose, su humedad envolviéndolo, sus dientes clavándosele en el hombro, e hizo lo que mejor sabía hacer: rendirse.

Se apartó del sofá para tomar impulso y se levantó. No recordaba haberse vestido ni abandonado la cama que había compartido con

Dulsi, pero debió de hacerlo, porque volvía a llevar puestas las botas, los pantalones y la sudadera. Se pasó una mano por el pelo mientras miraba la otra, la que tenía un dedo menos, con una mueca. La oxicodona debía de seguir haciendo efecto, porque no notaba el hormigueo del muñón. Cuando Getty y él pillaron esa gran partida de eme de los Black Baron Boys, había imaginado que la revendería y ganaría suficiente pasta para acabar de pagarse el coche y restregárselo en las narices a su padre. No pretendía convertirse en Pablo Escobar, sino tan sólo demostrarle de lo que era capaz. Decirle que no iba a estar chupando del bote toda la vida, que se valía por sí mismo, y de paso quitarse el mal sabor de boca que tenía por los sacrificios que su padre había hecho por él.

Ahora Getty era un puñado de cenizas, a Dante le faltaba un dedo y su hermano y él estaban atados entre sí como los últimos supervivientes de un barco que se hunde, amarrados al mástil principal.

—Oye, ¿estás despierto? —preguntó Tug.

Seguía jugando a los videojuegos mientras todos los demás estaban tirados como maniquíes en diversos estados de catatonia, despatarrados en el cochambroso sofá modular, que formaba un ángulo recto con el otro sofá. Dante pensó que seguramente Tug no había dormido en toda la noche. Sus ojos enrojecidos tenían la mirada vidriosa de quien sabe dónde conseguir el mejor cristal de J-Run. Manejaba el mando con una destreza que era fruto de la práctica.

—Sí, tío. Me abro. Gracias por dejarme venir.

—Siempre eres bienvenido, hermano. Aunque no puedo decir lo mismo de Getty.

—¿Qué? —Dante se despertó de golpe y se puso alerta como una gacela en un abrevadero.

—Getty, tío. En la calle dicen que es un chivato. Anoche alguien vio a la pasma en su casa y se rumorea que hubo una redada. Echaron la puerta abajo y andaban husmeando por allí —dijo Tug, disparando un arma virtual y acompañando el gesto con un súbito quiebro de cintura.

—Ya, bueno, eso no quiere decir que sea un chivato. ¿La pasma andaba investigando? —preguntó Dante, pensando que iba a empezar a hiperventilar en cualquier momento.

—Sí, pero como quien no quiere la cosa. Lo que pasa es que... ¿Conoces a Jamir Paige? En fin, el caso es que estaba en un calabozo y, cuando los maderos volvieron a la comisaría, los oyó quejarse de que uno de sus informantes había desaparecido. Jamir ha salido del trullo esta mañana y va por ahí diciendo a todo el que quiera escucharlo que ese informante sólo puede ser Getty. Tío, que había cuatro coches patrulla y dos maderos en su casa. ¿Cuándo fue la última vez que salió tanta pasma a la calle por la desaparición de un chaval blanco con rastas? Jamir jura que es verdad y a mí me basta con su palabra —dijo Tug.

—Tío, eso es de locos. Justo anoche hablé con él. Dijo que tenía ganas de largarse más al sur, tipo Georgia o quizá Alabama —mintió Dante. La mentira apareció en su mente con toda claridad y sin que él la invocara, pero ahí estaba, así que decidió usarla.

—Si sabe lo que le conviene, no volverá por aquí. Nunca ha sido trigo limpio, pero ahora está de mierda hasta el cuello. Se cree un pez gordo, pero está nadando entre tiburones, joder —dijo Tug

mientras guiaba a su personaje del videojuego por un paisaje urbano distópico.

Dante pensó que seguramente Jefferson Run tendría ese aspecto dentro de unos años.

—Ya, en eso te doy la razón. A mí nunca se me ocurriría dejarme encular de esa manera, pero si a él le va ese rollo, pues que se la metan doblada y sin vaselina —dijo Dante.

Tug se desternilló de risa.

—Tío, estás como una cabra. ¿Seguro que no quieres quedarte un rato? Raynell ha ido a Church's a por algo de comer, así que, si te mola el plan, no te cortes.

—No, tengo que ir tirando. Espera, ¿qué hora has dicho que es?

—No lo he dicho, pero debe de ser la una o por ahí.

Dante miró el móvil. Tenía una llamada perdida de Roman y otra de Cassidy. Resistió el impulso de darse una palmada en la frente.

—Me abro. Ya te llamaré —dijo.

—Paz y amor —repuso Tug mientras Dante salía por la puerta.

Lo primero que hizo Dante fue llamar a Roman para preguntarle qué debía decirle a Cassidy. Su hermano contestó enseguida.

—¿Dónde estás?

—En casa de un amigo. ¿Y tú?

—De camino al hospital, y luego iré a relevar a Neveah para que pueda ir a pagar la licencia de actividad —dijo Roman.

—Mierda, ¿era hoy? Se me ha pasado por completo —dijo Dante.

—¿Vas a venir al hospital? —preguntó Roman.

—No, tenemos que hablar, pero no por teléfono.

—¿Qué pasa?

—Te lo diré en persona.

Roman guardó silencio. Dante lo oía respirar, imaginaba su ancho pecho subiendo y bajando mientras hervía de ira.

—¿Qué has hecho?

—No se trata de lo que he hecho yo. Escucha, tenemos que hablar y punto, ¿vale? Nos vemos en el taller un poco más tarde. Ahora me voy a casa, creo que necesito darme una ducha. ¿Sobre las tres? —sugirió.

Roman no contestó enseguida.

—Vale. ¿Seguro que no quieres venir al hospital? Luego podemos irnos juntos al taller —repuso.

Dante imaginó a su padre rodeado de tubos y cables mientras su cuerpo mudo yacía inmóvil y las máquinas que lo mantenían con vida silbaban, traqueteaban y zumbaban con fría indiferencia. Todo por su culpa. Por lo que él había hecho.

No podía hacerlo, todavía no.

—Mejor nos vemos en el taller a las tres —dijo Dante.

—Tarde o temprano tendrás que ir a verlo. No esperes a que nos digan que lo desconectemos tirando de un puto cable —replicó Roman.

La llamada se cortó.

13

Roman se sentó a la cabecera de su padre y le cogió la mano helada metiendo la suya entre los barrotes de la cama.

La tarde se había vuelto desapacible, otra anomalía a principios de septiembre en Virginia. Roman no creía en señales ni presagios, pero ese precoz coletazo de frío no auguraba nada bueno. Era como si la mismísima madre naturaleza les hubiese vuelto la espalda y dejado que el anciano invierno accediera antes de tiempo al cuerpo de Gaia. La noche, el invierno y la muerte los acechaban.

—Basta ya —se dijo.

Miró a su padre. Escudriñó su rostro en busca de alguna reacción, pero se topó con un semblante liso y terso como una obsidiana.

Neveah había dicho que el seguro médico cubriría hasta seis meses de cuidados intensivos, pero de ahí en adelante tendrían que pagarlo de su bolsillo. El gran sistema sanitario estadounidense los dejaría en la estacada, tal como hacía con incontables familias a lo largo y ancho del país. O tal vez se compadecería de ellos y dejaría que su padre se fuera tranquilamente al otro barrio. ¿Sería eso una muestra de compasión? Roman dudaba que Keith Carruthers lo hubiera visto así.

Se preguntó qué había hecho la familia de Oscar Conley con sus cenizas.

El hombre al que su madre había acudido en busca de consuelo y afecto cuando su propio marido no podía darle el cariño que tanto anhelaba. Roman pensó en la ironía de que un hombre que dominaba el fuego pudiera llegar a ser tan frío, no sólo con su mujer, sino también con sus hijos. Deseó encontrar las cenizas de Conley para llevarlas hasta una vieja letrina en el Arrabal y verterlas sobre los gusanos. Eso no vengaría los cuernos de su padre, pero haría que él se sintiese mejor, aunque sólo fuese por un instante. Su madre ya no estaba, no podía encararse con ella.

Roman pensó que, si alguna vez tenía hijos, haría cuanto estuviera en su mano para asegurarse de que nunca supieran si él o su pareja tenían una aventura con otra persona. Los hijos no deberían saber adónde van sus padres para saciar sus instintos.

¿Seguía enfadado con su madre?

Si así era, esa ira ardía lentamente bajo el peso del amor que sentía por ella, tal como el sentimiento de decepción respecto a su padre yacía enterrado bajo la gratitud que le debía.

Apartó la mano.

Se levantó y tocó la frente de su padre. Estaba fría. Se inclinó por encima de la cama y lo besó en la frente.

—Te quiero, viejo —le dijo.

Su padre no se inmutó.

Lo que tampoco era de extrañar en él. Roman podía contar con los dedos de una mano las veces que Keith Carruthers le había dicho que lo quería. Una vez, el día que se graduó en la universidad. De nuevo cuando sobrevivió a un accidente de tráfico en Atlanta, y otra...

Aquel día. Fue entonces cuando la palabra brotó por primera vez de los labios de su padre.

Roman salió del hospital y se fue en coche hasta el crematorio.

Llamó al timbre y Neveah salió a abrirle casi al instante.

—¿Dónde te has metido? La oficina del estado cierra a las tres, maldita sea —masculló su hermana mientras cogía las llaves de la furgoneta y una carpeta marrón.

—He ido a ver a papá. Lo siento, supongo que se me ha ido el santo al cielo —se disculpó Roman.

—Vale, bueno, hay dos fiambres en el horno. Y Weldon Travis, de la funeraria Jackson Brothers, va a traer uno grande para incinerarlo directamente. Necesitará ayuda. Yo me largo —dijo Neveah yendo hacia la puerta.

—¿No vas a preguntarme cómo está? —replicó Roman.

Neveah hizo una pausa.

—Si estuviera mejor, me lo habrías dicho —fue su respuesta.

Y salió por la puerta.

Roman había limpiado el segundo horno y embolsado las cenizas cuando oyó el timbre de la puerta delantera. Dio por sentado que era Weldon, que quizá querría asegurarse de que hubiese alguien antes de dar marcha atrás hasta la puerta enrollable.

Sin embargo, cuando abrió la puerta, no vio a Weldon.

Había un hombre negro delgado y enjuto, con el pelo entrecano cortado a cepillo, plantado en el umbral. Sostenía una placa de policía.

—Tú debes de ser Roman. Soy el agente Chauncey Mansfield, amigo de tu hermana. Ella me ha dicho dónde encontrarte. ¿Puedo pasar un momento? —preguntó.

Roman lo escudriñó.

Lucía una americana marrón por encima de un jersey negro de cuello alto, vaqueros y mocasines de piel. Llevaba la pistola metida por dentro del cinturón, pero, de no ser por ese detalle, podría haber pasado por un profesor de filosofía.

No era intimidante como la mayoría de los policías con los que Roman se había topado, sobre todo los de Atlanta que se dedicaban a investigar a sus clientes, corpulentos matones de músculos protuberantes que sacaban tajada de cada operación como si fuera un procedimiento rutinario que les enseñaran en la academia de policía. Con diez mil pavos era posible comprar su silencio si te pillaban conduciendo bajo los efectos del alcohol. La violencia doméstica costaba cincuenta, y todo lo demás, a excepción del asesinato, entre cien y trescientos mil.

Pero Chauncey tenía la mirada hambrienta de un predador. Una mirada que intentaba asimilarlo todo sin dar nada a cambio. Se había presentado como amigo de Neveah, algo que ella había corroborado. Todo sonaba de lo más inocente, pero Roman no podía evitar sospechar que ese hombre de la alianza de oro se tiraba a su hermana.

Neveah tenía debilidad por cierta clase de hombres.

«Chicos malos» emocionalmente inaccesibles. En cierta ocasión, cuando tenían una relación más cercana, ella le había dicho que, si no te enamorabas, no podían hacerte daño. Roman se preguntó si aún lo creería o si seguiría engañándose a sí misma.

—Por supuesto, agente. Pase —lo invitó Roman.

Se sentó en el sillón reclinable que había al fondo del vestíbulo. Chauncey se acomodó en el sofá de dos plazas que había enfrente, guardó la placa y recorrió la estancia con la mirada.

—Viendo este sitio nunca diría que estoy en un crematorio. Parece la sala de espera de mi médico —comentó Chauncey.

Roman sabía que esperaba que le riera la gracia por mera cortesía, pero no le dio la gana. No sentía a menudo una animadversión inmediata hacia alguien, pero había algo en Chauncey que le inspiró desprecio nada más verlo. Había pasado bastante tiempo en despachos y salas de juntas con hombres como él, que creían ocultar su engreimiento tras una labia aterciopelada, aunque en realidad sólo servía para ponerlo de manifiesto. El terciopelo estaba apolillado y dejaba ver al verdadero Chauncey a través de los agujeros.

Tras comprobar que Roman no se reía, Chauncey continuó.

—Bien, tu hermana me ha dicho que la otra noche os atracaron a tu hermano y a ti.

—Así es. Tres tipos entraron en el edificio cuando estábamos a punto de cerrar. Mi hermano había venido a echarme una mano. Intentábamos darle un respiro a Neveah. Mi padre está en el hospital —dijo Roman.

—Ya. Después de atracaros se dieron a la fuga en un coche, ¿verdad? Mis colegas aún no han identificado el vehículo. ¿Les visteis la cara? —preguntó Chauncey.

—No. Estaba oscuro. Se nos echaron encima de repente. Me dieron un puñetazo en la boca que me rompió cuatro dientes. Luego le rebanaron el dedo meñique a mi hermano pequeño y lo

aplastaron con el pie —dijo Roman, usando la verdad para construir su mentira.

—¿Llevaban antifaces?

—No lo sé. No me acuerdo —contestó Roman.

—No pareces demasiado preocupado, Roman. Esos hombres te dieron una paliza como si fueras un esclavo fugitivo y luego le amputaron un dedo a tu hermano, pero lo cuentas como si estuvieras leyendo la lista de la compra —señaló Chauncey.

—He tomado perspectiva —repuso Roman.

Chauncey se inclinó hacia delante.

—Vale, te seré sincero. Hasta hace poco no me interesaba demasiado investigar lo sucedido. Tu hermano y tú no presentasteis denuncia y me daba la impresión de que, o bien queríais encargaros personalmente del asunto, lo que me parece una idea terrible, pero, oye, estáis en vuestro derecho, o bien pretendíais fingir que nada sucedió, lo que también acarrea ciertos problemas, pero allá vosotros. Lo que pasa es que luego me llamaron para informarme de que John Paul Mathias Getty había desaparecido. ¿Conoces al señor Getty, Roman? —preguntó Chauncey.

Roman permaneció impasible, pero su mente iba a mil por hora.

—He oído a mi hermano mencionarlo alguna que otra vez. Creo que son amigos, pero acabo de llegar a la ciudad, como quien dice.

—Lo sé. Has venido de visita desde Atlanta, donde diriges una empresa llamada Carruthers y Asociados. Debo decir que tu lista de clientes se parece mucho a la primera fila de los premios BET —comentó Chauncey.

Roman se encogió ligeramente de hombros.

—Bueno, el caso es que el señor Getty nos hacía algún que otro trabajito de vez en cuando. Sólo te lo digo porque no creo que volvamos a verlo con vida. Al parecer, alguien allanó la casa que tenía alquilada en la calle Sledmore, en esa parte de la ciudad que algunos llaman el Arrabal. Tiraron la puerta abajo y, acto seguido, redecoraron las paredes con su cara. Así que vamos a dejarnos de pamplinas, ¿te parece? Tu hermana es una buena amiga mía, así que voy a ponértelo fácil. Tu hermano es un compinche habitual de un informante de la policía que, casualmente, desapareció por las mismas fechas en que os dieron una somanta de palos, así que ¿por qué no me cuentas lo que sabes antes de que salgáis todavía más malparados?

Roman advirtió que Chauncey se creía un policía duro y curtido.

Pero se equivocaba.

Parecía un niño jugando a policías y ladrones.

Roman se inclinó hacia delante.

—¿Te ha hablado Neveah de nuestra madre? No, ¿por qué iba a hacerlo? Todo el mundo conoce la historia. El caso es que, cuando mi madre desapareció, mis hermanos y yo prometimos cuidarnos los unos a los otros. No queríamos darle más quebraderos de cabeza a mi padre. Ese otoño, después de que mi madre desapareciera, un chaval empezó a robarle el almuerzo a mi hermana. De entrada, Dante y yo accedimos a dejar que ella se encargara del asunto, pero al final consintió en que la ayudáramos porque no hay nadie más, sólo estamos nosotros tres. Y nos cuidamos los unos a los otros.

Roman se enderezó en el asiento.

—El caso es que ese chaval era bastante más grande que nosotros dos. No podríamos con él ni siquiera si lo atacábamos juntos.

Sabiéndolo, Dante y yo buscamos a un chaval todavía más corpulento que él, un cóctel explosivo de trauma y psicosis llamado Roland Rundgren, y le robamos la bici. Luego cogí su bici y me di una vuelta delante de la casa del chico que se dedicaba a robarle la comida a mi hermana y, como era más bruto que un arado y no tenía dos dedos de frente, me tiró de la bici y me la robó.

»Esto pasó unos diecinueve minutos después de que, siguiendo mis indicaciones, Dante le dijera a Roland que había visto a alguien montado en su bici. El chaval que le robaba la comida a Neveah se pasó un mes alimentándose a través de una cañita —concluyó Roman.

Se levantó.

—Nosotros tres y nadie más. Quiero a mi hermana. Quiero a mi hermano. No nos pasará nada. La gente que nos hace daño, ya sea a mi hermano o a mi hermana... —Dejó que la palabra «hermana» se quedara flotando en el aire unos instantes— suele acabar topándose con Roland Rundgren.

Roman fue a abrir la puerta principal.

—Le diré a mi hermana que has venido. Te agradezco el detalle.

Chauncey se levantó con un refunfuño contrariado.

—Vale, ya veo que eres un tipo duro. Sólo espero no tener que pedirle a tu hermana que identifique vuestros cadáveres. Que tengas una buena tarde —se despidió.

Roman cerró la puerta y, tras girar la llave en la cerradura, se dejó caer lentamente al suelo. Getty era un soplón. Pero seguramente lo habían cogido antes de que se fuera de la lengua sobre los trapicheos que tenía con Dante.

Ese pequeño golpe de suerte tal vez sirviera para mantenerlos con vida un día más, y quizá incluso para que Roman pudiera deshacer el caos que Dante había sembrado con su ingenuidad. De ese modo podría volver a su verdadera vida, que no tenía nada que ver con aquélla.

Roman se quedó allí sentado con la espalda apoyada en el frío metal de la puerta y asintió en silencio. Le vino a la mente la asignatura de ingeniería que había cogido como optativa. El primer paso para trasladar un objeto muy pesado consistía en buscar un punto de apoyo. El primer paso para romper una gran roca consistía en buscar la línea de falla, el punto donde la roca era más débil por naturaleza.

Khalil podía ser su punto de apoyo.

Yellaboy, que había salido pitando la otra noche.

El descubrimiento de que Getty era un soplón.

Roman pensó que tal vez había encontrado la línea de falla de los Black Baron Boys.

Que tal vez había dado con su punto débil.

Ahora lo único que tenía que hacer era aplicar presión en esa falla hasta que la roca se resquebrajara.

6 de junio de 2003

POR LA MAÑANA

Dante baja las escaleras y pasa como una exhalación delante de Neveah, que está cogiendo la bolsa de deportes para la carrera de atletismo.

—¡Oye! ¿Adónde vas? —lo increpa Neveah a voz en grito mientras él corre hacia la puerta.

—A la cancha de baloncesto. He quedado con Charlie y Stefan —contesta Dante.

—Primero desayuna algo. Papá ha dicho que tenemos que desayunar. Mamá no volverá a casa hasta las diez. Venga, cómete los cereales, porque si no lo haces te entrarán ganas de vomitar, ya lo sabes —le dice Neveah.

—Será mejor que te los comas. No querrás echar la pota durante el partido... otra vez —añade Roman desde el sofá. Está jugando a videojuegos y tiene ante sí un bol gigante de cereales sobre la mesita de centro.

—Asegúrate de que come algo —le dice Neveah.

Dante se sienta a la mesa a regañadientes, se sirve un bol de cereales con leche y empieza a engullirlos a cucharadas.

—Mamá llegará cansada, así que haced el favor de fregar vuestro bol, muchas gracias —dice Neveah. Vuelve a revisar la bolsa para asegurarse de que ha metido las zapatillas, el uniforme de competición y el chándal de calentar. En la pechera de la camiseta se ve la silueta roja de un ciervo y la leyenda JEFFERSON RUN - EQUIPO DE ATLETISMO.

—Yo me encargo. Date prisa o se irán sin ti —le dice Roman.

—No os olvidéis de fregar los boles —insiste Neveah mientras corre hacia la puerta.

—¡Oye! ¡Buena suerte en la carrera! —grita Roman.

—Eso, ¡buena suerte, cabeza de chorlito! —dice Dante.

Neveah los mira a ambos, buscando en sus caras algo para lo que todavía no tiene un término. Más tarde pensará que la palabra que buscaba era «sarcasmo», pero no recordará haberlo visto en sus rostros. Se lo habían dicho de corazón. Realmente deseaban que le fuera bien, que ganara la carrera.

—Gracias, zoquetes.

Es la última carrera del año. Su madre no puede ir a verla porque acaba de salir de su quinto turno de noche consecutivo. Su padre no puede ir a verla porque sigue trabajando a media jornada para los Jackson Brothers mientras intenta poner en marcha su propio crematorio. Aún no tienen bastantes clientes para dejar la funeraria, pero los tres hermanos saben que no tardará en conseguirlo.

Su padre tiene una voluntad de hierro.

Saben que su madre dormirá unas pocas horas al llegar y luego se irá al crematorio para ayudarlo junto a Oscar. Oscar, que llama «jefe» a Roman, «pequeñajo» a Dante y «princesa» a Neveah. Oscar, al que Roman sorprende a veces mirando a su madre más fijamente de lo que incluso él, un chaval de dieciséis años, casi diecisiete, cree que debería. Neveah opina que se ha encaprichado de ella y nada más. ¿Y cómo no iba a hacerlo?

Su madre es un bellezón.

Su padre le ha puesto el apodo de «Locomotora» porque dice que está como un tren. Es lo más parecido a una muestra de cariño que ninguno de ellos recordará haberle visto, pero es sincero. Todos se dan cuenta de eso. Es un sentimiento luminoso y deslumbrante que sale de lo más profundo de su ser, de ese lugar al que sólo unos pocos pueden acceder.

Cuando Neveah se marcha, Dante va hacia la puerta y mira por los paneles de cristal laterales. La ve bajar los escalones del porche mientras el coche del padre de Susie Pettigrew se detiene frente a la casa. Es un viejo sedán, aunque por entonces Dante no sabe que se llama así. Ve a Neveah subirse al asiento de atrás. La ve reír por algo que dice Susie.

Entonces lo ignora, pero ésa es la última vez que la verá reír en mucho tiempo.

—Me voy a la cancha de baloncesto —dice Dante.

—¿Te has acabado los cereales? —pregunta Roman.

Sólo le presta atención a medias. Está concentrado en el videojuego, pero tampoco le dedica más que una cuarta parte de su atención. Lo que no le sale de

la cabeza, lo que se ha adueñado de sus pensamientos diurnos y sus sueños nocturnos, es Delia Cochran.

Vive en su calle, cuatro casas más allá, en esa parte de la ciudad donde su familia y él son, hasta cierto punto, unos recién llegados. Delia tiene largas trenzas a lo Janet Jackson en esa peli sobre poesía que tanto le gusta a su madre. Su tez es más oscura que la de Janet, pero tiene hechuras muy similares y, en opinión de Roman, una sonrisa que vale por diez de las de la cantante.

Dentro de una hora, Delia estará sola en casa. Su padre trabaja en la fábrica de planchas metálicas que hay cerca del crematorio. Su madre ha tenido que irse a cuidar de la abuela, que vive lejos.

Su padre no volverá de trabajar hasta las cinco.

Tienen todo el día por delante.

Él está nervioso. Delia afirma haberlo hecho decenas de veces. Roman nunca lo ha hecho, pero no puede dejar de pensar en ello.

—He comido bastante. Me piro —dice Dante.

—Oye, vuelve antes de que se haga de noche. Mamá nos dará para el pelo a los dos si dejas que te pillen las farolas —dice Roman.

Aún se está acostumbrando a las farolas. Cuando vivían en el Arrabal, el alumbrado público era aleatorio, en el mejor de los casos.

En los años siguientes, Dante olvidará haber vivido alguna vez en un lugar donde las farolas no cobraban vida de pronto, como si fueran centinelas del mundo de las hadas. Los recuerdos del Arrabal se irán desvaneciendo hasta que llegará un momento en que sólo podrá rescatarlos en sus pesadillas, pero ni siquiera entonces será consciente de haberlos vivido, porque sus pesadillas están repletas de horrores que ocupan el espacio que podrían albergar esos recuerdos.

—Volveré antes de las diez.

Roman aún no lo sabe, pero se ha desencadenado una sucesión de acontecimientos que ninguno de ellos puede prever. Se ha lanzado un dado y se ha cruzado un Rubicón que arrojará una sombra sobre sus vidas que nunca se levantará, que nunca cesará, una negrura que los envolverá a todos como el gélido abrazo de una noche sin fin.

Roman alza la vista y ve a su hermano pequeño yendo hacia la puerta y cogiendo la bici del porche.

El sol de la mañana baña por igual a justos y pecadores.

Antes de que termine el día, se toparán con ambos.

14

Roman oyó un vehículo reculando hasta la puerta enrollable. Fue a abrir y vio una furgoneta azul oscuro con las palabras AGENCIA FUNERARIA JACKSON BROTHERS impresas en la luna trasera.

Esperó hasta que Weldon se apeó de un salto del asiento del conductor.

—¡Vaya, mira quién ha venido! Me alegro de verte, tío —lo saludó el recién llegado tendiéndole la mano.

Roman lo atrajo y chocó el pecho amistosamente contra el suyo.

—Te traigo a un gigante, tío. Éste no se ha saltado el postre en su vida. Tuvimos que levantarlo del suelo de una de esas casitas pareadas que hay cerca del Arrabal y la broma me costó dos vértebras —comentó Weldon.

Abrió la puerta trasera de la furgoneta y Roman vio un amplio palé de madera con un reborde de ocho centímetros de altura alrededor del rectángulo de metro noventa y ocho de largo sobre el que descansaba un cadáver tapado con una gran sábana blanca. Su vientre parecía elevarse como el monte Kilimanjaro. El palé tenía asas de tela atornilladas a ambos extremos y a los lados.

Roman fue por el elevador hidráulico y lo situó de modo que, con un poco de suerte, podrían tirar del palé y deslizarlo sobre el elevador.

—¿Tienes tus certificaciones al día? Lo último que necesitáis es que vengan los inspectores estatales y os multen por haber cometido una infracción. Nada les gusta más que apretarle las tuercas a un negro que tiene su propio negocio —dijo Weldon.

—Neveah se encarga de pagarlas, así puedo echarle una mano cuando vengo a casa —dijo Roman.

Después de que su madre desapareciera, el regalo que hizo su padre a cada uno de los hermanos al cumplir dieciocho años fue un cursillo de certificación para trabajar en un crematorio estatal. Roman se sacó el suyo el verano antes de irse a la universidad.

—Estupendo. Tío, no sabes cuánto me alegro de verte. Quiero decir, ya sé que es por un motivo terrible, pero tu hermana necesita ayuda, tío. Tu padre es como el mío, se niega a admitir que está luchando contra el tiempo, y a ése no hay quien le gane la partida —dijo Weldon.

—Ya. Y de paso estoy intentando que Dante se involucre más en el negocio —dijo Roman.

Weldon no hizo ningún comentario, lo que, en sí, era un comentario. Weldon y Roman eran los hijos «buenos» de dos hombres que se ganaban la vida gracias a la muerte. Sabía que el hermano de Weldon, Jaimie, cumplía una pena de cárcel de diez años por homicidio involuntario porque había disparado accidentalmente a su novia mientras hacían el ganso con una pistola. Roman nunca entendería cómo alguien que había visto tan de cerca la cruda realidad de la fragilidad humana podía mostrarse tan imprudente con un arma de fuego.

«Pero los accidentes ocurren, ¿no?», insinuó una voz en su cabeza.

—Venga, será mejor que lo saquemos de ahí —dijo Roman.

Juntos tiraron del palé hasta depositarlo sobre el elevador hidráulico con todo el cuidado y el respeto posibles teniendo en cuenta que estaban trasladando un cadáver de ciento ochenta kilos.

Roman encendió el motor del elevador hidráulico y lo llevó hasta el extremo opuesto de la nave, donde estaban los hornos. Weldon sacó unos papeles del bolsillo interno de su chaqueta. Roman sabía que eran la autorización para la incineración y el certificado de defunción. Pensó que era irónico que, en esta era de huellas digitales y existencia etérea en las redes sociales, el papel siguiera definiendo la existencia de alguien. Ya fueran billetes de dólar o un certificado de defunción, el papel y la tinta seguían teniendo más peso en nuestra vida que los terabytes y las cadenas de datos.

—¿Cuándo has vuelto? —preguntó Weldon tendiéndole los documentos.

—Hace unos días, por lo de mi padre. Creo que me voy a quedar una temporada para echarle una mano a Neveah —dijo Roman.

—Siento mucho lo de tu padre. ¿Cómo está?

—Sigue en coma. Dicen que podría seguir así diez días o diez años —contestó Roman.

Weldon chasqueó la lengua.

—Sabes que acabamos de recoger a Jacob Pettigrew —dijo Weldon.

—¿Es familia de Susie Pettigrew? —preguntó Roman.

—En efecto, su hijo. Lo llamaban J-Rock. Lo encontraron junto a las vías del tren. Alguien se empleó a fondo con él. No le quedaba ni un gramo de carne en las piernas. El forense ha dicho que era como

si lo hubiese atacado una manada de lobos. Pero el caso es que no hay lobos en Virginia —dijo Weldon.

Roman sintió que la bilis le subía por la garganta como el magma de un volcán, pero hizo de tripas corazón para contenerla.

—¿Qué crees que le ha pasado? —preguntó.

—Alguien le soltó a los perros antes de meterle una bala en la cabeza. Es el cuarto cadáver así que veo este año. Sabes, yo enterré a su padre, Ronnie Byrd, a su tío Sonny y a su abuelo Huck —comentó Weldon.

—Anda que no. Esa familia debe de llevar mucho tiempo recurriendo a tus servicios —observó Roman.

Weldon se rascó la barbilla.

—No creas, todo ha pasado los últimos tres años. Andaban todos metidos en esa vida. Esa mierda nos mantiene ocupados, pero, joder, a veces tengo la sensación de que, de la noche a la mañana, todas las fábricas de esta ciudad bajaron la persiana y a los chavales no les quedó otra que ponerse a trapichear con droga como si fuera un negocio familiar. Y ahí están, los Black Baron Boys contra los Ghost Town Crew, contra los traficantes que van por libre, contra los maderos. Por aquí, cada noche suena como el Cuatro de Julio. ¿Sabías que Jefferson Run había sido el principal productor de botes de conserva? Lo fue desde 1901 hasta 1987. Ahora lo único que producimos son huérfanos y viudas —concluyó Weldon antes de sacar una petaca del otro bolsillo de la chaqueta.

Cuando Weldon se marchó, Roman se dispuso a meter el cadáver en el horno. Debido a su peso, tardó una hora en poder recoger las

cenizas en un recipiente y dejarlas en el armario para cuando Weldon volviera. Una vez hecho eso, abrió el horno para que se fuera enfriando mientras recogía antes del cierre, tarea que interrumpió unos minutos para ir al cajero más cercano y hacer dos reintegros de quinientos euros de su cuenta corriente para restituir el dinero de la caja chica que le había dado a Cassidy.

Luego se fue a casa. Eran las cinco y media de la tarde cuando enfiló el camino de acceso.

Cuando entró en la casa, Khalil estaba sentado en el sillón reclinable de su padre y Dante estaba tumbado boca abajo en el sofá, roncando tan fuerte que cualquiera diría que estaba talando una secuoya con una sierra de mano.

—He llamado a la puerta durante un buen rato, pero este de aquí ni se ha inmutado, así que... he entrado por mi propio pie —dijo Khalil—. No le pasa nada, sólo está hecho polvo. Es tu hermano, ¿no?

Llevaba la típica cazadora deportiva de instituto con el logo de un diseñador de moda ya fallecido en la espalda y en la solapa izquierda, allí donde por lo general habría estado la inicial de la escuela secundaria. Se había recogido las rastas en una cola de caballo suelta, calzaba un par de Timberland negras y Roman sabía que llevaba encima por lo menos dos pistolas y probablemente otros tantos cuchillos.

—Sí, es Dante, mi hermano pequeño. Ven, te pondré algo de beber y te diré lo que tenemos entre manos —dijo Roman.

—Bueno, me has hecho enviarte doscientos mil pavos por UPS y luego traer otros ciento noventa mil en mano, así que doy por sentado que ha llegado el momento de recoger los frutos de tu

inversión, que diría la señorita Billings. Dicho de otro modo, hay que cargarse a alguien —concluyó Khalil entre risas.

Roman no lo secundó.

Se sirvió una copa y le ofreció un vaso de agua a su invitado. Se conocían desde hacía mucho, pero sólo había visto a ese hombretón beber alcohol en dos ocasiones: la primera, durante una alocada fiesta de Nochevieja organizada por un productor de hip-hop que había pegado un pelotazo con una canción y se aferraba a sus quince minutos de fama como a un clavo ardiendo, y la segunda cuando se tomaron un chupito para celebrar el nacimiento de la sobrina de Khalil. En ninguna de esas ocasiones permitió que el alcohol le subiera a la cabeza.

Roman dejó las bebidas sobre la mesa de la cocina.

—Dante, levántate ya —dijo intentando despertar a su hermano.

Sospechaba que los opioides tenían algo que ver con esa profunda modorra, pero necesitaba que Dante participara en la conversación que estaba a punto de tener con Khalil.

—Cinco minutos más... —farfulló Dante.

—¡Que te levantes de una puta vez! —ordenó Roman.

Cogió a Dante del cuello de la camisa y lo obligó a incorporarse en el sofá. Su hermano parpadeó y levantó las manos como para defenderse de un golpe que sólo existía en sus sueños.

—Oye, Rome, tengo que contarte algo —empezó a decir Dante, pero se interrumpió y se quedó mirando a Khalil con ojos soñolientos —. Espera, ¿quién coño es éste?

Khalil le hizo una seña con la cabeza a modo de saludo mientras se sentaba a la mesa de la cocina y le daba un sorbo a su vaso de agua.

—Es un amigo mío. Venga, vamos a hablar en la mesa —dijo Roman.

Dante se levantó y se fue hasta allí arrastrando los pies. Roman se sentó enfrente de Khalil, con Dante a su izquierda. Le dio un sorbo al bourbon, dejando que los cubitos de hielo tintinearan al chocar contra sus nuevos dientes. Seguía notando un dolor sordo en la mandíbula superior, pero el hielo y el alcohol ayudaban a mitigarlo.

—Khalil, te presento a mi hermano Dante. Dante, te presento a mi amigo Khalil. Podemos hablar delante de él. Va a ayudarnos con este asunto —dijo Roman.

Dante y él tuvieron otra de sus charlas mudas.

«¿Qué podemos contarle?»

«Todo.»

—Vale. ¿Qué pasa, tronco? —saludó Dante.

—No mucho, la verdad. Sólo he venido a echar una mano. Podría decirse que tengo ciertas habilidades especiales —dijo Khalil mirando a Dante con una media sonrisa.

—Vale, Liam Neeson —repuso Dante.

Khalil se echó a reír y Dante se le sumó, pero no así Roman. Le dio otro sorbo a su bourbon.

—Y bien, ¿cuál es la movida? ¿Qué necesitas? —preguntó Khalil.

Roman dejó la copa sobre la mesa y se frotó la cara.

—Mi hermano aquí presente se endeudó con unos individuos con los que es mejor no tener deudas. He intentado arreglarlo, pero la cosa se nos ha ido un poco de las manos. Deja que te ponga en antecedentes —empezó Roman.

Treinta minutos después, él había apurado el bourbon, pero Khalil seguía bebiendo su vaso de agua a sorbitos. Dante había apoyado la cabeza sobre la mesa.

—De acuerdo, cincuenta mil al mes es pasarse un poco. ¿Cuál es tu plan? —preguntó Khalil.

Roman agitó los cubitos de su vaso.

—Creo que el punto flaco de la banda es el miedo. El miedo es su ley porque ellos también tienen miedo. Hay una banda rival que se la tiene jurada, los... ¿cómo se llamaban, Dante?

—Ghost Town Crew. Mexicanos en su mayoría. No son muchos, pero no se arredran ante nada. Por lo general, los Black Baron Boys los mantienen a raya, pero no es fácil —explicó Dante.

—Eso es, Ghost Town Crew. No quieren ceder ni un palmo de territorio. Jefferson Run no es una gran ciudad, de hecho es más bien un pueblo con ínfulas, pero la gente de por aquí trabaja sobre todo en la Universidad Prosser State o en Richmond. No hay muchos que vayan sobrados de pasta, pero los que sí la tienen disfrutan gastándola. Los Black Baron Boys manejan el cotarro. Doy por hecho que están metidos en las drogas, la prostitución, quizá también en el juego. Dan miedo, pero también hay cosas que temen: la cárcel, perder el respeto en la calle, que los echen de su territorio. Ésa es su debilidad, por eso son tan violentos. Ganarse esa reputación hace que la gente se lo piense dos veces antes de traicionarlos.

—Excepto Getty —dijo Dante.

—Creía tener las espaldas cubiertas —observó Khalil.

—Se equivocó —repuso Roman.

Khalil se reclinó hacia atrás en la silla hasta dejarla apoyada sobre dos patas.

—Tal como yo lo veo, tenéis dos opciones. Cuando estaba haciendo un trabajito privado en el Oeste oí hablar de un tipo blanco que se metió en líos con una banda de supremacistas. Le dieron luz verde a él y a toda su familia.

—¿Que le dieron qué?

—Pusieron precio a su cabeza. El caso es que el tipo va y se enfrenta a la banda. Atracó un puñado de pisos francos y se cargó a unos cuantos neonazis. Se le empezaban a acumular los cadáveres, y al final la broma les estaba saliendo tan cara a la peña del pelo rapado que cancelaron la luz verde y el tío se fue de rositas —dijo Khalil.

—¿De verdad? —preguntó Dante.

—Sí, o al menos eso dicen. Nadie ha vuelto a verlo, pero tampoco se han cargado a su hija, así que algo de cierto habrá en la historia. Pero a lo que iba: ésa es una de las opciones —dijo Khalil.

—No podemos declararles la guerra a esos tíos. Nos jugamos demasiado. Neveah, mi padre, el negocio. No, eso no nos vale —dijo Roman—. ¿Cuál es la otra opción?

Khalil se soltó el pelo y dejó que las rastas le cayeran sobre los hombros.

—La otra opción es cargarnos a la banda desde dentro presionando desde fuera. En el ejército lo llamábamos contrainsurgencia —precisó.

—Eso es lo que estaba pensando yo. Me infiltro en la banda, les digo que Getty era un soplón como prueba de buena fe. De todos modos, estamos en esto juntos, tal como ellos querían. Lo siguiente es hacer que ganen pasta, que me crean útil, un valor seguro, alguien en quien pueden confiar.

—Y luego usas tu poder como consejero de confianza para enfrentarlos entre sí. Los manipulas como si fueran peones de ajedrez, sacas provecho de su paranoia. Porque todos estos gánsteres son unos putos paranoicos, eso está claro —concluyó Khalil.

—Ya tenemos un peón, Yellaboy. No sé adónde fue esa noche, pero dudo que quiera que Torrent y Tranquil se enteren. Es algo que podemos usar a nuestro favor.

—Yo puedo ayudar desde fuera. Hacer movimientos que sólo tú veas venir, tal vez tirar un par de granadas en alguno de sus pisos francos, atacar lugares en los que se sientan seguros hasta que no sepan por dónde les da el aire —sugirió Khalil.

—Tenemos que aprovecharnos de sus inseguridades, ponerlos nerviosos. Si empiezan a ganar pasta de verdad gracias a mí, si los fajos de billetes se amontonan sobre la mesa, se volverán unos contra otros. Si repartes suficiente dinero, hasta el papa acabará apuñalando a alguien por la espalda —sentenció Roman.

Khalil dejó que su silla volviera a apoyarse sobre las cuatro patas.

—Ríete tú de los Médici —dijo riendo entre dientes.

Dante soltó un profundo suspiro.

—Os oigo hablar como si esto fuera *Uno de los nuestros* o *Casino*... ¡Estos hijos de puta son unos asesinos! No podemos jugar a los agentes infiltrados con esta peña.

—Dante, no sé si te has parado a pensarlo, pero todos los que estamos sentados a esta mesa hemos matado a alguien —dijo Khalil —. Unos más que otros. Eso significa que no podemos ir a la policía, y más teniendo en cuenta que tu amigo era un informante. Eso es una mancha que nunca va a desaparecer. Mira, acabo de conocerte

y no quiero que pienses que te falto al respeto, pero no te he oído decir ni mu sobre qué crees que habría que hacer para salir de esta situación que tú has provocado. De algo estoy seguro: si la persona con la que tienes una deuda se muere, no tienes que saldar esa deuda. No obstante, si se te ocurre una idea mejor, soy todo oídos.

Khalil se inclinó hacia delante y le dio otro sorbo a su vaso de agua.

Dante se recostó en la silla.

—Yo creo... Creo que deberíamos pagarles y punto, y confiar en que con el tiempo se olvidarán de nosotros —dijo.

—Dante, la cosa no va así. Nunca van a olvidarse de nosotros, sino que van a seguir chupándonos la sangre como vampiros hasta dejarnos sin blanca. Hasta dejarnos sin una gota—replicó Roman.

—Bueno, pues entonces que tu amigo se deshaga de ellos y listos —zanjó Dante.

Khalil emitió un gruñido.

—Por citar *The Wire*, con esta clase de gente «si vas a por el rey, más te vale no fallar». Podría cargármelos, pero para eso necesito acercarme a ellos, lo que requiere tiempo. Además, estas bandas son como una hidra, tienes que cortar todas las cabezas a la vez. Las deudas mueren con las personas a las que debes pasta, pero tienes que cargártelas a todas. De lo contrario, la heredará el siguiente en el escalafón. ¿Entiendes lo que estoy diciendo?

—Pues entonces... pongamos tierra de por medio. Ya me largo yo. Me iré lejos —dijo Dante.

—¿Para que puedan matar a Neveah y obligarme a vender el negocio y seguir pagándoles de todos modos? ¿Para meter a papá en una residencia de mala muerte con un solo auxiliar para veinte

personas donde tenga que pasar la noche bañado en sus propios meados hasta que llegue el turno de la mañana? ¿Es eso lo que quieres? Porque eso es lo que pasará si te largas. ¿Crees que Cassidy y tú os largaréis juntos y seréis felices y comeréis perdices? Mírame —ordenó Roman.

Dante levantó la cabeza y miró a Roman.

—Han intentado matar a papá. Te cortaron un dedo. A mí me partieron los piños. Intentan quitarnos todo lo que nuestro padre ha levantado, todo aquello a lo que ha dedicado la vida entera. A lo que Neveah ha dedicado la vida entera. ¿Quieres dejar que se salgan con la suya? —preguntó Roman.

Con un hilo de voz, Dante dijo:

—Yo sólo quiero seguir con vida, Rome.

—¡¿Qué clase de vida es ésa?! —chilló Roman.

Se hizo un silencio ensordecedor.

Dante bajó la mirada.

Khalil apuró el vaso de agua.

—Lo siento —dijo Roman—. Lo siento. Esto es... Esto es lo que tenemos que hacer si queremos salir de ésta. Así es como se hace. Podemos ganarles la partida, pero tenemos que usar la cabeza. ¿De acuerdo? Ceñirnos al plan acordado y trabajar en equipo. Podemos hacerlo.

—De acuerdo —concedió Dante. Su tono de voz era poco más que un susurro.

—Hablando de ceñirnos al plan, ¿qué me decís de esa tal Cassidy? ¿Va a darnos problemas? —preguntó Khalil—. Lo digo porque tendréis que explicar a esos tíos qué pasó con Splodie y, si ella

vuelve a asomar la patita, ¿cuánto tiempo creéis que tardará en contarle a alguien que Dante le salvó la vida?

No quedaba ni rastro de frivolidad en su voz. Estaba erguido en la silla, con el mentón apoyado en las manos entrecruzadas. Roman lo había visto adoptar esa postura antes, cuando se disponía a proteger a una celebridad local. Se estaba transformando: ya no era Khalil, el tipo al que le gustaba salir de fiesta con modelos, sino un jaguar que acecha la oscuridad. La sombra de la sombra, así se había referido en cierta ocasión a su oficio.

«Cuando protejo a alguien, soy la sombra de su sombra. Sé dejarme ver sin ser visto, ¿sabes a qué me refiero?», le había dicho antes de escoltar a un famoso político local durante una aparición pública de lo más tensa.

—Les decimos que, después de dejar a Getty y Cassidy en el taller, Yellaboy y él se abrieron. No sabemos adónde fueron. Yellaboy no puede llevarnos la contraria porque me da en la nariz que no tendría que haberse pirado. Splodie es la primera pieza del ajedrez. Podemos usarlo para controlar a Yellaboy. Tenemos un PMD con él —concluyó Roman.

—¿Qué es un PMD? —preguntó Dante.

—Un pacto de mutua destrucción. Él no puede chivarse de nosotros y nosotros no podemos chivarnos de él. Pero yo sí que puedo ir soltando alguna que otra pista para hacer que Torrent se pregunte qué pasó entre Splodie y él —dijo Roman.

—Vale, vale. ¿Qué necesitas que haga yo? —preguntó Dante.

—Lo mismo que has hecho hasta ahora. Salir de marcha y ponerte ciego. Pero eso sí, si hablas con alguien de Splodie, insinúa que tal vez se haya acogido al Programa de Protección de Testigos, o que

quizá los Ghost Town Crew lo quitaron de en medio. No cargues las tintas, pero no dejes de sacar el tema. Si conseguimos que empiecen a desconfiar de su propia sombra, será como empujar una bola de nieve cuesta abajo —dijo Khalil.

—Esperaremos unos días y luego me reuniré con ellos —anunció Roman—. Les daré la mitad de los cien mil. Les diré que puedo coger los otros cincuenta y convertirlos en ciento cincuenta en tan sólo dos semanas. Y puedo hacerlo. Sé cómo mover el dinero. Ellos quieren cincuenta mil al mes, yo puedo triplicar esa cantidad y conseguir que me vean no sólo como alguien valioso, sino incluso indispensable. Puedo invertir en acciones volátiles, echar mano de la señorita Billings para inflarlas y luego colocarlas, hacer un par de llamadas de las que no tiene por qué enterarse la Comisión del Mercado de Valores. En cuanto lo haga, estoy dentro.

—¿Y qué pasa luego? —preguntó Dante.

—Recuerdas lo que nos dijo papá cuando nos enseñó a jugar al ajedrez? El rey es la pieza más importante del juego. Movemos a los peones de aquí para allá hasta que se cargan al rey por nosotros. Luego damos la vuelta al tablero y nos cargamos también a los peones. Todo el mundo tiene alguna debilidad. La suya es la codicia —dijo Roman.

Se llevó el vaso a los labios y masticó los cubitos de hielo con los nuevos y resplandecientes incisivos que reemplazaban los cuatro que Torrent le había partido.

El dolor era sublime.

15

Neveah aparcó junto al Challenger de Dante y detrás del coche de alquiler de Roman. Las luces del porche estaban encendidas y prestaban un resplandor amarillento al jardín. Se apeó de la furgoneta y subió los escalones. Cada vez que volvía a casa, albergaba la vaga esperanza de entrar por la puerta y encontrar a su madre en el salón, esperándola. Mayor, tal vez con el pelo ligeramente canoso, acaso con unas pocas arrugas en torno a las comisuras de la boca que se acentuaban al reír. Su madre tenía una risa maravillosa. Una carcajada sonora que le salía del alma y retumbaba por toda la casa como una campana de iglesia. Había noches, cuando estaba muy estresada, en las que Neveah oía esa risa en sueños. Huelga decir que nunca encontró a su madre esperándola, nunca regresó a casa, nunca estaba allí para abrazarla cuando lloraba.

Con el tiempo, dejó de llorar. Podría decirse que al final las llamas del crematorio habían hecho que sus lágrimas se evaporaran, como un cazo de agua olvidado al fuego.

Cuando entró en casa, había alguien más con Dante y Roman, pero no era su madre.

—Hola, Neveah —la saludó su hermano pequeño.

Estaba sentado a la mesa. Roman estaba sirviéndose una copa. Sentado junto a Dante había un tipo alto y apuesto con largas rastas. Sabía que era alto porque, incluso estando sentado, le sacaba una cabeza a Dante.

—Hola, Neveah, te presento a mi amigo...

—Khalil —intervino el aludido—. Roman y yo fuimos juntos a la universidad. Estaba en Richmond visitando a unos familiares y él me ha invitado a pasarme por aquí para tomar una copa. Pero ya os dejo tranquilos. Cogeré un Uber de vuelta al hotel.

Khalil se levantó y estrechó la mano de Neveah. Tenía dedos fuertes, casi amenazadores, pero asió y soltó su mano con suma delicadeza.

—Rome, te llamo mañana por si quieres quedar para comer. Yo invito. Que paséis buena noche. Me alegro de conocerte, Dante.

—Lo mismo digo, Khalil.

—Por mí no hace falta que te marches —dijo Neveah—. Si queréis que me vaya arriba para que podáis continuar con vuestra reunión del club de los hombres que odian a las mujeres, me presto encantada.

Khalil se rió entre dientes.

—No, se levanta la sesión —repuso—. Rome, te llamo mañana. Portaos bien.

Se fue hacia la puerta y salió al fresco aire nocturno.

—¿Has podido solucionar lo de la licencia de actividad? —preguntó Roman, y le dio un sorbo al bourbon.

—Sí, he pagado setecientos dólares para que el estado de Virginia nos diga que el suelo del taller no está lo bastante limpio —contestó Neveah—. Dime, ¿hasta cuándo estará tu colega por aquí? Ya sé que

has pasado mucho tiempo fuera, pero todavía me las apaño bastante bien entre fogones. Si te apetece, puedes invitarlo a cenar con nosotros un día de éstos.

Roman le dedicó una media sonrisa.

—Había olvidado que tienes debilidad por las rastas —dijo Roman —. Supongo que es eso, porque llevo cuatro días en casa y no te has ofrecido a cocinarme nada.

Neveah le dio una palmada en el brazo y luego amagó con propinarle un coscorrón, lo que hizo reír a Roman. Dante se le unió y al poco se desternillaban los tres de risa.

Por un momento, Neveah pensó que todo volvía a ser como cuando eran pequeños. Pero luego recordó lo que había pasado cuando eran pequeños. Lo que les habían arrebatado el destino y unas circunstancias que escapaban al ínfimo control que ejercían sobre su vida. Recordó que aquel sábado de junio se les rompió el corazón a todos y no quedaron más que añicos.

Se le cortó la risa de una forma tan súbita que fue como si una puerta se hubiese cerrado de golpe.

—¿Has incinerado el cadáver que ha traído Weldon? —preguntó.

—Sí. Lo he embolsado y guardado —contestó Roman.

—Vale. Me voy a la cama, estoy rendida. Nos vemos por la mañana.

—Deberíamos ir a ver a papá —dijo Roman—. Los tres.

—Ajá, ya hablaremos —repuso Neveah.

—No entiendo... ¿qué hay que hablar? —replicó Roman—. He despachado los fiambres que había para hoy. Todos los demás están esperando el visto bueno del forense. Tenemos la mañana despejada, deberíamos ir a verlo.

—He dicho que ya hablaremos. A lo mejor deberías llevarte a Dante, aunque sea a rastras. No ha ido a ver a papá desde que la poli llamó para decirnos que lo habían encontrado desparramado sobre las vías del tren.

—¿Por qué te enfadas? Lo único que he dicho es que deberíamos ir los tres a verlo. Creo que le sentaría bien —dijo Roman.

—No me enfado, pero, Roman, no puedes aparecer cada cinco años y empezar a dar órdenes como si tal cosa. Puede que seas el mayor, pero no eres papá. No eres el patriarca. Esto no es una de esas obras de teatro que mamá veía en DVD, en las que el primogénito vuelve a casa y lo arregla todo, y toda la familia se reúne para hacer una gran barbacoa. Estás aquí porque papá está medio muerto. Cuando se muera o salga del coma y alguien tenga que lavarlo, darle de comer y llevarlo arriba y abajo para la rehabilitación, tú te habrás ido, Dante estará colocado y yo haré lo de siempre: remangarme.

—Nev... —empezó Roman, pero su hermana ya se había ido escaleras arriba hecha un basilisco.

—Tienes que darle un poco de espacio, tío —dijo Dante—. Neveah está en mil cosas a la vez. Si no fuera por ella, todo el tinglado se vendría abajo, joder. El mes pasado, sin ir más lejos, papá se olvidó de pagar la hipoteca y ella tuvo que salir pitando a solucionarlo con el banco el día de su cumpleaños. No te lo dice con mala intención, pero tienes que dejarla a su aire.

—Tú y yo no hemos sido buenos hermanos, pero vamos a asegurarnos de que nada de toda esta movida con los Black Baron Boys la salpique. Lo digo en serio. No necesita otro marrón —dijo Roman, y empezó a subir los escalones.

—Hazme caso, tío, y déjala a su aire —insistió Dante.

Roman se detuvo, se volvió para mirarlo y luego siguió escaleras arriba.

—Está visto que nadie me hace caso —concluyó Dante—. No se lo puedo echar en cara, eso también es verdad.

Hurgó en el bolsillo del pantalón y sacó un frasco de pastillas. El vendaje del dedo empezó a supurar mientras desenroscaba el tapón y tragaba en seco dos Percocets.

Roman llamó golpeteando con los nudillos en el marco de la puerta abierta de la habitación de su hermana.

—No quiero discutir contigo, Rome —dijo Neveah, tumbada boca abajo a lo ancho de la cama.

La lámpara de la mesilla de noche arrojaba extrañas sombras sesgadas sobre la pared del fondo. Los pósteres de Usher y Ja Rule se habían visto reemplazados por fotos enmarcadas de leones, guepardos y gacelas. Junto a éstas, había también un mapa de África. Una lámpara nocturna emitía un leve zumbido mientras proyectaba una escena galáctica en el techo, con sus diminutas estrellas azules y su agujero negro representado como un remolino rojiazul.

—¿De dónde has sacado esas fotos? —preguntó Roman.

—Las compré en un mercadillo antes del covid. Las había hecho un tipo en Kenia. Dijo que fue el momento álgido de su vida, verlos en libertad —contestó Neveah.

—No me extraña. Ver libre a una criatura que sólo habías visto encerrada te hace pensar, replantearte cosas —comentó Roman.

Se preguntó si su hermana sabía que se estaba refiriendo a ella. Nunca la había visto en libertad. Estaba tratando de remediar la metedura de pata de Dante, pero era Neveah la que cargaba el peso de la familia sobre los hombros como un Atlas moderno. Tenía razón en lo que había dicho antes. Él intentaba comportarse como su padre, pero no estaba a su altura. Sin embargo, Neveah había encarnado el rol de madre y lo usaba como una armadura frente a su propio sufrimiento. Una armadura que también la lastraba como un ancla que se hunde en las profundidades abisales.

¿Qué aspecto tendría su hermana si fuera libre? ¿Le brillarían los ojos con esa chispa que encendía la mirada del león y el guepardo? ¿Se desvanecerían las arrugas de su rostro bañado por el deslumbrante resplandor de la paz? Ninguno de ellos había conocido la paz desde la desaparición de su madre, pero Neveah merecía sentir algún atisbo de ese esquivo estado de ánimo.

—¿Has pensado alguna vez en ir? —preguntó Roman.

—¿Adónde?

—A África. A Kenia —contestó Roman.

—¿Y quién se queda al frente de todo esto? ¿Dante?, ¿tú? Papá ya no está en condiciones, desde luego.

—Podría quedarme yo. Ahora estoy aquí. En cuanto se haya solucionado lo de papá, puedo volver, pasar un par de semanas en casa mientras tú te tomas unos días libres lejos de Jefferson Tuvo un Apretón —dijo Roman.

Neveah se dio la vuelta y se recostó sobre un codo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—¿Por qué tiene que haber pasado algo? Escucha, no tienes que... Yo no soy papá, pero tú tampoco eres mamá, ni tienes por qué

serlo. Lo que hicimos papá, Dante y yo estuvo mal. Dejamos que intentaras ocupar el lugar de mamá cuando tendrías que haber sido Neveah y punto. Quiero decir, papá nos puso en ese brete a todos, pero a ti... no estuvo bien. Así que, si alguna vez quieres tomarte un respiro, vendré y me aseguraré de que todo siga en marcha. Hasta cierto punto, en eso consiste mi trabajo, en pagar las facturas —dijo Roman.

—Lo dices en serio, ¿verdad? —preguntó Neveah.

Roman estaba a punto de contestar cuando el móvil de su hermana empezó a sonar. Lo cogió de la mesilla de noche, le echó un vistazo y lo silenció antes de volver a dejarlo donde estaba.

—Tu amigo ha venido al taller hoy —dijo Roman.

—No es más que un conocido que, casualmente, es policía —repuso Neveah.

Roman se apoyó en el marco de la puerta, se cruzó de brazos y bajó la voz.

—Escucha, no pretendo meterme en tus asuntos, pero ese tío es un capullo. Pase lo que pase, eres mi hermana y él no te llega ni a la suela de los zapatos —dijo Roman, absteniéndose de comentar la alianza de Chauncey y el retintín con el que se había anunciado como su «amigo». Tampoco mencionó que le recordaba a ese chaval que solía robarle el almuerzo a Neveah cuando eran pequeños. No hacía falta: ella se lo vio escrito en la cara.

—Sí, lo es. Y yo tampoco pretendo meterme en tus asuntos, pero ¿qué te traes entre manos con tu amigo Khalil? Nunca te había oído hablar de él. Ha dicho que fuisteis juntos a la universidad, pero no estaba en tu ceremonia de graduación. Lo recordaría —añadió Neveah.

—Dejó la carrera a medias y se alistó en el ejército —dijo Roman —. Formó parte de las fuerzas de élite durante unos años. Creo que ahora se dedica a la seguridad privada por su cuenta.

Roman había leído las memorias de un famoso estafador, tituladas *Atrápame si puedes*, por recomendación de una exnovia que le aseguró que lo ayudaría a desarrollar sus aptitudes como vendedor, pero lo único que sacó en claro del libro fue que, puestos a contar una patraña, tienes que sazonarla con una pizca de verdad. Era cierto que Khalil había dejado la carrera a medias, que se había alistado en el ejército, que había formado parte de los Rangers y que ahora se dedicaba a la seguridad privada. Todo eso era verdad.

«Pero también se encarga de hacer desaparecer a determinadas personas —pensó Roman—. Ha matado a por lo menos cuatro individuos en circunstancias que la policía se vio conminada a calificar de defensa propia. Creo que podría matar a alguien con sus propias manos. Es mi amigo, pero tan peligroso como esos grandes felinos que tienes en la pared. Es el jaguar.» Todo eso era igual de cierto.

—Vale, bueno...

El móvil de Neveah empezó a sonar de nuevo.

—Te dejo para que puedas contestar. Pero lo digo en serio. Nunca te arrepentirás de viajar, Mark Twain dijo que es letal para la ignorancia —dijo Roman.

—Mark Twain nunca se topó con ningún cazurro de Jefferson Run —replicó Neveah.

Roman se fue y Neveah se puso al teléfono.

—Dime.

—Te estoy llamando. Eso quiere decir que estoy libre, como bien sabes —dijo Chauncey.

—¿Qué le has dicho a mi hermano? —preguntó Neveah.

—¿A Roman? No tiene ni idea del lío en el que se ha metido. El amigo de tu otro hermano era un confidente de la policía que trabajaba para los Black Baron Boys y jugaba a dos bandas, porque también tenía tratos con los Ghost Town Crew. Si yo estuviera en tu lugar, convencería a Dante para que viniera a hablar con nosotros. Se rumorea que los Black Baron Boys están conectados con Shade Sinclair, y Ghost Town tiene vínculos con la MS-13. Ni unos ni otros tendrían el menor inconveniente en hacerles un traje de madera a tus hermanos. Pero no te llamaba por eso —añadió Chauncey—. Sharon estará fuera el resto de la semana y se ha llevado a los chicos. ¿Te apetece venir a casa?

Neveah pensó que el hecho de que Chauncey mencionase como si tal cosa que sus hermanos podrían acabar asesinados por un conocido gánster o una violenta pandilla de Los Ángeles y, acto seguido, intentara llevarla al huerto daba cuenta de la clase de persona que era. La revelación sobre el amigo de Dante le confirmó que lo sucedido la otra noche era peor de lo que pensaba, pero al mismo tiempo, y por desgracia, no la pilló por sorpresa. Dante vivía en un perpetuo estado de semiembriaguez o estupor inducido por las drogas. La idea de que se hubiese hecho amigo de un narcotraficante no le extrañaba, ni mucho menos, pero aun así sintió un miedo visceral. Quería a sus hermanos, aunque no la ayudaran con... con nada, por lo general. Los quería de un modo desesperado,

fanático, casi ciego. También quería a su padre, desde luego, pero el amor que sentía por sus hermanos era distinto.

Su padre había perdido a una esposa.

Ellos habían perdido a una madre.

En su mente había un abismo entre esas dos caras de la misma tragedia. Roman, Dante y ella permanecían a un lado de ese abismo y su padre al otro. Los tres hermanos se asomaban hombro con hombro a ese precipicio en tinieblas de un país ignoto llamado Lo Desconocido.

Según pasaban los años, Neveah se convencía cada vez más de que su padre se situaba en la frontera de un país llamado Secretos. Entre unos y otros, en ese valle, quedaba la verdad.

Ella cuidaba de su padre, se aseguraba de pagar las facturas, dirigía el negocio junto a él, pero sentía que la distancia entre ambos aumentaba día tras día. Cuando llegaba el cumpleaños de su madre y él se sentaba en el porche a beber hasta que era incapaz de fijar la mirada, le contaba lo mucho que la quería, lo mucho que la echaba de menos.

—Era mi Locomotora. Lo mejor que me ha pasado en la vida. No tendríamos el crematorio si no fuera por tu madre. El banco nunca me hubiese concedido ese préstamo a mí solo. Tu madre me ayudó a levantar esto que hoy tenemos ladrillo a ladrillo, maldita sea. Y sí, joder, ella cometió errores, pero yo también. Daría cualquier cosa por recuperarla. Lo quemaría todo hasta los cimientos sólo por volver a oír su voz —decía.

Luego Neveah tenía que ayudarlo a llegar a la cama. Todos los años Keith Carruthers repetía el mismo soliloquio, y cada año su hija se lo creía un poco menos. Para cuando oyó la monserga ese año,

tuvo que morderse la lengua para no acusarlo de ser un mentiroso de mierda.

Sus hermanos eran lo único que tenía. No su padre, sobre el que apenas podía seguir engañándose, ni el crematorio, que necesitaba para ganarse la vida, pero aparte de eso no le importaba una mierda, y ni tan siquiera su madre, convertida en un espectro mudo salvo en sus sueños.

Se propuso buscar el modo de arreglar ese desaguisado, por más que ellos no quisieran su ayuda. A eso se dedicaba. Era lo que le había tocado en suerte. Podía hacer algo, una sola cosa, que los ayudaría, aunque no pudiera ayudarse a sí misma.

—Dame una hora —le dijo por teléfono.

Porque tenía muy claro que nunca podría viajar a África.

16

Roman estaba sentado al volante del Challenger, consultando su reloj de pulsera. Eran las diez de la mañana. Había llegado pronto. Tenía una reunión con Torrent y Tranquil a la una de la tarde en Trout's. En el maletero del coche llevaba un maletín con cien mil dólares. Todo el plan dependía de su habilidad para convencer a esas alimañas de que él era la respuesta a las plegarias que hacían para sus adentros. Un mago de las finanzas capaz de blanquear sus ganancias ilegales con sólo chasquear un dedo.

Cerró los ojos.

Veía la sangre deslizándose por el brazo de Dante después de que le rebanaran el meñique. Le recordaba la sangre que había en los bajos del pantalón de su madre el día que desapareció.

—No —dijo en voz alta.

Los sueños protagonizados por su madre habían dado paso a las pesadillas en las que Getty pataleaba y chillaba dentro del horno. En esas pesadillas, la puerta se abría de sopetón y Getty salía del horno envuelto en llamas, con la grasa escurriéndose por su cuerpo como el sebo de una vela y chisporroteando al caer al suelo de hormigón del crematorio. La noche anterior se había despertado bañado en sudor, aferrándose a la almohada. Había estado a punto de ir a la habitación de Dante a por una de sus pastillas, pero desechó la idea

y se obligó a volver a dormir. Uno de los dos debía mantener la cabeza en su sitio, aunque estuviera llena de cosas espantosas que daban vueltas sin cesar.

Volvió a mirar el reloj.

Las diez y cinco.

Para cuando entrase en el hotel y subiese a la habitación, serían las diez y cuarto. Ésa era la hora acordada.

En cierto sentido, ese encuentro con Torrent y los suyos no se distinguía demasiado de algunas reuniones de alto voltaje que había tenido a lo largo de su carrera, en las que había una cantidad nada despreciable de dinero en juego y se enfrentaba a «clientes» especialmente difíciles de complacer. Tendría que echar mano de todas sus dotes de vendedor para convencerlos de que hicieran lo que él necesitaba que hiciesen tal como necesitaba que lo hicieran.

Una de sus películas preferidas era *Glengarry Glen Ross*, en la que Al Pacino interpretaba a Ricky Roma, el típico listillo del Lower East Side que habla como una metralleta y tiene un piquito de oro, la viva encarnación de los grandes vendedores a los que Roman conocía y le habían servido de inspiración, pero era Alec Baldwin, en el papel de Blake, quien le susurraba al oído cuando entraba en las salas de juntas y los despachos privados o cuando se sentaba junto a una piscina infinita de dimensiones olímpicas en compañía de un hombre o una mujer que no conocía la necesidad o la frustración.

«Lo primero es vender.»

Ésa era la clave, ¿verdad? Sí, Roman era un gestor financiero, pero llevaba dentro un vendedor nato. Desde el instante en que entraba en esa sala de juntas o despacho, o se sentaba en una silla de jardín Adirondack, estaba transmitiendo un mensaje a sus

clientes. A través de sus palabras, su lenguaje corporal, su atuendo, incluso sus zapatos, joder. Sólo pensaba en cerrar el trato desde el instante en que les estrechaba la mano hasta el momento en que volvía a su Porsche.

«Puedes confiar en mí. No porque sea una persona tremendamente virtuosa, aunque me gusta pensar que no dejaría tirado a un desconocido en apuros. No, puedes confiar en mí porque quiero que ambos ganemos dinero. Quiero ver cómo crecen tus inversiones, quiero ver cómo tu dinero te permite llevar un tren de vida que ni te imaginas. De paso, me llevo una comisión, porque ambos sabemos que esto no es una relación altruista, lo que no significa que no podamos ser amigos. Sólo porque viva del capitalismo no significa que no tenga sentimientos, pero no confíes en mí por eso, sino porque me gustan las cosas buenas. Confía en mí porque disfruto viviendo en un piso de lujo con servicio de lavandería privado y dispongo de un cocinero particular. Confía en mí porque mi egoísmo me obliga a tener éxito. Y para tener éxito debo hacerte ganar una pasta gansa. Debo hacer que ambos ganemos suficiente pasta para que nos reciban con una alfombra roja cuando desembarquemos en las islas Caimán.

»Es broma, dicho sea de paso.»

Al final de su perorata, la firma en la línea de puntos era una cuestión de destino, no de azar. Era como la gravedad.

Las más de las veces.

Roman se apeó del coche. El destartalado motel de dos plantas quedaba en las inmediaciones del Arrabal, no muy lejos de las vías del tren donde su padre casi había perdido la vida y donde la policía había encontrado el coche de su madre. Se decía que esas vías, que

discurrían paralelas al límite municipal de Jefferson Run, como una arteria, estaban encantadas. Cuando era un chaval, circulaban leyendas sobre un guardavía decapitado o una joven víctima de un desengaño amoroso que se había arrojado a las vías del tren al paso de una locomotora de seis toneladas que transportaba carbón desde las montañas hasta los puertos de Norfolk o Newport News.

Esas historias habían dejado de interesarle cuando su madre desapareció. La emoción vicaria de una historia de fantasmas perdía su atractivo cuando resultaba que tu propia familia era la protagonista de una leyenda urbana.

Roman cruzó el decrépito asfalto de la calle, por el que asomaban mechones de hierba marrón y maleza que se abría paso a través de grietas leprosas. Pasó de largo frente al apático encargado del motel y bordeó el edificio hasta la parte trasera. Miró el móvil.

El mensaje decía «Habitación 213».

La había encontrado en una app que, con buen criterio, evitaba las palabras «trabajadora sexual» o «escort» y empleaba términos como GFE (*girlfriend experience*) o «masaje sensual». Roman pensó que podían ponerle el envoltorio que quisieran, pero el caso es que uno seguía pagando por acceder al cuerpo de otra persona para su propia satisfacción sexual.

Aunque eso no era exactamente lo que él buscaba, o no como lo imaginaba la mayoría. Le había transmitido a «Naia» que sus necesidades eran inusualmente específicas, pero que estaba dispuesto a pagar un precio acorde a su disponibilidad y discreción. Le había asegurado que se llevaría su propio material, de modo que esa mañana a primera hora se había dirigido a una de las dos sex shops de la ciudad para comprar esposas, cuerda, una mordaza de

bola y un azote de nueve tiras anudadas. La calidad del género de Love Hut lo decepcionó un poco. Sospechaba que el azote de nueve tiras se caería a trozos a las primeras de cambio, pero era lo que había.

No se avergonzaba de sus peculiares deseos y necesidades. Había aprendido en terapia que las parafilias sexuales también pueden ser un mecanismo de compensación. Lo pillaba: se sentía culpable por lo que le había pasado a su madre. Ese sentimiento determinaba la clase de mujeres por las que se sentía atraído y el hecho de que experimentara una profunda y pertinaz necesidad de ser castigado por algo que, en el fondo, no era culpa suya. Tal vez no fuera para todos los gustos, pero más que una perversión era una preferencia.

No obstante, últimamente lo inquietaba un poco el pánico que sentía cuando no conseguía reservar una sesión antes de una reunión o decisión importante. Era como si resbalara por las paredes húmedas de un pozo abandonado hasta que lograba asegurar esa hora, ese lapso de tiempo, ese instante en que se rendía al alucinatorio estado de fuga que se producía entre el restallar del azote y el escozor de la piel. Ese lugar donde expiaba todos sus pecados, tanto reales como imaginarios, hasta alcanzar una liberación que llegaba precedida por gritos y gemidos. Creía que esa liberación le brindaba claridad mental y afilaba su ingenio, pero había empezado a preguntarse si no serían imaginaciones suyas. Si no estaría justificando su obsesión con falsas racionalizaciones, como cualquier otro adicto. Tal vez no experimentase lucidez alguna cuando lo liberaban de sus ataduras, sino tan sólo alivio cuando el desenlace lo arrastraba como una ola de rendición.

O quizá no fuera nada tan profundo.

Quizá le gustara y punto.

Subió por la escalera y se dirigió a la habitación 213.

Dos horas después volvía al Challenger con su bolsa de accesorios y sin haber experimentado liberación alguna. Arrojó la bolsa al maletero, se sentó al volante y cerró dando un portazo.

Se dijo que, en el fondo, era culpa suya. Tenía un guión específico que requería de una dominatrix experimentada que no se perdiera en sus tortuosos vericuetos, y la joven señorita de la habitación 213 no estaba a la altura de las circunstancias. Ella se había disculpado una y otra vez mientras él se esforzaba por indicarle los pasos que necesitaba seguir para llegar a ese lugar que le permitía estar simultáneamente dentro y fuera de su propio cuerpo, experimentando el dolor, pero también observándolo mentalmente desde una privilegiada atalaya.

—No sé qué quieres. No lo pillo. ¿Y si follamos y punto? —había estallado ella al final, exasperada.

—No. Te pagaré, pero lo dejamos —había replicado él mientras se ponía la camisa—. ¿Qué aplicación usas para los pagos?

Tras comprobar que la transacción se había efectuado correctamente, reunió los accesorios y la dejó despatarrada sobre la cama. El problema se debía en parte a que esa chica era demasiado joven, algo que lo sacó de la fantasía al instante. Comprendió que necesitaba a una mujer algo mayor que él para que funcionara.

Salió del aparcamiento y se dirigió al Arrabal cruzando la ciudad a toda velocidad. Sin embargo, los semáforos no estaban de su parte: todos se le pusieron en rojo entre Sycamore Avenue y Lillyhammer

Street. Cuando llegó al cruce de Church's Chicken, sacó el móvil y recorrió la lista de contactos hasta encontrar el número de Miss Delicate.

El semáforo suspendido se mecía suavemente en la brisa mientras Roman sobrevolaba el contacto con el pulgar. El nombre de la mujer aparecía escrito en mayúsculas y acompañado de la foto de unos labios magullados.

Nunca habían hecho una sesión por teléfono. Nunca la había necesitado hasta entonces. La sensación de estar cayendo en picado le impedía respirar con normalidad desde el momento en que había abierto los ojos durante la torpe y desmañada sesión con Naia hasta ese preciso instante, cuando le quedaba poco más de un kilómetro para llegar a Trout's.

Apartó el móvil.

Llevaba cien mil dólares en el maletero, pero no disponía de la materia prima que más necesitaba: tiempo.

Aparcó enfrente del restaurante y cogió el maletín. Trout's quedaba en la antigua estación ferroviaria comercial, cerca de la carretera 643 que salía de Jefferson Run y se adentraba en el condado de Warren, donde tenía su sede física la Universidad Prosser State, aunque todo el mundo decía que estaba en Jefferson Run porque el condado de Warren era tan pequeño que la mayoría se olvidaba de su existencia.

Roman se miró en el espejo retrovisor. Llevaba un jersey negro de punto fino y una americana gris. No pretendía dárselas de demasiado profesional, pero sí proyectar un aura de experto. No

quería hacer nada que pudiera cabrear a Torrent y al psicópata de su hermano pequeño, pero tampoco parecer débil o incapaz. Tenía que hacer equilibrios entre la seguridad en sí mismo y la genuflexión. En el fondo, esa reunión no se distinguía demasiado de las que mantenía con clientes poderosos en Atlanta, salvo por el detalle de que éstos nunca le meterían una pistola en la boca.

Se encaminó a Trout's por los adoquines que flanqueaban la calle en esa zona de la ciudad, a la que algunos llamaban «casco antiguo», donde buena parte de los edificios tenían más de doscientos años. Formaban parte de los asentamientos originalmente construidos por los colonos ingleses que habían remontado el río desde Tidewater en 1745. La mayoría de los jóvenes que venían de todo el país para estudiar en Prosser State daban por sentado que la ciudad debía su nombre a Thomas Jefferson, Padre Fundador y progenitor ilegítimo de los hijos de Sally Hemings, pero Roman había aprendido en la escuela que el Jefferson en cuestión era un asno especialmente rebelde que había coceado a su amo y escapado a los bosques cercanos al campamento, a la zona que habría de convertirse en Jefferson Run. Cuando le preguntaron por el paradero del asno, el hombre, que se había quedado tuerto a causa de la coz, habría dicho: «¡Me importa un rábano si Jefferson se va corriendo hasta el mismísimo infierno!»

Y Jefferson Run se quedó.

En Trout's reinaba una atmósfera de restaurante tradicional sureño con un toque sofisticado. Había reservados con asientos de piel a lo largo de las paredes y suaves mesas lacadas en el centro de la estancia. Una barra semicircular dominaba la pared del fondo y el sol otoñal se filtraba por las enormes claraboyas dispuestas en círculo

en el techo abovedado. Una pasarela de trazado elíptico bordeaba el edificio, y los antiguos altillos se usaban ahora como reservados de ambiente íntimo.

Roman respiró hondo dos veces y soltó el aire con deliberada lentitud. Veía el interior del restaurante a través de las nueve ventanitas de la doble puerta de la entrada. Localizó a Torrent, Tranquil y Yellaboy, además de un par de hombres a los que no reconoció, sentados a una larga mesa cerca de la barra. Dos mujeres despampanantes flanqueaban a Torrent.

Yellaboy estaba sentado en el extremo de la mesa, junto a Tranquil, tomando una cerveza.

—Esto se te da bien. Esto se te da bien. Esto se te da bien —se dijo en un susurro apenas audible.

Abrió la puerta y oyó el tintineo de una campanilla.

Una jovencita de largos cabellos color miel que se complementaban a la perfección con el tono de su tez y sus relucientes ojos verdes, le sonrió desde un pequeño atril.

—¿Mesa para uno? —preguntó.

—No, he quedado con unos amigos, ya los veo —dijo Roman.

Ésa era la primera de muchas mentiras que se disponía a contar. Esos hombres no eran amigos suyos, ni tan siquiera conocidos. Si lograba que lo dejaran unirse a su variopinto grupo de asesinos y matones, no sería para convertirse en su socio comercial. Quería sembrar el caos. Quería ser su perdición.

«Que les den por culo —pensó Roman—. Que les den por culo a todos y cada uno de ellos.»

Se dirigió a la mesa donde los hermanos Gilchrist recibían a la corte, parapetados tras vasos de whisky y fuentes rebosantes de

espinas de pescado frito y restos de los acompañamientos: col rizada, ocras, judías blancas con maíz. Porciones cuadradas de pan de maíz a medio comer yacían desperdigadas sobre la mesa como Legos desechados.

—Mira quién ha venido —comentó Torrent.

—¿Queréis que hablemos aquí mismo o mejor nos vamos a otro sitio? —preguntó Roman en un tono de voz impasible y fingiendo no ver a Yellaboy, que le lanzaba miradas furtivas cada dos segundos. Roman lo veía reflejado en el bosque de vasos que había sobre la mesa.

Que se reconcomiera. Eso le sería útil más adelante.

—Acompáñanos. Vosotras quedaos aquí —ordenó Torrent a las damas.

Se levantó y se encaminó a una puerta de la pared del fondo, hacia el final de la barra. Su hermano, Yellaboy y los dos hombres a los que Roman no había reconocido cruzaron la puerta delante de él. Roman notó que le empezaban a sudar las palmas de las manos. Era posible que no volviese a salir por esa puerta. También era posible que, tras franquearla, pasara a formar parte de la banda.

Lo que no podía hacer era quedarse allí plantado.

Cruzó el umbral a regañadientes, siguiendo los pasos de los hombres que lo habían precedido. Alguien cerró la puerta a su espalda. Estaba en un despacho. Había un escritorio metálico al fondo, un estante metálico con cajas de documentos y grandes carpetas de plástico. A su derecha vio un raído sofá negro y una mesa de centro. A su izquierda, dos sillones abatibles y una otomana.

Torrent se sentó al escritorio mientras Tranquil se encaramaba a un taburete a su izquierda. Yellaboy se acomodó en el sofá y los otros dos ocuparon los sillones abatibles.

—Desembucha, lumbreras —dijo Torrent.

Roman se adelantó y dejó el maletín sobre el escritorio. Cuando se disponía a abrir los pestillos, Tranquil sacó de la cinturilla del pantalón una pistola semiautomática niquelada y le apuntó con ella. Parecía la misma que había usado para romperle los dientes.

—Despacio —ordenó Tranquil. Su voz sonaba ligeramente empañada, como si la falta de uso la hubiese debilitado.

Roman se obligó a controlar la respiración. Su corazón latía desbocado. Contuvo el impulso de pasarse la lengua por los labios y apartar los ojos de Tranquil. Le empezaron a doler los dientes, pero sabía que era una reacción psicosomática. Los implantes no tenían nervios.

—Sólo voy a abrirlo. Dentro hay dinero y una caja con cenizas. Nada más —dijo Roman.

Cuando pronunció la palabra «cenizas», oyó un gruñido a su derecha. No tuvo que mirar en esa dirección para saber que lo había emitido Yellaboy.

—Pásame el dinero —ordenó Torrent.

Roman introdujo las manos en el maletín, que se parecía más a una maleta de lo que había advertido al comprarla. Sacó cinco fajos de billetes de cien y los depositó sobre el escritorio, a la izquierda del maletín. Tenía las tripas hechas un gurruño, como una vieja guirnalda de luces navideñas. Tranquil seguía apuntándole con la pistola. La expresión de su rostro era sorprendentemente benévola.

—Ahora voy a sacar la caja —anunció Roman.

Yellaboy resolló audiblemente. Roman pensó que, si no se tranquilizaba de una puta vez, haría que los mataran a los dos.

Metió las manos en el maletín y extrajo la caja rectangular de plástico gris que usaban para guardar las cenizas cuando no iban en una urna decorativa. A menudo, quienes tenían intención de esparcir las cenizas de su ser querido en un río o en el mar no se molestaban en encargar la urna. Por lo general, estos pormenores se acordaban con la agencia funeraria después de la incineración salvo que ésta contara con su propio crematorio, pero Servicios Crematorios Carruthers no trataba directamente con los clientes.

La caja hizo un ruido seco cuando Roman la dejó sobre la mesa. En realidad, albergaba las cenizas de dos cadáveres. La caja y su contenido pesaban cerca de cinco kilos. De pequeño se le daba bien adivinar el peso de las cenizas. Cogía la caja y, sólo con tantearla, se acercaba tanto al peso real que resultaba inquietante. Su padre la depositaba sobre la balanza y confirmaba la precisión de su cálculo. Eso pasaba cuando estaban obligados a pesar las cenizas por imposición legal del estado de Virginia, un requisito que Roman nunca había entendido. Los crematorios ya no tenían la obligación de hacerlo, pero se le seguía dando bastante bien adivinar el peso. Getty medía cerca de metro setenta y seguramente pesaba unos ochenta kilos. Splodie era un poco más alto que él y debía de pesar un poco más. Las cenizas de ambos apenas cabían en una sola caja, pero Roman se las arregló para guardarlas juntas.

—¿Qué cojones es esto? —preguntó Torrent.

—Te lo he dicho, una caja con cenizas —dijo Roman—. Son Getty y Cassidy. La prueba de que hemos cumplido nuestra parte del trato.

Roman cerró el maletín y lo aseguró con los pestillos.

Torrent cogió los cinco fajos de billetes.

—Aquí sólo hay cincuenta mil. Nos prometiste cien mil, y luego cincuenta mil más cada mes. No me digas que ya estás incumpliendo el puto acuerdo —dijo.

Tranquil, que seguía apuntando con la pistola a la cabeza de Roman, se inclinó sobre el escritorio y pegó el cañón del arma a su mejilla.

Ése era el momento más peligroso en cualquier reunión con un potencial cliente nervioso o desconfiado. Un cliente al que se la habían pegado antes y estaba convencido de que todos los gestores financieros eran calcados a Bernie Madoff. Tenía que tranquilizarlos a la vez que les hacía saber exactamente con quién estaban tratando.

—Hay otros cincuenta en el maletín. Te los puedo dar ahora o puedo hacer que se multipliquen, poner este dinero a trabajar para ti. A eso me dedico. A eso y a nada más. A ganar dinero. Sí, de vez en cuando me gusta echar un polvo. De tarde en tarde, me tomo un buen bourbon. Pero lo mío, mi misión en esta vida, es ganar dinero. Te prometí cien mil. Te voy a hacer una propuesta.

—Ya hemos oído tu propuesta —replicó Tranquil.

Torrent alzó la mano con dos dedos extendidos.

—Deja que hable. Si no me gusta lo que dice, le metes una bala en la rótula. Cada vez que llueva, se acordará de ti.

Roman tragó saliva. No pudo evitarlo. El cañón de la pistola se le clavaba en la piel. Lo único que tenía que hacer Tranquil era girar la muñeca para abrirle un tajo en la mejilla como si fuera un cerdo camino del matadero. O apretar el gatillo y meterle una bala revestida de acero en el cráneo que le atravesaría los sesos como un hierro candente.

Alejó todos esos pensamientos de su mente y continuó.

—Déjame coger esos cincuenta mil y moverlos. A finales de la semana que viene, se habrán convertido en ciento cincuenta. Te los quedas y nos das cuartelillo durante unos meses —dijo Roman.

—No haces más que presumir de lo bien que se te da ganar pasta, y no voy a mentirte, creía que eras un puto trolero, pero veo que tienes los huevos de venir aquí a ofrecerme un trato. ¿Cómo vas a mover el dinero? Cuéntamelo. Digamos que soy curioso por naturaleza —dijo Torrent.

Roman le sostuvo la mirada. Ahora estaba en su salsa.

—Cogeré veinticinco mil y compraré acciones de algún valor barato, y luego haré una llamadita a un colega mío. Se armará un gran jaleo cuando se sepa que la empresa ha recibido una gran inyección de capital por parte de lo que se conoce como un «ángel inversor». Eso hará que esas acciones suban como la espuma, y de ahí sacamos lo setenta y cinco mil. A eso se le llama inflar y vender. Con los otros veinticinco mil, haré una venta en corto —dijo Roman.

—¿Qué coño es una venta en corto? —preguntó Torrent.

—Suena como cuando se llevan a Tank a una subasta de esclavos —comentó uno de los hombres a los que no conocía.

Todos los demás rompieron a reír. Roman no sabía quién era Tank, pero memorizó ese nombre. Podría serle útil en el futuro.

Echó la cabeza hacia atrás.

Tranquil tenía que estirarse más sobre la mesa si quería volver a pegar el cañón de la pistola a su mejilla. Roman se inclinó un poco más hacia atrás.

—No puedo hablar con una pistola en la cara —dijo.

Contuvo la respiración.

Ése era el momento clave. No les estaba faltando al respeto, pero sí poniendo los puntos sobre las íes. Sólo esperaba que esos puntos no se convirtieran en agujeros de bala.

—¿Tampoco puedes hablar con una pistola en la puta boca, a que no, negro? —dijo Tranquil haciendo ademán de rodear el escritorio, pero Torrent le hizo una seña.

—Calma. Adelante, cuéntame qué es una venta en corto. Tengo sed de conocimientos y un empollón como tú, que no ha dado el callo en su vida, podría ser mi tutor —dijo Torrent.

«Ya te tengo, cabronazo», pensó Roman.

—Una venta en corto es lo que pasa cuando cojo prestadas acciones de un corredor de bolsa y luego voy y las vendo. Después dejo pasar unos días mientras veo cómo el precio se desploma, vuelvo a comprarlas, se las devuelvo al corredor y me quedo la diferencia —explicó Roman. Escrutó la cara de Torrent. Casi veía los engranajes girando en su cabeza.

Se aclaró la garganta.

—Es como si le pido prestado a Fulanito un palo de billar que vale cien dólares y se lo vendo a Menganito por cien dólares. Luego espero a que Menganito se vea en apuros y se lo recompro por setenta dólares. He ganado treinta limpios. Y después le devuelvo el palo a Fulanito. Las acciones son el palo de billar —dijo Roman—. Ésa es la forma legal de hacerlo.

Torrent asintió de forma casi imperceptible.

—Vale, eso quiere decir que hay una forma ilegal de hacerlo —dijo Torrent.

Había mordido el anzuelo. La codicia era capaz de convertir a los herejes en fanáticos.

—La otra forma consiste en hacer una llamada y buscar un valor que sabes que va a desplomarse. Pongamos que algún empleado descubre que su pareja le está poniendo los cuernos y, como el hombre no está en sus cabales, se equivoca en una hoja de cálculo, o pongamos que tiene una drogadicción y miente sobre las ganancias de la empresa, pero todo sale a la luz cuando el mercado abre. Alguien estaba metiendo mano en la caja y ahora la empresa está a punto de quebrar. Conozco a la gente que sabe estas cosas. Compro esa clase de valores. En una semana, ¡pam!, gano cien mil con una inversión de veinticinco mil porque sé que esas acciones van a perder más del setenta y cinco por ciento de su valor. Técnicamente, esto es tráfico de información privilegiada. Ésa es la parte ilegal. Ahora añade lo que he ganado inflando y vendiendo acciones con los otros veinticinco mil y ya tienes los ciento cincuenta mil.

Torrent se acarició la perilla.

—Ya, pero si el precio de las acciones se dispara la has cagado, ¿no? En ese caso lo perderías todo y no nos quedaría más remedio que llevarte a la granja —dijo.

Roman no sabía qué era la granja, ni puñetera falta que le hacía.

—Ajá. Pero eso no va a pasar, porque conozco a la gente que sabe qué acciones van a bajar. Igual que conozco a la gente que sabe cómo hacer que las acciones suban. ¿Sabes cómo se ha hecho rica la mayor parte de la gente rica? Dando por hecho que a veces hay que estirar una regla y otras veces hay que romperla. Y a mí se me da muy bien hacer ambas cosas —concluyó Roman.

Torrent dio una palmada y se levantó de la silla.

—A la mierda. Veamos qué sabes hacer. O nos consigues esos ciento cincuenta mil o te llevamos a la granja y nos recreamos contigo —dijo Torrent.

—Créeme, no te gustaría la granja —intervino Tranquil.

Roman sintió que una viscosa capa de sudor se extendía por su pecho y espalda, haciendo que el cuello de la camisa se le pegara a la piel como papel matamoscas. Había dado el primer paso. Ya estaba casi en la puerta. En cuanto estuviera dentro, podría prender fuego a toda la casa.

—Bueno, me voy, que he dejado mi copa a medias —dijo Torrent —. Seguro que esas zorras han pedido otra ronda de vodka con arándanos, me cago en todo. Cómo les gusta esa mierda.

—De acuerdo. Te llamaré cuando esté hecho —repuso Roman.

—Ni se te ocurra llamarme, tío, llama a Yellaboy —le advirtió Torrent.

Al oír su nombre, el interpelado dio un respingo.

«Cálmate de una puta vez, joder», pensó Roman.

—Dale tu número, Yella. Nos vemos en una semana —dijo Torrent.

—Sí, en una semana —repuso Roman.

Todos se levantaron y Roman se dio la vuelta para marcharse.

—Ah, una cosa más, casi se me olvida. ¿Dónde cojones está Splodie? —preguntó Torrent.

Roman notó que el escroto se le encogía hasta metérsele por la raja del culo. Dio media vuelta y miró a Torrent. Notaba la mirada penetrante de todos los presentes salvo la de Yellaboy.

«Mírame», pensó Roman. Torrent se olerá algo si no me miras. Deseó tener el don de la telepatía para obligar a Yellaboy a fulminarlo con la mirada como el resto de la banda en vez de clavar

los ojos en sus propios zapatos como un chaval que acabara de dejar caer el helado de cucurucho.

—Ni idea. Yellaboy y él trajeron a Getty y Cassidy al crematorio. Se quedaron hasta que acabamos y luego se marcharon. Yo esperé a que las cenizas se enfriaran y las guardé —dijo Roman.

—Es curioso... ¿Sabes qué me dijo Yella? —preguntó Torrent.

Roman se notó la boca seca como el esparto.

«Hasta aquí hemos llegado —pensó—. Voy a acabar mis días en la trastienda de un restaurante de comida sureña, tirado bocabajo sobre una alfombra barata con una bala en la nuca.» Mantuvo una expresión serena. Si algo había aprendido del arte de negociar era que nunca podías enseñar tus cartas. No sucumbas al pánico hasta que no te quede más remedio. No sabía qué le había dicho Yellaboy, pero no lo imaginaba confesándole que se había largado antes de haber cumplido el encargo.

Se le daba bien calar a la gente. Dondequiera que hubiese ido Yellaboy, no quería que lo supiera nadie más que Splodie, así que ni loco se lo hubiese confesado a Torrent, que por consiguiente se estaba marcando un farol. No había otra.

Le iba la vida en esa apuesta.

—No, ¿qué dijo? —preguntó Roman.

Torrent sonrió.

—Exactamente lo mismo que tú. Nadie ha visto a Splodie desde la otra noche. No es propio de él, así que me preguntaba si vuestras versiones de los hechos coincidirían. Supongo que nadie está mintiendo —concluyó Torrent.

Sonreía, pero su mirada era gélida como el granizo. No se fiaba un pelo de Roman, pero le gustaba la idea de ganar dinero sin mover

un dedo ni ensuciarse las manos. Roman lo vio en esa mirada fría.

—¿Crees que han sido los Ghost Town Crew? —preguntó Yellaboy con voz temblorosa.

—Ésos se habrían colgado la medalla. No, pero no voy a parar hasta encontrarlo y hablar con él para asegurarme de que no ha tomado ninguna decisión equivocada —dijo Torrent.

—¿Como hizo Getty? —apuntó Roman. Tenía que jugársela si quería ganarse la confianza de ese psicópata.

—¿Qué pasa con Getty? —preguntó Torrent.

—Un madero fue a hablar con mi hermano cuando Getty desapareció porque, según le dijo, era un confidente a sueldo de la policía, así que menos mal que está en esa caja con su novia —dijo Roman sin cargar las tintas, con el desparpajo justo para que Torrent supiera que decía la verdad y no temía compartirla.

—¿Qué le contó tu hermano al madero? —preguntó Torrent. Su voz sonó casi metálica.

Roman sintió que la muerte lo rodeaba como una brisa estival. Tenía que andarse con pies de plomo. Cada vez que abría la boca, era como si estuviera haciendo malabarismos con un arma de doble filo; tenía que cogerla por el mango, no por la hoja.

—Nada. ¿Qué iba decirle? ¿Qué iba a decirle yo? Nosotros metimos a Getty y a su novia en esa caja. Eso es lo que querías, ¿no? Que nos pringáramos las manos —dijo Roman.

—Yella, ¿se pringaron las manos? —preguntó Torrent sin mirar a su subalterno.

—Sí. Splodie y yo tuvimos que darles un empujoncito, pero al final lo hicieron —mintió Yellaboy.

Dondequiera que el sicario hubiese ido ese día, no debía estar allí, pensó Roman.

Archivó también ese dato.

—Ya me había llegado que Getty podría ser un soplón. Suerte tuvo de que lo metieseis en esa caja, porque al menos fue rápido. ¿Fue rápido, Yella? —preguntó Torrent.

—Vaya si no. Lo achicharraron como una salchicha en la barbacoa —confirmó Yellaboy.

—Vale. Bueno, nos vemos dentro de una semana, lumbreras. Venga, vamos a por esa botella de Elijah Craig —dijo Torrent.

A continuación rodeó el escritorio y se dirigió a la puerta. Tranquil reunió el dinero y lo guardó en un cajón del escritorio. Roman cogió el maletín.

Mientras abandonaban el despacho, hubo un instante, fugaz como el ataque de una víbora, en el que Yellaboy y él intercambiaron una mirada.

Roman negó con la cabeza de un modo tan sutil que apenas se notaba que la había movido.

Yellaboy fue el primero de los dos en apartar los ojos.

—Dame tu número —le dijo Roman, sacando el móvil.

Yellaboy tecleó los dígitos y él los guardó en el dispositivo. Cuando apartó los ojos de la pantalla, el sicario lo miraba con ojos desorbitados. Roman estaba de espaldas al resto de la cuadrilla, que ya había abandonado el despacho. Le ordenó silencio llevándose un dedo a los labios.

—Yella, ¿quieres un chupito o no? —preguntó Torrent a voz en grito.

—¡Tú dirás, tío! —contestó Yellaboy. Pasó junto a Roman y fue a reunirse con Torrent y sus hombres alrededor de la mesa.

Roman se volvió y lo vio ocupar su asiento. La camarera se acercó a la mesa con una bandeja de chupitos. Todos cogieron uno y brindaron antes de apurar el vaso de un trago. Yellaboy lanzó una mirada a Roman, que los imaginó a todos con un tiro en la frente. Imaginó que se desplomaban uno tras otro, como muñecos animatrónicos a los que alguien hubiese desconectado de la corriente.

Se aferró a esa imagen mientras se dirigía a la puerta.

17

Dante enfiló el pasillo del hospital sosteniendo un jarrón con flores en la mano buena y sujetando con la otra el cordel de un globo con las palabras «Que te mejores» impresas en grandes letras de burbuja ochenteras. La enfermera le había dicho que su padre seguía sin reaccionar, noticia que recibió con alivio porque no se veía capaz de hablar con él sin romper a llorar.

Todos esos años de grandes meteduras de pata por su parte habían culminado con una tan monumental que aún no había acabado de asimilarla. Getty estaba muerto. Ese tal Splodie estaba muerto.

«Asesinados. Fueron asesinados.»

Las palabras aparecieron en su mente como un letrero de neón. Él había asesinado a alguien. Había golpeado a Splodie en la nuca con un martillo. Había visto su sangre encharcando el suelo como vino tinto derramado. La víspera había comprado una ración de tiras de pollo rebozado y, nada más abrir el paquete de kétchup, había tenido que sacar la cabeza por la ventanilla del coche de alquiler de Roman para vomitar. No podía ni mirar la botella de ponche de frutas en el mercadillo cercano a la casa de Tug.

En el fondo, sabía que había hecho lo correcto. Cassidy no merecía acabar quemada viva sólo porque Getty y él fueran los

peores camellos del mundo. Pero no podía cerrar los ojos sin ver la cabeza de Splodie desgajándose como una fruta demasiado madura, sin oír el estertor que le agitó el pecho cuando exhaló su último aliento, sin que el hedor de sus intestinos al vaciarse le invadiera las fosas nasales. Era como si tuviera la cabeza llena a reventar de esos recuerdos sanguinolentos.

Se detuvo y apoyó la espalda contra la pared del pasillo. El muñón del meñique había dejado de palpitar y los puntos empezaban a cicatrizar. Se le llenó la boca de saliva y temió vomitar de nuevo, pero reprimió las náuseas y siguió avanzando hasta la habitación de su padre.

Roman estaba sentado junto a la cama.

—Creía que estabas en el taller con Neveah —dijo Dante.

—No, tenía que comentar algo con Khalil y quería hacerlo en persona. Ha pasado una semana desde que quedé con Torrent y los suyos. Ya tengo el dinero. Esta noche los Black Baron Boys dan una fiesta privada en un club nocturno. Voy a conseguir que nos inviten para poder pagarles. Eso nos dará cierto margen de maniobra —dijo Roman.

—He oído lo de la fiesta, pero no sé si es buena idea. Celebran el cumpleaños de Tranquil. ¿No puedes dejar el dinero en Trout's y listos? A esos tíos se les va la olla cuando salen de fiesta. Les gusta disparar al aire por diversión. Los he visto vaciar un AR-15 contra un árbol lleno de ardillas sólo porque les salía de los huevos —dijo Dante.

—Khalil ha estado reconociendo el terreno. Torrent es el dueño de Trout's, pero ha puesto a un testaferro llamado Josh Givens como propietario y gerente del negocio. El local donde se celebra la fiesta,

un after que se llama Kingdom, también es suyo. Tienen tres narcopisos repartidos por la ciudad y una cuadrilla que se encarga de poner la droga en circulación a través de esos pisos. También tienen otra cuadrilla que roba y vende armas a varios pesos pesados del lumpen neoyorquino. Parece que quieren expulsar a los Ghost Town Crew de Jefferson Run, pero está claro que los mexicanos no se rendirán sin plantar cara. Los hombres de confianza de Torrent y Tranquil son D-Train, Yellaboy, Tank y un par de tipos a los que llaman gemelos Bang Bang, aunque ni siquiera son hermanos. Se llaman Lucius y Lavon. Todos ellos irán a la fiesta de esta noche, y necesito que me vean pagar ciento cincuenta mil dólares a tocateja, que vean de lo que soy capaz. Necesito que empiecen a preguntarse si puedo hacer lo mismo por cada uno de ellos. ¿Sabías que todos los que trabajan a las órdenes de Torrent y Tranquil tienen que apoquinar más del cincuenta por ciento de lo que ganan con la droga, las chicas, las timbas o el contrabando de armas? En el mundillo de los negocios, eso se llama explotación laboral, la clase de condiciones de trabajo que hacen que un empleado dimita... o le meta una bala en la cabeza a su jefe —dijo Roman.

Dante escrutó la cara de su hermano. Sus ojos castaños parecían observar algo que sólo él podía ver en los recovecos barridos por el viento de su propia mente.

—Rome, ¿has dormido algo? —preguntó Dante.

Roman acarició la frente de su padre.

—El sueño no me da descanso. Me pregunto si papá sueña estos días —dijo—. Necesito que vengas conmigo esta noche, que seas testigo. Y que luego te encargues de contarlo por ahí.

—¿Contar el qué? ¿Que les soltaste una bolsa llena de billetes a esos tipos para verlos salivando como perros? —preguntó Dante. Tropezó y el jarrón se tambaleó en su mano. Soltó el cordel y atrapó el jarrón a tiempo mientras el globo subía flotando hasta el techo.

Roman tomó la mano de su padre.

—¿Vas puesto de algo? —preguntó.

—¿Cómo querías que viniera hasta aquí si no? ¿Cómo crees que podría estar en esta habitación? —replicó Dante.

—¿Por qué no te sientas? —sugirió Roman, todavía acariciando la frente de su padre.

Dante dejó el jarrón sobre la mesita que había junto a la cama. Alargó la mano, atrapó el cordel del globo y lo anudó en torno al cuello del jarrón. Luego cogió una silla del rincón y se sentó al otro lado de la cama.

—Rome, ¿qué andas tramando con Khalil? ¿Qué necesitas que vea esta noche? —preguntó.

—Estoy en ello, Dante. Trato de acercarme a esos tíos, de saber más cosas sobre ellos. Por ejemplo, Yellaboy está tan atacado de los nervios que debe de mojarse los pantalones cada vez que Torrent y Tranquil andan cerca. Aún no sabemos por qué se piró esa noche, pero tiene que ser algo que le costaría el pellejo si Torrent se enterara. El hecho de que hayan puesto a terceros como titulares de sus negocios indica que son más listos de lo que yo creía. Splodie debía de ser uno de sus hombres de confianza, porque Torrent no ha desistido de buscarlo —concluyó Roman.

—Lo único que tiene que hacer es abrir esa caja y lo encontrará —masculló Dante con los ojos clavados en la mano de su padre.

—Sé lo duro que ha tenido que ser para ti —dijo Roman—. Me refiero a lo de Splodie. ¿Cómo lo llevas? No has parado en casa los dos últimos días.

—¿Tú qué crees? —repuso Dante—. Lo llevo fatal. Me estoy metiendo pirulas como para matar a un caballo. Si no fuera puesto hasta las cejas, saldría a la calle chillando cada día.

—Era él o nosotros. Yo nos elegí a nosotros. Siempre nos pondré a nosotros por delante —susurró Roman.

—Eso no es excusa, Rome. Matamos a otros seres humanos, tío. Esas cosas acaban volviéndose contra ti —replicó Dante también en voz baja.

—¿Te da miedo el karma? Porque no pienso dejar que nadie nos vuelva a poner la mano encima. Me la suda si eso me da mal karma —dijo Roman.

—No es el karma lo que me da miedo, sino recibir el castigo que me merezco —replicó Dante.

—¿Acaso no es lo mismo?

—El karma es lo que te pasa cuando has hecho algo malo. Recibir tu merecido es algo que pasará tarde o temprano —repuso Dante.

—No a todo el mundo. Pero nosotros nos aseguraremos de que Torrent y Tranquil tengan su merecido, eso te lo prometo —dijo Roman.

—No hagas eso —le advirtió Dante. Cogió la otra mano de su padre y entrelazó los dedos con los suyos.

—¿El qué?

—Hacer una promesa que ambos sabemos que no podrás cumplir —dijo Dante.

Roman soltó un suspiro.

—Neveah no estaba en casa cuando me he levantado esta mañana.

—Es sábado. Si no hay mucho lío en el taller, se va a unos viñedos de New Kent y pasa allí buena parte del día.

—Eso está bien. Necesita escapar de vez en cuando. La otra noche estuvimos hablando de eso. ¿Sabes si suele ir a esos viñedos con amigas? —preguntó Roman.

Dante negó con la cabeza.

—Nev no tiene amigas, tío. Va sola.

Roman miró al techo.

—Mejor eso que quedar con ese poli, supongo. ¿Se ha puesto en contacto contigo? —preguntó Roman.

—No. He estado en casa de mi colega Tug. Si te soy sincero, Rome, no estoy pasando por mi mejor momento. Creo que debería saltarme la fiesta de esta noche.

—No puedes empezar a comportarte de un modo distinto —repuso Roman—. Tienes que fingir que todo va bien. No podemos darles ningún motivo para sospechar de nosotros. Tienes fama de juerguista, así que no puedes escaquearte. Como digo, te necesito allí esta noche. Los conoces mejor que yo, y tu ausencia levantaría sospechas.

—¿De verdad les has hecho ganar ciento cincuenta mil dólares? —preguntó Dante.

—Sí. Ganar dinero no es tan difícil si no te preocupa infringir la ley y no te dejas pillar —dijo Roman.

Se quedaron en silencio. Al cabo de unos minutos, Dante empezó a roncar. Cabeceaba hacia un lado, pero no soltó la mano de su padre.

Roman lo dejó dormir mientras sostenía la otra mano de Keith Carruthers.

El Kingdom era un antiguo almacén de tabaco de cuatro plantas que dominaba el perfil urbano, por llamarlo de algún modo, de la zona norte de Jefferson Run. La fachada era de ladrillo rojo oscuro, casi granate. El edificio se alzaba en la esquina de las calles Marion y Lillyhammer, y las palabras BROOKS TOBACCO seguían visibles, si bien desvaídas, en el muro orientado al oeste. Roman envió un mensaje a Yellaboy para decirle que habían llegado.

Dante estaba sentado en el asiento del copiloto con la cabeza apoyada en el salpicadero. Tamborileaba con los dedos al compás de una canción que sonaba en la emisora XM.

—Todo saldrá bien. No te pongas nervioso —le dijo Roman.

—No me digas que no me ponga nervioso. Vamos a la fiesta de la misma peña que nos dio para el pelo hace una semana y media, gente que tiene tantas ganas de matarnos que seguramente se les pone dura sólo de pensarlo, cuando podría estar en cualquier otro sitio ahora mismo. Podría dedicar la noche a recoger mierda de perro con un prensador de patatas y aun así me lo pasaría mejor, joder.

—Confía en mí. Todo irá bien.

Roman escribió a Yellaboy para decirle dónde estaban. Por toda respuesta, recibió un mensaje de una sola letra:

K

Roman guardó el móvil en el bolsillo y cambió de emisora. La dulce cadencia de *O-o-h Child*, de los Five Stairsteps, empezó a sonar por los altavoces. Era una de las canciones preferidas de su madre.

—Quítala —dijo Dante.

Roman hizo lo que su hermano le pedía sin protestar ni llevarle la contraria. No había necesidad de atraer a un fantasma.

Roman notó unos golpecitos en la ventanilla de su lado y allí estaba Yellaboy. Se apeó del vehículo y fue hasta el maletero seguido por el sicario, que se mantuvo a escasa distancia de él mientras hurgaba en el compartimento y sacaba una bolsa de papel.

—Esto es lo que tengo para Torrent —dijo Roman, tendiendo la bolsa a Yellaboy, que la cogió y luego se llevó la mano al bolsillo de los vaqueros. Roman contuvo la respiración, pero se relajó cuando vio que sacaba dos pulseras fluorescentes.

—Ten. Todo el mundo tiene que llevar puesta una mierda de éstas para poder entrar —dijo Yellaboy.

Roman cogió las pulseras y se volvió de nuevo hacia el maletero, del que sacó un sencillo sobre blanco que ofreció a Yellaboy.

—Y esto es un detalle para ti. Tendríamos que hablar con calma un día de éstos. Como dije el otro día, se me da bien ganar dinero. Torrent no tiene por qué ser el único que saque provecho de eso —dijo Roman.

—¿De qué vas, tío? Que te ten por culo, ¿vale? Splodie era mi colega, ¿me oyes? Como me entere de que le has hecho algo, me plantaré en tu puta casa y la quemaré contigo dentro —dijo Yellaboy.

Roman enderezó la espalda y lo miró a los ojos.

—No sé qué le ha pasado a Splodie, como tampoco sé dónde fuiste aquella noche —empezó Roman—. Pero creo que estaremos de acuerdo en que es mejor no ahondar demasiado en ninguna de las dos cosas.

Yellaboy frunció el ceño.

—Aléjate de mí, tío —dijo mientras volvía a cruzar la calzada y enfilaba el callejón. Pero no le devolvió el sobre blanco.

Roman rodeó el coche hasta el lado del copiloto. Llamó con los nudillos en la ventanilla. Dante se apeó del vehículo y se desperezó. Llevaba mitones negros en ambas manos, pero la abertura de uno de los meñiques estaba cosida. Roman supuso que intentaba ocultar el muñón del dedo amputado.

«Lo siento —pensó Roman—. Lo siento muchísimo.»

—Ese tío tiene el culo tan prieto que como suelte una traca de pedos se le van a salir los ojos de las órbitas —comentó Dante—. No sé a qué juegas, pero no será él quien te eche un cable.

—Yellaboy no es más que un peón. Combustible para el fuego. Recuerda lo que siempre dice papá —repuso Roman, inclinándose para mirarse en el espejo retrovisor.

—Sabes que cuando dice eso nos incluye a todos. Nosotros también ardemos —señaló Dante.

Roman se alisó la camisa.

—Sí, pero nos encargaremos de que ellos ardan antes.

El Kingdom era uno de los clubes nocturnos privados existentes en Virginia, un estado que se aferró durante más tiempo que ningún otro de la región a la prohibición legal de vender alcohol los

domingos y fiestas de guardar. Además, los bares tenían que cerrar a las dos de la madrugada y los supermercados y tiendas de comestibles no podían vender alcohol a partir de la medianoche. La única alternativa que les quedaba a los juerguistas más empedernidos, además de beber en casa, era darse cita en un club privado, cuyos socios pagaban por el privilegio de frecuentar un establecimiento que podía permanecer abierto las veinticuatro horas del día si así lo deseaban. Entre sus paredes podían consumir cerveza, bebidas espirituosas, vino y comida veinticuatro horas al día sin violar la arcaica legislación por la que se regía la hostelería de Virginia.

De pequeños, Roman y Dante no conocían a nadie cuyos padres pertenecieran a uno de esos clubes nocturnos privados. Ser socio era uno de esos lujos exclusivos que su padre ignoraba cuando no podía permitírselo y desdeñaba cuando sí pudo.

—Sólo he estado aquí una vez. Te advierto que ahí dentro pasan cosas muy locas, que lo sepas —dijo Dante.

—No me asustan las cosas locas —le aseguró Roman. En el río de sus recuerdos, la cara de Miss Delicate afloró a la superficie.

Para acceder al Kingdom había que franquear una imponente puerta de madera de teca, de doble hoja y con enormes pomos de latón bruñido. Dos porteros tan anchos de espaldas como osos pardos los cachearon y les pasaron un detector de metales por el cuerpo con aire indolente. Roman pensó en lo fácil que sería colar un arma en el club con un control de seguridad tan laxo.

«Seguramente lo hacen así porque la mayor parte de la clientela va armada hasta los dientes», pensó Roman. En cuanto superaron ese supuesto control de seguridad, les permitieron entrar en club.

El interior del Kingdom era más suntuoso que el de Candy's, pero aun así palidecía en comparación con los clubes de alto copete que Roman frecuentaba en Atlanta. Consistía en cuatro plantas de hedonismo en medio de una ciudad al borde del colapso moral y económico. Un Circo Máximo que se alzaba en el centro de un decadente imperio de cristal y acero. La primera planta era un opulento salón con muebles revestidos de cuero, paneles de madera de sándalo y una iluminación discreta que prestaba una pátina diáfana a toda la estancia. Una marea de cuerpos negros y morenos se contoneaban en la pista de baile o se restregaban entre sí en los reservados tapizados en suntuoso cuero negro. Las manos se buscaban bajo las mesas barnizadas en una tonalidad de nogal oscuro mientras camareras ataviadas con la mínima expresión de una falda y un top servían bebidas en las mesas y reservados. Un DJ encadenaba temas sensuales de R&B que excitaban el deseo animal a través de los altavoces.

Roman se abrió paso entre esa marea de cuerpos que parecían pertenecer a un solo organismo con vida propia. Un Súcubo y un Íncubo con cien ojos y cien manos que compartían un mismo cuerpo. Dante y él se apoyaron en la barra mientras miraban como un hombre se arrodillaba y hundía la cara en la entrepierna de su pareja de baile, que corría a remangarse la falda. Aun en la penumbra, Roman vislumbró vello, un atisbo de labios carnosos, antes de que la boca del hombre encontrara su objetivo.

—Te lo he dicho, aquí pasan cosas muy locas —comentó Dante. Se dio la vuelta y le hizo una seña al camarero—. Ponme dos Woodford Reserve con hielo —dijo.

—¿Qué hay arriba? —preguntó Roman, inclinándose para chillar al oído de su hermano.

—La segunda planta es un fumadero. La peña se dedica a fumar hierba en enormes pipas de agua. La tercera planta es una orgía en toda regla. En la cuarta planta están las habitaciones privadas —dijo Dante.

—¿Dónde crees que estará el invitado de honor? No veo por aquí a ninguno de los hombres de Torrent y Tranquil —señaló Roman.

—Coño, seguramente estarán en la tercera planta, disfrutando de un buen polvo. Eso es lo que haría yo en su lugar —dijo Dante.

Roman iba a contestar con una réplica ingeniosa cuando una mujer alta de piel canela y una melena sedosa tan larga y brillante que Roman supo que sólo podía ser postiza se acercó a Dante y entrelazó el brazo con el suyo.

—¡No me digas que estabas aquí y no has venido a saludarme! —le dijo, haciéndose la indignada.

Dante sonrió, lo que hacía raramente desde que había perdido el dedo (no, perdido no; desde que se lo cortaron) hacía una semana y media.

—Desiree Ottarson, ¡dichosos los ojos! —exclamó Dante impostando un marcado acento sureño.

Ella echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada. No por primera vez, Roman se maravilló al constatar lo encantador que podía ser su hermano. Le salía de manera natural, como respirar. Roman también podía hacerlo, pero era algo que requería concentración por su parte. Era como si tuviera que ponerse una máscara, un antifaz de carisma que no acababa de encajar.

—Oye, Rome, ahora vuelvo —dijo Dante—. Tengo que enseñarle a Desiree cómo mover el esqueleto. La pobre necesita mi ayuda.

—Chico, no creo que estés listo para estas curvas —le advirtió Desiree mientras iba hacia la pista de baile golpeándose el trasero con ambas manos.

—El Señor es mi pastor, Él sabe lo que quiero —canturreó Dante mientras la seguía hacia la pista.

Roman los vio alejarse con una sonrisa en el rostro y una punzada de dolor en el pecho. Ése era el Dante al que echaba de menos. El Dante al que quería. Había visto destellos de esa persona a lo largo de los años. Era como ver cielos azules cuando los nubarrones grises de tormenta se dignaban apartarse por un instante, pero que se esfumaba en cuanto la sombra de su madre se cernía una vez más sobre él y teñía el cielo de negro.

«Que baile mientras pueda», pensó Roman. Se lo merece, tal como Neveah se merece vivir en paz.

—¿Me pones un martini de ginebra? Suave de vermut —pidió Roman mientras deslizaba su vaso vacío en dirección al camarero.

La música pasó del suave y sensual R&B a un clásico del rap, *No Hands* de Waka Flocka Flame. A Desiree no pareció importarle el cambio de tercio, a juzgar por cómo se restregaba contra Dante, pero Roman advirtió que el ambiente había cambiado. Vio a Torrent, Tranquil y sus secuaces, incluidos Yellaboy, los gemelos Bang Bang, Tank y D-Train, bajar las escaleras bailando sincronizados. Tranquil ocupaba el lugar central y todos hicieron el gesto de sacudirse el hombro con la mano del lado contrario mientras daban un paso a la derecha, luego a la izquierda, al compás de la canción.

—¡VAMOS, BBB, UN APLAUSO PARA EL CUMPLEAÑERO! —gritó el DJ con un entusiasmo desbordante que valía cada centavo de lo que le pagaban. El camarero dio un toquecito en el hombro a Roman y le tendió el martini. El núcleo duro de los BBB se adueñó de la pista de baile, rodeado por algunas de las mujeres más bellas de Jefferson Run.

Roman le dio un sorbo al martini. No estaba mal. El camarero le había echado un buen chorro de vermut, pese a sus instrucciones. Se dio cuenta de que estaba mirando fijamente a Torrent y Tranquil y se obligó a apartar los ojos.

Seguro que había una expresión o dicho popular para aludir a la sensación de dejarse invitar y agasajar por un hombre que te había roto la puta dentadura una semana y media antes.

Le dio otro sorbo a la copa y dejó que el líquido se extendiera por su lengua. Tiempo atrás había visto un documental sobre los dragones de Komodo; el narrador explicaba en tono grave que, cuando muerde a su presa, el dragón de Komodo la infecta al instante con una combinación letal de veneno y bacterias que viven en su boca de carroñero. Luego el lagarto gigante acecha a la presa despacio, sin aspavientos, con paciente determinación, hasta que al final ésta se desploma, demasiado enferma para huir.

Y luego el dragón de Komodo empieza a devorar a su presa. Viva.

Sin embargo, lo que le había puesto los pelos de punta no era eso, sino los ancestrales ojos de mirada inexpresiva del dragón mientras seguía a la presa como un Javert reptiliano, esos ojos que parecían mirar al infinito y jamás parpadeaban.

«¿Te miro yo así, Torrent? ¿Te das cuenta de que te voy a morder para ver cómo te pudres hasta que pueda comerte vivo?», pensó

Roman.

—¿Y esa cara de villano? —preguntó alguien a su derecha.

Roman se volvió y vio a una joven voluptuosa con una abundante cabellera ensortijada, poco menos que una melena afro, y grandes ojos almendrados como de personaje de anime. Llevaba un vestido amarillo de corte ceñido, anudado en la nuca y con la espalda descubierta, que dejaba entrever el tatuaje de una carita sonriente. El vestido se le pegaba al cuerpo como un amante inseguro. A juzgar por su tono de piel, o bien era una chica blanca con un buen bronceado, o bien una latina que tenía por lo menos un progenitor descendiente de colonos europeos. El pelo, los expresivos ojos castaños, los labios sensuales que dibujaron una amplia sonrisa, le daban cierto aire élfico.

A Roman le gustaba esa combinación. Le encantaba, de hecho.

—Tengo la copa casi vacía. Es una tragedia —dijo.

—Pues yo ni siquiera tengo copa —dijo ella—. Si nos pides algo dulce tal vez podamos remediar tan calamitosa circunstancia.

Roman notó que le afloraba una sonrisa al rostro. Alargó la mano.

—Roman Carruthers.

La chica le estrechó la mano.

—Jealousy Evers.

Roman arqueó una ceja y a ella se le escapó una risita.

—Mi madre decía que, entre su culo y los ojos de mi padre, despertaría la envidia de la gente, así que decidió ponerme ese nombre para curarse en salud.

—¿Esto es verdad? —preguntó Roman.

—Si no lo es, debería serlo —contestó ella.

Roman soltó una risotada.

—¿Qué te apetece beber, Jealousy?

—¿Puedo pedir un mojito?

—Voy a resistir la tentación de preguntarte si puedes, efectivamente. Buena elección, yo también me tomaré uno —dijo Roman. Pidió las bebidas y, cuando el camarero volvió, tendió una copa a su acompañante.

—Y bien, Jealousy, ¿a qué te dedicas cuando no vas por ahí rompiendo corazones? —preguntó Roman.

La joven le dio un sorbo a la bebida.

—¿Qué quieres saber? ¿Qué aficiones tengo, cómo me gano la vida o qué hago cuando me pido un día de baja por salud mental?

—Todo lo anterior. Quiero saberlo todo —repuso Roman.

—Guau, un hombre dispuesto a escuchar. ¿Seguro que no eres una criatura mitológica? —preguntó Jealousy.

—Que yo sepa, no salgo en ningún corto de Patterson-Gimlin —contestó Roman.

—Madre mía, ¿no crees que estamos teniendo la conversación más friki de la historia?

—Aún no. Para eso tendríamos que subir el nivel, tal vez ponernos a hablar de *Star Trek*, *Doctor Who* o anime —dijo Roman.

—¿Anime, dices? Rápido, di tu preferido.

—Siento debilidad por los de la vieja escuela, como *Ninja Scroll* —dijo Roman.

—Lo dices en serio, ¿verdad? Joder, tienes pinta de estar suscrito a GQ, pero en el fondo eres un rarito de manual, ¿a que sí? —soltó Jealousy con una carcajada. Roman puso los ojos en blanco—. Sólo lo digo por chincharte, comparto tus gustos. Como me digas que te va el *cosplay*, tendremos que fugarnos juntos —añadió.

—Por desgracia, aquí se separan nuestros caminos. Fue bonito mientras duró —repuso Roman.

Ella sonrió.

—Me llamo Jealousy, pero mis amigos me llaman Jae —dijo.

—Pues espero que seamos amigos, Jae. Tengo curiosidad por saber a qué te dedicas.

—Perdona, me ha distraído el buen rollo friki. A ver, te he comentado algunas de mis aficiones, pero me gano los garbanzos como auxiliar administrativa en la oficina del alcalde. Suena de lo más emocionante, lo sé. Trata de reprimir tu entusiasmo.

—De hecho, sí que me parece interesante. Me crié aquí, y seguramente todos los alcaldes que hemos tenido hubiesen necesitado un ejército de auxiliares para llevar la cuenta de sus escándalos —comentó Roman.

—Vale, negaré haberlo dicho, pero el alcalde Gravely es más escurridizo que una anguila con cagalera. No se dejará pillar —repuso Jae.

Roman soltó una sonora carcajada.

—Tengo que acordarme de ésa.

—¿Y qué hay de ti? —preguntó Jae—. ¿Qué hace el señor Roman Carruthers para pagar las facturas?

Roman agitó los cubitos de hielo del vaso.

—¿Cuánto hace que vives en Jefferson Run? —preguntó.

—Eso no es una respuesta, señor Carruthers. Debo instar al testigo para que conteste a la pregunta —dijo Jae.

Roman apartó la mirada. El DJ había puesto *When the Last Time* de Clipse. Al parecer, Tranquil era fan del dúo de Virginia, porque

estaba sentado en una silla en medio de la pista de baile mientras tres mujeres se turnaban para hacerle un *lap-dance*.

—No, te lo pregunto porque en esta ciudad casi todos saben a qué se dedica mi familia. Mi padre es dueño del crematorio Carruthers, que funciona desde hace mucho tiempo. Es incluso agradable conocer a alguien que no lo sepa —dijo Roman.

—Ah, ¿sois vosotros? Yo me crié en Washington y, cuando mis padres se separaron, él se vino a vivir aquí. Tenía otros hijos con una mujer que vivía en Jefferson Run. Por desgracia, era aficionado a coger lo que no le pertenecía y lo metieron entre rejas. En su ausencia, tuve ocasión de conocer un poco más a mis hermanastros. El año pasado, cuando me echaron de una empresa de relaciones públicas de Maryland y andaba buscando trabajo, ellos se enteraron de que había una vacante en la oficina del alcalde, de modo que me instalé aquí —dijo Jae.

—Siento lo de tu padre.

Roman tenía la historia de su madre en la punta de la lengua, pero quería aferrarse a ese instante un poco más. En cuanto las palabras brotaran de sus labios, no podría desdecirlas ni volver al tiempo en que esa chica no sabía que su madre había desaparecido en extrañas circunstancias.

—Sí, fue duro. Mi padre... digamos que vivía al límite y... todo fue un poco... Sigue en la cárcel. Este año cumple sesenta y ocho años, y... —Jae dejó la frase inacabada y su voz quedó ahogada por la música, que justo en ese instante inició un crescendo.

—Ya. Mi madre desapareció cuando yo tenía dieciséis años. Nadie ha vuelto a verla. La gente dice que mi padre la mató, porque, a ver, ¿por qué no iba el dueño de un crematorio a usarlo para deshacerse

de su mujer infiel? Han pasado veinte años y la gente sigue preguntándonos a la cara si mi padre se cargó a mi madre. Así es Jefferson Run. Esta gente es incapaz de dejar atrás el pasado. Perdona si te he dado más información de la cuenta —dijo Roman.

Jae se acercó más a él y se apoyó en la barra.

—Me temo que he empezado yo. Siento lo de tu madre. Dios, tenemos demasiado en común. Seguramente deberíamos dejarlo mientras estamos a tiempo —dijo ella.

Roman se volvió para mirarla.

—No creo que debamos dejarlo todavía. Seguramente nos quedan unos cuantos detalles escabrosos más que compartir.

Jae sonrió.

—¿Pretendes arrebatarle al alcalde Gravely el título del hombre más escurridizo de Jefferson Run?

La música volvió a cambiar, esta vez a un tema lento y sensual. Roman se disponía a preguntarle a Jae si quería bailar cuando vio a Torrent y Tranquil yendo hacia él. Se armó de valor, pero fue como si un enjambre de abejorros le hubiese invadido el estómago.

—Jae, ¿sabes quién es este pringado? —preguntó Tranquil.

—Sé que me ha invitado a una copa, que su familia es la dueña del crematorio y que veía *Misterios sin resolver* porque ha oído hablar de Pie Grande. No es gran cosa, pero ya averiguaré el resto más adelante —contestó Jae, y sonrió a Roman.

Él le devolvió la sonrisa, pero fue un gesto mecánico y carente de emoción. Torrent y Tranquil lo estaban fulminando con la mirada.

Torrent rodeó con un brazo la cintura de Jae.

«Me cago en todo —pensó Roman—. Es su chica. O una de ellas, en todo caso.»

—Hermanita, déjame hablar con mi colega un momento —dijo Torrent.

Roman tuvo que hacer un gran esfuerzo para no quedarse boquiabierto. Torrent besó a Jae en la mejilla.

—Terrance, no te pongas en plan gilipollas. Sólo estábamos hablando. Eso también va por ti, Tracy —añadió Jae.

—No voy a hacer nada, sólo quiero hablar con él —se defendió Torrent.

Roman registró el dato de que sus verdaderos nombres eran Terrance y Tracy. Toda información era valiosa. Jae era hermanastra de los Gilchrist. Tenían el mismo padre.

—No te dejes espantar —le dijo Jae—. Me gustaría retomar nuestra conversación. Podemos debatir sobre tu teoría preferida del monstruo del lago Ness. Me voy al lavabo. Cuando vuelva, más os vale que siga aquí. Lo digo en serio —les advirtió. Luego cruzó la pista de baile ligera como una pluma y se fue hacia los lavabos.

Torrent se plantó delante de Roman acariciándose la perilla. Roman se preguntó si sería consciente de lo trillados que resultaban sus gestos de villano. Sin embargo, no bien formuló ese pensamiento, se corrigió a sí mismo: es que era un puto villano.

—¿Intentas follarte a mi hermana para vengarte de nosotros? —le espetó Torrent.

Roman dio un respingo.

—¿Qué? No, ni siquiera sabía que era vuestra hermana hasta que habéis venido.

—Miente —sentenció Tranquil.

Su tono era sereno, pero lo acribillaba con una mirada que era como la descarga de dos relámpagos gemelos. Roman veía la

pulsión homicida en esos ojos, era como ver a un caimán flotando justo por debajo de la superficie de un lago.

—No miento —dijo Roman—. Yo estaba aquí tan tranquilo y nos hemos puesto a hablar. La dejaré en paz. Y he venido a la fiesta porque quería hablar con vosotros y asegurarme de que os llegó el paquete que le di a Yellaboy. Porque creo en la confianza, pero nunca está de más asegurarse.

Tenía miedo, pero también estaba mosqueado. Esos dos eran hombres peligrosos, asesinos despiadados, pero también eran unos cobardes que habían sacado a un anciano de la carretera y lo habían dejado en el limbo que separa la vida de la muerte. Por no hablar de lo que les habían hecho a Dante y a él.

Habían intentado matar a su padre.

Torrent negó con la cabeza.

—Lo único que haces es hablar como un loro. Tenemos el dinero. No hace falta que te asegures de una puta mierda. Pero quédate, disfruta de la fiesta, sal con Jae si te apetece. No quiero que nos dé la brasa porque te hemos espantado. Pero, cuando vuelva a verte, que sea porque has venido a pagar lo que debes o porque tienes una cita con mi hermana. No sé cuánto tiempo más podré impedir que Tranquil te mande al otro barrio —dijo Torrent.

—Escucha, sólo quería deciros que...

—Desembucha de una vez, cabronazo —le soltó Tranquil.

Roman notó cómo le clavaba los ojos inyectados en sangre, pero tenía que seguir adelante. Era ahora o nunca. La ira de Tranquil no era más poderosa que la codicia de Torrent.

—Reconozco una buena oportunidad de negocio cuando la veo. Si no podemos hablar ahora, deberíamos quedar pronto. Podemos

ayudarnos mutuamente —dijo Roman.

En ese instante, Jae se le acercó con sigilo y le dio un ligero caderazo.

—¿Qué tal se están portando estos dos? —preguntó.

—Ya te he dicho que sólo queríamos hablar con el mamonazo este. Ven, vamos a hacer una torre de chupitos en honor a Tranquil —dijo Torrent.

—Venga, Roman, vamos a tomarnos esos chupitos. Luego puedes explicarme por qué *Cowboy Bebop* es mejor que *Blade Runner* —dijo Jae.

—Me temo que nunca nos pondremos de acuerdo en eso —repuso Roman.

Jae le sacó la lengua.

Torrent parecía desconcertado.

Tranquil parecía furibundo.

Roman miró la hora en su Rolex: las cuatro de la madrugada.

Dante y Desiree estaban tirados en un sofá, enredados en una maraña de extremidades. Roman fue hasta allí y zarandeó a su hermano, que de entrada le apartó la mano, pero Roman insistió.

—Levanta. La gente se está marchando —dijo.

—Mmm... vale. Espera. Desi, levántate —dijo Dante, desasiéndose de sus largas piernas y poniéndose en pie con dificultad.

Jae se acercó con paso tambaleante y se apoyó en Roman, que pensó que debía de ser la única persona sobria en todo el edificio. Había dejado de beber horas atrás. Ahora notaba en la boca el

regusto agrio de la última copa que había tomado, un Old Fashioned mediocre.

—Dios, qué poco aguante tengo. Sólo he tomado tres mojitos —dijo Jae al tiempo que alzaba cuatro dedos.

Roman negó con la cabeza. Le gustaba la energía que desprendía Jae. La conversación fluía entre ambos sin tropiezos, hablasen de lo que hablasen. Le encantaría volver a verla, pero no estaba seguro de que eso fuera posible.

—¿Has venido en coche? Podemos acercarte a casa, si quieres —se ofreció Roman.

Jae meneó el índice de aquí para allá mientras le sonreía de oreja a oreja.

—De eso nada, señor Carruthers. No le será tan fácil hacerse con mi prenda dorada. Llamaré a un Uber para que me lleve a casa —dijo Jae.

—No iban por ahí los tiros, ni mucho menos, yo sólo...

—Ah, o sea que ¿no quieres hacerte con mi prenda dorada? —lo provocó Jae entre risas.

Roman se volvió hacia ella y la tomó entre los brazos. Miró de reojo por encima de la barandilla y vio a Torrent, Tranquil y su séquito abandonando el reservado donde se habían atizado dos botellas de bourbon y media de tequila. Roman sospechaba que algunos de ellos volverían a acordarse de lo que habían bebido al cabo de unas horas, arrodillados ante un dios de porcelana.

—No he dicho eso. Esas palabras no han salido de mi boca en ningún momento. Sólo pretendo asegurarme de que llegas a casa sana y salva. No queremos que le pase nada a esa prenda dorada, ¿verdad que no? —dijo Roman. La hubiese besado, pero vio que

Torrent y Tranquil se encaminaban a la puerta. La multitud salía a la noche, rumbo a destinos tan dispares como sus intenciones.

—Venga, vámonos abajo. Te haremos compañía mientras esperas al Uber para asegurarnos de que llegas bien —dijo Roman.

—Un hombre tan caballeroso como su nombre. Vale, mi centurión, llévame y libérame de esta guarnición —dijo Jae.

Roman la cogió del brazo y se dirigió a la escalera.

—Los romanos no eran caballerosos, sino conquistadores —dijo él.

—Eran un imperio que se cayó a cachos, un emperador corrupto tras otro. El poder sin empatía desemboca en la ruina —sentenció Jae.

—Pero mira que eres friki. Venga, que es hora de volver a casa —dijo Roman—. ¡Dante, nos vamos!

—Eres un tonto. Pero un tonto mono —le soltó Jae con una risita.

Roman la ayudó a bajar por las escaleras y, una vez abajo, se sumaron a la multitud de cuerpos que, habiendo dejado atrás la excitación animal de las horas previas, salían en tropel. Roman observó los rituales propios del final de la velada. Los emparejamientos que se habían acordado en el lóbrego entorno del Kingdom se consumaban ahora con distintos grados de entusiasmo que iban desde repartirse el coste de una habitación de hotel hasta un «No, estoy cansada, me voy a casa».

Roman salió a la calle con Jae de la mano. Dante había dejado atrás a Desiree y estaba de pie junto a su hermano. El gentío no parecía tener prisa por dispersarse y se aglomeró en la esquina, donde su incesante cháchara generaba un paisaje sonoro abstracto, punteado de vez en cuando por el paso de algún coche.

Torrent y Tranquil estaban en el extremo más alejado de la esquina con su séquito, dividido en dos grupos: por un lado estaban los bailongos, que seguían moviéndose y contoneándose al ritmo de una música que sólo ellos podían oír, y por el otro estaban los camellos, que iban rebotando contra las farolas, los coches aparcados y entre sí.

Roman pensó que se estaban preparando para una pelea que sólo ellos querían librar.

—Tengo que pedir un Uber —dijo Jae.

—Ya llamo yo —repuso Roman sacando el móvil.

—Que te crees tú que le voy a dar mi dirección así como así a un entusiasta de los grandes simios mitológicos —le espetó Jae, y se sacó su propio móvil del bolso. Roman estaba tecleando un mensaje a toda velocidad cuando oyó la voz de Torrent atravesando la cháchara como la espada de un samurái.

—Oye, ¿dónde coño se ha metido Yella? —gritó.

Roman se preguntó si la desaparición de Splodie lo había afectado más de lo que había dado a entender en un primer momento. ¿Se sentiría avergonzado porque, al parecer, otro de sus hombres se había escabullido en plena noche como el desertor de una guerra lejana?

—Tío, que le den, vámonos a Waffle House —repuso Tranquil. Y rompió a cantar con una voz sorprendentemente melodiosa, usando el tema *Adorn* de Miguel con la letra cambiada para declarar su amor a Waffle House.

Roman guardó el móvil en el bolsillo. El triángulo que formaba con su hermano y con Jae estaba a menos de metro y medio de Torrent y su séquito bifurcado. Se apartó de Jae y se acercó un poco más a

Torrent. Ella estaba escribiendo en el móvil y meneaba la cabeza suavemente de aquí para allá, de manera que sus rizos ondeaban como algas.

Roman dio otro paso en dirección a Torrent.

La muchedumbre comenzó a dispersarse a medida que los grupúsculos se desgajaban de los corros más numerosos y la calle empezaba a vaciarse.

Roman estaba justo detrás del grupo de Torrent.

Cerró los ojos y se preparó para lo que iba a pasar.

Empezó a contar. Si llegaba hasta diez, era señal de que Khalil se había echado atrás.

Cuando llegó al ocho, vio los faros del coche.

Un sedán último modelo bajaba a toda pastilla por Lillyhammer. Las ruedas chirriaron como lechones al tomar la curva y se precipitaron hacia el Kingdom.

Roman esperó. Apartó las piernas y las flexionó de un modo apenas perceptible para afianzar los pies.

Esperó.

Esperó.

Entonces, justo cuando el coche estaba a punto de pasar de largo, chilló a pleno pulmón:

—¡ARMA!

Alargó la mano derecha para aferrar el brazo de Torrent y se volvió a medias para coger a Jae con la izquierda. En un movimiento fluido, tiró de ambos hacia el suelo, como si a los tres les hubiese sobrevenido de repente el impulso de rezar.

El coche pasó como una exhalación por delante de ellos y una ráfaga de disparos automáticos rasgó la noche como la maza de un

cantero. La puerta del Kingdom estalló en una lluvia de esquirlas. La multitud chilló al unísono y se desperdigó como un conjunto de átomos. Roman estaba tendido en parte sobre Torrent y en parte sobre Jae. Tranquil se levantó y vació el cargador de su semiautomática contra el vehículo, que ya se alejaba a toda velocidad. Roman alzó la cabeza y lo vio plantado en medio de la calzada, caminando y disparando mientras el coche desaparecía, convertido en un eco que resonaba en la oscuridad.

Quienes no habían huido empezaron a levantarse del suelo. Torrent apartó a Roman de un empujón.

—¡A los coches, joder! ¡Vamos a por ese hijo de puta! —ordenó.

Los BBB echaron a correr hacia los vehículos, pero Tranquil se quedó inmóvil en medio de la calle, sosteniendo el arma todavía humeante de la que ascendían tenues volutas en dirección el cielo.

—Se ha ido —anunció.

—No me jodas, vamos a por él de todos modos —masculló Torrent, pero Tranquil se limitó a negar con la cabeza.

—Ha apagado los faros traseros. Se ha ido —insistió.

Roman se puso en pie y ayudó a Jae a levantarse con delicadeza.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Sí... eso creo —contestó ella.

Roman advirtió que estaba temblando. La rodeó con los brazos y la estrechó con fuerza.

—¡Levántate! ¡Russell, levántate! —chilló una voz cristalina en medio de la noche.

Roman miró más allá del hombro de Jae y vio a una mujer mayor tratando de sostener a un hombre también de cierta edad. Se había

fijado en él antes, se movía entre una multitud mucho más joven que él con mañas de antiguo seductor.

Lo había tomado por un donjuán entrado en años que se había colado en la fiesta más salvaje de la ciudad con la esperanza de pillar cacho.

Al ver la sangre, Roman pensó que Khalil le había dado a alguien, pero luego se dio cuenta de que manaba de la nariz del hombre, que emitió una especie de gorgoteo ininteligible mientras se desplomaba sobre un costado, apoyando todo su peso en la mujer.

Pensó que Russell tenía pinta de estar sufriendo un aneurisma. La sangre, la parálisis parcial, los ojos desorbitados, igual que su tío abuelo Everret cuando perdió el conocimiento en la iglesia un frío domingo de hacía muchos años.

La gente se limitaba a mirar a la mujer, que intentaba ayudarlo a tenderse en el suelo mientras algunos de los presentes grababan la escena. Roman soltó a Jae, se fue corriendo hacia la pareja y auxilió a la mujer.

—¡Llamo al 911! —exclamó Dante, de pie junto a Roman.

El hombre empezó a convulsionar, rociando todo el espacio alrededor con gotas de sangre. Roman notó que unas pocas le mojaban la cara como el augurio de un chaparrón veraniego.

—¡Russell! —bramó la mujer mientras Roman intentaba en vano sujetarlo.

18

Al despertar, Roman notó el cuerpo de Jae junto al suyo, completamente vestida y acurrucada como un gato. Percibía su calor a través de la camisa, como un cojín térmico a baja potencia. La cama de Jae era doble pero algo corta para él, por lo que tenía las piernas encogidas para que los pies no le colgaran por fuera del colchón. Al salir del Kingdom habían ido a su piso, que quedaba cerca de Millicent Avenue, a escasa distancia del puente que llevaba al condado de Warren. Dante estaba tumbado en el sofá y, por suerte, no roncaba demasiado fuerte. Jae se volvió hacia Roman y se recostó contra su pecho.

Había enviado un mensaje a Khalil después de que la ambulancia llegase y se llevara al hombre inconsciente al Signor Regional Hospital. Ni siquiera se habían molestado en trasladarlo al hospital general de Jefferson Run.

«Todo ha salido a pedir de boca», escribió.

«Hablemos del próximo paso», había contestado Khalil.

Después del tiroteo, pero antes de que llegara la policía, Torrent le había dado las gracias a regañadientes mientras Tranquil se mantenía a cierta distancia.

—Buenos reflejos. ¿Por qué lo has hecho? Si yo le debiera a algún hijo de puta lo que me debes tú, no movería un dedo para evitar

que lo mandaran al otro barrio. —Torrent señaló los agujeros en la puerta principal del Kingdom—. Esas balas podrían haber solucionado todos tus problemas.

—No intentaba protegerte. He visto venir el coche y me he fijado en el arma. Ni siquiera he pensado en ti. Simplemente he cogido a las dos personas que tenía más cerca, que en este caso erais Jae y tú, pero podría haber sido cualquiera. Y tienes razón, para mi familia y para mí habría sido mejor que te hubieses comido una bala, pero da la casualidad de que estabas cerca. Mala suerte, supongo —concluyó Roman.

Torrent rió entre dientes.

—No nos parecemos, tú y yo. Si veo que alguien abre fuego, lo primero que hago es ponerme a cubierto —dijo Torrent.

—En eso somos distintos, supongo —repuso Roman.

En cierta ocasión, había leído un libro sobre la diferencia entre los sociópatas y la gente normal, y una de las cosas que se le quedaron grabadas fue que los sociópatas mienten más que los demás. Según el libro, mienten descaradamente porque no tienen las mismas reacciones emocionales que el resto de los mortales. Básicamente no sienten culpabilidad. Como nota al margen, el libro apuntaba que, si no eres un sociópata, la manera más eficaz de mentir consiste en incluir tantos detalles verídicos como te sea posible entre los datos falsos, porque ayudarán a mitigar el sentimiento involuntario de culpabilidad.

De modo que Roman le había contado a Torrent su propia versión de la verdad. Si lo ocurrido hubiese sido un tiroteo de verdad y no Khalil apuntando mal adrede para no alcanzar a nadie, el que unas pocas balas se hubiesen empotrado en la cara de Torrent y Tranquil

habría solucionado buena parte de sus problemas. Sin embargo, como había dicho Khalil, seguiría debiendo dinero a los BBB supervivientes.

—Tienes que cargártelos a todos si quieres acabar con esto. No es fácil, pero tampoco imposible —le había asegurado su amigo.

—Nada es imposible. Sólo depende de lo mucho que lo desees —había dicho Roman.

El falso tiroteo había cumplido su propósito. Torrent estaba en deuda con Roman, aunque se negara a reconocerlo. Había llegado el momento de poner en marcha la segunda parte del plan. Por un lado, las enormes cantidades de dinero que él estaba inyectando en la banda suponían todo un reto de gestión. Roman sabía que ni de coña podrían blanquear toda esa pasta a través de Trout's y el Kingdom. Los BBB gastaban bastante, pero no tanto como él había supuesto en un primer momento. Conducían vehículos buenos, pero no extravagantes. Por lo que Khalil había averiguado, la casa de Torrent y Tranquil no era más grande que la de su padre, y creía que tenían mucho dinero en efectivo repartido por ahí, algo que el asesor financiero que Roman llevaba dentro consideraba un derroche. Podría coger ese dinero y convertirlo en inversiones a largo plazo y ganancias llovidas del cielo a corto plazo. Podría usar ese dinero obtenido de forma ilícita como arcilla para construir una obra maestra financiera. Y luego podría usarla para orquestar la caída de la banda.

En eso consistían las partes tres y cuatro del plan.

Los dos mil quinientos dólares que le había dado bajo mano a Yellaboy no eran más que el comienzo.

—Sigues aquí. Creía que tu hermano y tú os habríais largado en cuanto empecé a dar patadas por el síndrome de las piernas inquietas —dijo Jae.

Roman notaba a través de la camisa el movimiento de sus labios.

—Acabo de despertarme. No quería que te quedaras sola. Por eso hemos venido —dijo Roman.

—Lo sé, y os lo agradezco. Supongo que ya le puedo decir a mi amiga Trina que quite el 911 de los números de marcación rápida, ahora que sé que tu hermano y tú no sois un par de tarados —dijo Jae.

—Oh, ya lo creo que lo somos, lo que pasa es que disimulamos bien —repuso Roman.

Jae se incorporó y apoyó la espalda en el cabecero de la cama.

—Lo digo en serio. Sigo llevando puesto el vestido y las bragas. No me habéis hecho sentir incómoda en ningún momento, y es verdad que le mandé un mensaje a Trina para decirle que os veníais a mi casa. La seguridad ante todo —dijo Jae. Le tocó la mejilla y luego soltó un suspiro—. Cualquiera pensaría que a estas alturas debería estar acostumbrada a los tiroteos, pero nunca había presenciado ninguno. Anoche no quería estar sola, pero tampoco tenía ganas de juerga. Tu hermano y tú os habéis portado como auténticos caballeros, y eso es importante para mí. ¿Tenéis que ir a algún sitio, qué sé yo, a la iglesia o algo así? —preguntó.

Roman notó que se desplazaba hasta quedarse tumbada de lado otra vez, dándole la espalda. Le gustaba sentirla cerca.

—Mi padre dejó de ir a la iglesia cuando mi madre desapareció, así que nosotros tampoco hemos vuelto. Nunca he sentido la necesidad de recuperar ese hábito.

—Yo intento ir a la iglesia bautista Gethsemane por lo menos dos veces al mes. Después de lo de anoche, debería levantarme para ir a dar las gracias a Dios porque todos saliéramos ilesos —dijo Jae. Bostezó y se pegó aún vez más a Roman.

«No todos salimos ilesos», pensó Roman.

Al llegar al piso de Jae, se había ido al baño a lavarse la cara. La sangre de Russell no se le había metido en los ojos ni en la boca, pero las escasas gotas que le habían caído en la frente seguía allí, resecas. Cuando se miró al espejo, pensó que parecían marcas de pintura tribal.

Roman no era tan ingenuo como para creer que su plan de hacer caer a la banda de delincuentes más peligrosa de Jefferson Run no entrañaba peligro de muerte, pero sintió el impulso de preguntarle al hombre del espejo si estaba preparado para encajar los daños colaterales. Sin embargo, sabía lo que le contestaría:

«O ellos o nosotros. No quiero que sufran personas inocentes, pero tampoco que mis hermanos o mi padre vuelvan a sufrir. Siento lo de Russell, pero esto no tiene nada que ver con él.»

Roman pensó que una parte de su ser más profundo experimentaba repulsa ante esa actitud, por no decir que su mente consciente se sentía consternada, pero su espíritu pragmático opinaba que ya tendría tiempo de consternarse más adelante, cuando Torrent, Tranquil y los BBB no fueran más que un grafiti desvaído en otro edificio abandonado. Getty, Splodie, Russell, Yellaboy, no eran más que leña para el fuego. Así se obligaba a pensar en ellos para no volverse loco.

—Podéis quedaros todo el tiempo que queráis, pero yo voy a dormir un poco más, que mañana me espera un día largo —dijo Jae

—. Viene esa gente de la oficina estatal.

Roman le rodeó la cintura con el brazo. Ella posó una mano sobre la suya.

—¿Qué gente? —preguntó.

—Unos tipos de la oficina de Vivienda y el vicegobernador. El alcalde y varios peces gordos del sector inmobiliario quieren conseguir subvenciones para revitalizar el Arrabal, levantar pisos nuevos, poner restaurantes pijos y convertirlo en un barrio hípster, como están haciendo en Richmond —dijo Jae.

El gestor patrimonial que Roman llevaba dentro se puso en alerta ante la mención de inversiones inmobiliarias. La mayoría de las personas pensaba en el ladrillo como una inversión segura, y lo era a largo plazo, pero los proyectos de construcción fomentados por el estado y no sujetos al control del departamento de Transporte y Vivienda eran básicamente máquinas de ganar dinero. Si te hacías con un contrato de construcción o suministros, acababas nadando en dinero como el tío Gilito.

Eso por no hablar de todas las medidas contables creativas que se podían adoptar. Ahí entraban los sobornos, los desvíos de dinero, las estimaciones de costes exageradas, los presupuestos inflados. Si sabías dónde estaba previsto llevar a cabo un proyecto, podías comprar los solares abandonados a un precio irrisorio y revenderlos mucho más caros.

—¿En qué parte del barrio quieren construir? —preguntó Roman.

—Cerca de donde estaba la fábrica de tarros y esa otra de zapatas de freno. Más o menos por donde queda el bloque de pisos Greenhaven. No sé qué se traen entre manos, pero debe de ser algo

gordo, porque quieren que estemos todos presentes, incluso los empleados que teletrabajan —comentó Jae con voz soñolienta.

—Entonces, si el alcalde pierde las próximas elecciones, ¿te vas al paro? ¿O trabajas para el ayuntamiento? —preguntó Roman.

—A ver, sí. Supongo que, si el alcalde pierde las elecciones, quien lo sustituya se traerá a su propio equipo. Pero, según las chicas con las que trabajo, Gravely no ha perdido unas elecciones desde 2008. No tiene intención de irse —dijo Jae.

—A tus hermanos les interesa la política, ¿verdad? —preguntó Roman.

—Sabes que tienen ese restaurante, ¿verdad? Trout's. Bueno, pues hay un tipo que lo gestiona, pero ellos son los dueños. Le han dado dinero al alcalde para financiar su campaña electoral y también han colaborado con él a través de la Cámara de Comercio. Así fue como se enteraron de la vacante en el ayuntamiento. Tienen bastante confianza con Gravely, y supongo que es recíproca —concluyó Jae.

—¿A qué te refieres? —preguntó Roman.

No quería presionarla ni dar la sensación de que intentaba sonsacarle información sobre Torrent y Tranquil. Jae le gustaba, le gustaba de verdad, pero además era evidente que conocía de cerca una faceta distinta de los BBB, y él tendría que ser idiota para no escucharla con atención, por lo menos.

Jae se dio la vuelta y volvió a posar una mano en la mejilla de él.

—Sé que anoche seguramente intentaron amedrentarte. Y sé que viste a Tracy disparando a ese coche. No eres tonto. No te habría dejado entrar en mi casa si lo fueras. Esos dos son mis hermanos y los quiero, pero no te conviene meterte en nada de lo que anden

tramando. Me alegro de que no hayas salido corriendo por su culpa, pero ahora necesito dormir un poco más, de verdad —dijo Jae.

—Vale.

Roman se recostó en la almohada y, segundos después, notó que el cuerpo de Jae se había quedado inmóvil. Su pecho subía y bajaba con un ritmo pausado y supo que estaba dormida.

Deseó poder dormir él también, pero su mente era un hervidero de pensamientos e imágenes que le pusieron la carne de gallina. Los BBB y el alcalde estaban compinchados. Jefferson Run se disponía a acoger un gran proyecto inmobiliario que cambiaría la fisonomía de un barrio como el Arrabal y atraería dinero a espuertas.

«Dinero suficiente para comprar la lealtad de todos los súbditos del rey», pensó Roman.

Aun estando dormida, Jae tiró de su brazo para que le ciñera la cintura con más fuerza.

Roman y Dante abandonaron el piso de Jae alrededor del mediodía. Antes, él había intercambiado con ella número de teléfono y nombre de usuario en las redes sociales, las tarjetas de presentación del cortejo en la era moderna.

—¿Alguna de estas mujeres es tu novia o tu mujer? —preguntó Jae nada más echar un vistazo a una de sus redes sociales, donde abundaban las fotos de actos sociales reales con personas igual de reales.

—Le estás haciendo honor a tu nombre —dijo Roman.

—No has dicho que no —replicó Jae.

Roman se acercó a ella mientras Dante bajaba hacia el coche. Se inclinó sobre la cama, donde Jae seguía tumbada, y la besó.

—No. No tengo novia ni mujer —dijo.

«Miss Delicate no cuenta», pensó.

—Vale, pero como me estés mintiendo no me quedará otra que ofrecerte en sacrificio al hombre polilla.

—Las polillas no tienen boca, así que ni tan mal... —dijo él guiñándole el ojo antes de salir por la puerta.

Dante estaba esperándolo junto al coche. Cuando Roman lo abrió con el mando a distancia, su hermano se sentó al volante. Roman se quedó plantado fuera del vehículo.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Súbete, anda —repuso Dante.

Roman obedeció y arrancaron.

—Lo de anoche fue cosa tuya y de Khalil, ¿verdad? —preguntó Dante—. Eso era lo que querías que viera, cómo le salvabas la vida a Torrent. El temible Torrent Gilchrist no acabó hecho un colador porque Roman Carruthers le salvó el pellejo.

—Algo así —concedió Roman.

—¿De qué vais, me cago en todo? ¿Y si alguien hubiese resultado herido? ¡Como Russell, sin ir más lejos! Al pobre viejo le dio un soponcio del susto que se llevó —replicó Dante.

—Para el coche —ordenó Roman.

—¿Para qué? ¿Para que puedas darme otro sermón recordándome que todo esto es culpa mía?

—Que pares el coche.

Dante hizo una mueca, pero se detuvo en el aparcamiento de Church’s Chicken. Roman se volvió en el asiento y su hermano apoyó

la cabeza en la ventanilla.

—Khalil disparó esa ametralladora con una mano mientras con la otra conducía un viejo Ford Taurus. Sabe lo que hace. ¿Lo sabes tú? Es la última vez que te digo esto, porque no dispongo de energía ni tiempo para seguir discutiendo contigo. Lo que estamos haciendo es intentar arreglar tu cagada. Puedes seguir cuestionando cómo lo hago o puedes echarme una mano, pero tendrás que decidirte por una de las dos cosas. —Roman articuló cada palabra vocalizando despacio mientras acribillaba el salpicadero con un dedo para mayor énfasis—. Y ahora vámonos a casa.

Dicho lo cual, se volvió hacia delante. Dante se reincorporó al tráfico.

Durante el trayecto, el silencio entre ambos se convirtió en un monolito hecho de reproches y arrepentimientos. A quién correspondían unos y otros era cuestión de perspectiva.

Cuando tomaron el desvío hacia la casa, Roman vio un coche en el sendero de acceso, pero no había ni rastro de la furgoneta de Neveah. Dante aparcó a la izquierda del vehículo, un Chevy Malibu azul sin ningún distintivo especial.

—Es un coche de la poli —dijo Dante antes de apagar el motor del Challenger.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Roman.

—Todas sus matrículas empiezan por JR. Creen que van de paisano, pero todo el mundo lo sabe —dijo Dante.

Como si fuera una señal acordada de antemano, Chauncey se apeó del Malibu mientras otro policía blanco se bajaba del asiento

contiguo. Rodearon el vehículo y se plantaron junto al maletero.

—No te pongas nervioso —dijo Roman.

Se apearon del coche y se detuvieron a unos metros de distancia de los agentes de policía. Chauncey enseñó los dientes en un gesto que a Roman le pareció demasiado amenazador para considerarlo una sonrisa.

—¿Cómo va la vida, chicos? Tú y yo nos hemos visto antes —dijo, dirigiéndose a Roman—, pero no tengo el placer de conocer a tu hermano. Me llamo Chauncey Mansfield, y éste es mi compañero Joseph Neary.

Alargó la mano y Dante se la quedó mirando sin tender la suya.

—De acuerdo —dijo Chauncey—. Veréis, chicos, la última vez os hice una visita de cortesía, pero ahora hemos venido por un asunto oficial. Estamos tratando de localizar al señor Getty, y la madre de su novia, una tal Cassidy Gutierrez, dice que está en paradero desconocido. Dante, sé que Getty y tú erais colegas, ¿alguna vez te dijo que era confidente de la policía, que trabajaba para nosotros?

Roman supo por su forma de impostar la voz que la revelación de que Getty era un soplón era un intento de intimidar a Dante para que dijera o hiciera algo incriminatorio. También supuso que los policías daban a Getty por muerto, pues de lo contrario no lo delatarían como soplón. Total, si estaba enterrado en una zanja, ¿qué más daba?

—A mí nunca me dijo nada de eso —contestó Dante.

—Anoche estuvisteis en la fiesta de los BBB, la que acabó con un tiroteo desde un vehículo en marcha a eso de las cuatro y cuarto de la mañana —señaló Neary—. El agente de la patrulla de guardia tomó declaración a todos los presentes, incluidos vosotros.

—Veréis, me parece curioso que el señor Getty haya desaparecido sin más. Era tu amigo —insistió Chauncey señalando a Dante. Y añadió, volviéndose hacia Roman—: Tú eres nuevo en la ciudad, pero también eres su hermano. Y resulta que estabais los dos en una fiesta a mayor gloria de la panda de gilipollas y sociópatas más peligrosos que existe en cuatro ciudades a la redonda. Unos individuos con los que, casualmente, trabajaba el señor Getty y sobre los que nos pasaba información desde hacía seis meses.

Roman le sostuvo la mirada.

—Para mí que tú eres el hermano listo. Cuéntanos lo que sabes. ¿Se cargaron los BBB a Getty? ¿Los ayudasteis a deshacerse del cadáver? Si os están extorsionando, podemos ayudaros. No sé si sois conscientes de la clase de gente con la que os habéis involucrado si hacéis negocios con los BBB. Terrance Gilchrist y su hermano Tracy, también conocidos como Torrent y Tranquil, son los cabecillas de los Black Baron Boys e hijos de Horace Gilchrist, antiguo socio de Luther Barnes y Silk Perry, además de fundador de los Black Baron Boys. Actualmente cumple cadena perpetua en la Penitenciaría Estatal de Coldwater. Los BBB mueven droga en Jefferson Run, sobre todo coca, aunque no le hacen ascos al eme y la heroína. Trafican con armas entre Virginia y Nueva York a lo largo de la interestatal 95 y con chicas a través del Kingdom, Candy's y las áreas de servicio de camiones que van de aquí a Maryland. Y eso es sólo la parte de la que estamos al tanto. Sospechamos que Torrent y Tranquil están implicados en más de una docena de homicidios. Mirad, vayamos al grano. Vosotros no estáis hechos para esta vida. Si nos decís lo que sabéis sobre Getty, os daremos protección. De lo contrario, Torrent y

Tranquil os matarán sin contemplaciones cuando dejéis de serles útiles —concluyó Chauncey.

—¿Estamos detenidos? —preguntó Roman.

Chauncey miró a Neary. Un gesto de irritación se adueñó de los rostros de ambos.

—No intentes hacerte el duro con nosotros —dijo Neary—. Se nos da mejor que a ti, y además jugamos sucio.

—No intento hacerme el duro, pero ha sido una noche larga y estamos cansados. Sí, estuvimos en la fiesta, al igual que cientos de personas más que seguramente también conocían a Getty. Así es Jefferson Run, aquí todo el mundo se conoce. Lo llamamos ciudad, pero en el fondo es un poblacho disfrazado de gran urbe. Anoche prestamos declaración a los agentes de patrulla, así que, salvo que quieras saludar a mi hermana, creo que está todo dicho y podemos irnos a dormir —dijo Roman.

Hubiese jurado que, al mencionar a Neveah, vio cómo el ojo izquierdo de Chauncey palpitaba con un tic nervioso.

—A lo mejor deberíamos llevarlos a comisaría —sugirió Neary.

—Si lo hacéis, nos limitaremos a repetir lo que acabáis de oír —le advirtió Roman—. Y, si os empeñáis en seguir interrogándonos, llamaremos a nuestro abogado. Bueno, caballeros, estoy que me caigo de sueño. Sugiero que investiguéis quién intentó matar a Torrent y Tranquil anoche y nos dejéis descansar a mi hermano y a mí.

Chauncey se acercó a Roman e inclinó el torso hacia delante hasta que sus caras quedaron a escasos centímetros de distancia.

—Cuando Torrent suelte al psicópata de su hermano contra ti, vas a morir deseando haber aceptado mi ayuda —dijo.

Roman no se dejó amilanar.

—No quiero volver a verte salvo que vengas con una orden de detención. Puede que mi hermana te aguante la chulería, pero yo no —replicó Roman.

Chauncey soltó un gruñido.

—Si vuelvo, lo haré con una orden de detención y un buen par de esposas.

«Las esposas no me dan miedo», pensó Roman.

—Que disfrutéis de lo que queda del día, caballeros —dijo—. Vámonos, Dante.

Sin más, subió los escalones y entró en la casa. Mientras apoyaba la cabeza en la almohada, se preguntó brevemente por qué no se había puesto nervioso al hablar con Chauncey y su compañero. ¿Estaría demasiado cansado para sentir nervios o actuaba por instinto, como un animal?

Como un dragón.

19

Neveah se despertó, volvió a meter sus cosas en la bolsa de viaje que había preparado para una noche —que acabaron siendo dos, pues la víspera se había quedado en casa de Chauncey antes de irse a los viñedos— y se marchó del bungaló que había alquilado. Los viñedos ofrecían alojamiento y desayuno dentro de la propiedad. En un momento de ingenuidad posorgásmica, le había preguntado a Chauncey si quería acompañarla y alquilar una habitación para los dos entre viñas. La carcajada que recibió por toda respuesta la devolvió a la realidad de una bofetada.

Se subió a la furgoneta y enfiló el sinuoso camino de grava hasta incorporarse a la carretera 249, por la que cruzó el condado de New Kent hasta tomar la interestatal de vuelta a Jefferson Run. De vuelta a sus hermanos, su padre y todos los fantasmas que acechaban las decrépitas calles de la ciudad. De vuelta a Chauncey, también, aunque en realidad no podía volver a él porque nunca habían estado juntos en el sentido estricto de la palabra.

Vio una ardilla con tendencias suicidas cruzar la carretera y detenerse sobre la doble línea continua. Se las arregló para girar bruscamente a la derecha y esquivar al animal sin acabar muerta.

En el asiento contiguo había una caja de cartón blanca llena de documentos. Por fuera se veía nueva e impecable, pero los papeles

que contenía estaban ajados. La caja se desplazó cuando ella pegó el volantazo, pero la frenó con la mano derecha para evitar que los documentos acabaran esparcidos por el suelo de la furgoneta.

Empujó la caja hacia el respaldo del asiento. Por un instante sopesó la posibilidad de ponerle el cinturón de seguridad, pero decidió que no necesitaba añadir esa acción a la lista de cosas que la hacían sentir ridícula.

El acceso a la interestatal 64 estaba mucho menos concurrido que de costumbre esa mañana de domingo. Se sorprendió de no tener resaca pese a haber despachado una botella entera de un espectacular sauvignon blanc mientras revisaba los documentos de la caja.

Hacía años que quería leer el expediente del caso de su madre, pero se lo había impedido la rotunda oposición de su padre, que se negaba a pedirlo a la policía. Él era el marido y pariente más cercano de la víctima, por lo que, como era de esperar, la policía había respetado y acatado sus deseos, aunque durante media docena de años fuese el principal sospechoso de la desaparición de Bonita Carruthers. Cuando Neveah llamó al departamento de casos sin resolver de la policía de Jefferson Run, comprobó con asombro que no se habían olvidado por completo de su madre. Los habitantes de Jefferson Run creían recordarla, pero lo que permanecía en la memoria colectiva era sobre todo su desaparición. No se acordaban de la persona, sino tan sólo del escándalo que había protagonizado, una leyenda moralizante que se usaba para amedrentar a las chicas y aleccionar a los chicos. El policía encargado de los casos sin resolver, el agente Kelly, sabía tantas cosas sobre su madre que se le llenaron los ojos de lágrimas mientras hablaban por teléfono.

—Era auxiliar de quirófano en el hospital, ¿verdad? El año pasado volvimos a hablar con todos sus compañeros de trabajo —comentó —. Te sorprendería saber cuántos siguen trabajando allí desde hace veinte o veinticinco años. Tu madre causó una gran impresión en todos ellos. Hablaron de lo buena compañera que era y nos contaron que una vez preparó un plato para una celebración... una cazuela de macarrones gratinados con carne, ¿puede ser...? Dijeron que era insuperable.

—¿Alguno de ellos parecía convencido de que mi padre la había matado? —preguntó Neveah.

Kelly se aclaró la garganta.

—Unos pocos así lo creían, sí. Otros decían que había sido un antiguo empleado de su padre, Oscar Conley. Y unos pocos pensaban que tal vez hubiese sido un vagabundo, un indigente al que su madre intentó echar una mano, porque el coche apareció en las vías del tren.

—Sabe, hay días en los que desearía conocer la verdad, pero hay otros en los que me alegro de que no sea así. Mientras no lo sepa, puedo aferrarme a un resquicio de esperanza, la justa para que me siga doliendo su ausencia, porque ese dolor me permite creer que tal vez siga viva —confesó Neveah, sorprendida de lo fácil que le resultaba hablar con ese desconocido, a diferencia de lo que sucedía con sus propios hermanos o con su padre.

—La esperanza en sí no es mala, pero a veces aferrarse a ella es como querer sostener un polluelo entre las manos. Si aprietas demasiado, lo aplastas; si separas mucho los dedos, morirá congelado. Ambas cosas son muy frágiles, pero creo que vale la pena intentar salvarlas —dijo el agente Kelly.

El policía se había reunido con ella en Trout's para darle una copia del expediente del caso. Era un hombre apuesto que se movía con elegancia, ágil y atlético, y tenía una sonrisa que le hizo preguntarse a qué sabría su boca. Su piel oscura y tersa resaltaba los contornos de un cuerpo tonificado pero no excesivamente musculoso. Neveah pensó que debía de entrenar con frecuencia, pero sin llegar a los extremos del narcisismo alfa. Kelly se sentó al otro lado de la mesa y deslizó la caja en su dirección con el ceño ligeramente fruncido.

—No irá a meterse en un lío por esto, ¿verdad? —le había preguntado ella, interpretando su gesto sombrío como una señal de temor o inquietud por sí mismo.

—No, yo soy el único que trabaja en estos casos sin resolver, y todos los documentos que hay aquí son copias. Los originales están en la comisaría. Se ven un poco estropeados porque han tenido mucho trote. El archivo de la comisaría ha cambiado varias veces de ubicación.

Neveah arqueó una ceja y el agente Kelly le dedicó una sonrisa ligeramente compungida.

—Tenemos goteras en el tejado. Oiga, voy a decirle algo, pero sólo porque lo he visto infinidad de veces. Usted cree que quiere leer todo esto, que quiere saber hasta el último detalle del caso, pero se equivoca. Tiene una imagen de su madre, la misma que tenemos todos de nuestros padres. Una vez que esa imagen se rompa en mil pedazos, no podrá recomponerla. Aquí dentro hay testimonios y declaraciones juradas que no dejan en buen lugar a ninguno de sus progenitores. Creo que su familia y usted tienen derecho a conocer los pormenores del caso, a saber todo lo que nosotros sabemos. Lo

que no tengo tan claro es si le conviene hacerlo —dijo el agente Kelly.

Neveah pensó que tenía delante a un buen hombre. Un hombre encantador que daba gusto contemplar al otro lado de una mesa de restaurante. La clase de hombre que te sujeta la puerta, te aparta la silla o te pregunta si estás bien la primera vez que te vas a la cama con él. La clase de hombre que ella nunca podría tener por culpa de lo que contenía esa caja que descansaba entre ambos.

—Agente Kelly, sé que mi madre le ponía los cuernos a mi padre y que él bebía más de la cuenta. Pero le agradezco de corazón que intente protegerme —dijo ella.

Una hora después de abandonar el bungaló de los viñedos, dejó atrás la carretera tomando la salida que la llevaría hasta el término municipal de Jefferson Run, cerca de las vías del tren donde la policía había encontrado el coche de su madre aquel domingo, después de que no volviese a casa el sábado por la noche. Neveah enfiló el camino de grava por el que se accedía al patio de maniobras donde habían hallado el vehículo aparcado con las dos puertas delanteras abiertas de par en par y el volante salpicado de sangre.

En el informe policial se hacía constar que las únicas huellas dactilares halladas en el coche pertenecían a sus padres. La sangre del volante era de su madre y también se encontraron fibras de un pantalón de su padre. Según el informe, le habían preguntado si alguna vez lo había conducido, a lo que él había contestado que lo hacía de vez en cuando. También le habían preguntado cuándo lo

había conducido por última vez, a lo que él había precisado que a principios de esa misma semana. El informe señalaba asimismo que, aparte de la sangre de su madre, no había ADN identificable en el coche.

Eso explicaba lo de las huellas dactilares.

Neveah no podía evitar pensar que parecía hecho aposta.

Avanzó hasta la barrera del paso a nivel y aparcó a un lado del camino. Se apeó del coche y se ciñó la chaqueta polar en torno a los hombros. Cuando la policía encontró el coche de su madre, estaba detenido frente al paso a nivel. La vía de servicio no estaba abierta al tráfico; la usaban sobre todo los mecánicos y el personal de mantenimiento del ferrocarril. También era un lugar muy frecuentado por los amantes, ya que por la noche estaba oscuro como boca de lobo. Las farolas del paso a nivel alumbraban los trenes y las vías del tren, no la vía de servicio. Si alguien aparcaba un poco más atrás, lejos del paso a nivel, sin duda encontraría la intimidad que buscaba.

Neveah caminó hasta el paso a nivel y apoyó las manos sobre la barrera. En el expediente, Oscar Conley había reconocido que Bonita Carruthers y él tenían una aventura desde hacía casi un año. La última vez que se había acostado con ella fue el mismo día de su desaparición. Al salir del hospital, ella había desayunado con unos amigos del turno de noche y luego se había ido al crematorio. En su declaración, Oscar afirmó que Keith Carruthers había ido a Roanoke ese día, a comprar unos suministros para el segundo horno, mientras él se quedaba en el crematorio manejando el principal e intentando cumplir los encargos. Dijo que Bonita había llegado al crematorio a eso de las doce y habían mantenido relaciones sexuales

hasta la una y media, aproximadamente, cuando Oscar se había ido a almorzar. Según él, Bonita se había ofrecido para controlar el primer horno y luego cerrar el crematorio y esperar a que Keith volviera para que Oscar pudiese tomarse el resto del día libre, algo a lo que él habría accedido. El informe señalaba que la policía había recogido huellas dactilares y ADN de Oscar, pero no había hallado ni rastro de lo uno ni de lo otro en el coche de Bonita. También hacía constar que habían intentado analizar el único horno activo ese día en busca de ADN, pero había demasiados restos incinerados para poder obtener un perfil genético preciso. El informe describía a Oscar como posible sospechoso, al igual que el padre de Neveah, pero no había suficientes pruebas en contra de ninguno de los dos para proceder a su detención.

Neveah pensó en el mantra de su padre y se estremeció.

«Creo... ella se portó bien conmigo, aunque estuviéramos haciendo algo malo. Bonita era una buena persona. Lo que pasa es que no era feliz, ¿sabe? Keith y ella no eran felices como pareja», había afirmado Oscar Conley en su declaración.

Neveah oyó un largo y lastimero silbido procedente del oeste. Un tren se abría paso entre las colinas y bajaba por las vías que discurrían paralelas al río James, transportando mercancías hasta Chesapeake Bay a través del puerto de Newport News y no por el de Norfolk. La policía sostenía que quienquiera que hubiese llevado a su madre hasta allí había querido dejar el coche en las vías para destruir las pruebas, pero por alguna razón no había llegado a hacerlo.

Neveah creía que le había faltado valor. Si algo le había enseñado Jefferson Run desde que tenía uso de razón era que con los trenes

no se juega. Cualquier hijo de vecino había oído hablar de algún niño de su edad que había muerto arrollado por el tren, reducido a un amasijo de sangre, carne y huesos. Esas historias no eran leyendas urbanas, sino sucesos reales. Cada pocos años, Weldon se encargaba de llevar al crematorio lo poco que había quedado de algún cadáver que los trenes, esos titanes de hierro, habían masticado y escupido como cartílagos sobre las vías. A menudo, esos cadáveres apenas si habían hollado la tierra durante más de una docena de años. Chavales que querían ganarle la partida al tren para impresionar a sus amigos, que habían tentado al destino y habían comprobado con espanto cómo aceptaba la apuesta y convertía sus jóvenes cuerpos en papilla.

Neveah creía que el asesino de su madre («porque eso es lo que era; no su secuestrador, sino su asesino») se había acobardado mientras esperaba que la barrera se levantara para cruzar las vías. Había tenido miedo, miedo de bordear la barrera con el coche, de quedarse atrapado en las vías y no poder salir, porque sabía lo que esos monstruos de hierro podían hacer con sus robustas piernas, sus musculosos antebrazos y su fornido torso. Al fin y al cabo, estaba acostumbrado a manejar maquinaria pesada.

«BonitaBonitaBonitaBonita.» Neveah volvió a la furgoneta, se sentó al volante y cerró la puerta. Encendió la radio, sintonizó una emisora de rock y puso el volumen al máximo. Luego agarró el volante con ambas manos y chilló con todas sus fuerzas, presionando el suelo con los pies y el respaldo del asiento con la parte posterior de cabeza. Chilló hasta desgañitarse.

Roman se despertó hacia la una de la madrugada con el punzante dolor de una resaca taladrándole el cerebro. Rodó hacia un lado y se levantó. Enfiló el pasillo sin hacer ruido, fue hasta el cuarto de baño y se mojó la cara con agua. Vació la vejiga, se lavó las manos y volvió a la habitación. Oyó como la puerta de la calle se abría y luego se cerraba de un portazo. Bajó las escaleras y vio a Neveah subiendo con una bolsa de viaje al hombro.

—Hola, ¿estás bien? —preguntó Roman, dándose cuenta de que había estado llorando.

—Perfectamente —contestó ella al pasar a su lado sin detenerse.

—Te mereces algo mejor que Chauncey —dijo él.

—¿Qué te hace pensar que quiero algo mejor? Es un cabrón, pero está bien que lo sea, porque así no podré joderlo —dijo Neveah. Entró en su habitación y cerró la puerta.

Roman sintió un nudo el estómago al oírla decir algo así con semejante convicción. Bajó a la cocina para poner la cafetera al fuego. Sacó el móvil desechable que Khalil le había comprado y marcó el nuevo número que le había facilitado. Khalil contestó al segundo timbrazo.

—¿Qué tal te va, héroe? —saludó.

—Si no fuera por la cantidad de gente que había allí, me lo habría pensado —dijo Roman.

Khalil soltó una carcajada.

—Escucha, hay una casa de una sola planta en Alberta Avenue de la que estoy bastante seguro que es uno de los centros de reparto de droga de esta peña. En los últimos dos días, cuatro chicas distintas con coches perfectamente legales, casi demasiado anodinos y sin ningún distintivo particular, han rodeado la casa hasta la parte

trasera aprovechando la oscuridad y han aparcado en un garaje pequeño con capacidad para un solo vehículo. El coche entra en el garaje, las mujeres salen por la puerta delantera de la casa con los móviles en la mano y luego un camello de los BBB aparece y se intercambian el coche. Cuarenta minutos, tres cuartos de hora más tarde, ese coche se marcha. Hay tres tíos en la habitación delantera de la casa y otro en el garaje. Estoy seguro de que todos van armados. ¿Cuándo quieres hacerlo? —preguntó Khalil.

Roman oyó a Dante moviéndose por la casa. Volvió la cabeza y lo vio bajando por la escalera con la ropa de la noche anterior. Cruzó la cocina en dirección a la puerta de la calle sin detenerse.

—¿Adónde vas? —le preguntó Roman.

—He quedado con alguien —dijo Dante.

—¿Vas a pillar? —preguntó Roman.

—No se te escapa una, inspector Gadget —repuso Dante.

—Espera un momento —dijo Roman dirigiéndose a Khalil.

Dejó el móvil sobre la encimera y cruzó a grandes zancadas la cocina, y luego el salón, para cortarle el paso a su hermano antes de que alcanzara la puerta.

—Esos maderos nos están vigilando. Si quieres ponerte ciego, espera hasta esta noche. No puedes andar por ahí a plena luz del día metiéndote eme y oxicodona mientras andan buscando a Getty. ¿Por qué crees que he empezado a conducir el Challenger? Te conocen. Antes te has portado como un campeón, pero ¿qué crees que pasará si te dan el alto estando puesto, completamente ido de la olla? Podrías contarles cualquier cosa. No te lo tomes a mal, hermanito, pero es la pura verdad —dijo Roman bajando la voz. No quería que Neveah los oyera.

—Ya soy mayorcito, puedo ir donde me dé la gana. No hablaré con ningún madero. Tú mismo acabas de decir que me he portado como un campeón. Necesito largarme de aquí un rato —masculló Dante.

—Dante, te quiero, pero no está el horno para bollos. Nos estamos jugando el pellejo, literalmente. Esto podría costarle a alguien una inyección letal o que lo sienten en la silla eléctrica. Como vayas por ahí haciendo el imbécil y la cagues, Khalil te hará desaparecer antes incluso de que Torrent y Tranquil te echen el guante. Es mi amigo, pero no irá a la cárcel por nadie. Coge la botella de papá, vuelve arriba hasta que yo esté listo para salir y dale al whisky hasta que se ponga el sol —dijo Roman.

Dante ladeó la cabeza.

—¿Eso es lo único que soy para ti, un adicto y un borracho? ¿Te crees que basta con darme el biberón, como si fuera un bebé, para que me calle?

—Lo siento, pero quieres salir corriendo como si fueras un adicto que necesita su dosis. Sé que eres mucho más que eso, pero me doy cuenta de que lo estás pasando mal. He pensado que el whisky te ayudaría a calmar la ansiedad —dijo Roman.

Dante emitió un sonido a caballo entre una risotada y un gemido.

—Menudo piquito de oro. Casi te creo, y eso que sé que mientes más que hablas. Yo me abro. ¿Me lo vas a impedir? Puede que me des una paliza, pero voy a marcharme igualmente después de que lo hagas, así que déjame coger el coche de alquiler para ir adonde tengo que ir, y mientras estoy fuera aprovecharé para gritar a los cuatro vientos que le salvaste la vida a Torrent. Nadie como los fiesteros para difundir un rumor —dijo Dante. Se acercó a su hermano y añadió, hablándole al oído—: Nunca permitirías que Khalil

me tocara un pelo. Sé que no es la clase de tío que se anda con chiquitas, pero te conozco. Esa amenaza no va a funcionar conmigo.

Cogió las llaves del coche de alquiler del gancho que había junto a la puerta principal y se marchó.

Roman cogió el móvil de la encimera.

—¿Sigues ahí? —preguntó.

—Ajá. Tu hermano es duro de mollera. Espero que aprenda a hacerte caso —dijo Khalil, y todo el cuerpo de Roman se estremeció con tanta fuerza que parecía estar convulsionando.

Dante tenía razón, nunca permitiría que Khalil le hiciese daño pudiendo evitarlo, pero llegado el momento era posible que no estuviese en sus manos. Tenía que asegurarse de que las cosas no llegaran tan lejos. Nunca podrían superar que otro miembro de la familia se desvaneciera en el éter.

—No te preocupes por él. Esta noche salgo a cenar con una amiga, y luego creo que voy a afinar mi propuesta a Torrent y compañía. Ha surgido algo que puede hacer que todo se mueva mucho más deprisa —dijo Roman.

—Vale, ¿y qué hay de la casa? —preguntó Khalil.

—Esta noche. Hazlo esta noche —contestó Roman.

—De acuerdo. Oye, te queda algo de dinero en efectivo, ¿verdad? Puede que tenga que pedirte un poco más. Hay un tío en D.C. del que podemos fiarnos y tal vez lo necesite para esto.

—Sí, no hay problema. Y cuando todo esto se acabe me aseguraré de compensarte como te mereces —dijo Roman.

—A ver, normalmente no muevo un dedo sin cobrar la tarifa mínima, pero después de lo que hiciste por mi madre cuando el

mamarracho aquel le robó los ahorros de la jubilación, estamos en paz durante un tiempo —dijo Khalil.

—Te lo agradezco.

—«Demostraros mi lealtad y mi servicio ya es bastante recompensa» —repuso Khalil—. *Macbeth*.

—Shakespeare y tú, una historia de amor no correspondido —señaló Roman.

—Willie Shakes, el Bardo. La gente se cree que era un señorito de alta cuna todo estirado, pero en realidad escribía para el pueblo, y da la casualidad de que es el mejor de todos los tiempos —dijo Khalil.

—No te lo voy a discutir. Soy licenciado en Economía y Contabilidad. Mañana quedamos y hablamos —repuso Roman.

—Trato hecho —dijo Khalil.

Roman colgó y volvió a guardar el móvil desechable en el bolsillo. Luego se sirvió una copa mientras sacaba su móvil personal y marcaba el número de Jae.

Corey Gardner miró la hora en el teléfono. Eran las diez de la noche. Cogió la tableta y pulsó el botón de encendido. La pantalla se iluminó, pero no acababa de cargarse. La golpeó con fuerza, pero fue en vano: seguía cargando. Alia había entregado la última remesa de la noche y les quedaban tres horas de espera hasta que los chicos de la zona norte de Richmond vinieran a reponer las existencias. Una noche cualquiera podían pasar por sus manos hasta ocho kilos de heroína. Funcionaban como un almacén mayorista donde los BBB guardaban la mercancía que luego revendían. Había

otros locales que funcionaban más como narcopisos que como depósitos clandestinos de droga, pero allí sólo había mercancía adulterada. Lo que Corey y los suyos custodiaban era poco menos que jaco puro sin cortar.

Corey era uno de los cuatro soldados que estaban apostados alrededor de la casa. Sabía que, si Sway lo pillaba viendo una peli de superhéroes, pondría el grito en el cielo y le recordaría que estaban de guardia. Corey opinaba que Sway se lo tomaba todo demasiado a pecho. ¿Quién iba a tocarles los huevos a los BBB en Jefferson Run? ¿Quién tenía tantas ganas de morir? Corey sabía que los maderos tampoco querían buscarles las cosquillas, así que no entendía por qué se deslomaban protegiendo un sitio en el que nadie se atrevería a robar.

Cogió la tableta con ambas manos y la sacudió. Estaba a punto de arrojarla a la otra punta de la habitación cuando la película empezó a reproducirse y oyó un diálogo en los auriculares. Se recostó contra la vieja y destripada pared de la cocina y apoyó los pies sobre la mesa.

Los créditos iniciales estaban a punto de acabar cuando notó el olor a gasolina.

Dejó la tableta sobre la mesa y se acercó a la pared del fondo de la cocina, que se había quedado a medio demoler. A su izquierda había un cubo de metro por metro tapado con una lona azul. Era la mercancía y estaba toda allí, lo que era buena señal, pero la mala, malísima, era el olor a gasolina, tan intenso que retrocedió para recuperar el aliento.

Empuñó el fusil tipo AR-15 que llevaba encima como si fuera un talismán. Ese hedor a gasolina, tan virulento que traspasaba el yeso

de las paredes, sólo podía querer decir que alguien se disponía a prender fuego a la casa. Intentó chillar, lanzar una advertencia a voz en cuello que resonara como un grito de guerra, pero lo único que brotó de sus labios fue un extraño balido que sonó como «ego» en vez de «fuego».

Corey salió por la puerta como alma que lleva el diablo, pasando por delante de Sway sin detenerse. La tableta se había quedado dentro, pero qué más daba. Sway lo siguió hasta la calle bajo un cielo tan negro que parecía casi azul marino. Cuando por fin recuperó el resuello, chilló:

—¡¡¡FUEGO!!!

Los otros dos soldados, Mezzy y Daquan, salieron al porche. El primero estaba a punto de abroncar a Corey por pasarse el día pegado a la tableta cuando oyó lo que más tarde describiría como un ensordecedor estruendo, seguido por una explosión tan potente que hizo saltar el porche por los aires. Mezzy y Daquan salieron volando y aterrizaron en la calle sobre codos despellejados y rodillas ensangrentadas.

Mezzy se levantó de un brinco y empezó a disparar al interior de la casa. La ráfaga de su MAC-10 resonó en la noche con un estrépito sin sentido.

—Mez, ¿a quién disparas? ¡Baja el arma! —chilló Corey.

Todos retrocedieron, incluido Mezzy, que sostenía el fusil humeante. La casa estaba envuelta en llamas. Entonces se produjo una segunda detonación, mucho más violenta, que la redujo a un montón de astillas.

Más tarde, después de que Torrent les cantara las cuarenta y los amenazara con castigarlos, Sway le dijo a Corey que esa segunda

explosión tenía toda la pinta de haber sido provocada por una granada de mano.

Roman le estaba sirviendo otra copa de vino a Jae cuando le entró el mensaje. Contenía una sola palabra:

barbacoa

Dejó el móvil a un lado y se sirvió más vino.

—¿Va todo bien? ¿Te ha pedido la novia que vuelvas a casa? —insinuó Jae, sonriente.

—No tengo novia, pero he quedado para cenar con una chica guapísima —repuso él.

—Chico, lo tuyo es arte. Tienes más cintura que Bruce Lee —dijo Jae.

—Me encanta Bruce Lee. Me he leído *El tao del jeet kune do* tres veces —confesó Roman.

Ella soltó una risita.

—Eres el primer tío que conozco que no habla de las pelis de Bruce Lee, sino de su libro. Está bien, para variar.

—Bueno, también me encantan las pelis. *Operación Dragón* es mi preferida —precisó Roman.

—¿Jugabais a imitarlo, tu hermano y tú? —preguntó Jae.

—Desde luego, y una vez rompimos una tostadora en la cocina. Luego cambiamos las patadas por el boxeo, y... —Dejó la frase inacabada.

—¿Qué pasa? —preguntó Jae, ya sin rastro de su anterior tono bromista. Alargó la mano sobre la mesa y cogió la de Roman, que negó con la cabeza y estrechó la suya.

—Nada. Esa tostadora. La rompimos y mi madre se puso hecha una furia. Hasta inventó palabrotas para insultarnos. Nunca llegó a sustituirla. Sabes, son detalles como ése los que me hacen pensar en ella. Nunca llegó a sustituir ese puto cacharro —dijo Roman.

Tenía la mirada perdida más allá de Jae, más allá del *maître*, más allá de la puerta principal con la palabra FOUCHE grabada. La había llevado a Richmond en busca de un restaurante digno del vestido que lucía, pero los recuerdos lo habían hecho remontar en el tiempo hasta la semana previa a la desaparición de su madre. La veía con toda claridad, debatiéndose entre la ira y la hilaridad, y la oía insultándolos con alguna variación imaginativa de «cabezas de chorlito», seguida de un taco que acabaría arrancándoles una carcajada a los tres.

—Echo de menos su risa —dijo Roman. Guardó el móvil en el bolsillo y negó con la cabeza, como si ahuyentara el recuerdo—. No pasa nada —añadió. Apretó la mano de Jae y luego la soltó. Cogió su copa como si fuera el frágil tallo de una rosa—. Brindemos por los nuevos amigos y las nuevas experiencias.

—¿Sólo somos amigos, Roman? —preguntó ella, mirándolo mientras se llevaba la copa a los labios.

Roman sonrió.

—Bueno, enemigos seguro que no somos —repuso mientras brindaban.

Dante estaba esparrancado en el sofá de Tug. Se notaba la mente algodonosa, como envuelta en gasa. Veía unos dibujos animados para adultos mientras Tug y Raynell estaban en la cocina discutiendo por el último trozo de tarta de melaza. Dulsi estaba acurrucada en el suelo a sus pies. Habían compartido medio frasco de Percocet. Dante había machacado las pastillas entre dos cucharas para que pudieran esnifarlas y así acelerar su absorción. Al parecer, él tenía una mayor tolerancia que Dulsi, que se había metido dos rayas, se había replegado en una postura como de yoga y se había quedado dormida al instante.

El móvil le vibró en el bolsillo. Lo sacó, pero el número no le resultó familiar. Miró la pantalla entornando los ojos. Pese a no reconocer el número, sabía quién le había enviado el mensaje. Sólo había una persona en el mundo que lo llamara Deedee.

Deedee te echo de menos

Se quedó mirando la pantalla del móvil con el corazón a punto de salírsele por la boca.

Finalmente, mientras la pantalla de la tele lo bañaba en un angelical resplandor azul, escribió con una sola mano su breve respuesta:

Yo también Cass

20

—Roman, despierta.

Él abrió los párpados de golpe, se incorporó y se frotó la cara con ambas manos. Jae estaba a su lado y tenía una mano apoyada en su hombro. Roman se dio la vuelta, le atrapó la mano al vuelo y la besó.

—¿Cuándo entras a trabajar? —preguntó.

—Dentro de una hora, pero tengo que arreglarme, pasar de tentadora *hentai* a sofisticada funcionaria, lo que me llevará un rato —dijo.

Roman apoyó un dedo debajo de su mentón para que alzara el rostro y la besó. Sus lenguas se rozaron por un instante y luego él se apartó.

—En ese caso, será mejor que me vaya —dijo.

—No te he invitado a pasar la noche sólo porque me sacaras a cenar, que lo sepas. No soy tan facilona —dijo Jae.

—Lo sé. Creo que somos dos frikis que encajan bastante bien. Eso sí, las chuletas de cordero estaban para chuparse los dedos —dijo Roman mientras le pinchaba el costado con un dedo.

—Mira que eres tonto, chaval —replicó ella.

Un silencio dulce los envolvió como una manta afelpada. Era la clase de silencio que sólo puede existir entre dos personas que han

expresado de la forma más profana imaginable su mutua admiración.

Roman no salía de su asombro ante la facilidad de Jealousy para intuir lo que le gustaba, lo que necesitaba. En otras ocasiones, cuando había intentado expresar esas necesidades a mujeres que no eran profesionales como Miss Delicate, tanto él como ellas se habían sentido abochornados por lo que deseaba, lo que ansiaba.

Jealousy no tenía esa clase de reservas.

Después de cenar habían vuelto a su piso y empezado la vacilante exploración del cuerpo ajeno que constituye el sello distintivo de los nuevos amantes. Mientras se besaban en el sofá y Roman introducía una mano bajo la falda de Jae, ella le mordió el labio inferior y lo retuvo entre los dientes durante medio segundo. Él emitió un sonido gutural y ella lo liberó con una disculpa.

—Perdona —dijo sin apenas aliento, y se inclinó hacia delante para saborear sus labios de nuevo.

—No te disculpes, me gusta —dijo él.

Jae había sonreído con picardía, los ojos relucientes bajo la tenue luz del piso. Roman pensó que parecían ojos de gato, peligrosos y salvajes. Ella deslizó las uñas por su pecho desnudo. Sin saber cómo, su camisa había ido a parar al suelo, y sintió cómo esas uñas rastrillaban su estómago mientras un cosquilleo lo recorría desde el vientre hasta el pecho.

—¿Te gusta un poquito de dolor? —preguntó Jae.

Roman echó la cabeza hacia atrás y la miró fijamente. La pregunta era un tanto irónica, aunque ella no lo sabía aún. Le gustaba el dolor, lo ansiaba, necesitaba su poder purificador. Sin embargo, siempre se resistía a confesarlo a sus amantes, pues era un grado de

intimidad que rara vez alcanzaba salvo con una profesional. Roman se conocía lo bastante para reconocer que esa clase de intimidad carecía de profundidad emocional. Colmaba su deseo, pero no le llegaba al corazón. Satisfacía una necesidad, desde luego, pero no le daba todo lo que quería.

No era como esto.

Por lo general, le atraían dos tipos muy concretos de mujeres. Si eran profesionales, le gustaban mayores que él, altas y atléticas, incluso musculosas. En resumen, mujeres que guardaban cierto parecido con su madre. Sabía que cualquier psicólogo podría escribir veinte tesis sobre ese deseo concreto. En el plano personal, en cambio, tenía un abanico de gustos más amplio. En circunstancias normales, las dos facetas de su lujuria eran como las dos caras de una moneda: nunca se tocaban, nunca coincidían.

Jealousy había venido a desmentir esa certeza.

No era mayor que él. No era alta. No se parecía en nada a su madre, pero había algo en ella que encendía los rescoldos ardientes de ese anhelo insaciable y los avivaba intensamente. Era más que deseo físico, aunque éste fuera evidente, porque se extendía a todo su ser: su esencia, su mente, su risa, el que fuera capaz de hacerlo sonreír pese al nubarrón negro y amenazador bajo el que vivía desde que había vuelto a su ciudad natal. Pese a todo lo que pasaba a su alrededor, cuando estaba entre sus brazos se sentía a salvo.

Sentía que podía confiar en ella.

—Sí, me gusta. A veces me gusta... que me... castiguen —dijo.

Esperaba que ella palideciera ante su petición, pero no fue así.

Jae se pasó la lengua por el pulgar y el índice, y luego le atrapó el pezón izquierdo entre ambos dedos.

—¿Necesitamos algo así como una palabra segura? —le preguntó en un susurro.

Roman sintió que se le ponía la piel de gallina.

—Sí, la palabra es «llamarada» —dijo él, notando como el deseo le empañaba la voz.

Cuando se quiso dar cuenta, tenía las manos atadas a la espalda y Jealousy estaba sentada a horcajadas sobre él, ambos desnudos y con la piel reluciente de sudor. Al notar el calor que irradiaban sus muslos, pensó que se volvería loco, la clase de locura que se apodera de uno cuando la lujuria empieza a transformarse en un nuevo amor.

—Abre la puta boca —ordenó ella, jadeando. Habían usado el cinturón de Roman para inmovilizarle las manos detrás de la espalda. Ella le había cogido el mentón con la mano mientras lo cabalgaba, ambos resollando, dejándose arrastrar por la comunión primitiva que compartían—. Te voy a escupir en la puta garganta. ¿Te gusta la idea, guarrillo? —le había dicho entre jadeos.

—¡Síííí! —había acertado a exclamar él sin apenas aliento, poniendo los ojos en blanco.

A partir de ahí, la noche no había hecho más que mejorar.

Y ahora se besaban de nuevo, con ternura, frente a la puerta del piso.

—¿Quieres que te llame cuando salga? —preguntó ella.

—No sé si es muy apropiado practicar sexo telefónico desde la oficina del alcalde —contestó Roman.

Jae fingió un gesto de exasperación.

—Anda, lárgate ya. Tengo que arreglarme para ir a trabajar. Luego hablamos.

—Más te vale —repuso él al tiempo que cruzaba el umbral retrocediendo.

Roman volvió a casa mientras el sol se elevaba sobre los almacenes desiertos y los locales comerciales abandonados de la zona este de la ciudad. Se desvió de Lillyhammer para enfilar Lucy Boulevard. Iba tarareando una vieja canción de Prince que sonaba en la radio cuando pasó por delante del esqueleto calcinado de un edificio. El solar donde antes se alzaba estaba acordonado con cinta policial amarilla. Roman se detuvo en el semáforo y se permitió contemplar las ruinas de lo que en tiempos había sido un hogar, que luego se convirtió en depósito de drogas y ahora no era más que un montón de cenizas.

Cuando el semáforo se puso en verde, pulsó la pantalla táctil del salpicadero y llamó a Dante.

—Rome —dijo su hermano a modo de saludo.

Roman pensó que sonaba como si tuviera la boca llena de algo espeso.

—Necesito que llames a Torrent y le digas que quiero hablar con él hoy mismo, sobre las dos de la tarde, en Trout's —dijo Roman.

—Tío, será mejor que los dejes en paz. He oído que anoche perdieron una casa. Alguien la hizo volar por los aires como una piñata llena de C-4. Me han dicho que parecía... —Dante se interrumpió a media frase.

—Llámalo, hazme el favor —insistió Roman.

—¿Has sido tú? —preguntó su hermano con un hilo de voz.

—Hazlo, Dante. —Roman tocó la pantalla y finalizó la llamada.

El semáforo se puso en verde y Roman atravesó el cruce. El caparazón negro y carbonizado del edificio fue empequeñeciendo cada vez más en su espejo retrovisor. Khalil no había mencionado si todos los ocupantes de la casa habían podido salir antes de que arrojara una granada a las llamas, y Roman tampoco se lo había preguntado.

Sabía que no podía llevar a cabo su plan para acabar con Torrent y Tranquil sin que alguien saliera malparado. De hecho, ya habían derramado sangre. Pero nadie echaba de menos a Getty, salvo la policía. Nadie lloraba a Splodie, excepto quizá una madre que se engañaba a sí misma sobre quién y qué era su hijo, o un padre que fingía ignorar que su retoño se dedicaba a hacer viudas y huérfanos.

Roman se apartó de Lucy Boulevard para tomar Sycamore Avenue y dirigirse a casa. Cuando vio a Dante blandir aquel martillo de bola, se convenció de que acababa de sentenciarlos a muerte, pero ahora no lo tenía tan claro. La desaparición de Splodie les daba algo con lo que presionar a Yellaboy. Era verdad que él también podía usarla para chantajearlos, pero Roman estaba cada vez más seguro de que esa muerte no les pesaba tanto a ellos como a Yellaboy, ni mucho menos.

Su terapeuta habría dicho que lo que estaba haciendo era compartimentar una tragedia. Roman empezaba a creer que la única diferencia entre una tragedia y una oportunidad era lo mucho o poco que te importaba lo que se había perdido. En el caso de Splodie no mucho, desde luego, y a cambio le daba la oportunidad de conseguir que Yellaboy se pusiera de su parte.

Neveah oyó a Roman aparcar en el sendero de acceso a la casa. Cuando entró, vio que él se daba cuenta de que estaba fumando dentro, una de las cosas que más fastidiaban a su padre. Sin embargo, dado su estado actual, esas minucias no tenían la menor importancia.

—¿Qué tal en los viñedos? —preguntó Roman.

—Genial. Unas pocas señoras blancas intentando olvidar que cometieron un grave error casándose con un tipo sólo porque tocaba baladas cursis con la guitarra. Oye, quiero enseñarte algo —dijo Neveah.

Roman se le acercó y se sentó frente a ella.

—Esto es el expediente del caso de mamá —dijo Neveah señalando la caja de documentos y los papeles desplegados ante sí.

—¿Te lo ha conseguido tu amigo? —le espetó Roman.

—No. Me lo pasó el agente encargado de los casos sin resolver. Es una copia, él se ha quedado el original —contestó Neveah. Empujó la caja hacia Roman—. Deberías leerlo.

—No pienso ni tocarlo.

—¿Por qué no? ¿Porque sabes que te dirá lo que no quieres oír? —preguntó Neveah.

—No, porque recuerdo a nuestros padres tal como eran de verdad. Discutían, pero se querían. No hay nada en esa caja capaz de hacerme cambiar de opinión.

—Él descubrió que ella le ponía los cuernos —dijo Neveah.

—¿Qué? ¿Por qué dices eso? —preguntó Roman.

—Está en el expediente. Se tiraba a un tío llamado Lawrence Lee, que estaba fuera de la ciudad cuando ella desapareció. Papá los pilló dándose el lote en el aparcamiento del hospital una noche. Supongo

que nos dejó en casa y fue hasta allí para sorprenderla. Hay que decir en su descargo que mamá se quitó el anillo de casada antes de meneársela a ese tipo.

—Cállate —dijo Roman con voz rota.

—Mira esto —replicó Neveah sacando de la caja una foto de veinte por veinticinco centímetros. La dejó sobre la mesa, entre ambos. Roman le echó un vistazo, pero enseguida apartó la mirada.

—Esto de aquí es el asiento del conductor del coche de mamá. ¿Notas algo extraño? —preguntó Neveah.

—¿Qué se supone que debo buscar? —preguntó Roman.

Neveah dio unos golpecitos en la foto con la yema del dedo.

—El asiento. ¿Ves lo alejado que está del volante? Mamá era alta, pero papá es más alto todavía —apuntó Neveah.

—¿Y qué? Quienquiera que... se la llevó seguramente movió el asiento. No sé qué te propones removiendo todo esto —replicó Roman en tono desabrido.

—Tienes razón, pero sólo en parte. Vuelve a mirar. El asiento del conductor está alejado del volante, pero el respaldo está inclinado en un ángulo de sesenta grados, como si quien conducía tuviera que recostarse hacia atrás —dijo Neveah.

—No pienso seguir escuchando esta sarta de tonterías —protestó Roman.

—Tantos años cargando cadáveres dejaron a papá con la zona lumbar hecha polvo. Incluso ahora tiene que conducir con el asiento casi en horizontal. La poli no lo sabía. Nadie lo sabía salvo nosotros. ¿Recuerdas que mamá solía meterse con él por conducir poco menos que acostado?

—¿Y qué, Neveah? A veces papá cogía ese coche —dijo Roman.

—Él fue la última persona que cogió ese coche, Roman. No mamá, sino él.

Roman apartó la foto deslizándola sobre la mesa.

—No pienso seguir escuchando esto.

—Ella le ponía los cuernos y él, que por entonces bebía como un cosaco, se enteró —concluyó Neveah. Su tono de voz era neutro, pero su rostro era un torbellino de emociones encontradas.

—¡Que te calles! —tronó Roman.

Se levantó y empujó la silla hacia atrás con tal ímpetu que la volcó. Neveah lo vio pasar como una exhalación por su lado. Lo oyó subir las escaleras a grandes zancadas y luego el previsible portazo.

—Ya te dije que aquí no se salva nadie —dijo Neveah mientras le daba una última calada al cigarrillo.

Mientras el humo salía en forma de espiral por sus fosas nasales, se quitó la colilla de la boca y aplastó la brasa entre las insensibles yemas de sus dedos.

21

Roman aparcó delante de Trout's y se encaminó a la puerta. El restaurante cerraba los lunes, pero su hermano había logrado que Torrent accediera a reunirse allí con él.

—He llamado a D-Train —le explicó Dante—. Se ha encargado de organizarlo, pero dice que Torrent está que trina por lo de esa casa que han perdido. Más vale que tengas buenas noticias, Rome. Lo digo en serio. Estamos hablando de un tío que mató a un DJ por poner la misma canción demasiadas veces seguidas.

—No podrá decir que no a esto —replicó Roman.

—Tú crees que, a fuerza de soltar billetes, la peña siempre acaba haciendo lo que tú quieres, pero hay gente a la que se la suda el dinero, Rome. Hay gente que está como una puta cabra y punto —le advirtió Dante.

—A los locos también les gusta el dinero —repuso Roman—. Lo que pasa es que hay que recordárselo de vez en cuando.

Llamó a la puerta del restaurante, que estaba cerrada.

D-Train salió a abrir y lo hizo pasar al local.

Torrent estaba sentado frente a una gran bandeja de patas de cangrejo, con Tranquil a su lado. D-Train fue a reunirse con ellos. Había un chavalín de pie al fondo de la estancia —Roman no le echó más de quince o dieciséis años— y otro hombre sentado a la mesa al

que no reconoció. Tenía una marca rojiza en la cara que se extendía desde la frente hasta el mentón.

Torrent usó un par de alicates para romper las patas de cangrejo y extraer la carne del caparazón. El estrépito hizo que Roman diera un respingo. Había comido bastantes patas de cangrejo a lo largo de los años, pero nunca había visto a nadie arrancarles la carne con tanta saña. Se notaba que estaba de un humor de perros.

Eso lo haría más receptivo a lo que Roman quería proponerle. Según sus cálculos, había perdido más de un millón de dólares en ingresos y, si su plan salía bien, ganaría diez veces más.

—¿Puedo sentarme? —preguntó.

Torrent señaló con una pata de cangrejo la silla vacía ante sí. La bandeja de patas de cangrejo descansaba sobre una capa de hojas de periódico extendida sobre la mesa. Roman pensó que, dentro de pocos años, ésa podría ser la única razón por la que la gente siguiera comprando diarios.

—Una de las cosas que hago por mis clientes es asegurarme de que no se les escapen posibles oportunidades de inversión, multiplicar los flujos de recursos para poder diversificar sus activos. La otra noche, en la fiesta, estuve hablando con Jae y me dijo algo que podría ser una enorme oportunidad de negocio, en mi opinión.

—¿Te la estás follando? —preguntó Tranquil.

Torrent se volvió hacia él.

—¡Oye! Para de preguntarle eso a la gente. Da una grima que te cagas. Lo digo en serio.

Se volvió de nuevo hacia Roman.

—Y en cuanto a ti, ésta es la última vez que nos vemos cara a cara. Me la suda que tengas un negocio de la hostia, no quiero

verte. Sólo quiero que me traigas los cincuenta mil pavos cada mes. Tienes tres meses de descanso por delante. Yo que tú aprovecharía este tiempo para hacer la magia financiera de la que tanto presumes. Pero no necesito verte la cara, porque me hace pensar que te crees más listo que yo. Y, como siga por ahí, me entrarán ganas de pegarte en la cara con un alambre de espino enrollado. Así que adelante, di lo que tengas que decir. Te doy de tiempo lo que tarde en zamparme esta pata de cangrejo —dijo Torrent mientras la rompía con los alicates.

—El alcalde está intentando conseguir una subvención estatal para revitalizar la zona del Arrabal —empezó Roman—. Eso quiere decir que van a subir el alquiler a la gente que vive en los parques de caravanas y los bloques sociales para obligarlos a largarse. Van a comprar todos los negocios locales, como la barbería, el taller de neumáticos usados y las tiendas de juguetes sexuales. Luego van a tirarlo todo abajo y a levantar pisos de lujo para que los pijos blancos puedan instalarse allí y abrir locales de té matcha vegano y tiendas de vinilos. Vale, es posible que ahí tengas una nueva bolsa de clientes, pero lo más probable es que le compren las sustancias de uso recreativo a un pavo llamado Connor que vive en un barrio residencial de Richmond. Y, si todo ese dinero entra de golpe en Jefferson Run, las multinacionales que invierten su dinerito en esta movida presionarán de lo lindo a los maderos para no tener que agobiarse por la presencia de camellos y demás gente de mal vivir. Este nuevo proyecto inmobiliario puede suponer una grave amenaza para tus intereses empresariales, sean cuales sean. Pero hay una manera de ganarles la partida.

—Todo eso que dices no va a pasar hasta dentro de cinco putos años. Aunque las obras empezaran hoy mismo —objetó Torrent.

—Sí, eso es verdad. Pero las licitaciones no tardarán. Empresas constructoras. Materiales de obra. Equipos de derribos y demoliciones. Lo he buscado sólo por curiosidad y se calcula que todo el proyecto costará setecientos millones de dólares, a repartir entre todos los proveedores, incluidas las empresas constructoras, las compañías suministradoras de materiales y las de derribos. Hay tres empresas constructoras que podrían llevarse el gato al agua. Los materiales de obra son un pelín más complicados porque la mayoría de las empresas que podrían hacerse cargo de un proyecto de esta envergadura son cadenas nacionales, pero he encontrado dos franquicias locales que podrían entrar en la carrera. Y empresas de derribos y demoliciones las hay a patadas —concluyó Roman.

—Crees que debería comprar esas empresas. Pero, aunque lo hiciera, no hay ninguna garantía de que el ayuntamiento les conceda las licitaciones, ¿a que no? —preguntó Torrent.

«Acabas de morder el anzuelo», pensó Roman. Uno de sus mentores en el mundo de las finanzas solía decir: «Si te hacen preguntas, es que se están planteando poner su dinero en tus manos. No digas nada que los haga cambiar de idea.»

Roman se inclinó hacia delante y entrelazó los dedos de ambas manos.

—Voy a dar algo por sentado, puedes corregirme si me equivoco. Jae me comentó que tú le conseguiste ese puesto de trabajo en el ayuntamiento. Te llevas bien con el alcalde; sino, no te habría hecho ese favor. No sé por qué tenéis buena relación, no es asunto mío. Pero, si por casualidad fueras el propietario de esas empresas, no

me cuesta imaginar a Gravely dando el visto bueno a las licitaciones que presentes. A cambio de cierta compensación, claro está. Pero estamos hablando de millones. Y eso sin entrar en lo mucho que puedes rascar inflando los presupuestos, falseando gastos, cobrando comisiones a las empresas subcontratadas. Es una mina de oro, literalmente. Yo podría gestionarlo a través de mi empresa de Atlanta. Estamos hablando de multiplicar esos cincuenta mil dólares mensuales por diez y seguir ganando dinero por la vía legal, y yo me llevaría una comisión sobre los beneficios. Todo el mundo saldría ganando. Podrías incluso aprovechar para blanquear una parte de tus ingresos porque, aunque tengas un amigo en la oficina del alcalde, la policía estatal siempre anda a la caza de algún pez gordo. Se mueren por dar una de esas ruedas de prensa con todas las armas y las drogas confiscadas. Trout's da lo que da de sí, no le puedes pedir peras al olmo —dijo Roman.

Tenía la boca seca como papel de lija. Intentó no mirar a Tranquil, aunque notaba que tenía los ojos clavados en él, del mismo modo que un ratón nota que un halcón se le va a echar encima. Sabía que estaba tensando la cuerda, sobre todo teniendo en cuenta que acababan de perder un almacén de droga, pero tenía que proyectar seguridad si quería que se subieran al carro. Dos semanas atrás, un discurso como ése le había costado la dentadura, pero ahora sabían que era un hombre de palabra. Los ciento cincuenta y cinco mil dólares que le había dado a Yellaboy para que se los entregara a Torrent le habían permitido comprar no sólo tiempo, sino también el más esquivo de los bienes: el respeto.

Sabían que podía respaldar sus palabras con resultados.

«Pero ¿dónde se ha metido Yellaboy?», se preguntó Roman de pronto.

—O sea, ¿que te crees que puedes decirme qué hacer con mi dinero? La última vez que lo intentaste perdiste unos cuantos dientes —dijo Torrent.

Roman pensó que siempre que hablaba con Torrent descubría algo más sobre su forma de actuar, su forma de pensar. Qué clase de negociador era. En la universidad había aprendido que había cinco tipos de negociación: competitiva, acomodaticia, evitativa, conciliadora y colaborativa. Torrent era competitivo; él ganaba y tú perdías. Para ello, usaba el miedo como forma de dominación. El terror era su principal arma, y podía echar mano de él siempre que quisiera.

Roman tenía que convertirlo en un colaborador. Hacerle creer que ambos saldrían ganando, aunque fuese mentira. Precisamente porque era una mentira.

—¿Sabes cómo pillaron a Al Capone? —preguntó.

—¿Quién cojones es Al Capone? —preguntó el chaval del fondo.

—Eddie, Al Capone era un puto jefazo —lo informó D-Train, y añadió, volviéndose hacia Roman—: Ése es Eddie Munsta, un soldado novato.

—Novato, mis huevos. He currado lo mío —protestó Eddie Munsta.

Roman sabía a qué se refería con eso de «currar». ¿Cuántos años tendría Eddie? ¿Quince, como mucho? Un asesino de quince años con unos cuantos cadáveres a la espalda que nunca había oído hablar de uno de los gánsteres más famosos de la historia. Roman no sabía cuál de esos datos dejaba en peor lugar a la sociedad, si los cadáveres o la ignorancia supina del chaval.

—Lo pillaron por los impuestos. Eso lo sabe todo el mundo —dijo Torrent.

—Este mamonazo se está riendo de ti —insinuó Tranquil.

—De eso nada —replicó Roman—. Trato de explicar por qué me empeño tanto en blanquear el dinero. No sé qué estáis haciendo con vuestras ganancias, pero lo que sí sé es que la DEA y el FBI vigilan más de cerca a la gente como nosotros que a los demás, y eso lo consiguen en parte siguiendo el rastro de la pasta. Cuanto más limpio sea tu dinero, más les costará rastrearlo.

Torrent arrojó la pata de cangrejo hueca al cubo que había junto a la bandeja. Cogió una toallita húmeda y se limpió las manos y la boca.

—Ahora en serio: conseguir esas licitaciones es de listos. Blanquear el dinero a través de ellas también es de listos. Está claro que no tienes ni un pelo de tonto —empezó Torrent—. Lo que no entiendo es por qué iba a querer ayudarme un negro tan listo como tú. Le rebané el dedo a tu hermano pequeño, te partí los piños, dejé a tu padre en una cama de hospital, más para allá que para acá. Esos implantes son la hostia, dicho sea de paso. Si no hubiese visto tus dientes tirados en el suelo, nunca diría que son falsos. El caso es que, si algún hijo de puta me hubiese hecho todo eso, encargaría una camiseta con su cara estampada para que su madre pudiera llevarla al velatorio.

Dio un sorbo a su bebida y escrutó a Roman con unos ojos negros como el carbón.

—¿Quieres ver mi cara estampada en una camiseta, Roman? —preguntó Torrent.

Roman no sonrió, no hizo ninguna mueca. Mantuvo el rostro tan impasible como pudo. No se arrugó ni sacó pecho.

«Lo que quiero es ver cómo te mueres chillando de dolor por lo que le has hecho a mi familia, hijo de la gran puta», pensó.

—Vale, las cartas sobre la mesa —repuso Roman—. No me caes bien, y tu hermano tampoco. Pero, como he dicho, mi trabajo consiste en buscar oportunidades de negocio y usar las ganancias para generar más ganancias. Quiero a mi hermano. Quiero a mi padre. Quiero a mi hermana. Lo son todo para mí, todo. —Esa parte era verdad, y la estaba usando como base para la mentira que estaba a punto de soltar—. Pero eso es algo personal —continuó—, y esto son negocios, la clase de negocios que se me dan de puta madre. Lo mejor que puedo hacer para evitar que vuelvas a hacernos daño a mi familia y a mí es conseguir que ganes un pastizal. Si de paso me llevo algo, mejor que mejor.

Torrent cogió otra pata de cangrejo.

—Deja que me lo piense —dijo.

—Este cabrón quiere enredarte con su labia y sus putas patrañas —dijo Tranquil.

—Por eso me lo voy a pensar con calma. ¿Te parece bien? —preguntó Torrent.

Tranquil cogió un mazo metálico con la cabeza del tamaño de una lata de cerveza y lo usó para abrir una pata de cangrejo.

—Es lo único que pido —dijo Roman.

Torrent no contestó, sino que centró su atención en el hombre de las quemaduras.

—Corey, ven aquí —dijo.

El interpelado se acercó a la mesa y se plantó a la derecha de Torrent, entre éste y Tranquil. Roman advirtió el contorno de una pistola bajo su camiseta.

—Estabas en la cocina de la casa, ¿verdad? —preguntó Torrent.

—S-sí —balbuceó Corey.

Torrent cogió los alicates y rompió una enorme pinza de cangrejo.

—Y dices que cuando notaste el olor a gasolina saliste corriendo por la puerta principal y avisaste a todo el mundo para que hiciera lo mismo, ¿verdad?

Roman sintió que se le revolvía el estómago. Corey no podía verle la cara a Torrent, ni la ira en sus ojos.

—Fuiste el primero en salir de la casa, ¿verdad? —preguntó Torrent—. Eso fue lo que dijiste.

—Mmm, sí, eso es —dijo Corey.

—¿Y por qué cojones no te fuiste corriendo a la parte trasera de la casa para ver quién le estaba prendiendo fuego? —preguntó Torrent.

—¿Cómo? Yo... A ver, ¡lo primero era sacar a todo el mundo de allí, Torrent!

Tranquil cogió la mano derecha de Corey mientras D-Train se levantaba y le cogía la izquierda. Torrent le quitó el arma.

—¿Crees que me importa una mierda la gente que había en la casa? Chasqueo los dedos y me salen los soldados de debajo de las piedras. Eddie Munsta habría ido a mirar quién había detrás, ¡y tiene quince putos años! ¡Dejaste que alguien volara una casa de los BBB! Yo te puse esa casa en las manos. Bueno, por eso ya no tendrás que volver a preocuparte —concluyó Torrent.

Tranquil cogió el mazo y aplastó la mano de Corey. El hombre chilló y luego gimoteó mientras Tranquil volvía a alzar el mazo y lo

descargaba de nuevo sobre su mano. Roman oyó un chasquido y un crujido asordinados, como si tuviera agua en los oídos. Casi vomitó al darse cuenta de que eran los huesos metacarpianos de Corey al resquebrajarse.

Tranquil golpeó la mano de Corey una y otra vez, manchando de rojo el extremo del mazo, hasta que por fin Torrent le dio un toque en el brazo a D-Train. Tranquil y él soltaron a Corey, que se desplomó en el suelo hecho un ovillo, sujetándose la mano contra el pecho.

«Corey era el responsable del depósito de droga», pensó Roman mientras intentaba memorizar su nombre y la transgresión que le había valido ese castigo. Torrent siguió comiendo como si no acabara de ver a su hermano destrozando la mano de un hombre hasta convertirla en papilla.

—¿Te apetece una pata de cangrejo? —preguntó, dirigiéndose a Roman.

—¡Mi mano, mi mano! ¡No fue culpa mía! ¡Maldita sea, no fue culpa mía! Me he meado encima... —sollozó Corey, tirado en el suelo.

Roman tragó la saliva que le llenaba la boca.

«Todo esto forma parte de su manera de negociar —pensó—. Se alimenta del miedo, lo usa para manipularte. Es listo, pero yo lo soy más aún. Tengo que serlo. Dios, más me vale serlo.»

—No, pero buen provecho —contestó Roman en tono casual.

—Pues entonces lárgate de una puta vez —zanjó Torrent mientras abría otra pata de cangrejo con los alicates.

22

Dante despachó un tazón de cereales mientras el último telediario de la noche desgranaba su letanía sobre la violencia en las calles. Dante opinaba que la violencia estaba en todas partes. ¿Por qué iban a escapar las calles a su brutal influencia? Flexionó el muñón. Le seguía doliendo, pero se estaba curando. El médico le había dicho que los puntos se absorberían solos, por lo que no tenía que volver al hospital. Cuando le empezaron a sangrar, el médico no pareció darle importancia.

«Es normal. Ponle una gasa», le había dicho la enfermera cuando llamó porque estaba preocupado. Dante tenía el absurdo convencimiento de que los médicos y enfermeras habían hablado de él a su espalda después de coserle el muñón y lo habían tachado de ridículo e irritante, y que ésa era la verdadera razón por la que no querían que volviera al hospital.

Tragó una cucharada de malvaviscos, leche y cereales. Mucha gente le daba esa impresión, la de no querer saber nada de él porque acababa decepcionando a todo el mundo. A veces le daba por pensar que ni siquiera sus hermanos querían tenerlo cerca, pese a que Roman arriesgaba el pellejo para intentar remediar su desaguisado y a Neveah la veía muy capaz de matar a quien se le pusiera por delante con tal de protegerlo.

Engulló otra cucharada.

Los médicos del centro de rehabilitación calificaban esos pensamientos de intrusivos, pero él los consideraba sencillamente pragmáticos. No siempre se ajustaban a la realidad, pero sí lo bastante a menudo para que hubiese empezado a tenerlos en cuenta. Por eso a veces desaparecía del mapa durante un tiempo, pero luego echaba de menos a Neveah y Rome. Añoraba tanto a su hermano mayor que, antes incluso de que pasara lo que pasó con Torrent y Tranquil (su cagada más monumental hasta la fecha), se había planteado coger el coche y plantarse en Atlanta, y lo habría hecho de no ser por sus pensamientos pragmáticos.

Estaba convencido de que Roman y él podrían pasarlo muy bien juntos. Las mujeres encontraban a su hermano atractivo desde la distancia, pero cuando se acercaban y conversaban con él les parecía fascinante. A ello no era ajeno el hecho de que pudiera hablar de cualquier cosa. Fuera cual fuese el tema que saliera a colación, Roman tenía algo que decir al respecto, y Dante sabía que no era un conocimiento impostado. Lo había visto comentar su lista de los diez mejores discos de hip-hop de todos los tiempos y luego darse media vuelta y enumerar distintos tipos de caracoles. Había que andarse con ojo, eso sí, porque si lo dejabas explayarse sin control acababa soltando una perorata interminable y las mujeres que habían venido a tu mesa atraídas por su presencia empezaban a cabecear.

«En el fondo eres un friki, no puedes evitarlo», le decía Dante cuando el entusiasmo de Roman por el proceso de fabricación de los rodamientos de bolas ahuyentaba a otro posible ligue. Roman le respondía con un amistoso puñetazo en el brazo.

Se acabó los cereales.

Le gustaba chincharlo, pero en el fondo estaba orgulloso de su hermano. Siempre se sentía como los tipos de esa película en la que salía un chaval de Boston que era un genio. Roman también era más listo que el hambre.

Cogió el tazón y lo dejó en el fregadero. Neveah estaba arriba, en su habitación. Había pasado por delante de su puerta unas pocas veces y la había visto revisando papeles que iba sacando de una caja de cartón. Ella no le dijo nada al respecto y Dante tampoco preguntó, pero, fuera lo que fuese, leía esos documentos como si estuviera empollando para un examen final.

Roman había salido con Jae. Dante opinaba que era justo el tipo de mujer que le convenía a su hermano, alguien que estuviese a su altura en conocimientos frikis. Después del tiroteo, mientras Rome y él la acompañaban en coche hasta su piso, se habían puesto a hablar los dos sobre asesinatos famosos. Hasta se sabían las fechas.

—Si éstas son vuestras mejores armas de seducción, me sorprende que hayáis echado un polvo en la vida —había comentado Dante, y Roman había alargado el brazo hacia atrás para amagar un manotazo. En ese instante olvidó que estaba en deuda con un par de tarados sedientos de sangre. Durante medio segundo fueron tan sólo dos hermanos que cruzaban la ciudad en compañía de una chica preciosa.

Dante sacó el cuchillo de carnicero del soporte. Su padre se encargaba de que estuvieran siempre afiladísimos. Tal vez no tuviera la relación más sana del mundo con sus hijos, pero Keith Carruthers se aseguraba de que tuvieran cuchillos afilados y platos limpios. Dante se preguntó si su padre dejaría tantos objetos cortantes a su

alcance si conociera sus pensamientos, tanto los pragmáticos como los intrusivos.

Apoyó el dorso de la hoja en la muñeca. No creía que nadie se sorprendiese demasiado si lo hiciera. Lamentarían su pérdida, por supuesto, como lo haría cualquier familia, pero en el fondo ¿no se sentirían también un poco aliviados? Por fin, después de tanto tiempo, ya no tendrían que cargar con ese yugo. Ya no tendrían que vivir pendientes de Dante.

Giró la hoja de manera que el filo se apoyó sobre su piel y presionó lo justo para verlo hundirse en la piel, pero no lo bastante para rasgarla.

Cerró los ojos.

No creía que fuera a ver a su madre si se cortaba las venas con el cuchillo, pero, en el improbable caso de que pasara, ¿qué le diría siquiera después de tanto tiempo?

Oyó la llave en la cerradura de la puerta principal. Roman la abrió con una mano mientras con la otra sostenía una caja de pizza.

Dante dejó caer el cuchillo en el fregadero.

—Traigo pizza —anunció Roman.

—¿De verdad? Y yo que pensaba que eran los códigos nucleares de la *Caja* Blanca —bromeó Dante, pronunciando la palabra «caja» con mucho retintín.

Roman puso los ojos en blanco con gesto teatral.

—La mitad es de pepperoni y la otra mitad de todo lo demás. Jae me recomendó un sitio —dijo mientras dejaba la caja sobre la mesa de la cocina.

—Sólo puede ser Arturo's o Dolson's Pizza. Y no creo que te haya recomendado Arturo's. Nadie va allí salvo que Dolson's esté cerrada

por el viaje anual de la familia a Las Vegas —dijo Dante mientras abría la caja y cogía una porción—. Eres la única persona que no me llama raro por ponerle de todo a la pizza, incluida piña.

—Raro es, pero me he acostumbrado —repuso Roman, dando un mordisco a una porción de pepperoni.

—Gracias —dijo Dante.

Miró a Roman. Hay mil razones para quitarse la vida, pensó, pero a veces una tontería basta para que quieras seguir viviendo. Como que tu hermano se acuerde de qué ingredientes te gustan en la pizza.

Roman se dio cuenta de que su móvil estaba sonando.

Se incorporó parpadeando repetidamente hasta que se rindió y se frotó los ojos. Metió la mano en el bolsillo y sacó el móvil. Se fijó en la hora antes de comprender quién lo estaba llamando.

Las dos de la mañana.

Se había ido pronto del piso de Jae porque al día siguiente ella trabajaba y tenía que madrugar. Habían quedado en un bar al que iba a veces al salir del ayuntamiento. Puesto que Roman no podía quedarse a dormir, aprovecharon la ocasión para someter a prueba la teoría de que la carga eléctrica e intensidad de su primer encuentro había sido flor de un día.

Roman se sorprendió gratamente al comprobar que no era así.

Aún tenía unos trocitos de cera de vela pegados al pecho, pese a que Jae y él se habían duchado juntos, o precisamente por eso se había dejado algunas partes sin frotar. Le daba igual. Le gustaba esa creciente intimidad entre ambos. También le gustaba sentirse un

hombre completo sin tener que ocultar ciertas facetas de su personalidad a alguien que no formaba parte del «mundillo».

Le hubiese encantado hablar con ella a cualquier hora del día o la noche, pero no era Jae quien estaba al teléfono. Vio las iniciales YB en la pantalla y le llevó medio segundo comprender que era Yellaboy quien lo llamaba.

—Hola —dijo Roman.

—Falmouth Road 2234. Está en el condado de Warren —dijo la voz al otro lado de la línea.

Roman tenía una memoria excelente, casi fotográfica. Quien lo llamaba era Tranquil.

—¿Eso es la granja? —preguntó.

—No me hagas ir a por ti —replicó Tranquil.

Y colgó.

Roman se levantó y fue hasta el sofá. Zarandeó a Dante con la fuerza justa para que se sacudiera la modorra.

—¿Qué pasa? —preguntó su hermano.

—Escúchame: tengo que irme. He quedado con Torrent y Tranquil en la granja. Si no vuelvo, ponte en contacto con Khalil y dile que siga adelante con el plan A. Él sabe dónde está la caja fuerte de mi piso. Dile que es toda suya. Él os ayudará a Neveah y a ti a salir de la ciudad —dijo Roman mientras sacaba el móvil desechable y se lo mostraba a Dante.

Su hermano se incorporó.

—¿De qué coño estás hablando? No puedes ir a la granja. Maldita sea, Rome, ya sabía yo que esto sólo podía acabar mal. ¿Tienes una pistola? Joder, tío, no puedes ir a esa granja. Cuando la gente vuelve de allí parece que la haya atacado un hombre lobo. Ni se te ocurra ir,

Rome —dijo Dante—. ¿Sabes qué? A la mierda, te acompaño —añadió.

Roman apoyó ambas manos sobre sus delgados hombros.

—No puedes venir. Si pasa algo, os tocará a Khalil y a ti acabar con esto. Mírame: si de veras quisieran matarme, no se fiarían de que fuera a la granja por mi propio pie. Seguramente será una chorrada, pero más vale andarse con pies de plomo por si las cosas se tuercen.

Roman enmudeció bruscamente; Neveah se había plantado en el rellano.

—¿Qué demonios está pasando? —preguntó a sus hermanos—. Ya basta de mentiras, chicos.

Llevaba camiseta, pantalón de chándal y el pelo envuelto en un pañuelo, y al verla Roman se quedó sin aliento. Se parecía tanto a su madre que era como si Bonita les estuviera regañando por alguna tontería.

—Tengo que ir a arreglar algo, una metedura de pata de Dante. Vuelvo enseguida, sólo voy al cajero —dijo Roman. En parte verdad, en parte mentira.

—Te acompañamos —replicó Neveah.

—No, de eso nada. No hace falta que nadie vea a la gerente de Servicios Crematorios Carruthers pagando a un narcotraficante a las dos de la mañana —dijo Roman.

—Te he oído decir algo de que quizá no vuelvas. No me jodas, Rome. Si tan mal está la cosa, llama a la poli. ¿Y si son los mismos que rajaron los neumáticos de las furgonetas, o los que sacaron a papá de la carretera? No podemos... no podemos perderte a ti también —dijo Neveah.

—No es nada tan grave, hermanita. Te lo prometo. Volveré dentro de una hora, más o menos. En serio.

—Si a las tres y media no has vuelto, llamo a la policía y digo que llevas veinticuatro horas desaparecido —dijo Neveah. Luego negó con la cabeza y se volvió arriba.

Roman cogió las llaves del Challenger.

—Recuerda lo que te he dicho —le dijo a su hermano en voz baja.

—No hagas esto, Rome.

Roman le pasó un brazo alrededor del cuello.

—Todo saldrá bien. No van a cargarse a la gallina de los huevos de oro.

—¿Y si no creen que seas una gallina de los huevos de oro? ¿Y si creen que eres un puñetero pavo real? —repuso Dante.

—Sea como sea, desplegaré las alas y me iré volando —dijo Roman.

Dante le devolvió el abrazo.

—Ni se te ocurra soltarles una ocurrencia como ésa —farfulló con la cara enterrada en el cuello de su hermano.

Era noche cerrada cuando Roman cruzó el puente del condado de Warren y dejó atrás Jefferson Run al volante del Challenger. Los asientos del coche podían ajustarse para acomodar mejor la región lumbar, y también podían calentarse o enfriarse a placer con tan sólo tocar la pantalla del tablero de mandos, pero nada de lo que Roman hiciera serviría para que la pistola que le presionaba la espalda dejara de incomodarlo.

Había aceptado la sugerencia de Dante, aunque sólo fuera porque le daba la oportunidad de defenderse. En las últimas dos reuniones privadas que había tenido con Torrent no lo habían cacheado. Era evidente que no lo consideraban una amenaza, lo que le venía de perlas. Mejor que siguieran viéndolo como un pelele que se plegaría a todos sus caprichos. Muchos de sus compañeros de facultad habían leído *El arte de la guerra* de Sun Tzu, convencidos de que sus enseñanzas les concedían cierta ventaja a la hora de negociar. En opinión de Roman, se trataba sobre todo de aplicar el sentido común. ¿Aparentar debilidad cuando eres fuerte? Cualquiera que hubiese participado alguna vez en una pelea callejera te diría que así es como se gana. ¿Conoce a tu enemigo y te conocerás a ti mismo? Otra perla de sabiduría que debería resultar evidente. Roman prefería otro libro de estrategia militar de un antiguo guerrero asiático, *El libro de los cinco anillos*, de Miyamoto Musashi, que le había regalado su compañero de habitación de segundo curso. Había empezado a leerlo una noche en la que no lograba concentrarse en un trabajo y en dos horas lo había devorado. Apenas si superaba las ciento cincuenta páginas, pero contenía una sabiduría de la que seguía echando mano muchos años después.

—«De una sola cosa aprende diez mil cosas más» —dijo en voz alta Roman mientras el GPS le indicaba que girase para enfilar un camino de tierra con un destartalado letrero que ponía CARRETERA DE FALMOUTH. En su caso, el dinero era esa sola cosa que le permitía aprender muchas cosas de los hombres como Torrent.

Había visto como los engranajes de la mente de Torrent se ponían en marcha cada vez que él hablaba de ganar millones. Fuera cual

fuese la finalidad de esa reunión, no era meterle una bala entre ceja y ceja.

Eso lo sabía. Lo sabía porque esa única cosa que él conocía como la palma de su mano le decía que era absurdo que acabara desangrándose en el suelo cuando esos hombres creían que podían ganar mucho más dinero gracias a él.

Sólo le faltaba convencer de ello a sus brazos y piernas para que dejaran de temblar.

Cuando Roman llegó al final del camino de tierra, vio una enorme casa de tres plantas iluminada desde atrás por una luna en cuarto creciente que parecía brotar de la oscuridad como un dios inquietante. A la derecha del edificio principal se alzaba otra casa de planta alargada y pintada de rojo, aunque parecía rosada y pálida a la luz de la luna. Hacia el este se extendía un campo de berzas, o eso supuso Roman a juzgar por las anchas hojas que sobresalían de la tierra, pero no estaba seguro. Su abuelo había cultivado un huerto, pero de eso hacía mucho tiempo.

Después de que su madre desapareciera, el abuelo materno había dejado que el huerto se echara a perder. Jamás hablaba de lo mucho que añoraba a su hija, la madre de Roman, pero su pena saltaba a la vista.

Había tres vehículos aparcados junto a la casa. Dos coches de lujo antiguos con pintura metalizada, un Cadillac y un Mercury Grand Marquis con la carrocería tuneada y llantas tan anchas que, puestas en horizontal, servirían para dar de comer a una familia de seis. El tercer coche era un BMW negro. Roman apagó los faros y el motor. La

explanada se vio engullida por una oscuridad tan densa que era como si hubiese cerrado los ojos. El resplandor lunar parecía impotente ante la negrura de la noche en el campo.

Alguien llamó golpeando con los nudillos la puerta del copiloto. Roman dio un respingo, pero se tomó como una victoria el hecho de no haber gritado. Bajó la ventanilla y allí estaba D-Train, mirándolo con expresión maliciosa.

—Vamos —se limitó a decirle.

Otro miembro de los BBB que le daba órdenes como si fuera su criado. Roman apretó los dientes y se apeó del coche.

Mientras seguía a D-Train hacia la construcción alargada, oyó ladrar y aullar a los perros. Montones de perros. A juzgar por la sonoridad y el tono grave de los ladridos, debían de ser perros grandes. La imagen del cadáver que Weldon había descrito se coló en su mente sin que pudiera evitarlo.

Cuando llegaron a la casa alargada, D-Train entró por una puerta situada a la izquierda de la principal. Siguiendo sus pasos, Roman accedió a una perrera con el suelo cubierto de serrín y ocho grandes jaulas a cada lado. Los pitbulls de complexión robusta que había en cada cubículo ladraban y aullaban entre jadeos.

D-Train lo guió hacia la parte posterior del edificio. Roman pensó que los pitbulls tenían mala fama. Desde que era un niño los había visto estigmatizados en la cadena de noticias local. Eran animales fuertes, sí, pero no se distinguían demasiado de otras razas de porte similar. Roman sabía que los perros no eran violentos ni agresivos por naturaleza, sino que se comportaban según cómo los trataran. Si su amo era Torrent, Roman no quería ni pensar qué habrían aprendido de él y su hermano.

Llegaron a una zona descubierta en la parte trasera del edificio. Torrent estaba allí en cuclillas, acariciando a un pitbull gris con el vientre blanco y un enorme cabezón. Rascaba al animal detrás de las orejas y le frotaba el lomo mientras le hablaba en un tono apaciguador que, viniendo de él, sonaba como una lengua extranjera a oídos de Roman. Tranquil estaba apoyado contra la pared del edificio, bebiendo de una botella de cerveza marrón oscuro. A sus pies descansaban dos de los perros más grandes que Roman había visto en su vida. No alcanzaba a verles el hocico, pero sí el corpachón de pelaje marrón grisáceo —como de oso— desparramado en el suelo, que azotaban con la pesada cola levantando nubes de polvo y serrín.

—Buen chico. Deja ya de lamerme, tontorrón. Más vale que te busques un curro, que comes demasiado —dijo Torrent mientras el perro apoyaba las dos patas delanteras sobre su pecho y le daba un lametazo en la mejilla.

Torrent le plantó un beso en la cabeza y se puso en pie. Eddie Munsta sujetaba la correa del animal.

—Llévalo a su jaula y asegúrate de que tenga suficiente agua. Pasa mucha sed, ¿verdad que sí, *Zulu*? —dijo Torrent mientras acariciaba la cabeza del perro una vez más.

Roman observaba la interacción entre ambos como quien observa a un lobo que se ha aficionado al ganchillo. No le cabía en la cabeza que el psicópata que los había agredido de forma brutal y ese hombre que derrochaba cariño con un perro precioso fueran la misma persona.

—Son mis niños —dijo Torrent.

—Son increíbles —repuso Roman.

—La gente cree que los criamos para pelear, pero yo nunca haría algo así. Me gustan los perros. Son fieles. Sólo les importa que seas su amigo. Y, si te quieren, pobre del gilipollas que se meta contigo, por muy duro que se crea. Hasta un chihuahua luchará hasta la muerte por su amo. Si te quedas tieso, un gato te comerá, pero un perro se quedará montando guardia a tu lado casi hasta morir de hambre. En esta vida sobran los gatos y escasean los amigos fieles —sentenció Torrent.

Al oír estas palabras, D-Train se fue hacia un objeto tapado con una lona azul, que arrancó de un tirón y dejó que flotara hasta caer al suelo.

Yellaboy estaba sentado en una vieja silla de madera con reposabrazos y un respaldo alto que acababa en punta, como la aguja de una iglesia. La cabeza le colgaba hacia la derecha, mientras que el cuerpo se le había vencido hacia la izquierda. Un charco de sangre como una mancha de aceite rojo se extendía en el suelo delante de la silla, formando un semicírculo. Las bridas de plástico que le ceñían las muñecas eran lo único que impedía que se desplomara.

Los perros de pelo marrón grisáceo se levantaron del suelo y dieron media vuelta, de modo que Roman los vio de frente. Tenían el hocico manchado de rojo escarlata. Uno de ellos rodó sobre la espalda y tocó con la pata al otro. Jugaban entre sí como si fueran cachorros.

Los perros habían arrancado a dentelladas la mayor parte de la carne que tenía Yellaboy de rodillas para abajo. Sólo quedaban trozos de tejido desgarrados bajo los jirones de sus vaqueros azules, teñidos de negro por la sangre. Roman vio marcas de dientes en los

peronés y las tibias. Intentó apartar la mirada, pero sus ojos volvían al cadáver como moscas a la mierda.

—Llamó a su madre a gritos. Siempre se acuerdan de su madre —dijo Tranquil mientras le acariciaba el cuello a uno de los perrazos.

Torrent se plantó junto a Roman.

—Lo ha confesado todo —dijo.

Roman se puso rígido como una tabla. No replicó a la afirmación de Torrent. En su oficio había aprendido por las malas que nunca hay que contestar una pregunta que nadie ha formulado. Se pasó la lengua por los labios y deseó haberse metido la pistola por delante del pantalón y no por detrás, debajo de la camiseta y la chaqueta de piel. Decidió que, en vez de contestar a la pregunta, debía plantear otra.

—¿Qué ha confesado?

Torrent se acercó más al cadáver y se plantó delante de Roman. Éste oyó sus Jordans raspando el serrín del suelo, o por lo menos creyó oírlo. El miedo había agudizado sus sentidos hasta niveles sobrenaturales. Distinguió la colonia de D-Train, el olor húmedo y metálico de la sangre en el suelo, el tufo acre y lobuno de los perros. Lo notó en la boca, mezclado con el regusto a serrín.

—Se había hecho amiguito de unos hijos de puta de los Ghost Town Crew. Cuando intentaron acabar conmigo el sábado por la noche, él era el único de los nuestros que estaba en paradero desconocido. Dijo que le habían ofrecido cincuenta mil pavos por soplarles quién es nuestro contacto —reveló Torrent.

«Así que por eso no estabas allí esa noche», pensó Roman.

Torrent se acercó más al cadáver, tensando y relajando los hombros. Bajó la cabeza y se llevó las manos a la espalda.

Si no temiese por su vida, a Roman tal vez se le hubiese escapado una media sonrisa ante el narcisismo del narcotraficante. Había casi un centenar de personas en la acera la otra noche, cuando Khalil había decorado la puerta principal del Kingdom, y Torrent era sin duda el principal objetivo, pero no el único que podía estar en peligro, aunque en su cabeza habían ido a por él y nadie más.

—Conocía a Yellaboy desde que tenía diecisiete años. Mataron a sus padres en un puesto de cobro de cheques. Más o menos por entonces tuvo un hijo, un mocoso enclenque que siempre estaba enfermo. Total, que lo adoptamos como uno de los nuestros y el tío va y se pone a chuparles la polla a los Ghost Town Crew. Dijo que necesitaba la pasta, como si no le pagáramos. —Torrent enderezó la espalda—. Hay que ser gilipollas.

Se volvió hacia Roman.

—Vamos a por la empresa constructora y el equipo de derribos y demoliciones. No necesitamos los suministros de obra si cobramos al ayuntamiento a través de la constructora. Tú serás la cara visible del negocio. Quiero estar al tanto de los libros oficiales y los reales. Puedes cobrar tu comisión habitual.

Torrent acortó la distancia entre ambos con tres largas zancadas.

—Ese negro era como de la familia para mí y se lo he echado a *Hoss* y *Rosie* como si fueran sus galletas preferidas. Como me la juegues, te sentaré en esa silla. Como lo intentes siquiera, lo sabré. Siempre acabo sabiéndolo. Antes de que te des cuenta, estarás sentado en esa silla preguntándote dónde han ido a parar tus huevos. Y te desangrarás aquí mismo, como ha hecho Yella.

Torrent chasqueó los dedos. Los dos grandes perros acudieron a su lado. Les acarició la cabeza mientras se sentaban sobre los

cuartos traseros y taladraban a Roman con sus ojos amarillos hasta que se convenció de que veían a través de su pecho.

—Pero antes tendrás que ver cómo cojo a tus hermanos y se los doy de comer a mis bebés —dijo Torrent—. D-Train y Eddie te ayudarán a meter a Yella en el maletero.

Más tarde, mientras cruzaba el puente en sentido contrario y se dirigía al crematorio, Roman pensó en una de las frases de *El arte de la guerra* que sí podía aplicarse a su caso: «La oportunidad de derrotar al enemigo te la brindará él mismo.»

—Acabas de darme la pala que usaré para enterrarte —dijo Roman en voz alta.

Tendió la vista a través del cristal hacia una noche que se extendía ante sí como un mural en el que las luces de la ciudad eran los ojos perpetuamente abiertos de mil dioses moribundos. Imaginó que la propia Jefferson Run era uno de esos dioses. Una deidad en horas bajas que se alimentaba de sangre, lágrimas y sufrimiento. Podía restañar las heridas de la ciudad, aunque fuera momentáneamente, eliminando a Torrent y Tranquil de la ecuación.

«Un rey sin reina ni peones no es más que un trozo de madera sobre un tablero», pensó Roman.

Eso se lo había enseñado su padre.

23

Mike Handler sabía que era un buen hombre.

Iba a misa todos los domingos, a la iglesia episcopaliana de St. Anthony. Entrenaba al equipo de béisbol infantil de su hijo y era seguidor del equipo universitario de voleibol de su hija, que estudiaba en Prosser State. Su mujer y él hacían donaciones a la Asociación para el Avance de las Personas de Color y a la Sociedad Literaria de Jefferson Run. Era el propietario de Construcciones Guardian, una de las pocas grandes empresas que seguían generando empleos en la ciudad. Tenía a su cargo más de cien asalariados que dependían de él para asegurarse el sustento. La mayor parte de la gente no alcanzaba a imaginar el estrés que soportaba a diario.

Visto con perspectiva, acudir a la última planta del Kingdom de vez en cuando era una transgresión menor. No era un burdel. Nadie podía acusarlo de frecuentar un prostíbulo.

Era un buen hombre.

El Kingdom era un club privado con habitaciones de uso exclusivo en las que había mujeres que, a cambio de cierta cantidad de dinero, te dejaban hacer todas las cosas que no te atrevías a pedirle a tu mujer. O quizá se lo habías pedido, pero ella había reaccionado

con profunda repulsa. Sin embargo, no era un burdel, eso lo dejaban muy claro cuando te hacías socio.

Porque un buen hombre no frecuentaría un burdel.

Mike estaba tumbado boca arriba, bañado en un resplandor poscoital. Su piel reflejaba la luz fucsia que provenía de dos lámparas de tubos de leds con forma de corazón situadas en la pared, a ambos lados de la cama extragrande. Las lámparas dibujaban el contorno de un corazón que se derretía. Bajo ese fulgor, Bethany —creía recordar que así se llamaba— parecía tallada en obsidiana. Mike pensó que podría haber sido una estrella del celuloide.

Miró su reloj inteligente. Lisa le había enviado un mensaje diciendo que tuviera cuidado y no bebiese más de la cuenta. Lo hacía en Richmond, saliendo de copas un viernes por la noche con algunos de los cuadros superiores de la empresa. Mike le contestó asegurándole que se estaba moderando con la bebida, que sólo había tomado dos gin-tonics y no tardaría en volver a casa. A lo sumo, tres cuartos de hora. Eso le daba pie a usar el tráfico en la capital como excusa plausible.

Su mujer no necesitaba saber la verdad. ¿De qué serviría, salvo para hacerle daño? Y un buen hombre no hacía daño a sus seres queridos.

Al oír que la puerta de la habitación se abría con un chirrido, se apoyó sobre un costado y trató de adoptar una postura sexy, pero se sintió tan ridículo que volvió a tumbarse boca arriba. Le pagaba bastante a esa mujer para que fingiera que lo encontraba sexy. No había ido hasta allí para esforzarse.

Esperaba que Bethany entrara por la puerta al volver del lavabo que había al fondo del pasillo, pero en su lugar irrumpieron en la habitación tres hombres, el último de los cuales cerró la puerta con llave.

Mike se incorporó en la cama e hizo amago de levantarse, pero el último de los intrusos alzó la mano y le indicó por señas que se sentara. Ese hombre y el segundo vestían vaqueros y sudadera. El primero lucía una ligera chaqueta de piel y un jersey negro de cuello alto. Era la última semana de septiembre, pero hacía una temperatura inusualmente fresca en Virginia. Eso facilitaría algunos de los grandes encargos que su compañía tenía pendientes, pero causaría estragos en otros proyectos si ese invierno precoz persistía.

—Mmm, ¿qué pasa, chicos? —dijo Mike.

—Señor Handler, ¿puedo llamarte Mike? —preguntó el primer hombre.

—Supongo —contestó el interpelado.

—Verás, Mike, me llamo Roman y tenemos un problema que hay que resolver.

Mike se recostó contra la pared. Aquello tenía pinta de chantaje. Chasqueó la lengua. Era el riesgo que corría yendo a un lugar como el Kingdom siendo el dueño de un negocio rentable. Supuso que, salvo que le exigieran una suma descabellada, pagaría sin rechistar y seguiría adelante con su vida. Les daría lo que pidieran, dentro de unos límites, y saldría pitando de esa habitación. Mientras no le enseñaran fotos ni vídeos, todo se habría terminado en cuanto se marchara. Era algo razonable. Lo aceptaba como el precio de sus pequeños devaneos.

—Vale. ¿Cuánto me va a costar que esto no salga a la luz?

Roman metió la mano por dentro de la chaqueta y sacó un sobre.

—No, Mike, no nos interesan tus pecadillos. Lo que queremos es tu firma. Verás, esto de aquí es un contrato por el que accedes a ceder el cincuenta y uno por ciento de Construcciones Guardian a Inversiones JCR. En cuanto lo firmes seremos socios, y el negocio está a punto de subir como la espuma. Sabes que el ayuntamiento planea conceder licitaciones públicas para el proyecto de reurbanización del Arrabal. Tú tienes tu propio equipo de derribos y demoliciones, y resulta que muchas de las propiedades que hay que demoler ya se han vendido o se venderán previa expropiación, así que los derribos no tardarán en empezar. Construcciones Guardian va a conseguir esa licitación y tú tendrás un nuevo socio —anunció Roman.

Mike se echó a reír. La carcajada fue tal que la sábana con la que se había tapado el pecho resbaló hasta su vientre. Cuando se le pasó la risa, se frotó los ojos con el dorso de la mano.

—Chicos, estoy dispuesto a firmar un cheque para que mi visita a este lugar no se haga pública, pero no voy a vender más de la mitad de mi propia empresa. Tengo personal y empleados en los que pensar. Aplaudo vuestra audacia, pero seamos serios. ¿Cuánto va a costarme salir de esta habitación?

Una expresión compungida se adueñó del rostro de Roman. Cogió una silla metálica plegable del rincón, la deslizó hasta el borde de la cama y se sentó en ella. Inclinó el torso hacia delante y señaló al empresario.

—Mike, creo que no entiendes la situación. Esto va a pasar, quieras o no. La única pregunta es: ¿tiene que resultar doloroso?

Porque estos hombres que están a mi espalda —señaló a los gemelos Bang Bang— harán que te duela.

Lucius metió la mano en el bolsillo y sacó una mordaza de presión cuyas fauces abrió y cerró con un soniquete metálico que hizo que Roman se estremeciera.

Mike lo miró con gesto ceñudo.

—¿Crees que puedes presentarte aquí y doblegar mi voluntad como si fuera un negro de Alabama con la cabeza llena de pájaros que acaba de bajarse de un autobús? Chicos, mi padre fundó esta empresa sin más avales que dos carretillas y un sueño. Voy a cenar con el alcalde y la Cámara de Comercio una vez al mes, hago donaciones al departamento de policía de Jefferson Run. Así que, si queréis que pague un peaje por haberme acostado con esa puta, os firmaré un cheque ahora mismo. Pero no os haréis con mi empresa, y no podéis matarme porque necesitáis mi firma en esa farsa de contrato. Y, como me toquéis con ese cacharro, haré que el alcalde y la policía os entierren hasta el cuello en querellas y denuncias —dijo Mike.

Roman se recostó en la silla.

—Mike, ¿a quién le has dicho que ibas a venir aquí? ¿Quién sabe dónde estás? Y, en lo que respecta al alcalde, tengo una reunión con él este lunes, si quieres le doy recuerdos de tu parte. —Roman se levantó—. No le hagáis nada donde se vea, y recordad que necesita las manos para firmar.

Se hizo a un lado y se dirigió al fondo de la estancia. Los gemelos Bang Bang se acercaron a Mike.

Handler era un hombre corpulento que había pasado la mayor parte de sus veranos de juventud acarreando ladrillos y mortero y

removiendo el hormigón a las órdenes de su padre. Hubo un tiempo en el que levantaba doscientos kilos en press de banca, trescientos en sentadilla, y cargaba dos sacos de cemento a los hombros. Pero ahora tenía cincuenta y cinco años y esos días de verano habían quedado cuarenta años y muchos chuletones de ternera atrás. Lucius y Lavon lo cogieron entre los dos y lo obligaron a tumbarse en la cama. Él se resistió, pero un fuerte puñetazo en sus genitales desprotegidos lo dejó sin aire en los pulmones.

Lucius cogió la mordaza de presión y, sin miramientos de ningún tipo, atrapó un pliegue de carne justo a la derecha del ombligo de Mike. Luego apretó los dos brazos de la mordaza hasta bloquearla. Un gemido gutural brotó de la garganta del hombre. La sangre, delgada y acuosa como el deshielo primaveral, empezó a gotear por la mandíbula de la mordaza mientras Mike se debatía y retorcía violentamente, pero Lucius y Lavon pesaban cien kilos cada uno y lo inmovilizaron como si fuera una mariposa clavada a un tablero.

Roman hizo una mueca. El rostro de Mike reflejaba un dolor bíblico. Sus ojos desorbitados y la boca deformada evocaban las escenas del tormento de Cristo esculpidas en los crucifijos de madera de más de un metro de largo que adornaban las iglesias baptistas de todo el sur.

—Firma el contrato, Mike. Por favor. No nos obligues a hacer esto. Fírmalo, Mike —lo instó Roman.

Mike siguió gimiendo.

Lucius miró a Roman.

Éste asintió.

Lucius giró media vuelta el tornillo de presión.

Mike era un poco más claro de piel que Roman. El pliegue de piel atrapado en la mandíbula de la mordaza tenía un tono rojizo que estaba virando rápidamente al morado. Hilos de sangre roja le corrían por el estómago y manchaban la sábana. Cuando Lucius le dio esa pequeña vuelta de tuerca, la voz de Mike pasó de un gemido a un alarido estridente.

—Mike, acabemos con esto, ¿vale? Por favor, Mike —insistió Roman.

Lucius desbloqueó la mordaza de presión y la trasladó a un punto cercano a la axila de Mike. Con una displicencia rayana en el tedio, atrapó un pliegue de carne y bloqueó la mordaza.

Luego giró el tornillo de presión.

Mike chilló.

—La próxima será más abajo —le advirtió Roman.

—¡Firmaré! —gritó Mike mientras la sangre empezaba a manar.

Roman llamó a la puerta del piso de Jae, que contestó al cuarto intento. Salió a abrir con una camiseta holgada y un pantalón de pijama de estampado floral rojo y amarillo. Eran las doce y media de la noche del viernes, o las primeras horas de la madrugada del sábado, según se mirase. Dentro del piso la iluminación era tenue y provenía casi toda de la tele.

Roman entró y cerró la puerta a su espalda.

—¿Estabas dormida? —preguntó, aunque le había enviado un mensaje antes de presentarse allí, después de dejar los papeles firmados por Mike en la caja fuerte de Trout's.

—Qué va, lo que pasa es que me estaba haciendo la interesante —dijo Jae—. Nunca hay que dar a entender lo desesperada que estás por echar un polvo.

Roman se rió y la atrajo por el dobladillo de la camiseta. Se besaron con languidez, despegando los labios despacio antes de volver a presionarlos levemente. La boca de ella sabía a cerezas y a algo dulzón. Cuando se separaron, Roman se fijó en un vaso con un líquido rojo que descansaba sobre la mesa de centro. Supuso que era Kool-Aid.

—No vengo a echar un polvo, sino a pasar un rato contigo —dijo Roman.

—Estando yo desnuda, ¿no? —repuso Jae, dejándose caer en el sofá.

—Eso luego. Ahora mismo quiero tumbarme a tu lado en ese sofá y que me cuentes cómo te ha ido el día —dijo Roman.

—¿Que quieres saber cómo ha sido mi día? ¿Antes de follar? Guau, eres el hermano de otro planeta.

—Una peli estupenda. Dirigida por John Sayles, si no me equivoco —dijo Roman mientras separaba las piernas de Jae, se tumbaba boca arriba en el hueco resultante y apoyaba la cabeza justo por debajo de sus pechos.

—Mira que eres tonto. ¿Estás bien? Ya sé que soy irresistible, pero es viernes por la noche. ¿No has salido con tus colegas a pegar la hebra en Candy's, a hacer cosas de tíos? —preguntó Jae mientras le acariciaba la cabeza.

—Qué va. Mis únicos colegas son Dante y mi amigo Khalil —dijo.

No creía que mencionar a Khalil en su presencia fuera a suponer un problema. Si alguna vez se conocían, sería cuando todo se

hubiese terminado. Le cogió la mano y la desplazó de su cabeza al pecho.

Cuando todo se hubiese terminado.

¿Y eso cuándo sería?

¿Cuando los hermanos de Jae estuvieran criando malvas? ¿Entre rejas? ¿Cuando su propio hermano pudiera ir por la calle sin temor a que alguien lo cogiera por banda y se lo llevara a una granja donde lo esperaba una manada de perros lobo? ¿En qué mundo podrían Jae y él ser algo más de lo que eran ahora mismo, si Roman estaba obligado a arrebatarle a sus hermanos?

Su padre solía decir que, según la Biblia, Dios destruyó la Tierra con agua, pero que la próxima vez lo hará con fuego. Un domingo, siendo Roman un niño, antes de que su madre desapareciera, el reverendo Oakley Devlin había leído un sermón sobre el juicio final basado en el Apocalipsis de san Juan. Mientras volvían a casa en la pequeña furgoneta que usaba para trabajar, su padre había opinado con su voz grave y melodiosa sobre los negros vaticinios que se habían proferido esa mañana desde el púlpito.

—Los científicos dicen que, dentro de millones de años, la tierra será engullida por el sol. Pero, si los políticos no se andan con cuidado, van a hacer que volemos por los aires mucho antes; las armas nucleares desaparecen que es un contento. De un modo u otro, acabaremos todos convertidos en cenizas —había concluido Keith Carruthers.

Dante había roto a llorar desconsoladamente ante la idea de que el sol se tragara la tierra. Su padre tuvo que llevarlos a la heladería Tastee-Freez de Sycamore para que se le pasara el disgusto. A Roman le había desconcentrado la improvisada lección de

astronomía paterna, pero cuando Dante empezó a llorar reprimió su propia angustia para no dar más motivos de preocupación a sus padres.

Besó la mano de Jae.

La sangre que corría por el vientre de Mike Handler era la más roja que había visto nunca. Después de firmar el contrato, el hombre había roto a llorar, como Dante tantos años atrás. Lo habían dejado allí, desnudo, magullado y sangrando, llevándose la mitad de la empresa que su padre había levantado de la nada. Tal como Keith Carruthers había hecho en su día.

Roman cerró los ojos.

Esa noche había visto cómo torturaban a un hombre para que renunciara a su medio de vida sin mover un dedo. El siguiente paso seguramente sería reunirse con el alcalde para ofrecerle un soborno. Había matado a un hombre y su hermano a otro. Había orquestado un falso tiroteo por culpa del cual otro hombre estaba ingresado en el hospital. Roman sabía que estaba haciendo todo eso guiado por un buen motivo. Salvar a su familia era el fin y los medios estaban justificados. Sin embargo, cuando todo hubiese pasado, ¿podría quedar algo más que cenizas?

—Vámonos al dormitorio —sugirió Jae.

—Tengo que contarte algo —dijo Roman.

—¿Tu mujer necesita que vayas a sacar la basura?

Roman casi sintió el calor de su sonrisa. Se incorporó y pasó la pierna de Jae por encima de su cabeza para poder mirarla a la cara.

—La semana que viene me verás en la oficina del alcalde. ¿Recuerdas que te dije que vine a Jefferson Run para echarle una mano a mi hermana y que en realidad me gano la vida como asesor

financiero? Pues tengo una reunión con el alcalde para hablar de la posible expansión del negocio familiar. Quiero preguntarle si puede convencer a la comisión de planeamiento urbanístico para que nos conceda una excepción. Es algo que ya estaba en marcha antes de conocerte, pero te lo digo porque no quiero que te sientas incómoda ni que esto te pille por sorpresa —mintió Roman.

Jae se encogió de hombros.

—Vale, pero ¿puedo preguntarte algo? Ahora en serio.

—Claro, lo que quieras —repuso Roman.

—¿De qué conoces a mis hermanos? Quiero decir, no tenemos una relación tan estrecha como parece, pero sé a qué se dedican, o creo saberlo. No quiero verme involucrada en nada de eso. La otra noche no hizo más que confirmármelo, por si me quedaba alguna duda. Somos hermanos por parte de padre y le agradezco a Terrance que me ayudara a conseguir este trabajo, pero no quiero llevar esa vida y, si tú sí, dudo que lo nuestro vaya a llegar lejos.

Roman le acarició la mejilla. Le suplicaba con la mirada que no se apuntara al estilo de vida de sus hermanos. Otra mentira se abrió paso hasta sus labios.

—Me sondearon a propósito de mi empresa de gestión patrimonial. A ver, yo también me huelo a qué se dedican, y tengo la impresión de que quizá estén intentado legalizar el negocio. No lo dijeron, pero ésa fue la sensación que me dio.

—No creo que eso sea posible en su caso. Nuestro padre los metió en esta vida cuando eran poco más que niños. Terrance pasó un par de años en un centro de menores por darle una paliza a un chaval sólo porque le gustaba la misma chica que a él. Tracy también ha estado entre rejas varias veces. Hubo una temporada en la que

nuestro padre y él coincidieron en la misma cárcel. No sé si podrían dejar atrás esta vida, aunque quisieran —concluyó Jae.

—En Atlanta he ayudado a más de una persona a pasar de la calle a una sala de juntas. No es fácil, pero tampoco imposible —dijo Roman. Esa parte era cierta.

—¿Lo dices en serio? —inquirió Jae.

Roman la besó.

—Sin ánimo de faltarles al respeto a tus hermanos, el año pasado gané ochocientos millones de dólares. Legalmente, por más señas. No necesito camelármelos para llevarlos al huerto. Pero a ti sí me gustaría llevarte al huerto —dijo Roman.

Jae le devolvió el beso.

Luego le mordió el labio. Con fuerza. Roman notó un sutil regusto a sangre. La cogió por la cintura y la levantó del sofá. Ella no le soltó el labio hasta que se dejaron caer los dos sobre la cama. A lo lejos, él oyó un tren abriéndose paso en la oscuridad como una cimitarra.

24

El ayuntamiento de Jefferson Run era un castillo en ruinas. Lo había mandado construir como residencia principal la familia Brighton, heredera de un imperio fundado sobre los botes de conservas. Cuando cerraron la fábrica, la familia al completo se mudó a Nueva York para vivir de las rentas mientras la ciudad se ahogaba, víctima de una repentina pobreza.

El ascensor dejó a Roman en la cuarta planta y, nada más salir, se encontró delante de una oficina con varios cubículos visibles a través de un gran ventanal. Un letrero le indicó cómo llegar al despacho del alcalde. Vio a Jealousy sentada al escritorio, vestida de oficina. Quiso saludarla con un gesto de la mano, pero estaba concentrada mirando la pantalla del ordenador. Roman decidió que la llevaría a comer después de la reunión.

Se encaminó al despacho de Gravely. Siguiendo los letreros, dobló a la izquierda, luego a la derecha y de nuevo a la izquierda hasta que fue a parar a una gran puerta de roble.

Delante de ésta había un escritorio de madera de arce más grande todavía, ocupado por una mujer con largas trenzas negras entreveradas de canas y un rostro alargado de facciones afiladas.

—¿En qué puedo ayudarlo? —le preguntó.

—Me llamo Roman Carruthers y tengo una reunión con el alcalde Gravely a las once —dijo Roman.

La mujer consultó la tableta electrónica que descansaba sobre el escritorio. Miró a Roman y luego volvió a consultar la tableta.

—El alcalde está al teléfono —lo informó—. Tome asiento, por favor. Lo avisaré cuando esté disponible.

Roman miró su reloj.

Faltaba un minuto para las once.

—De acuerdo —contestó reprimiendo un suspiro.

Se sentó con las piernas cruzadas a la altura de los tobillos. No era un gesto casual, sino una postura clásica de poder. La había usado unas cuantas veces, aunque no por gusto.

Quince minutos más tarde la recepcionista lo llamó, lo hizo pasar al despacho y cerró la puerta a su espalda mientras Roman se acercaba al escritorio del alcalde.

Gravely era un hombre menudo y delgado con el pelo entrecano cortado a cepillo y una expresión seria incluso cuando sonreía. Se levantó y tendió la mano al recién llegado.

—Señor Carruthers, un placer conocerlo. Soy Melvin Gravely —se presentó, estrechándole la mano con firmeza, pero sin afán intimidatorio.

—Lo mismo digo, alcalde —repuso Roman.

—Siéntese, por favor.

Ambos tomaron asiento y el alcalde se recostó en su sillón de cuero. Roman esperó que le preguntara qué se le ofrecía. Era su terreno, así que le tocaba a él tomar la iniciativa.

—De modo que es usted el nuevo socio de Terrance —empezó Gravely.

Roman no esperaba que aludiese de buenas a primeras a su alianza con los BBB, y menos de una forma tan explícita. Se echó un poco hacia delante en la silla.

—Bueno, en realidad estoy aquí como representante de Inversiones JCR. Acabamos de asociarnos con Construcciones Guardian y queríamos preguntarle si hay algo que pueda hacer para ayudarnos a obtener la licitación del proyecto de regeneración urbanística que se llevará a cabo en la parte occidental de la ciudad —dijo Roman.

El alcalde sonrió.

—Hijo, no hay necesidad de perder el tiempo con todo ese galimatías burocrático. Tengo un despacho a prueba de escuchas. Hay varios sensores que detectarían un micrófono oculto. Como ninguno de ellos ha saltado, hablemos sin cortapisas, ¿te parece? Mike me llamó el sábado para quejarse de su dolor de barriga. Luego hablé con Terrance, que me explicó lo que había pasado. Es una jugada inteligente y, si te soy sincero, me sorprende que no se le haya ocurrido a él. Es un chico listo, aunque tiene un mal pronto, como su padre. Te diré lo que va a pasar. En lo que respecta a la licitación, Guardian se llevará el gato al agua. Los trabajos de demolición pueden empezar dentro de tres semanas. La construcción en sí tardará un poco más, pero haremos todo lo posible por agilizar las cosas. Yo recibiré una donación de cincuenta mil dólares por adelantado y otra cuando estén a punto de empezar las obras. Ambas constarán como donaciones a mi campaña electoral y deben repartirse entre cuatro donantes distintos. Por mí, tienes carta blanca para hacer la magia presupuestaria que consideres oportuna, pero como venga algún auditor estatal a

husmear en las cuentas, yo me lavo las manos. Esta conversación nunca ha tenido lugar —dijo Gravely.

Roman se retrepó en su asiento.

—En ese caso, supongo que está todo resuelto —concluyó.

—Así es como se consiguen las cosas. Esto será beneficioso para nosotros y para Jefferson Run. Al estado le sobra el dinero —apuntó el alcalde Gravely.

Roman se llevó un dedo a los labios.

—En realidad no cree que nadie vaya a vivir a esos pisos de lujo, ¿verdad que no? Esto es Jefferson Run, la ciudad con la tasa de homicidios per cápita más alta del estado. Ha montado todo este tinglado para echarle el guante a ese superávit de las arcas estatales. No sé por qué, me da en la nariz que usted, o alguna empresa que actúa como su testaferro, posee buena parte de esos terrenos del Arrabal. El estado se los comprará y usted se llevará un buen margen de beneficio. A eso hay que añadir las donaciones, por supuesto. Sólo estaba esperando a ver qué constructora daba el primer paso, ¿verdad? —preguntó Roman con un amago de sonrisa.

Había algo desagradable en el alcalde Gravely que sacaba de quicio a Roman. Si Jefferson Run se estaba muriendo, hombres como Torrent y Gravely eran la enfermedad que carcomía la ciudad desde dentro.

El alcalde juntó las yemas de los dedos.

—Hijo, no tienes un pelo de tonto, pero deja que te dé un pequeño consejo: si no quieres saber cómo se hace el chorizo, mantente alejado de la cocina y cómetelo sin rechistar.

Roman y Jae fueron al restaurante mexicano de la parte oriental de la ciudad, cerca del río, el mismo local que en tiempos había albergado la heladería Tastee-Freez de su infancia. La insulsa fachada blanquiazul de entonces lucía ahora alegres tonos de naranja, verde y rojo. La imponente escultura de madera de un mexicano tocado con sombrero presidía la entrada, invitando a los clientes a sumarse a la fiesta.

Roman y Jae se sentaron cerca del ventanal, pese a que la temperatura bajaba en picado. Él tocó el cristal y se sorprendió al comprobar que estaba helado.

—¿Qué se ha hecho del calentamiento global? —dijo al apartar la mano.

—No voy a mentirte, me gusta que refresque. En verano me muero de calor. Odio ir por ahí con las tetas sudadas —dijo Jae.

Roman rompió a reír. Sólo la conocía desde hacía unas semanas, pero nunca había estado con nadie que lo hiciera reír tanto como ella.

—Tienes que agenciarte un gran bote de polvos de talco —repuso Roman—. Eso es lo que hacía mi abuela. Cuando se iba a misa, parecía que hubiese estado haciendo malabares con dónuts espolvoreados de azúcar.

Ahora fue Jae la que soltó una carcajada.

—Estás como una cabra. ¿Cómo ha ido la reunión con el alcalde? ¿Crees que podréis seguir adelante con la expansión? —preguntó Jae.

Roman hizo una pausa antes de contestar. Casi había olvidado su mentira.

—No lo sé. A lo mejor tendría que haberle ofrecido una mordida —dijo.

—Ya sé que lo dices en broma, pero... No creo que la rechazara. Ese hombre conduce un Mercedes y cerca de mi casa hay un bache en el que se puede nadar cada vez que llueve.

Roman se echó a reír de nuevo. Cuando estaba con Jae, le dolían los músculos faciales de tanto sonreír. Cogió la carta.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó a Jae.

—En cómo deberías pasar la noche —contestó ella.

Roman levantó los ojos y la miró por encima de la carta.

—Ya veremos —repuso.

—¡¿Ya veremos?! Chaval, tú te lo pierdes —dijo ella.

Roman estaba a punto de contestar con una ocurrencia cuando reparó en un gran Bonneville que bajaba por la calle a paso de caracol. El chasis era de color granate y tenía llantas de sesenta centímetros de diámetro. Se detuvo delante de una tienda de tabaco y cigarrillos electrónicos que había al otro lado de la calle. Roman tardó unos segundos en reconocer el vehículo y comprender qué significaba su presencia allí, reaccionando como una flor nocturna que desplegara sus pétalos con parsimonia: primero despacio, y luego veloz como el aleteo de un colibrí.

Era el coche de D-Train.

Cuatro hombres con máscaras de calavera se apearon del coche y se plantaron en la acera frente a la tienda de cigarrillos electrónicos. Todos ellos empuñaban armas. Roman no era un experto en la materia, pero pensó que se parecían bastante a la metralleta MAC-10 que Khalil había usado en el tiroteo delante del Kingdom.

Los cuatro hombres lanzaron una ráfaga de disparos contra el local. El vidrio, los ladrillos y la madera de la fachada saltaron hechos trizas y se desintegraron bajo la implacable lluvia de balas. En el restaurante todos se tiraron al suelo, incluidos Jae y Roman. El ataque parecía no tener fin.

Al cabo de una eternidad, la calle quedó en silencio.

Roman levantó la cabeza y vio a uno de los hombres dibujando con un espray de pintura negra la tosca silueta de una calavera con sombrero de copa en el edificio contiguo al de la tienda. Luego se subieron todos al coche y arrancaron, dejando una estela de humo tras de sí. Roman vio a una mujer salir de la tienda con paso tambaleante. Le faltaba la mayor parte del brazo izquierdo. Tenía la cara bañada en sangre y el largo cabello negro pegado a la frente. Cayó de rodillas y luego se desplomó sobre un costado en medio de la calzada.

En el restaurante, decenas de personas sacaron los móviles. Unos pocos llamaron al 911, pero la mayoría se limitó a grabar a la mujer. Roman abrazó a Jae, que se aferraba a él como un náufrago a su tabla de salvación.

—No lo soporto. No lo soporto. No lo soporto —repetía ella como un mantra.

—Tranquila, ya ha pasado. Todo saldrá bien —le aseguró Roman mientras la estrechaba con fuerza. Y lo creía de veras. Al final, todo saldría bien. Ése era el horizonte lejano en el que debía concentrarse mientras los cadáveres caían como moscas a su alrededor.

6 de junio de 2004

POR LA TARDE

Roman está nervioso.

Delia está sentada en el sofá a su lado mientras ven un episodio de *American Idol* que su madre puso a grabar el miércoles. La tiene a dos palmos de distancia, pero es como si estuviera al otro lado del río James. Ella lo mira con timidez. Ambos habían afirmado tener experiencia, pero Roman sabe que estaba mintiendo y empieza a sospechar que ella también.

—Yo canto mejor que ése —dice él mientras un concursante especialmente desafinado concluye su actuación. Delia sonríe y se vuelve hacia él.

—Demuéstralo —lo reta, y Roman siente un vacío en la boca del estómago.

Sólo ha cantado en la iglesia, e incluso allí apenas se atreve a elevar la voz por encima de un susurro. Cree que no lo hace mal, pero no está listo para ponerse a prueba delante de la chica más guapa que ha visto en su vida.

Más tarde recordará ese instante como el último de su inocencia.

—Es que... no he calentado la voz. Pero, si no fuera por eso, lo bordaría —aduce.

Delia se desliza unos centímetros más hacia él. Roman percibe el aroma de su colonia. Más adelante descubrirá que se llama Vanilla Fields y, cada vez que lo huela, ese perfume le provocará náuseas durante lo que le queda de vida.

—¿Cómo se calienta la voz? —pregunta Delia, que aparenta el mismo nerviosismo que siente él, pese a habérsele arrimado.

El corazón de Roman late con tanta fuerza que parece a punto de saltársele del pecho. Nunca había experimentado una emoción tan intensa desde que tiene uso de razón.

—Pues... hago sonidos con la boca —contesta, y se quiere morir de lo estúpido que suena, pero Delia se le acerca un poco más.

—¿Qué clase de sonidos? —insiste.

Ahora está a escasos centímetros de él. Roman alcanza a ver el brillo satinado de su piel. Se ha puesto una loción de manteca de cacao. Él sabe que, si la tocara, la notaría más suave al tacto que nada de lo que haya tocado jamás. Se siente como si fuera a perder el conocimiento y echar a volar al mismo tiempo.

De pronto se inclina hacia delante. La decisión de hacerlo no es consciente. Si lo hubiese pensado, habría perdido el valor. Es una decisión instintiva que nace del deseo de descubrir a qué saben los labios de Delia.

La besa, y ella le devuelve el beso, y de pronto se funden en un revoltijo de brazos, piernas, jadeos y manos apresuradas que buscan botones, cremalleras y carne. Delia introduce la lengua en su boca y le muerde el labio al retirarla. El dolor es punzante y nítido, pero Roman está demasiado excitado y sobrecogido para percibirlo siquiera.

No sabe cómo, pero ese instante ha desbloqueado algo en su interior. Algo que se verá amplificado en los años venideros por los recuerdos de ese día.

Delia le coge mano izquierda y la desliza por dentro de sus pantalones desabrochados, y lo que él encuentra allí es cálido y húmedo, y sabe que lo volverá loco cuando otra parte de su cuerpo esté cerca, cuando esté dentro, de esa parte del cuerpo de Delia.

Y entonces la puerta se abre de sopetón y Roman ve a Dante allí plantado, llorando a moco tendido con los ojos enrojecidos e hiperventilando.

Delia se aparta de un salto al tiempo que se abotona los vaqueros.

Roman está demasiado aturullado para subirse la cremallera de sus propios pantalones hasta que mira hacia abajo y ve lo que intenta escapar hacia fuera. Recoge la protuberancia, se sube la cremallera y respira hondo. Tiene ganas de chillar a su hermano, pero se contiene, alarmado por la dimensión de ese llanto incontrolable.

—¿Qué te ha pasado? ¿Alguien te ha robado la bici? —pregunta.

Dante niega con la cabeza, moqueando profusamente.

—No... No puedo... No puedo... —balbucea Dante, dejando la frase a medias.

—Será mejor que me vaya. Tenéis que hablar —dice Delia.

Se levanta y Roman quiere pedirle que se quede, pero Dante lo está asustando. Nunca reanudarán el encuentro. Delia recibirá un disparo en el muslo tres meses

después y sus padres se mudarán lejos de Jefferson Run. Roman perderá la virginidad dos años más tarde, durante una fiesta en Richmond.

—Vale, te llamo luego —replica él.

Delia se marcha y Roman se levanta del sofá y se acerca a Dante. Su hermano es un chico sensible y rompe a llorar a la mínima provocación, pero esto es distinto.

—D, ¿qué pasa? —le pregunta Roman con delicadeza.

—He... he visto... —farfulla Dante.

—¿Qué has visto?

—He visto a... a mamá —dice Dante.

—Vale, has visto a mamá. ¿Y qué ha pasado?

—La he visto con... el señor Oscar —revela Dante, y Roman se siente como si lo hubiesen arrojado desde la azotea del edificio más alto del mundo y se precipitara hacia abajo a toda velocidad.

El mundo se desvanece a su alrededor porque él sabe, en lo más profundo de su ser, qué es lo que ha presenciado Dante. Lo sabe porque ha visto cómo mira Oscar a su madre. Lo sabe porque se ha fijado en cómo ella mira a su padre cuando éste no se da cuenta.

Parece perdida.

Roman le hace a su hermano la pregunta que lo cambiará todo, aunque en ese momento no lo sabe. Lo único que sabe es que necesita oír la respuesta. Necesita saber qué ha visto Dante con la esperanza de estar equivocado.

—¿Qué estaban haciendo mamá y el señor Oscar? —pregunta Roman.

Dante le cuenta que había ido a la cancha de baloncesto y jugado un rato hasta que el calor había empezado a apretar y todos se marcharon. Luego se había ido en bici hasta el crematorio, dando por sentado que su padre estaría allí, y quizá también su madre, que a veces le echaba una mano al salir del hospital. Pensaba coger un refresco de la nevera del vestíbulo y quizá suplicarle a su padre que le diera cinco dólares para acercarse al McDonald’s de Lillyhammer.

Dante le cuenta que, al llegar al crematorio, ha dado la vuelta al edificio hasta la puerta enrollable de la parte trasera porque, aunque el coche de su madre y el Jeep del señor Oscar estaban aparcados delante, nadie había salido a abrir.

—He dado la vuelta y... y he oído ruidos. Unos ruidos raros. Como si alguien estuviese chillando y llorando a la vez —dice Dante.

Entonces le cuenta que ha mirado por la ventana rectangular de la puerta de garaje.

Le dice lo que ha visto.

Y entonces Roman también siente ganas de llorar.

—Venga, tenemos que volver allí —dice.

—No quiero volver —replica Dante—. No quiero ir, Rome.

—Quiero hablar con ella, porque tiene que ser un error. Ella nos lo aclarará porque todo es un error. Nos dirá eso, ¿vale? Deja de llorar, ¿de acuerdo? Sólo vamos a ir hasta allí para que nos saque de dudas —insiste Roman.

Usa la parte de abajo de su camiseta para secarle los ojos y la nariz a su hermano. Los mocos se le pegan a la tela, pero le da igual. Sólo quiere que Dante deje de llorar y que su madre les diga que lo que él cree haber visto es en realidad algo completamente distinto.

Quiere que mienta.

Cuando ese día llegue a su fin, la mentira se habrá convertido en el lenguaje afectivo de Roman, de su hermano y del padre de ambos.

Y la de su padre será la mentira más descarada de todas.

25

Neveah le dio una calada al cigarrillo mientras esperaba en la furgoneta. El letrero luminoso situado en lo alto del hospital parecía más propio de un casino que de un centro sanitario. Era la hora del cambio de turno, y por la puerta iban saliendo enfermeras, médicos, celadores y auxiliares.

Cuando vio a Marion Carter abandonar el edificio y encaminarse a su coche, Neveah dio una última calada al cigarrillo, se apeó de la furgoneta, lo apagó con el pie y fue hacia la mujer de mediana edad, que la esperaba junto al coche.

—Dios, eres clavada a tu madre —dijo Marion mientras se ceñía el abrigo en torno al cuerpo.

Era la primera semana de octubre y un mes de septiembre más fresco de lo habitual había dado paso a un otoño mayormente templado. Neveah llevaba puesta una chaqueta de forro polar por encima de una sudadera de Prosser State.

—Gracias por acceder a verme. Sé que estás muy liada —dijo.

—Esta noche tengo bingo; si no, te habría invitado a tomar un café o algo. Dime, tesoro, ¿qué quieres saber de Bonita?

Neveah pensó que, si había conocido a su madre, Marion debía de tener por lo menos sesenta años, pero no aparentaba más de

cuarenta. Si no fuera por alguna que otra cana, podría haber pasado incluso por una mujer de treinta y cinco años.

—¿Alguna vez te habló de mi padre? ¿Te dijo si se mostraba violento con ella o si la había amenazado? —preguntó Neveah.

A Marion se le mudó el semblante.

—Cariño, tu madre lo quería. Y, a juzgar por cómo hablaba de Keith, no dudo de que él también la quería. Nunca le puso la mano encima. —Marion hizo una pausa, volvió la cabeza hacia el hospital y de nuevo hacia Neveah—. Pero tu padre quería aún más a ese crematorio. Trabajaba mañana, tarde y noche para sacarlo adelante. Ella siempre estuvo a su lado, pero creo que, con el tiempo, acabaron distanciándose. Ella nos contaba que le llevaba la contabilidad, o que había ayudado a tu padre con un encargo de lo más desagradable, o que había limpiado los hornos, y luego respiraba hondo y decía que él no se tomaba la molestia de agradecérselo como se merecía. Eso le dolía —concluyó Marion.

—Entonces ¿no tenía miedo de él, ni siquiera después de que la pillara con Lawrence? —preguntó Neveah.

Marion frunció los labios.

—Creo que se sentía decepcionada porque él no luchó por ella. Escucha, tesoro, pasara lo que pasase no es culpa de tu padre, estoy segura de ello —dijo Marion.

—¿Y qué crees que pasó, entonces? —repuso Neveah. Las palabras brotaron de sus labios en un tono más brusco del que hubiese deseado, pero tampoco se desdijo.

Marion usó el mando a distancia para abrir el coche.

—No lo sé, cariño. Sólo espero que esté en paz, allá donde esté —dijo antes de subirse al coche.

Neveah bajó por Lillyhammer en dirección a Candy's. Era el miércoles loco y las copas estaban a mitad de precio. Notó la vibración del móvil en el bolsillo. Lo sacó mientras conducía con una mano.

Era un mensaje de Chauncey.

dónde te metes
estoy libre

Neveah contestó con una sola mano.

yo no

Dobló en Lillyhammer para acceder al aparcamiento de Candy's. Había poca gente, pero sólo eran las nueve y media. Neveah aparcó, entró en el bar y se sentó a la barra. Pidió una ginebra con zumo y sorbió por la cañita.

Su móvil volvió a vibrar.

o sea?

Neveah le contestó.

o sea que no estoy libre

Chauncey respondió al instante.

pues vale

Neveah guardó el móvil.

—Hermanita, ¿se puede saber qué demonios hace una chica como tú en este antro de vicio y perdición? —le dijo Dante.

Se sentó en el taburete contiguo y giró sobre el asiento hasta dar una vuelta completa. Lo acompañaban un chaval blanco y una chica negra con dos enormes coletas afro como pompones que se apostaron cerca de la barra.

—Me estoy tomando una copa para celebrar que hoy he trabajado ocho horas seguidas yo sola. ¿Te parece bien? —repuso Neveah.

—Lo siento, Nev. He estado ayudando a mi colega Tug con una cosa. Tug, te presento a mi hermana Neveah. Y ella es la novia de Tug, Raynell —dijo Dante.

—Hola —saludó Neveah con escaso entusiasmo.

—Nos vamos a jugar al billar —anunció Tug, y desapareció con Raynell entre la gente. Dante volvió a girar sobre el taburete. Neveah no se molestó en preguntarle si estaba colocado. La respuesta era obvia.

—Bueno, hermanita. Me voy a enseñarles a esos pazguatos cómo se juega al billar —dijo Dante.

—¿Has visto a Roman? —preguntó Neveah.

Dante se apoyó en la barra.

—Habrá quedado con Jae —dijo, como si eso lo explicara todo.

—Dante, ¿qué recuerdas de aquel día? —preguntó Neveah.

—¿Qué día?

—Ya sabes qué día.

Dante se pasó la mano por el pelo.

—No sé, Neveah. Salí con la bici. Estuve jugando en la cancha con Charlie y Stefan. Luego volví a casa, pero mamá no —concluyó.

Neveah apartó la cañita y le dio un gran sorbo a su bebida.

—No recuerdo su voz —dijo Dante.

—¿Qué?

—Su voz. No la recuerdo. Cada vez que te veo a ti recuerdo qué cara tenía, pero no sé cómo sonaba. Soy un hijo de mierda —dijo, y se le quebró la voz.

—No eres un hijo de mierda. Lo que pasa es que tuvimos unos padres de mierda —repuso Neveah.

—Oye, oye, no digas eso.

—¿Por qué no? Es verdad. Mamá le ponía los cuernos a papá, él se convirtió en un borracho y nosotros tuvimos que criarnos solos.

—Oye, ni se te ocurra decir eso, joder. Papá la echaba de menos. Vale, bebe más de la cuenta, pero siempre ha cuidado de nosotros y no ha vuelto a casarse. Para mí que ni siquiera se ha tirado a nadie más en todo este tiempo, así que no me vengas con gilipolleces —dijo Dante. Luego cogió la copa de Neveah y la apuró de un solo trago.

Ella se levantó y arrojó cinco dólares sobre la barra.

—Rome y tú podéis seguir teniéndolo en un pedestal, pero conmigo no contéis. Hay que joderse, ni siquiera puedo tomarme una copa en paz —rezongó. Se apeó del taburete y fue hacia la puerta.

—Neveah, espera. Lo siento. Déjame invitarte a otra copa —dijo Dante, arrastrando las palabras.

La siguió hasta el aparcamiento. Ninguno de los dos reparó en la pareja de hombres latinos que entraba en el bar justo cuando ellos salían. Candy’s no era un club sólo de negros, pero la clientela era mayoritariamente de piel oscura. También era el local donde

pasaban el rato muchos de los BBB y sus sicarios cuando no estaban en el Kingdom.

Neveah fue hacia la furgoneta a grandes zancadas, con Dante pisándole los talones.

—¡Neveah, lo siento! Por favor, deja que te pida otra copa —dijo Dante.

—Seguís defendiéndolo cuando fue él quien la mató, Dante. La mató, joder. Yo lo sé y tú también lo sabes, al igual que Roman. Llevamos veinte años mintiéndonos a nosotros mismos, y él también ha estado mintiéndonos. Pero hasta aquí hemos llegado.

—¿Qué coño estás diciendo? Papá no mató a mamá. ¿Se puede saber de qué hablas? Eso son tonterías —replicó Dante.

Antes de que ninguno de los dos pudiera decir una palabra más, un tropel de gente salió del bar entre gritos y alaridos. Dante y Neveah dieron media vuelta y los vieron precipitarse hacia la calzada despavoridos y correr calle abajo. Muchos estaban sangrando o manchados de sangre. Unos pocos se desplomaron unos metros más allá, con grandes tajos en la espalda o en el cuello de los que salía sangre a chorro. Dante vio salir a Tug con Raynell entre los brazos, con un profundo corte en el hombro. La sangre manaba de la herida y caía al suelo, dejando a su paso goterones que semejaban una obra de arte moderno. Tug cruzó la calle cargándola en brazos.

Mientras la multitud se dispersaba en la noche, Dante y Neveah vieron a los dos hombres latinos salir del bar empuñando sendos machetes ensangrentados.

—¡Tripulación de la Ciudad Fantasma! —gritó uno de ellos en español mientras huían cruzando el aparcamiento y se dirigían a la parte trasera de Candy’s.

—Dios santo —murmuró Neveah mientras sacaba el móvil y llamaba al 911.

—Tengo que ir a ver cómo están Raynell y Tug —dijo Dante.

Neveah lo cogió del brazo.

—De eso nada —replicó Neveah—. Tú te quedas aquí conmigo. ¿Y si esos tíos vuelven? No, tú no te mueves de aquí hasta que venga la poli.

—Son mis amigos —protestó Dante. Intentó zafarse, pero Neveah no lo soltó.

—Y tú mi hermano. Quédate aquí. Cuando llegue la poli, iremos a verlos.

—Esto nos pasa por vivir en Jefferson Tuvo un Apretón. En el puto Jefferson Tuvo un Apretón —masculló Dante.

Oía a Tug llamando a Raynell con un gimoteo mientras las sirenas ululaban a lo lejos como clarines que anunciaran a los dioses de la guerra.

El departamento de policía de Jefferson Run organizó un gran despliegue para investigar lo sucedido.

Cerraron el paso a los vehículos y transeúntes mientras los agentes tomaban declaración a todos los testigos que no se habían escabullido antes de que los coches patrulla doblaran la esquina a toda velocidad. La cinta policial amarilla se extendía desde un extremo al otro de la acera, como si la calle estuviera engalanada en previsión de alguna celebración local. Neveah y Dante contestaron a las preguntas de los policías junto a la furgoneta mientras varias ambulancias trasladaban a las víctimas al hospital. Neveah vio a

Chauncey hablando con Tug, el amigo de Dante, mientras el otro agente tomaba declaración a uno de los camareros. No la miró en ningún momento y, para su propia sorpresa, respiró aliviada. Había leído tiempo atrás que lo contrario del amor no es el odio, sino la indiferencia. Nunca había querido a Chauncey, pero tampoco lo odiaba. Ni siquiera le producía indiferencia.

No quería saber nada más de él.

Encendió un cigarrillo, le dio una profunda calada y se llenó los pulmones de humo que luego expulsó por las fosas nasales mientras Dante prestaba declaración.

«Mierda», pensó. Chauncey se abrió paso hasta donde estaban su hermano y ella mientras hablaba con el agente de patrulla. Una sonrisita suficiente le bailaba en los labios, pero no le dirigió la palabra, sino que se acercó a Dante.

—¿Por qué será que últimamente tu hermano y tú, o uno de los dos, andáis cerca cada vez que se cargan a alguien? —preguntó Chauncey con retintín.

Dante se encogió de hombros.

—¿Porque vivimos en Jefferson Run?

—¿Has sabido algo de Getty? No, claro que no. Está muerto, ¿verdad? ¿Sabes qué? Creo que deberías venir a la comisaría y explicarme qué está pasando exactamente entre los BBB y los Ghost Town Crew. Puedes empezar por contarme qué les pasó a Getty y a su novia. Luego podemos hablar sobre vuestros negocios con Torrent Gilchrist —dijo Chauncey, y cogió a Dante por el cuello de la camisa.

—¿Por qué te llevas a mi hermano a comisaría habiendo decenas de testigos de lo que ha pasado ahí dentro? ¿También los vas a

detener? —intervino Neveah.

Chauncey le lanzó una mirada fulminante, pero ella no se inmutó.

—Tu hermano es un posible sospechoso en la desaparición de John Paul Mathias Getty y Cassidy Gutierrez. También voy a detener a tu otro hermano. ¿Te gustaría unirte a ellos? —le espetó Chauncey.

Neveah le echó una nube de humo a la cara.

—¿Te gustaría que llamara a tu mujer? —preguntó.

Chauncey abrió la boca, pero no logró articular palabra. Cuando recobró la compostura, se volvió hacia el agente de patrulla que les estaba tomando declaración.

—Danos un minuto —dijo.

El agente se marchó y fue a reunirse con los demás policías que merodeaban frente a la entrada de Candy's.

—Ten cuidado, no me gustaría verte detenida por una infracción de tráfico y que te quedaras encerrada en una celda porque se ha traspapelado tu expediente —insinuó Chauncey.

—Antes de que me detengan, haré pantallazos de todos los mensajes que me has enviado y los reenviaré a las cuentas de tu mujer en redes sociales. Y cuando digo todos, me refiero a todos. Mi hermano estaba a mi lado cuando la gente ha empezado a salir corriendo del bar. No ha tenido nada que ver con lo que ha pasado, ¿y pretendes arrastrarlo hasta la comisaría porque mi otro hermano y él estaban en las inmediaciones de un tiroteo, un apuñalamiento, una pelea de bar o lo que coño pueda haber pasado en un momento dado en Jefferson Run, como si en esta ciudad no hubiese un puto asesinato o agresión cada cinco minutos? A mí me da la impresión de que quieres convertirlo en un chivo expiatorio para encubrir el hecho de que la policía no hace su trabajo. Adelante, llévatelo. Para

cuando llegues a la comisaría, todas tus cosas estarán amontonadas en la calle, y espero que ardiendo en una pira —dijo Neveah.

Chauncey apretó los dientes con tanta fuerza que la mandíbula se le marcó como si quisiera formar un ángulo recto. Soltó a Dante.

—¿Estás segura de que sabes lo que haces? —masculló.

Neveah tiró el cigarrillo al asfalto y lo pisó.

—Venga, Dante, vámonos a casa.

Dante se subió al asiento del copiloto de la furgoneta.

—Si piensas ir a por mí, más te vale tener ojos en la espalda, zorra —le dijo Chauncey entre dientes.

—No pienso en ti en absoluto —replicó Neveah.

Se subió a la furgoneta y cerró la puerta. Mientras se alejaba, vio a Chauncey en el espejo retrovisor, todavía plantado en el mismo sitio con los puños apretados.

«Ahí es donde tiene que estar —pensó—, en mi espejo retrovisor.»

—Ese tío es un capullo integral, ¿verdad? —dijo Dante.

—Pues sí.

—No tenías por qué hacerlo.

—Te equivocas. Debí hacerlo mucho tiempo atrás, y no sólo por ti. El caso es que nadie puede ponerte a bajar de un burro excepto Roman y yo, que nos lo hemos ganado a pulso.

A Dante se le escapó una risita.

Neveah lo miró y él le sostuvo la mirada.

Y entonces rompieron a reír al unísono.

26

Roman bajó la escalera con la boca estropajosa y la cabeza repleta de fantasmas. Sus sueños de la noche anterior estaban poblados de gente que había abandonado este valle de lágrimas, algo que achacaba a los excesos de la víspera... y a su sentimiento de culpa. Éste era a todas luces un factor agravante.

Se detuvo en seco al llegar al rellano.

Khalil estaba sentado a la mesa de la cocina.

—Un día de éstos tendrás que contarme cómo lo haces —dijo a modo de saludo, yendo hacia la cafetera.

—Es un ancestral secreto jamaicano. Esta mañana no hay nadie más en casa, así que he pensado que podríamos hablar tranquilamente —dijo Khalil. Llevaba un chaquetón negro y un gorro de punto del mismo color. Las rastas le caían sobre los hombros.

—Neveah ha tenido que ir a abrir el taller pronto. Creo que Dante está con su amigo, el de la novia a la que apuñalaron la otra noche —comentó Roman. Puso el temporizador de la cafetera Keurig y se sentó al otro lado de la mesa.

—Se están poniendo nerviosos. Han reforzado la seguridad en los centros de reparto. Las chicas que bajan en coche hasta Carolina del Sur y vuelven con mercancía tienen un nuevo acompañante, y también han puesto protección a los cargamentos de armas que

llegan de Roanoke y Christianburg. ¿Cuánto tiempo más vas a fingir que te encanta salir de fiesta con esta peña antes de dar el siguiente paso? —preguntó Khalil.

—Necesito por lo menos tres semanas más. La semana pasada enviamos la primera factura de la licitación y empezamos los trabajos de demolición de los terrenos que le recomendé comprar a Torrent para revenderlos al estado. El alcalde ha recibido su primer pago. Además, me tienen inflando y vendiendo acciones como si no hubiese un mañana y, obviamente, esa pasta se va directa a los bolsillos de Torrent y Tranquil. El resto de la banda ni la huele —dijo Roman.

—¿Qué tal va lo de trabajar con ellos?

Roman se frotó la cara con ambas manos.

—¿Sabes esa cita de Maquiavelo que dice que es mejor ser temido que amado porque la gente puede dejar de quererte, pero si les infundes miedo al castigo nunca dejarán de temerte?

—Sí, es de *El príncipe* —puntualizó Khalil.

—Pues Torrent lo lleva al extremo. Anoche estuvimos en el Kingdom celebrando la primera factura y el pastizal que se va a embolsar. Pues bien, Tank, uno de los subordinados de menor rango, derramó su copa y unas gotas aterrizaron en el zapato de Torrent. Pues va el tío y hace que su hermano le pegue de hostias con la pistola en la cara. Por una copa derramada —dijo Roman.

—Eso son los nervios. A lo mejor deberíamos darle más motivos para estar nervioso —sugirió Khalil.

—No son los nervios, es que es así y punto —repuso Roman.

—Hace tiempo conocí a un tío que trabajaba para un cartel de Miami llamado los Machados. Un día me dijo algo que nos viene al

pelo. Los hombres como Torrent no respetan nada ni a nadie. Son capaces de matarte sin pestañear porque pueden hacerlo, porque alguien les ha dicho que son los putos amos. Es como la vieja cita de Lord Acton sobre el poder, ya sabes: el poder corrompe, y el poder absoluto corrompe absolutamente. Cuando trabajas para alguien así, sólo puede acabar de una manera —sentenció Khalil.

—Convertido en cenizas —aventuró Roman.

—Es una forma de verlo —repuso Khalil—. Puede que el amor no dure, pero el miedo tampoco funciona cuando un hombre dice basta. Me pregunto si los hombres de Torrent han llegado a ese punto.

El temporizador empezó a pitar. Roman se levantó y sirvió dos tazas de café. Deslizó la taza de Khalil en su dirección y dio un sorbo a la suya.

—Todavía no, pero no anda lejos. Se supone que hoy me reúno con ellos para conocer al que es su principal proveedor, su contacto. Al parecer, ha oído hablar de lo bien que se me dan los números —dijo Roman.

Khalil dejó la taza sobre la mesa.

—¿Su principal proveedor de qué?

—De todo —contestó Roman.

—¿Quieres que te siga?

Roman negó con la cabeza.

—No. Tranquil sigue sin fiarse de mí, pero les he hecho ganar tanta pasta en poco menos de un mes que no harán nada para arriesgarlo. Me huelo que se pondrían bastante más nerviosos si les saliera mal un envío de armas. A perro flaco, todo son pulgas.

—Vale —dijo Khalil—. Necesitaré dos hombres para hacerlo, ¿te lo puedes permitir?

—No te preocupes por el coste. Lo tengo controlado.

—¿Vamos a cargarles el mochuelo a los Ghost Town Crew? —preguntó Khalil.

—No, creo que ya los hemos pringado bastante. No pueden ganar esta guerra. Los BBB son mucho más fuertes que ellos. Torrent va a machacarlos y ya están en las últimas. Podemos simular un ataque aleatorio. Así Torrent parecerá débil.

—Hay una banda de moteros, el Rare Breed, que mueve mogollón de armas. Podríamos cargarles el mochuelo a ellos. Si Torrent decide tomar revancha, tendrá otro frente abierto —apuntó Khalil.

—Vale, bien pensado —dijo Roman.

—Si atacamos el cargamento de armas, es posible que más de uno no llegue a casa para cenar, no sé si me explico —le advirtió Khalil—. ¿Tengo tu visto bueno?

Roman tomó otro sorbo de café.

Detrás de Khalil había una ventana con buenas vistas al jardín delantero. Se dio cuenta de que habría que cortar el césped, aunque empezaba a amarillear. Los setos de boj de su padre necesitaban una capa de mantillo y los rosales que flanqueaban el porche pedían a gritos una buena poda. La maleza había empezado a invadir el sendero de acceso pese a que el otoño había traído consigo un descenso de las temperaturas.

Roman no creía que su padre pudiera volver a arrancar su destartalada cortacésped Wheel Horse de tres velocidades. La primavera lo sorprendería tumbado en esa cama de hospital donde las enfermeras le cortaban las uñas y le cambiaban la bolsa de suero y el pañal mientras su cuerpo se negaba tozudamente a tirar la toalla o volver a la vida.

Torrent y los suyos le habían hecho eso. Puede que todo empezara con Dante, pero había sido el tarado de Torrent quien había puesto a su padre en esa cama de hospital. No lo habían matado, pero desde luego les daba igual si sobrevivía o moría, y ahora estaba atrapado entre ambos estados vitales. Lo que, en cierto sentido, era peor que si hubiese muerto en ese solitario tramo de las vías, aplastado dentro de su furgoneta a poco más de un kilómetro de la carretera, en el mismo lugar donde había aparecido el coche de su mujer tantos años atrás.

El destino es como un tren que avanza arrollándolo todo a su paso. A veces consigues cruzar las vías y otras veces el tren te pasa por encima. Si Khalil era como ese tren para los hombres de Torrent, no iba a dejar que eso le quitara el sueño. A ellos no se lo quitaba su padre, de eso estaba seguro.

—Haz lo que tengas que hacer —dijo Roman antes de darle otro sorbo al café.

El principal reclamo del hotel Osman era una leyenda.

Se decía que Breece D'J Pancake —en opinión de muchos, uno de los mejores escritores de todos los tiempos— había pernoctado allí, en la habitación 127, después de pasar una temporada en la Universidad de Virginia. Las letras BDJP están grabadas en la moldura, en el punto donde convergen dos paredes, detrás de una mesilla de noche.

O eso reza la leyenda.

Roman se la oyó de pasada al recepcionista, que conversaba con un huésped recién llegado mientras esperaba en el vestíbulo, donde

había quedado con Torrent y Tranquil.

—Que conste que esto me parece mala idea —dijo Tranquil.

—Él quiere conocerlo, así que eso es lo que va a pasar —replicó Torrent.

Roman se había sentado en un sillón cerca del inmenso ventanal, mientras que Torrent y Tranquil ocupaban un banco rosa fucsia de plástico moldeado. Fuera, los coches circulaban arriba y abajo por Broad Street, la calle más transitada de Richmond. Deslizó el dedo por la agenda de contactos del móvil hasta dar con el número de Jae. Le envió un mensaje para preguntarle si quería que él le hiciera la cena esa noche, a lo que ella contestó con una broma:

«También podrías comer lo que hizo mi mamá.»

El mensaje llevaba incorporado el emoji de una carita diabólica. Él replicó con el emoji del ángel. El juguetón toma y daca electrónico de una pareja que aún está buscando los límites de su relación.

Roman guardó el móvil.

Le estaba mintiendo a Jae. Por más que lo hiciera en pos de un bien superior, seguían siendo mentiras. Mentiras que eran las arenas movedizas sobre las que estaban construyendo una relación. Porque tenía que reconocer que aspiraba a algo más que los frenéticos encuentros sexuales de las últimas dos semanas. Jealousy no sólo era una mujer abierta a sus deseos, sino también alguien que, poco a poco, iba accediendo a las partes dañadas de Roman y recomponiéndolas.

Y sin embargo allí estaba, arriesgándolo todo por la posibilidad de acabar con sus hermanos.

«Jae estará mejor cuando esos dos dejen de ser una amenaza —se dijo—. Todos lo estaremos.» Esa mentira era la más fácil de todas

porque se la contaba a sí mismo.

El ascensor se abrió y de su interior salió un hombre de tez clara cuyo jersey negro se ceñía en torno a un cuello digno de un caballo percherón. Se acercó a Roman y los hermanos Gilchrist y los cacheó a todos con sus manazas.

—Vamos —dijo.

Sin más preámbulo, giró sobre los talones y se fue hacia el ascensor. Torrent y Tranquil lo siguieron, y Roman los siguió a ellos. Una vez dentro, nadie dijo ni mu. El hombretón calvo pulsó un botón que ponía AZT y el aparato subió en silencio mientras una de esas anticuadas flechas situadas en la parte superior de la cabina señalaba las plantas según las iban dejando atrás. Al llegar a la planta catorce, el ascensor se detuvo, las puertas se abrieron y sus ocupantes salieron al bar cubierto de la azotea. Una hilera de seis ventanales hechos a medida proporcionaba vistas panorámicas del centro de Richmond. Almacenes reconvertidos y nuevos edificios de oficinas compartían espacio con murales de ocho pisos de altura y una arquitectura monumental que albergaba el creciente campus de la Universidad de Virginia.

El bar era un batiburrillo de modernidad finisecular y sensibilidad posmoderna en el que convivían el parqué machihembrado de maderas exóticas con mesas y sillas de diseño más estético que funcional. La barra se extendía a lo largo de todo el bar. Roman vio que tenían una buena selección de bebidas alcohólicas, incluida una botella de Pappy Van Winkle que, según sus cálculos, se vendía al por menor por la friolera de dos mil quinientos dólares.

El sol poniente era un diamante amarillo cuyas facetas centelleaban mientras esparcía su luz moribunda a través de los

ventanales. Había dos personas en el bar: el camarero, un tipo con el aire circunspecto de quien ha visto de todo y tiene la sensatez de no ver nada, que se dedicaba a secar con un paño las copas de una bandeja, y otro hombre sentado a una mesa junto al último ventanal.

Roman se percató de que era alto, quizá tanto como Khalil. Lucía el cráneo afeitado, pero tenía una barba poblada y salpicada de gris, como si alguien hubiese derramado azúcar sobre un mantel negro. Era afroamericano, de piel ligeramente más oscura que Roman. Vestía un traje gris antracita que éste reconoció como un conjunto hecho a medida en Huntsman, la sastrería británica, donde los trajes más baratos costaban diez mil dólares la pieza. Comprar uno de esos trajes figuraba en la lista de cosas que Roman aspiraba a hacer antes de morir.

El hombre del jersey de cuello alto fue hacia la mesa del fondo, se colocó detrás del hombre y se apoyó en la pared. Roman no era experto en armas y tampoco iba armado, pero estaba bastante seguro de que el guardaespaldas sí llevaba una pistola debajo del jersey, en una funda acoplada a la cintura junto al costado derecho. En el estado de Virginia estaba permitido llevar armas de fuego a la vista, por lo que tampoco le pareció algo anómalo. A juzgar por su atuendo y las formalidades por las que habían tenido que pasar para reunirse con él, Roman dedujo que el hombre del impecable traje gris tenía que ser muy rico o muy peligroso.

O ambas cosas a la vez.

—Sentaos —dijo. No sonaba como una sugerencia.

Los tres recién llegados tomaron asiento frente al hombre trajeado. Roman creyó reconocer un deje del sudeste de Virginia

retumbando en su pecho cuando tomó la palabra con el tono grave y sonoro de un narrador de documentales históricos.

El hombre puso las manos sobre la mesa y entrelazó los dedos. A Roman no se le escapó que llevaba un sencillo reloj Timex con correa de piel.

«Se pone trajes de diez mil dólares —pensó—, pero lleva un reloj de doscientos. El traje no llamará la atención de los no iniciados, y lo mismo podría decirse del reloj.»

—Roman, Torrent me ha dicho que le has hecho ganar mucho dinero con el proyecto urbanístico del Arrabal. Casi lo suficiente para compensar que dejara prender fuego a un almacén —dijo el hombre.

Roman escuchó con mucha atención todo lo que decía el hombre y cómo lo decía. Torrent lo había descrito como un contacto, un proveedor, pero estaba claro que ese hombre no era socio de Torrent, sino su superior.

—Sí, nos ha ido... diría que bastante bien con ese proyecto —aventuró Roman.

—¿Bastante bien? No te restes méritos. Sólo con las licitaciones para los trabajos de demolición os habéis embolsado setecientos mil dólares gracias a una factura inflada. El alcalde Gravely y yo tuvimos una pequeña charla al respecto el otro día. Uno de mis intereses, al margen de los negocios habituales, es la prospección inmobiliaria. Como se puede comprobar —añadió el hombre abarcando el espacio a su alrededor con las manos.

—¿Este bar es suyo? —preguntó Roman.

Su interlocutor le dedicó un amago de sonrisa.

—Todo el edificio es mío. Pero vayamos al grano. Mi relación con los BBB viene de lejos. Tenemos tratos desde hace mucho. Conocía a

su padre, Horace. Esta asociación ha sido beneficiosa para ambos, pero nunca es buena idea jugárselo todo a una sola carta. A mí me gusta diversificar. Tengo mis propios gestores financieros que cuidan de mis inversiones como buenos chicos blancos temerosos de su propia sombra, tal como tiene que ser. Ellos mantienen al fisco y a los jueces lejos de mi cartera. Pero a ti no te da miedo... ponerte creativo, por así decirlo, a la hora de recomendar inversiones —dijo el hombre.

El guardaespaldas se acercó y le tendió un sobre.

—En el condado de New Kent hay un hipódromo donde se celebran no sólo carreras de caballos, sino también de trotones y todas esas mamarrachadas que les gustan a los paletos. Hay un tipo que siempre viene a las carreras y se empeña en apostar al caballo equivocado. En vez de buscarse una nueva afición, pidió un préstamo a unos caballeros que trabajan para mí. Es una lástima, la verdad. Mi padre decía que un hombre que no sabe controlar sus vicios vive esclavizado por ellos. Lo dijo justo antes de pegarle un tiro en la cara a mi madre y comerse el cañón de la escopeta. Pero me voy por las ramas. Bien, da la casualidad de que ese tipo trabaja para el Departamento de Gestión de Emergencias de Virginia. Es el encargado de decidir en qué se gasta una parte del dinero destinado a comprar suministros para... ¿cómo las llama?... Ah, sí, catástrofes medioambientales. Quiero que hables con él y lo ayudes a desarrollar aún más la creatividad en su práctica contable. Haz lo mismo que hiciste por Torrent y los suyos. Monta una empresa que haga de tapadera, haz que nuestro amigo te pase las cuentas de los proveedores de suministros y luego coge tu varita mágica y

multiplica ese dinero. En el fondo, es muy sencillo —concluyó el hombre del traje.

Roman habría suspirado de alivio si no creyera que su interlocutor se lo tomaría como una señal de debilidad. Lo que le proponía era, en efecto, de lo más sencillo. Podía montar una empresa fantasma con los ojos cerrados. Sin embargo, había otras variables que convenía no perder de vista.

—Ese amigo, como lo llamas, ¿es de confianza? ¿Sabe que hay mecanismos de revisión de precios incorporados al sistema informático de pago a proveedores que generarán una auditoría de forma automática? ¿Puede hacer transferencias a cuentas abiertas en paraísos fiscales? Le preguntaré todo esto personalmente, pero quiero asegurarme de que entiendes los riesgos que conlleva una operación de este tipo. Puedo protegerte de la mayor parte de las derivadas legales, pero si lo pillan con las manos en la masa y le da por cantar...

—Acabará repartido en varias jurisdicciones a la vez —sentenció el hombre del traje.

La desconcertante banalidad de esa afirmación puso los pelos de punta a Roman. Era como si estuvieran departiendo sobre cómo les gustaba el café, no sobre cómo deshacerse de un cadáver.

«Experiencia no te falta en la materia —se dijo Roman, reconociendo cierta hipocresía en sus propios melindres—. Yo no soy como él. No soy como Torrent y su hermano. No lo disfruto, no me pone cachondo. Y jamás lo normalizaré.»

—De acuerdo —dijo Roman, eligiendo las palabras con mucho tiento. Más aún que cuando hablaba con Torrent y Tranquil. Alargó la mano hacia el sobre.

El hombre del traje lo escudriñó. Roman no sabría decir si estaba impresionado por su temple o preguntándose cómo quedaría su cabeza ensartada en una estaca.

—Haces buenas preguntas. La gente descuidada no hace buenas preguntas. No ve más allá de sus narices. Te daré tres meses para que montes la empresa fantasma, consigas los primeros pagos y empieces a sacar beneficios de la chistera. Torrent dice que le diste un rendimiento del cincuenta por ciento, así que no espero menos de ti. Por supuesto, no estamos hablando de la calderilla que se maneja en la calle, sino de sumas de siete cifras. Pero te las apañarás, ¿verdad que sí, Roman? —preguntó el hombre del traje.

—Me las apañaré perfectamente. A eso me dedico —afirmó Roman, todavía con la mano extendida.

—No hace falta que te diga qué pasará si mis inversiones no se ven tocadas por la misma... magia, ¿verdad que no? —dijo el hombre del traje.

—No, no hace falta —repuso Roman.

El hombre del traje le puso el sobre en la mano.

—Así me gusta. Vamos a comer algo. El salmón al estilo de Nueva Orleans está espectacular. Le he dicho al cocinero que más le vale que así sea, porque es mi plato preferido.

Más tarde, después de cenar y mientras se encaminaban a sus respectivos vehículos, Roman le hizo una pregunta a Torrent.

—¿Quién es ese hombre? Ha dicho que os conoce desde hace mucho. ¿Es pariente vuestro?

Sabía de sobra que el hombre del traje no era de la familia, pero se hacía el tonto. Si insinuaba que Torrent y Tranquil estaban subordinados de algún modo al hombre del traje, Tranquil era muy capaz de descerrajarle un tiro por principios. De esta manera, le daba margen a Torrent para contestar sin tener la impresión de que Roman le estaba faltando al respeto.

Estaban de pie junto a los coches en el aparcamiento público adyacente a un bar llamado Garlands. Tranquil emitió un gruñido al oír la pregunta de Roman. Se sentó al volante del BMW negro sin decir palabra.

—Lo llaman Shade. Mi padre y él eran colegas —dijo Torrent—. Luego a mi padre lo encerraron y Shade se hizo rico. Le pasó dinero a mi madre mientras mi padre estaba en la trena hasta que mi hermano y yo nos hicimos lo bastante mayores para ponernos al frente del negocio —dijo Torrent.

—Eso es un buen amigo —dijo Roman.

No bien oyó sus palabras, a Torrent se le demudó el rostro de tal manera que Roman casi dio un paso atrás.

—Ese hijo de puta no es amigo de nadie —masculló mientras se subía al BMW—. El diablo no tiene amigos.

Roman volvió a casa, donde encontró a Dante sentado en el sofá viendo la tele. Sobre la mesa de centro había una gran taza con el logo del Castigador, su personaje de cómic preferido.

Roman recordó el día que había conseguido esa taza. La había ganado y regalado a su hermano en una feria del condado de Mathews, mientras estaban de visita en casa de unos parientes de

su madre, el verano anterior a su desaparición. Roman había arrasado en un juego que simulaba los tiros de baloncesto y hasta le habían sobrado dos segundos. Le hubiese gustado pedir la figura articulada de Spiderman, pero Dante se moría por tener esa taza y no pudo negársela.

Nunca podía negarle nada a su hermano pequeño.

—¿Qué tal? Te hacía en casa de Tug —dijo Roman.

—Sí, he ido a verlo, pero han llamado del hospital para decir que Raynell ha empeorado, así que él se ha ido pitando para allá y yo me he vuelto a casa —lo informó Dante.

—Lamento oírlo —repuso Roman.

Dante no dijo nada. Le dio un sorbo a la taza, hizo una mueca y tragó.

—¿Ahora bebes antes de que se ponga el sol? —le preguntó Roman.

—¿Qué más da, me cago en todo? Raynell podría morirse, Rome. Todo por mi culpa —dijo Dante. Se llevó la taza a los labios y le dio un buen trago.

Roman se sentó a su lado.

—No es culpa tuya. Échasela a quien la tiene, los Ghost Town Crew. Y a Torrent. Y a Jefferson Run. Tú no tienes la culpa, ¿vale?

Dante le sonrió.

—Te lo agradezco, pero no es verdad —dijo. La sonrisa se desvaneció de su rostro—. Tengo que contarte algo.

Roman cruzó las piernas.

—Vale. ¿Qué pasa?

—He tenido noticias de Cassidy. Pregunta si puede volver a casa.

Roman sintió que se le revolvía el estómago como si estuviera en plena tormenta en alta mar.

—Le has dicho que eso no es posible, ¿verdad? Que todo el mundo la da por muerta y no puede volver. Eso le has dicho, ¿verdad? —preguntó Roman, esforzándose por no sonar alterado.

—A ver, yo se lo he dicho, pero no parecía escucharme. Era como si le entrara por un oído y le saliera por el otro —dijo Dante mientras gesticulaba con las manos.

—Dante, no puede volver. Todavía no. Me falta poco para dejar este asunto zanjado de una vez por todas, pero si Cassidy vuelve ahora, estamos muertos. Todos nosotros. Tú, yo, Neveah, papá, todos. Tienes que hacerla entrar en razón, que entienda lo que nos estamos jugando.

—¿Le harías daño, Roman? No serías capaz de algo así, ¿verdad? —preguntó Dante, y una esquirla de hielo se clavó en el corazón de Roman. Su hermano sonaba frágil como el cristal.

—Yo nunca le haría daño, pero no puedo hablar por Torrent y Tranquil. Si la ven respirando, se la cargarán sin pensárselo dos veces. Si creías que estaban cabreados porque Getty y tú se la habíais jugado, ¿cómo crees que se lo tomarán si se enteran de que les mentimos respecto a la muerte de Cassidy? ¿Y cuánto crees que tardarán en llegar a la conclusión de que Splodie está criando malvas? Dante, esa chica no puede volver. Tienes que metérselo en la cabeza. Si hay que mandarle dinero, se lo mando sin problema, pero no puede poner un pie en Jefferson Run. ¿Lo entiendes?

Dante cogió la taza.

—Lo entiendo. Entiendo que Raynell está entre la vida y la muerte, con litros de sangre ajena corriéndole por las venas.

Entiendo que Getty está muerto, al igual que Splodie y Yellaboy. Más los cuatro desgraciados que la palmaron en Candy's y los seis de la tienda de vapeo. Entiendo que hay aceras ensangrentadas por toda la ciudad porque yo la cagué y tú estás intentando arreglarlo. No pienso mancharme las manos también con la sangre de Cassidy. ¿Entiendes tú eso? Hablaré con ella, pero si se presenta aquí tenemos que protegerla. No hay otra.

Dante apuró su bebida.

—Me voy arriba.

Se levantó y pasó trastabillando delante de su hermano para ir hacia la escalera. Roman no lo siguió con la mirada. Tenía la cabeza repleta de imágenes que haría mejor en reservar para sus pesadillas. Imágenes de Dante atado a esa silla de la granja. Imágenes de Neveah, rígida y helada como una mañana invernal. Su padre con los ojos blancos como canicas, asfixiado con una almohada por un auxiliar o una enfermera a los que habían prometido el perdón de una deuda con algún camello local a cambio de ese trabajito.

Cerró los ojos y se tapó la boca con la mano. Un gruñido le brotó de las entrañas, tan profundo y violento que sonaba como un oso con un bozal.

Su móvil, el normal, empezó a vibrarle en el bolsillo. Lo sacó y miró la pantalla. Era Keisha, su ayudante. Roman contestó. Su antigua vida parecía tan lejana que era como un diminuto punto en la distancia al otro lado de un mar infinito.

—Hola, Keisha, ¿qué te cuentas? —dijo.

—Roman, perdona que te moleste en un momento así, con tu padre en el hospital y todo eso, pero el presidente Taylor está que no caga por algún plan de inversión que había acordado contigo, y

también me han llamado los representantes de los Atlanta Braves, quieren que te reúnas con varios de sus nuevos fichajes y jugadores novatos para asesorarlos en materia de gestión patrimonial. Pero te llamo sobre todo porque Lil Glock necesita hablar contigo. Dice que puede ser por Zoom, pero que es una cuestión de vida o muerte —dijo Keisha.

—Seguro que exagera, pero ¿tienes idea de cuándo quiere que quedemos? —preguntó Roman.

—Le gustaría que fuera ahora mismo, si es posible. Te pongo en antecedentes: resulta que invirtió un mogollón de pasta en la compra de unos bloques de pisos abandonados en su pueblo natal de Carolina del Sur, pero todo apunta a que lo han estafado. Se suponía que un amigo suyo iba a comprar los edificios y restaurarlos, pero resulta que él era el propietario y luego básicamente...

—Se los vendió a Lil Glock por mucho más de lo que valen y no tiene intención de restaurarlos ni venderlos. Seguramente se ha largado con el dinero y ha ingresado el talón de Glock en algún paraíso fiscal o en una cuenta bitcoin con doble encriptación —concluyó Roman.

—Pues sí, y ahora quiere saber cómo puede recuperar el dinero —añadió Keisha.

—¿De cuánto estamos hablando? —preguntó Roman.

Keisha hizo una pausa antes de contestar.

—Cuatro millones.

Roman negó con la cabeza.

—Se ha quedado casi sin blanca. Será un genio componiendo, pero no tiene ni idea de cómo invertir en inmobiliaria. Dame media horita. No me he traído el portátil. Tengo que ir al despacho de mi

padre y usar el suyo —dijo Roman al tiempo que se levantaba del sofá.

Salió de casa y fue hacia el Challenger.

Al final de la calle, detrás de una antigua casa de préstamos tapiada, perpendicular a la casa de los Carruthers, un coche azul oscuro sin ningún distintivo especial estaba aparcado con el motor al ralentí. El conductor bajó la ventanilla y un teleobjetivo asomó por el hueco como una víbora saliendo de un agujero en el suelo.

—Sonríe, mamonazo —susurró Chauncey mientras sacaba fotos de Roman, el Challenger y la matrícula.

27

Neveah aparcó la furgoneta junto a un gran letrero que decía CENTRO RESIDENCIAL PARA LA TERCERA EDAD DEL CONDADO DE WARREN, aunque le faltaban las ces de las palabras «centro» y «condado». Neveah se preguntó si se habrían caído solas o si su ausencia era el resultado de un reto entre chavales aburridos. Se apeó de la furgoneta y oyó crujir la grava bajo sus pies mientras cruzaba el aparcamiento. El centro residencial consistía básicamente en una serie de pequeños apartamentos dispuestos en hilera, como un motel de mala muerte.

«Y de ésos he visto unos cuantos —pensó Neveah—. Gracias, Chauncey.» Enfiló la maltrecha acera, que discurría paralela a un parterre delimitado por traviesas decorativas dispuestas a lo largo de la fachada. Las primeras heladas habían matado la mayor parte de las plantas del parterre, a excepción de unas pocas violetas tozudas.

Neveah se detuvo delante del apartamento 6E y llamó a la puerta.

—Un momento —dijo una voz grave.

Una tele que sonaba a todo trapo bajó de volumen rápidamente. Segundos después, salió a abrir un anciano de piel negra, barba hirsuta y una mata de pelo canoso igual de enmarañado.

—¿Lawrence? Soy Neveah Carruthers. He llamado hace un rato —se presentó.

—Sí, pasa —dijo Lawrence.

Entró en la modesta vivienda y Lawrence cerró la puerta. Neveah se sentó en un raído sofá de dos plazas y el anciano se dejó caer en un destartalado sillón reclinable. En la tele estaban poniendo *El precio justo*. Delante del sillón había una mesita articulada de aluminio con un plato lleno de patatas fritas y palitos de pescado.

—Te ofrecería algo de beber, pero sólo tengo cerveza y una limonada que necesita varias cucharadas más de azúcar —se disculpó Lawrence.

—No pasa nada, estoy bien —dijo Neveah.

Lawrence asintió como si ésa fuera la réplica que esperaba oír.

De fondo se oyeron los gritos de alegría y la risa del público en la tele cuando un joven concursante dio una voltereta para celebrar que había adivinado el precio de un envase de palomitas para el microondas. Neveah lo vio sentarse al volante de un flamante Ford Focus.

—Las palomitas deben de costar más en California que aquí. Yo habría dicho tres con noventa y nueve —comentó Lawrence.

Neveah sonrió.

—Supongo que has venido a preguntarme por tu madre —dijo Lawrence.

—En realidad quería preguntarle por mi padre —repuso Neveah.

Lawrence frunció el entrecejo.

—Sólo lo vi una vez, esa vez, y no hablamos.

—¿Cuánto tiempo estuvieron... juntos mi madre y usted? —preguntó Neveah.

Lawrence soltó un profundo suspiro.

—No era esa clase de relación. Aquella noche fue la primera vez que hicimos algo más que hablar. Tu madre era la hostia. Graciosa

como ella sola, y amable, ¿sabes? A veces nos íbamos a comer juntos, pero no como pareja, sino como amigos. Nunca la vi con esos ojos. No me malinterpretes, era una mujer preciosa, pero por entonces yo tenía novia. Simplemente me gustaba pasar el rato con ella. Aquella noche, rompió a llorar. Pero en su día ya le conté todo esto a la policía.

—Algunos de vuestros compañeros de trabajo creían que teníais una aventura —apuntó Neveah.

Lawrence rió entre dientes.

—Muchas de esas viejas arpías le tenían envidia a tu madre. Pero ya te digo, esa noche fue la primera vez que... bueno, ya sabes. Ella estaba muy triste esa noche. Me dijo que tu padre no la quería. Le tenía cariño, pero según ella Keith no... Oye, ¿seguro que quieres oír esto?

—Seguro —dijo Neveah, con más vehemencia de la que hubiese deseado.

—De acuerdo. Me dijo que habían dejado de tener relaciones. Que tu padre vivía obsesionado con ese crematorio. Dijo que lo entendía, que él estaba intentando construir una vida mejor para todos vosotros, pero... —Lawrence hizo una pausa y Neveah lo imaginó echando la vista atrás como quien se asoma a un portal en el tiempo —. No recuerdo sus palabras textuales, pero dijo algo así como «¿qué clase de vida nos espera si quiere más al crematorio de lo que me quiere a mí?». Y luego rompió a llorar como una magdalena. Yo sólo quería consolarla. La abracé, cogí la bolsa de aros de cebolla que tenía en el regazo y la abracé. Cuando quise darme cuenta, nos estábamos besando, y de pronto apareció tu padre. Nunca he visto a un hombre tan desolado en toda mi vida. No sé si lo del crematorio

era tal como ella decía, pero el hombre que vi esa noche quería a tu madre y parecía destrozado —dijo Lawrence.

Neveah se armó de valor para hacer la siguiente pregunta.

—¿Cree que estaba lo bastante dolido para hacerle daño?

Lawrence pareció hundirse en el sillón.

—Me he hecho esa misma pregunta durante veinte años. Me he preguntado qué haría si mi mujer se... con otro hombre y yo tuviera acceso a un crematorio. —Lawrence hizo una pausa—. Lo que nunca se me olvidará es la expresión de su cara. Si hubiese venido hacia mí, me hubiese sacado a rastras del coche y me hubiese pegado, no me habría hecho gracia, pero lo habría entendido. Sin embargo, se limitó a mirarnos a través del parabrisas sin decir palabra. Si te soy sincero, me dio muchísimo miedo. Ella se había... quitado el anillo, el del diamante con forma de corazón, cuando... ya sabes. Pero en cuanto vio a tu padre se lo volvió a poner mientras se miraban a los ojos. Nunca había visto a dos personas quererse y odiarse al mismo tiempo. Fue rarísimo. Él se limitaba a mirarla fijamente. Era como si yo ni siquiera estuviera allí, y la verdad es que habría dado cualquier cosa por no estar allí. Por un instante, pensé que tu padre sacaría una pistola y nos mataría. O que se vendría abajo y se echaría a llorar. —Lawrence soltó un suspiro—. O las dos cosas.

El anciano se mesó la barba.

—Cuando supe que tu madre había desaparecido, lo primero que pensé fue que él la había matado. Aquella expresión suya... Luego pensé que a lo mejor Bonita había huido. No de vosotros, de sus hijos, sino de la vida que llevaba, ¿sabes? No quiero ni pensar cómo será vivir con una persona a la que quieres pero de la que ya no estás enamorado.

—¿Te refieres a mi padre o a mi madre? —preguntó Neveah.

Lawrence bostezó.

—Puede que a los dos. ¿Qué sabré yo, joder? Sólo soy un viejo.

Neveah le dio las gracias por recibirla y volvió a la furgoneta. No quedaba nadie con quien hablar de lo sucedido salvo su padre y, si los médicos estaban en lo cierto, eso no pasaría en un futuro cercano, si es que llegaba a pasar.

Arrancó la furgoneta.

Su instinto le decía que él tenía algo que ver con lo que le había sucedido a su madre, pero se preguntaba si la suya no sería una perspectiva sesgada. ¿Acaso deseaba que fuera verdad para tener por fin una respuesta a la que agarrarse? ¿O era su padre un asesino desalmado que había quemado a su mujer en una pira funeraria hecha de hierro y alimentada con gas propano? Todo el mundo insistía en lo mucho que él la quería, pero eso no le impedía matarla. Neveah no podía dejar de pensar en esa foto del coche de su madre, en lo que Lawrence había dicho de la expresión de su padre. ¿Acaso fue esa expresión lo último que vio su madre? Si él la había matado, lo más parecido a un castigo que recibiría por ello era estar tirado en esa cama de hospital sin poder moverse ni hablar hasta el día que muriese. La policía no iba a detenerlo y sus hermanos se negaban a creer en su culpabilidad. Neveah era como don Quijote, arremetiendo contra un olvidado molino de viento.

—¿Qué coño estoy haciendo con mi vida? —se preguntó en voz alta. No había nadie para contestarle, así que se contestó a sí misma

—: Nada que te haga feliz —dijo, y se incorporó a la carretera interestatal.

Roman estaba en el crematorio, usando el vetusto escritorio de su padre para lo que estaba casi seguro de que era un vano intento de localizar al socio trapacero de Lil Glock para ver si había alguna posibilidad de recuperar sus cuatro millones de dólares. Había contratado los servicios de una empresa de recopilación de datos fundada por antiguos hackers que, por una cantidad nada desdeñable, se saltaban la normativa de protección de datos en internet para averiguar lo que fuese sobre quien fuese. Estaban rastreando al amigo de Lil Glock a través del uso del móvil, las transacciones con tarjeta de crédito, las compras en internet e incluso los servicios de *streaming* musical.

Todo eso estaba muy bien, pero Roman sabía que, si había metido el dinero en una cuenta bitcoin, era como si lo tuviera en una caja fuerte en la luna. Bitcoin no estaba registrado en el FDIC, el fondo de garantía de depósitos. En realidad, no se sometía a las regulaciones de ningún país u organismo gubernamental. No había nadie a quien recurrir en un entorno jurídico formal para recuperar el dinero de Lil Glock.

Envió un mensaje a los hackers para darles las gracias por su trabajo y hacerles una paga y señal desde su cuenta de empresa que Lil Glock tendría que reembolsarle, recuperara o no su dinero.

Las vías legales que tenían ante sí eran endebles, sin duda, pero cabía la posibilidad de explorar otras, siempre y cuando localizaran al amigo de Lil Glock. Khalil podía recomendarle a alguien para que

fuera a hacerle una visita provisto de herramientas de diálogo como sopletes, martillos y pistolas eléctricas.

Roman vislumbró su propio reflejo en la pantalla del ordenador. ¿Habría contemplado siquiera esa clase de métodos un mes atrás? No era ingenuo. Había participado en sesiones de interrogatorio poco ortodoxas en el pasado, pero su participación había consistido básicamente en sufragarlas. No todos sus clientes se hacían pasar por gánsteres. Tampoco eran delincuentes que trabajaban la calle como Torrent y Tranquil, sino tiburones del mundo empresarial que no tenían empacho en recurrir a esos métodos. Él nunca había tenido que encargar personalmente ese tipo de estrategias de persuasión, sino que se había mantenido al margen de esa parte del negocio. No se había ensuciado las manos, en términos generales, pero detrás de todo gran imperio había un delito aún mayor. La diferencia era que ahora no le tocaba limpiar lo que otros ensuciaban, sino que era él quien hacía el estropicio.

Alguien llamó al timbre. Antes de que se levantara siquiera, volvieron a llamar. Para cuando se dirigió a la puerta, el estrépito era ensordecedor. No esperaba ningún cadáver en todo el día, salvo que Neveah se hubiese olvidado de decírselo. Esa mañana parecía absorta cuando le dijo que tenía que ir a hacer un recado.

Roman llegó hasta la puerta y se asomó a la mirilla. «¿Qué cojones querrá éste?», pensó.

Se planteó no abrirle, pero luego pensó que seguramente era mejor arrancarse esa tirita cuanto antes.

—¿Qué puedo hacer por usted, detective Mansfield? —preguntó.

Chauncey entró en el vestíbulo del crematorio sin decir palabra. Roman pensó que tenía un aspecto demacrado y cabizbajo. Una

barba de dos días le ensombrecía el rostro como una fina capa de espuma en la superficie de un estanque. Los ojos inyectados en sangre parecían habérsele hundido en el cráneo. La ropa arrugada le colgaba del cuerpo como la de un espantapájaros.

—Creo que tú y yo tenemos que hablar —dijo Chauncey.

Roman permaneció en el centro del vestíbulo con las manos colgando relajadamente a los costados. No creía que Chauncey hubiese ido hasta allí para detenerlo. Aquello no tenía pinta de misión oficial, y además venía solo. Si quisiera seguir por esa vía, se habría traído a su compañero.

—¿De qué, exactamente? —repuso Roman—. No quisiera parecer grosero, pero me parece que tú y yo no tenemos nada de que hablar. Salvo que quieras comentar el tiempo que hace.

Chauncey soltó una risotada, un sonido lúgubre como un traqueteo de huesos en el cementerio.

—Ya veo que lo de pasarse de listos es cosa de familia. Tu hermana...

—Si vas a decir algo desagradable sobre mi hermana, te recomiendo que te lo pienses dos veces —lo interrumpió Roman. No levantó la voz, pero el tono tajante en que lo dijo hizo que Chauncey recapacitara.

—Bueno, no he venido por ella —masculló.

Roman se preguntó si su mujer le habría dado la patada, porque, a juzgar por su aspecto, era muy posible que hubiese pasado las últimas noches en el coche.

Chauncey metió la mano por dentro de la chaqueta y sacó un sobre.

—He venido por esto —dijo, tendiéndoselo.

Roman frunció el ceño.

—Si no es una orden judicial, no me interesa —dijo.

—Oh, ya lo creo que te interesa —replicó el policía.

Roman le arrebató el sobre de la mano. Lo abrió y vio que contenía una serie de fotos. Las sacó y las abrió en abanico como si fueran las cartas de una baraja. Había fotos suyas saliendo de casa en el Challenger, fotos suyas en el Kingdom con Torrent, Tranquil y el resto de los BBB. Había fotos suyas saliendo del piso de Jae en su compañía. Había unas pocas fotos de Dante, pero en la mayoría se lo veía saliendo, a todas luces ebrio, de una destartalada casa móvil o del otro bar concurrido de la ciudad, Cooper's Rest. Había un par de fotos de Neveah que hicieron que la ira tiñera de rojo su campo visual, pero lo disimuló con una expresión impasible.

Volvió a dejar las fotos en el sobre y se lo tendió a Chauncey, que alzó la mano para indicarle que no las quería.

—No, ésas son para ti. Yo tengo copias de sobra —dijo Chauncey.

Roman arrojó el sobre a la mesa de centro rayada del vestíbulo y esperó que Chauncey le dijera qué pretendía. Porque estaba seguro de que lo siguiente que saldría por su boca sería una exigencia o un deseo.

—Soy policía desde hace doce años. Esas fotos me cuentan una historia, ¿quieres oírla?

—Me da en la nariz que me la vas a contar quiera o no quiera, así que adelante —dijo Roman.

—Es la historia de un tipo listo de cojones que sabe manejar la panoja y que vuelve a casa después de que su padre intente darse el filete con un tren en marcha y se convierta en huésped permanente del ala del hospital reservada para los vegetales.

Entonces va el tarado de su hermanito y se mete en un lío de cojones con un par de asesinos despiadados y pasa algo, algo chungo. Tan chungo, de hecho, que el mejor amigo del hermano tarado y su novia desaparecen del mapa. Y de golpe y porrazo ese tipo listo al que se le da bien manejar la panoja se hace amiguito de esos putos salvajes, sale de fiesta con la putilla de su hermanastra y empieza a llenarles los bolsillos de pasta, seguramente a cambio de que no enculen al tarado del hermanito con una pistola del calibre cuarenta y cinco. ¿Caliente, caliente? —preguntó Chauncey.

—Como has dicho, no es más que una historia. A lo mejor deberías escribirla y enviarla a una de esas páginas web que publican relatos cortos de ficción —dijo Roman.

—Tienes negocios con los BBB. La relación de tu hermano con ellos es pública y notoria. Un confidente y su novia están en paradero desconocido. Savion Graham, más conocido como Yellaboy, otro sicario de los BBB, lleva una semana desaparecido. Su mamaíta llamó a la comisaría para decir que salió con unos amigos y no regresó a casa. Desde que has vuelto, las calles de Jefferson Run se han vuelto más peligrosas que las de Afganistán. Estás metido en esto hasta el cuello y cada día te hundes un poco más. ¿Qué te parece la historia? —dijo Chauncey, poniendo el índice sobre el pecho de Roman para mayor énfasis.

Roman se quedó mirando el dedo de Chauncey.

—No soy abogado ni policía, pero creo que deberías apartar ese dedo si no quieres que llame a tus compañeros del uniforme azul y presente cargos por agresión policial —dijo.

Chauncey se echó a reír, pero apartó el dedo.

—No te das cuenta de hasta qué punto estás jodido. O a lo mejor sí que te das cuenta y lo que pasa es que estás cagado de miedo. Los BBB nunca te soltarán. Terrance Gilchrist y el psicópata de su hermano, Tracy Gilchrist, están metidos en el mundillo, a fondo y por partida doble, desde que jugaban con los Hot Wheels. Terrance cometió su primer asesinato a los dieciséis, pero se libró de la cárcel por un tecnicismo legal cuando el principal testigo del caso fue hallado flotando en el río James con una rata metida en la garganta y el vientre rajado como si fuera un pescado. Tracy está muy cerca de convertirse en un asesino en serie. Eres un puto boquerón nadando entre megalodones. Mira, no sé por qué has decidido juntarte con esos dos perturbados, pero sí sé, y tú también lo sabes, que esto sólo puede acabar contigo en la cárcel o tirado boca abajo en una zanja con dos agujeros de bala en la nuca. Esos tíos te exprimirán hasta dejarte seco y, cuando ya no les sirvas para nada, se desharán de ti sin pestañear, porque no les gusta dejar cabos sueltos. Eso si los Ghost Town Crew no te mandan al otro barrio junto con los hermanos Gilchrist una noche cualquiera al salir de la discoteca. En cualquier caso, así es como acabará tu vida —concluyó Chauncey, y dio palmas con todas sus fuerzas—. Pero yo he venido a ofrecerte una salida —continuó—. No volveré a ofrecértela, así que escucha con atención. Ahora mismo no eres el objeto oficial de ninguna investigación, pero eso puede cambiar de la noche a la mañana. Una vez que ocurra, no tardaré demasiado en conseguir esa orden judicial de la que hablabas. Te detendré y me aseguraré de que todo el mundo vea que te vas de rositas, sobre todo Tranquil y Torrent. No tardarán demasiado en convencerse de que te has ido de la lengua. Entonces os matarán a los tres, despacio. Morirás

oyendo a Neveah llamándote a gritos, o a tu padre, o a los dos. Pero atento, que ahora viene la parte en la que salvas el culo. Me das... pongamos veinticinco mil, y yo me encargo de que tu nombre desaparezca de la lista de sospechosos de estar vinculados con la banda. Le doy carpetazo a cualquier investigación que surja. A partir de ahí, puedes convertirte en mi nuevo confidente. Te pondremos un micro y podrás conseguirnos pruebas contra Torrent y su banda de sociópatas por los cientos de delitos graves que seguramente han cometido. Hasta puedo colocar pruebas falsas contra otro de sus lacayos para que las sospechas no recaigan sobre ti. De este modo, tu familia y tú podréis retomar vuestra dinámica disfuncional de siempre.

Roman ladeó la cabeza a la derecha.

—A ver si lo he entendido. ¿Quieres que te pague por el privilegio de ser un soplón y luego pretendes que me quede cruzado de brazos mientras le tiendes una trampa a otro para que lo señalen como soplón?

—Puedes tomarte esos veinticinco mil como un peaje por las molestias que me ha causado tu hermana tratando de cargarse mi matrimonio. Es eso o voy a ver a Torrent y le digo que eres un soplón de todos modos después de detenerte y de que vea que sales sin cargos. Tú eliges, Roman —concluyó Chauncey.

Roman negó con la cabeza.

—No me puedo creer que seas tan estúpido. Deja que te cuente qué está pasando realmente. Salgo con la hermana de Torrent y Tranquil, por eso me has visto con ellos de tarde en tarde. En lo que respecta a mi hermano, le gusta salir de fiesta y esos dos no suelen perderse ni una. Tú y yo sabemos de sobra a qué se dedican y los

métodos que emplean, pero eso no significa que yo forme parte del negocio ni que lo apruebe. Jefferson Run tiene rango de ciudad, pero ambos sabemos que en el fondo sigue siendo un poblacho. Aquí todos nos conocemos, es así y punto.

Roman puso una mano sobre el hombro de Chauncey.

—Pero ahora hablemos de ti. No tienes muy buen aspecto. ¿Te ha echado de casa la mujer? ¿Qué ha pasado?, ¿por fin se ha enterado de que te tonteas con mi hermana? ¿Alguien le ha dicho que os ha visto juntos? Pero le echas la culpa a Neveah, como si bailar el tango no fuera cosa de dos. Sé que tiene que ser duro para ti, pero voy a pedirte que no vuelvas a pronunciar los nombres de mi hermana, mi hermano y la mujer con la que salgo. No te voy a pagar nada, pero voy a hacerte un favor no presentando una denuncia ante el jefe de policía por acoso con intención dolosa. Mi padre es amigo del alcalde, y estoy seguro de que se disgustaría si supiera que el hijo de uno de los miembros más destacados de lo que queda de la Cámara de Comercio de Jefferson Run se siente... inseguro. Así que ¿por qué no vuelves al hotel, albergue, tugurio o aparcamiento en el que duermes por las noches y nos dejas en paz a mi familia y a mí? —Dio una palmadita en el hombro a Chauncey y añadió—: Que tengas un buen día.

El policía sonrió.

—Espero que tengas un buen abogado, porque vas a necesitarlo.

—Tengo una abogada, y es la hostia de buena. Ahora debo pedirte que te marches. Tengo que hacer unas gestiones para un cliente y no puedo perder más tiempo. Supongo que tú también tienes que ir en busca de algún sitio donde asearte cuando se te acabe el parquímetro —le espetó Roman.

Chauncey se llevó la mano a la chaqueta.

—Que te den por culo —masculló.

—Como saques esa pistola, será mejor que me mates —dijo Roman.

La ira que destilaban sus palabras lo sorprendió, pero era sincera y descarnada, y supo sin lugar a dudas que lo decía en serio. Estaba harto de ese hombre, de sus comentarios condescendientes y esa mojigatería hipócrita que le revolvía el estómago, de sus amenazas huecas. Harto de su compadreo misógino, de su grosería. Harto de que blandiese la placa como si fuera una porra.

Por encima de todo, estaba harto de que le faltara al respeto a Neveah. De modo que, si Chauncey quería realmente vérselas con él, estaba encantado de hacerlo cuanto antes y dejar el asunto zanjado allí mismo.

Chauncey debió de ver esa determinación en el rostro de Roman. Debió de notarla en la mirada asesina de éste estando a dos palmos de distancia el uno del otro. Tal vez hubiese visto esa expresión antes y supiese cómo acababa la historia.

—¿Te resistes a ser detenido? —preguntó Chauncey.

—Pruébalo y lo sabrás —replicó Roman.

No era prudente hablarle en ese tono a un agente de policía, pero, en el momento en que Chauncey había intentado chantajearlo a cambio de dinero, dejó de verlo como un policía para verlo como un problema que había que resolver. El cómo aún estaba por determinar.

Chauncey sacó la mano de la chaqueta.

—Si te meto una bala entre ceja y ceja nunca cobraré. Además, es demasiado papeleo. Voy a darte unos días para que reflexiones. A lo

mejor cuando te tranquilices verás que ésta es tu única salida. Ya hablaremos —dijo, y se fue hacia la puerta.

Roman lo siguió con la mirada y, cuando oyó que arrancaba el coche, llamó a Khalil.

—*Pax romana* —dijo éste a modo de saludo.

—Tenemos un problema —anunció Roman.

—Bueno, no pasa nada. Me gano la vida resolviendo problemas.

—Éste es más grande de lo habitual —le advirtió Roman.

—De acuerdo. Déjame que me encargue de lo otro esta noche y nos ocuparemos de ello.

—¿Qué piensas hacer con los... artículos que vas a adquirir? —preguntó Roman.

Khalil se lo pensó unos segundos.

—Supongo que los soltaré en territorio de los Ghost Town Crew. Les vendría bien cambiar los machetes por algo un poco más sofisticado.

28

Torrent entró por la puerta trasera de Trout's flanqueado por Tranquil y D-Train, que cerró la puerta con llave a su espalda mientras Torrent se iba a la cocina hecho un basilisco. Allí lo esperaban Roman, Tank, Eddie Munsta y los gemelos Bang Bang.

—Abre la cámara —ordenó Torrent.

Lucius abrió la cámara frigorífica, echó la puerta hacia atrás y la bloqueó. Una ráfaga de aire helado escapó de su interior. A Roman se le puso la piel de gallina, aunque no sabría decir si era por el aire o por ver a esos dos hombres sentados en el suelo de la cámara desnudos y temblando de frío.

—Levántalos —ordenó Torrent.

—¿Qué hace éste aquí? —preguntó Tranquil refiriéndose a Roman, que pensaba que sólo Torrent y él lo habían oído, hasta que advirtió la sonrisita de D-Train.

—Alguien va a acabar en el horno —dijo Torrent.

Los gemelos Bang Bang levantaron a peso a los dos hombres y los sacaron a rastras de la cámara frigorífica. Roman se fijó en las manchas oscuras, negras como el carbón, que tenían en las nalgas. Parecían quemaduras. Si alguno de los dos sobrevivía a esa noche, tendrían que extirparles ese tejido necrosado a causa de la congelación.

Reconoció vagamente a los dos hombres de haberlos visto en el Kingdom. El más alto se hacía llamar Wiz, mientras que el otro se apodaba Cali, diminutivo de California, porque siempre estaba hablando de irse a Los Ángeles para convertirse en rapero.

Roman opinaba que no tenía muchos números para llegar a ser rapero, ni tan siquiera para ver salir el sol.

—¿Cuál de vosotros iba al volante? —preguntó Torrent.

Wiz y Cali temblaban tanto que les castañeteaban los dientes. El primero movió la cabeza de lado a lado. Tenía los ojos desorbitados, como un conejo atrapado en una trampa.

—Yo iba con-con-conduciendo —farfulló Wiz.

—¿Y qué?, ¿los viste aparecer y no te llevaste por delante a esos hijos de puta? —preguntó Torrent.

—Te-te-tenían bom-bom-bombas —intervino Cali.

—¿De qué cojones hablas?

—Íbamos por la estatal 794 —dijo Wiz—. Dejamos la autopista, como nos dijiste, para tomar la carretera secundaria, y todo iba como la seda. Nosotros dos en medio, Rashaun y Mezzy en el coche de delante, T-Rock y Daz en la camioneta de detrás. Íbamos tan tranquilos en la furgo y de repente vemos que el coche de Rashaun explota y sale volando por los aires. Dos segundos después, pasó tres cuartos de lo mismo con la camioneta de T-Rock que venía detrás de nosotros. Pegué un volantazo para no chocar con lo que quedaba del coche de Rashaun y me salí de la calzada. Ahí es cuando tres tipos blancos nos rodearon y nos sacaron a rastras de la furgo. Luego se largaron. Rashaun seguía con vida, pero no pudimos sacarlo del coche porque estaba envuelto en llamas. Chillaba sin parar y...

Torrent interrumpió su explicación.

—Me la suda Rashaun. Está muerto. ¿Qué pinta tenían esos tipos blancos? —preguntó.

Wiz se pasó la lengua por los labios.

—Llevaban máscaras —dijo Cali.

—¿Y cómo coño sabéis que eran blancos? —preguntó Torrent.

—Porque llevaban chalecos como de motero en los que ponía «Rare Breed» y porque hablaban como los blancos —contestó Cali.

—¿Qué cojones es hablar como los blancos? —inquirió Torrent.

—Sonaban como cantantes de country —explicó Cali.

Roman se quitó el sombrero ante la meticulosidad de Khalil. Se había asegurado de que lucieran el atuendo de la conocida banda motera, de que cambiaran su acento. Se notaba su paso por operaciones especiales.

—¿Así que Rare Breed? —dijo Torrent.

—Sí, eso ponía en los chalecos —confirmó Wiz.

Torrent se acarició la perilla.

—¿A quién se lo dijisteis? —preguntó.

—¿Qué? ¿Decir qué cosa? —repuso Wiz con un gallo.

—¿A quién le dijisteis que ibais a pasar por Roanoke con una furgoneta llena de fusiles de asalto, mamonazo? Fusiles que supuestamente tenían que ir a parar a unos dominicanos que ahora mismo están viniendo por la interestatal 95. Dominicanos a los que tengo que llamar para decirles que hemos perdido la mercancía. Así que te lo volveré a preguntar. ¿A quién cojones se lo dijisteis? —insistió Torrent.

—¡No le dijimos nada a nadie, joder! —contestó Wiz a gritos. Enseñaba los dientes y parecía que los ojos se le fueran a salir de las

órbitas.

Hubo un silencio, sólo roto por el zumbido de la cámara frigorífica y el tictac del reloj de pared.

—¿Y cómo sabían que cogeríais la estatal 794? —preguntó Torrent.

Wiz volvió a humedecerse los labios.

Tranquil se adelantó y sacó su pistola del calibre 45.

—¿Y por qué os han dejado con vida? —preguntó.

—¡No, por favor! —chilló Wiz.

Tranquil le metió una bala en la frente. El estrépito del disparo en un espacio interior, aunque fuera tan amplio como la cocina de Trout's, hizo que a Roman le estallaran los oídos. Una fina neblina roja impregnó el aire. Roman vio la luz fluorescente bailando en las diminutas gotas de sangre. El cuerpo de Wiz se desplomó como un saco de ropa mojada. Cali dio media vuelta para salir corriendo, pero Tranquil le disparó dos veces por la espalda. Cayó de bruces, con la mitad del cuerpo en la cámara, la mitad fuera, gimiendo como un ciervo herido.

Torrent fue hacia él y le dio una patada en las costillas. Cali se estremeció y soltó un chorro de sangre por la boca, mezclado con vómito. Cuando Torrent se disponía a patearlo de nuevo, resbaló en el suelo encharcado por la sangre de Cali. Lavon impidió que se cayera y él lo apartó bruscamente.

A Eddie Munsta se le escapó una risita. Como a la mayoría de los quinceañeros, le resultaba desternillante ver a alguien cayendo o a punto de hacerlo.

D-Train le aporreó el hombro y a Eddie se le cortó la risa de golpe.

—Bang Bang, id a por el plástico y envolvedlos. Luego metedlos en la furgo del lumbreras. D-Train, Tank y tú os encargáis de limpiar todo esto —dijo Torrent.

Tranquil se metió la pistola en la cinturilla del pantalón y se volvió para salir por la puerta trasera. D-Train y Tank se dirigieron al armario de la limpieza mientras los gemelos Bang Bang cogían un rollo de plástico de debajo de una estantería de la cocina que albergaba grandes ollas y fuentes.

Torrent se acercó a Eddie Munsta y le sonrió.

—Casi me caigo de culo en la sangre rancia de ese cabronazo —dijo.

Eddie le devolvió la sonrisa.

—Sí, ha sido...

Eddie estaba de pie frente a una larga mesa de acero inoxidable, que ocupaba casi todo el largo de la cocina, sobre la que se alineaban varios utensilios organizados según su función. Había ablandadores de carne y cuencos de acero inoxidable apilados unos dentro de otros, coladores y cedazos, cacerolas, cucharones y pinzas de varios tipos.

Y cuchillos. Un enorme taco de cuchillos. Casi todos tenían mango de madera, pero había unos pocos que lo tenían de fibra de vidrio, con una superficie texturizada para asegurar un buen agarre.

Torrent cogió uno de esos cuchillos y se lo clavó a Eddie Munsta en la garganta, justo por debajo del mentón. Cuando sacó el cuchillo, la sangre empapó la pechera de la camiseta negra de Eddie, que llevaba estampada la silueta roja del Poderoso Ciervo de Prosser State. Eddie se tambaleó y Torrent lo cogió por el pelo, que llevaba peinado en prietas rastas jamaicanas, y lo acuchilló una y otra vez

en el pecho y el estómago hasta que su cuerpo se desplomó como un títere al que hubiesen cortado los hilos.

Torrent lo dejó caer al suelo.

—¡A ver cómo te ríes ahora, hijo de puta! —bramó dirigiéndose al cadáver, que ya se enfriaba rápidamente.

Nadie se movió. Nadie parecía respirar. Roman se quedó petrificado. Se había puesto guantes de látex negros para ayudar a los gemelos Bang Bang a empaquetar a Wiz y a Cali. Lucius y Lavon habían desenrollado un trozo de película plástica de tres milímetros de grosor para envolver los cadáveres, pero se habían quedado inmóviles. D-Train y Tank, que habían ido a por cubos y fregonas, se detuvieron en seco.

—Envolvedlo a él también —dijo Torrent.

Y, siguiendo a su hermano, salió por la puerta trasera.

Más tarde, mientras cargaban los tres cadáveres en la furgoneta de Servicios Crematorios Carruthers, D-Train se detuvo y se quedó mirando el cielo nocturno. Los gemelos Bang Bang habían vuelto al Kingdom. Tank ya se había largado para recoger a su chica, que salía de trabajar en el hospital. Sólo quedaban Roman y D-Train.

—Hubo un tiempo en que me tiraba a su tía. Su madre murió en un accidente de tráfico, Eddie tendría unos ocho años. Su padre no quería saber nada de él. Neesha, la tía, me dijo que se había casado con una ricachona de Maryland. A los trece ya estaba haciendo recados para nosotros. El año pasado empezó a trabajar de verdad. —D-Train agachó la cabeza, asió el tirador de la puerta trasera de la furgoneta de Roman y la cerró de golpe—. Este mundillo es lo que

tiene, ¿sabes? Si te metes, te arriesgas a acabar con un tiro en la cabeza. Si te pillan los maderos, puedes acabar en la trena. Pero ¿esto? Esto es una puta mierda, tío —dijo D-Train.

Roman vio como los hombros del grandullón se hundían bajo el peso de su propia culpa y no pudo sino sentir lástima por él. Roman estaba íntimamente familiarizado con la culpa. Sabía que podía aplastarte bajo su implacable tonelaje.

—Cuando estaba en la escuela de negocios, uno de los profesores me dijo que un verdadero líder te guiará hasta la cima de la montaña, pero no te empujará por el borde del precipicio cuando las cosas se tuercen.

D-Train apoyó la mano en la puerta de la furgoneta.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó, sin apenas mover los labios.

—No estoy diciendo nada. Me limito a hacer una observación —contestó Roman. Le dio una palmada en la espalda y luego se sentó al volante de la furgoneta.

Mientras se alejaba, se preguntó si debería haber compartido una cita distinta con D-Train, concretamente una de Keith Carruthers. La había dicho para explicar por qué iba a dejar de trabajar para la agencia funeraria y a abrir su propio crematorio: «A veces, el hombre que lleva la corona no es el que debería reinar.»

Para cuando se deshizo de los tres cadáveres, eran las once. Las cenizas seguían tibias cuando las metió en dos urnas después de pasar los restos por el cremulador. Estaba sellando la segunda bolsa y guardándola en otra urna cuando una revelación lo golpeó como si le hubiesen atizado con un bloque de hormigón en la cara.

Eddie Munsta tenía quince años. Era un año más joven que él cuando su madre desapareció. Nunca llegaría a cumplir dieciséis. Nunca se graduaría en el instituto ni iría a la universidad. Nunca se casaría ni tendría hijos. Se quedaría con quince años para siempre. Sería polvo gris por toda la eternidad, metido en una caja de plástico, en una estantería olvidada en la trastienda de un crematorio donde el sufrimiento y la desolación seguirían reinando mucho después de que se extinguieran las llamas que devoraban a los muertos. Roman tenía la sensación de que la vida, la existencia, era una rueda estigia que, girando sobre un eje cruel, se había topado con Eddie en el mismo punto que en tiempos había ocupado Roman. Y, si bien él había escapado con vida, en más de un sentido estaba tan muerto por dentro como lo estaba Eddie físicamente.

Cerró la bolsa y se llevó las dos urnas de plástico al almacén. Las empujó hasta el fondo y puso delante otras que contenían los restos de difuntos cuyos familiares habían decidido incinerar, pero luego habían decidido que no querían pagar la cremación.

Llamó a Dante y le salió el buzón de voz. Roman soltó un suspiro. Se preguntó si era así cómo se sentía Neveah cuando no conseguía que su hermano fuera a ayudarla. Le envió un mensaje para advertirle que procurara no llamar la atención, que Torrent estaba de muy malas pulgas y que no sería buena idea dejarse ver por el Kingdom durante unos días. No le dijo que Torrent había matado a un chaval cosiéndolo a puñaladas sólo porque se le había escapado la risa.

Sabía que Dante estaba a punto de perder los papeles. Lo de Eddie habría sido la gota que colma el vaso.

«¿Dónde puñetas te metes?», se preguntó mirando fijamente la pantalla del móvil.

Dante leyó el mensaje de Roman y volvió a dejar el móvil en la mesilla de noche. El motel sólo costaba setenta y nueve dólares por noche y estaba a la altura de su precio irrisorio. Rodó hasta quedar boca arriba y contempló la mancha de humedad que había en el techo. El humo del cigarrillo libraba un duelo con el olor corporal por el dominio olfativo en una habitación de motel a ochenta kilómetros de Jefferson Run, al final de un tramo desierto de la carretera estatal 301, en un escupitajo de pueblo llamado Aruna. Un pueblo al que no iría nadie en su sano juicio, salvo que quisiera esconderse de sus propios errores.

—¿Quién era?

—Nada, mi hermano —dijo Dante.

«Cometer errores es lo único que sé hacer», pensó Dante mientras se daba la vuelta y la tomaba entre sus brazos. La lluvia, silenciosa como una promesa secreta, empezó a azotar la ventana, empañando el cristal y dificultando que Dante viera el Honda con el enorme alerón en el aparcamiento.

29

Roman se estaba haciendo unas tortitas cuando Dante entró por la puerta, pasó de largo delante de la cocina y se fue arriba.

—Tienes pinta de llevar un mes sin pegar ojo —dijo Roman mientras giraba una tortita. Unas gotas de masa le salpicaron el antebrazo mientras la tortita chisporroteaba en la mantequilla caliente.

—Insomnio. Un triste efecto secundario de vivir cagado de miedo. Los Black Baron Boys andan en pie de guerra —dijo Dante.

Roman no comentó nada al respecto porque no se lo podía discutir. Desde que había perdido el cargamento de armas, Torrent vivía sumido en un estado casi permanente de furia desatada. Los Black Baron Boys lo arrasaban todo a su paso.

—¿Cómo está Raynell? —preguntó Roman.

—¿Eh?

—Raynell. Supuse que estarías en casa de Tug. De las últimas diez noches, sólo has dormido dos en casa —dijo Roman.

«Maldita sea —pensó Dante—, no se le escapa una.»

—Ah, sí. Ayer me pasé por allí. Está bien. Me voy arriba —contestó Dante.

—Vale.

Iba por la mitad de las escaleras cuando Roman le hizo otra pregunta que lo obligó a parar en seco.

—¿Has vuelto a saber algo de Cassidy?

Dante se detuvo, pero no se dio la vuelta para contestar.

—No, ¿por qué?

—Nada, sólo me lo preguntaba. Con la mala hostia que se gasta Torrent estos días, lo peor que podría pasar sería que esa chica se presentara aquí de pronto porque echa de menos a su madre —dijo Roman.

—Ya, bueno, no he sabido nada más de ella. Seguramente a estas alturas está en la otra punta del país —repuso Dante.

—Eso espero —comentó Roman. Ayudándose con la espátula, dejó caer la tortita sobre la pila del plato. Luego lo cogió y se sentó a la mesa del comedor.

—Rome —dijo Dante.

—¿Qué?

—Estás en ello, ¿verdad? Me refiero a que, cuando lo arregles, si es que puedes arreglarlo, Cass debería poder volver a casa, ¿no? —preguntó Dante.

Roman se limpió el mentón con la servilleta.

—Lo mejor seguramente sería que no lo hiciera, pero sí, es posible —contestó.

—Vale. Siento haberte metido en esto —se disculpó Dante.

—Todo saldrá bien. Te quiero, cabezón —dijo Roman.

—Tío, si mi cabeza fuera tan grande como la tuya, tendría su propio campo gravitacional —le soltó Dante.

—Más te vale irte arriba y meterte en la cama antes de que te duerma de un tortazo —dijo Roman sonriendo a su hermano.

—He oído hablar de unos cursillos estupendos para aprender a controlar la ira. No te vendría mal probarlos —replicó Dante mientras subía las escaleras.

Lo dijo en tono risueño, pero si Roman hubiese visto su cara, habría pensado que estaba a punto de romper a llorar.

Dante entró en su habitación y cogió el móvil. Tenía un nuevo mensaje:

qué ha dicho

Era el número del móvil desechable de Cassidy. Le contestó.

aún no
es complicado

Dante se dejó caer boca arriba a lo ancho de la cama. En las paredes había pósteres de famosos grupos de hip-hop, de varias de las primeras bandas de rock indie y unos pocos carteles de las películas de superhéroes que en su día habían sido el taquillazo del verano.

Su padre siempre decía que la suya no era la habitación de un hombre hecho y derecho. Keith Carruthers se detenía en el umbral, echaba un vistazo al interior y meneaba la cabeza con gesto reprobatorio. Dante, por lo general, estaba tumbado en la cama, como ahora, y su padre sentenciaba con su voz de profeta del Antiguo Testamento: «Ya no tienes doce años.»

A lo que Dante replicaba: «No tengo doce años desde el día que mamá desapareció.»

Entonces se miraban fijamente a través del tiempo y el espacio, como dos centinelas encargados de preservar el recuerdo del peor día de su vida hasta que el cielo se quedara sin estrellas. Al cabo, su padre apartaba los ojos y seguía pasillo abajo, farfullando para sus adentros sobre las cosas que lamentaba haber hecho y las que podría haber hecho de otro modo, y Dante alargaba la mano hacia la mesilla de noche, como ahora, para coger un par de gominolas de maría o pastillas de ketamina que tragaba con desenfreno hasta que lo envolvían en su abrazo de algodón de azúcar y lo llevaban en volandas a un lugar donde la cara de sus padres quedaba oculta en las profundidades de un agujero aterciopelado de su alma mientras flotaba entre las ruinas del pasado, el presente y lo que le quedaba de futuro.

Al cerrar los ojos y notar que se desvanecían los difusos límites de la conciencia, pensó que su padre se equivocaba. La suya sí era la habitación de un hombre hecho y derecho. Un hombre que era la frágil amalgama de sus peores impulsos, pero un hombre al fin y al cabo. De tal palo, tal astilla, se dijo.

Roman estaba fregando su plato cuando empezó a sonarle el móvil. Vio que era Neveah y contestó encajando el aparato entre la oreja y el hombro.

—¿Qué hay?

—¿Puedes venir al taller?

—Sí, pensaba pasarme por ahí de todos modos. Estoy usando el ordenador de papá para una cosa de un cliente. ¿Necesitas ayuda con algo? —preguntó Roman.

—Más o menos. Estoy aquí ahora, por si puedes acercarte —dijo Neveah, y colgó antes de que acertara a contestar.

Roman miró el teléfono antes de volver a meterlo en el bolsillo. Conocía a su hermana. No le colgaría así salvo que estuviera disgustada por algo. Se preguntó si Chauncey habría intentado chantajearla enseñándole fotos en las que él salía confraternizando con los BBB. O tal vez la hubiese amenazado. Tratándose de Chauncey, no le parecía una suposición descabellada. Cogió las llaves del coche de alquiler, ya que Dante tenía las del Challenger. Había dicho que lo necesitaba para ir a ver a un amigo que vivía en la otra punta de Richmond y no quería hacer tantos kilómetros con el coche de alquiler.

Roman se dijo que, para una vez que su hermano se mostraba responsable, no iba a discutir con él. Se subió al coche y salió por el sendero de acceso dando marcha atrás. Mientras se incorporaba al tráfico, se recordó que debían buscar a alguien que fuera a cortar el puñetero césped.

Cuando Roman llegó al crematorio, Neveah estaba en el despacho de su padre, sentada al escritorio y hablando por el fijo. Por el cariz de la conversación, Roman dedujo que era la compañía del gas. Esperó en el vestíbulo a que colgara y se le fueron los ojos a una foto que había en la pared, colgada de un gran marco de madera. Había reparado en ella antes, pero sólo de un modo subconsciente. La forma del marco, el brillo del cristal, incluso las imágenes, siempre quedaban en la periferia de su visión cuando accedía al vestíbulo.

Pero ese día no. Ese día observó con atención la foto enmarcada y se vio instantáneamente transportado al momento en que se tomó, el día de la inauguración oficial de Servicios Crematorios Carruthers. Era una foto en blanco y negro en la que sus padres aparecían detrás de Neveah, Dante y Roman, que posaban con descaro. Estaban los cinco en el aparcamiento. A su espalda se alzaba el crematorio con su flamante letrero nuevo, a más de un metro de altura sobre el marco de la puerta, letras blancas sobre fondo negro.

Oscar había tomado esa foto.

Roman se preguntó si su madre y él se habrían acostado ese día. O quizá esa noche, mientras su padre recorría las autopistas y carreteras secundarias arriba y abajo, intentando conseguir contratos con todas las agencias funerarias que no tenían sus propios y gigantescos hornos de incineración.

Si ella se sentía sola, ¿por qué no se lo dijo? Y, si se lo dijo, ¿por qué no le hizo él caso?

Neveah colgó y se levantó del escritorio. Salió del despacho y fue hacia la puerta que llevaba a la sala del horno.

—Quiero enseñarte algo —dijo sin detenerse.

Siguiendo sus pasos, Roman cruzó la sala del horno hasta el almacén situado en la parte trasera del edificio, junto a la cámara frigorífica. Su hermana se había plantado delante de la estantería donde se guardaban las cenizas no reclamadas.

—¿Quién hay en esas dos urnas de ahí detrás? —preguntó.

Roman permaneció impasible mientras inventaba una mentira sobre la marcha.

—Encontré unas cenizas ahí detrás, cerca del contenedor de residuos peligrosos. Di por sentado que eran restos de alguna

incineración que papá había olvidado pasar por el cremulador. No tenían nombre ni nada, así que las trituré y luego las puse en dos cajas distintas. Pensé que ya saldríamos de dudas cuando hicieras la auditoría anual de los libros —dijo Roman.

—Vale, pero acabo de contar las cajas de cremación y resulta que faltan tres. ¿También tienes una excusa para eso? —inquirió Neveah.

Roman se congratuló para sus adentros de no haber usado cajas para Wiz, Cali y Eddie.

—No lo sé. A lo mejor papá las usó para esos restos que había cerca del contenedor de residuos peligrosos. A lo mejor se equivocó al hacer el recuento —aventuró Roman.

Neveah fue hacia él. Estaban tan cerca que alcanzaba a oler el vello chamuscado de los brazos de su hermana. Los hornos no estaban en marcha en ese momento, pero había notado el calor que desprendían al pasar por delante de ellos camino del almacén. Neveah había estado trabajando sola esa mañana, como tantas otras. Él estaba tan concentrado en los peones que debía mover sobre el tablero para preservar la libertad de su familia que apenas se había detenido a pensar en los cadáveres procedentes de las funerarias que aguardaban su turno en la cámara frigorífica.

—Roman, me estás mintiendo. Lo sé porque conozco este maldito lugar como la palma de mi mano, hasta el último ladrillo y la última baldosa, hasta la última tuerca y el último puñetero tornillo. No dependo de papá para saber cuántas cajas hay porque soy yo la que paga las facturas. Él maneja los hornos y se encarga de la cámara frigorífica. Tiene un truquito para evitar que la puerta enrollable se salga de los rieles. Yo me encargo de pagar las facturas, así que también llevo la cuenta de las cajas. Sé cuántas urnas se han

quedado sin recoger porque las familias dieron plantón a la agencia funeraria tras decidir que, en realidad, no hacía falta esparcir las cenizas de la abuela en el río. Me estás mintiendo y espero por Dios que no sea por lo que estoy pensando que es —dijo Neveah.

—Neveah, no te miento. Y soy consciente de que sin ti este lugar se iría a pique. Te estoy diciendo lo que hice. Vi esas cenizas y las repartí en un par de urnas. No sé por qué faltan cajas. Esto es lo que pasa cuando intento ayudar. Me habré equivocado en algo, pero no le busques tres pies al gato —dijo Roman.

Neveah lo cogió por el cuello de la camisa.

—¡Deja ya de mentirme a la cara, Roman! ¡Esto tiene que ver con lo que le pasó a papá, y con el dedo de Dante y con tus putos dientes! ¿Te das cuenta del lío en el que puedes habernos metido a todos si estás haciendo lo que creo que estás haciendo? ¡¡¡Podríamos ir a la cárcel, joder!!!

—¿Qué crees que estoy haciendo, Neveah? —preguntó Roman.

Neveah lo soltó y retrocedió.

—Ni siquiera me atrevo a decirlo en voz alta. Pero si Dante tiene una deuda con unos narcotraficantes que salís a saldar en mitad de la noche y de pronto hay cenizas de más y cajas de menos... La destrucción de un cadáver sin autorización de la familia es un delito. La destrucción de un cadáver para ocultar la comisión de un crimen es un delito grave, y al Departamento de Salud le importará una mierda que lo hayas hecho para salvar la vida de tu hermano.

Roman tomó las manos de Neveah entre las suyas y las apretó con fuerza.

—Neveah, te lo prometo... Dante se ha metido en un lío, pero tengo la situación encarrilada. No tienes de qué preocuparte —

mintió.

Ella apartó las manos.

—¿Que no tengo de qué preocuparme? Dante está en deuda con la misma gente que seguramente intentó matar a papá, que le rebanó un dedo y os dio una paliza de muerte. ¿Que no tengo de qué preocuparme? Dante y tú sois lo único que me queda, Roman. Sois lo único que me queda y me estás diciendo que no tengo de qué preocuparme cuando resulta que tratas de comprar su libertad a unos narcotraficantes y, para colmo, ¿cómo lo digo, te encargas de sus desechos? «Todo arde», ¿verdad? La famosa frase de papá. Ay, Dios mío, maldito imbécil, no puedo perderos también a Dante y a ti. Él la mató, Rome, él se la cargó, joder, y ahora a vosotros os da por jugar a los gánsteres y yo...

Neveah rompió a llorar. Apartó a Roman de un empujón, volvió al vestíbulo y salió por la puerta principal. Roman la siguió y la vio subirse a la camioneta y arrancar. Fue hasta su ventanilla.

—Neveah, ¿adónde vas? Venga, ¿qué estás haciendo? —preguntó.

Ella lo ignoró, puso la marcha atrás y salió del aparcamiento a toda velocidad.

Roman vaciló un instante, pero luego se subió al coche de alquiler y fue tras ella. Hacía tanto tiempo que no la veía llorar que no pudo evitar que lo perturbara. Su hermana no estaba en condiciones de conducir. Tenía que convencerla de que no pasaba nada para tranquilizarla, o por lo menos para que no se preocupara tanto. No sabía qué iba a decirle, pero no podía dejar que creyera que se estaba deshaciendo de los cadáveres de Torrent. Neveah no necesitaba esas imágenes, esa información, en su cabeza. No se lo merecía. Era él quien debía soportar esa carga, no ella.

Había dos vehículos delante de él y luego estaba la camioneta de Neveah. Se detuvieron los cuatro en el semáforo de la esquina de Industrial Way y Sycamore Avenue. Roman vio parpadear sus luces traseras cuando Neveah levantó el pie del freno. Siguió avanzando y los dos coches que él tenía delante doblaron a la derecha. Roman ganó terreno y se situó directamente detrás de ella. Le hizo luces, pero Neveah lo ignoró. Cruzaron Sycamore y siguieron por Industrial Way, que se convirtió en Lucy Boulevard.

Roman volvió a hacerle luces cuando llegaron al cruce de Lucy y Lillyhammer. A su derecha había un terreno baldío donde tiempo atrás se alzaba un salón de juegos recreativos. A su izquierda, una tienda de muebles y electrodomésticos se aferraba a la vida con uñas y dientes. Roman se fijó en los carteles de SE VENDE que empapelaban las lunas del escaparate.

Neveah se detuvo en un semáforo en rojo y Roman se colocó detrás de ella con el motor al ralentí. La vio mirar fugazmente por el espejo retrovisor y negar con la cabeza. Le hizo luces una vez más y ella contestó con una peineta antes de volver a poner las dos manos sobre el volante.

—Vamos, para el coche de una vez, maldita sea —dijo Roman en voz alta.

Mientras esperaban a que el semáforo se pusiera en verde, los coches que querían girar a mano izquierda para coger Lucy Earl los iban adelantando por el lado del conductor. En su mayoría eran camiones o vehículos de trabajo que se dirigían a Industrial Way. Vieron pasar una grúa que llevaba un coche destrozado al desguace, la furgoneta de una empresa de climatización.

Un coche último modelo con la carrocería pintada de un chabacano color morado dobló a la izquierda, pero luego se detuvo. Roman advirtió que el conductor tenía rasgos latinos. Había otro hombre a su lado y le pareció ver dos o tres pasajeros en el asiento trasero. El conductor se volvió hacia atrás y miró la camioneta de Neveah con ojos escrutadores.

Luego bajó la vista hacia su propio regazo.

Roman lo vio dar un toque en el hombro al copiloto, que cogió el móvil, tocó la pantalla y también se quedó mirando fijamente la camioneta.

El conductor puso las luces de emergencia y los vehículos que iban detrás del coche morado empezaron a rodearlo. El semáforo seguía en rojo cuando los dos pasajeros del asiento trasero bajaron la ventanilla y se asomaron por ella.

—¡No! —gritó Roman.

Los dos hombres empuñaban sendas armas y apuntaban con ellas a la camioneta de Neveah por el hueco de la ventanilla. Roman no sabía qué clase de armas eran, pero parecían fusiles semiautomáticos.

Pisó a fondo el acelerador y se fue derecho hacia el coche morado. Cuando lo embistió, el velocímetro marcaba sesenta y cinco kilómetros por hora. Uno de los hombres del asiento trasero lanzó una ráfaga de disparos, pero Roman había hecho recular el coche morado unos treinta centímetros. La lluvia de balas sobrevoló el capó de Neveah y rebotó en el suelo del terreno baldío. Roman rezó para que ella arrancara cagando leches, cosa que hizo, saltándose el semáforo en rojo y precipitándose calle abajo a toda pastilla.

Los hombres del coche giraron los fusiles en su dirección, pero él puso marcha atrás y retrocedió rápidamente mientras disparaban una ráfaga de balas contra su coche. La luna delantera se rompió en mil pedazos y una telaraña se extendió por el cristal como si fuera un truco de magia. Roman siguió reculando mientras el coche morado lo seguía por Lucy Earl. Intentó hacer caso omiso de las rachas entrecortadas de disparos que los hombres del asiento trasero seguían lanzando en su dirección.

El parabrisas saltó por los aires y varias esquirlas de cristal se le clavaron en la frente y el cuero cabelludo, pero siguió reculando hasta que vio que un camión de reparto iba derecho hacia él desde atrás. Roman pisó a fondo el freno y se agachó. El coche morado pasó volando a su lado mientras los ocupantes del asiento trasero disparaban sin cesar. La ventanilla de su lado acabó igual que el parabrisas, hecha añicos. Roman metió la directa y enfiló Lucy Earl a toda velocidad. El camión de reparto que lo seguía intentó adelantarlo mientras se precipitaban calle abajo.

Se saltó un semáforo en rojo y estuvo en un tris de chocar con una furgoneta blanca que iba a girar a la izquierda. No levantó el pie del acelerador hasta que dejó de ver el camión de reparto y el coche morado por el espejo retrovisor. Cruzó la ciudad como una exhalación y se fue derecho a casa. Por el camino, el motor del coche de alquiler empezó a resollar y perdió potencia. Cuando estaba a una manzana de la casa, dio unas cuantas sacudidas y exhaló su último aliento delante de In and Out, un súper de barrio. Roman dejó que se deslizara en punto muerto por el aparcamiento y frenó delante del autoservicio de bomba de aire y aspiradora. Luego se apeó del coche y llamó a Dante.

—¿Qué hay? —contestó su hermano. Sonaba como si acabase de despertar de un profundo sueño.

—¿Dónde estás? —preguntó Roman.

—Oye, ¿qué coño ha pasado? —replicó Dante, ahora completamente despierto.

—¿Está Neveah ahí?

—No lo sé, estaba durmiendo. Espera, creo que la oigo abajo. ¡Neveah! —llamó Dante a voz en cuello mientras Roman se paseaba angustiado delante del coche de alquiler reventado.

Roman oyó un griterío y lo que sonaba como alguien llorando, y luego una puerta cerrándose de golpe. Oyó a su hermano hablar en voz queda, y al cabo de poco se puso otra vez al teléfono.

—Rome, ¿qué coño ha pasado?

—Quiero que te quedes en casa con Neveah. Yo estoy en el In and Out. El coche de alquiler se ha ido a hacer puñetas.

—Iré a buscarte.

—¡No! Quédate ahí. No salgáis de casa hasta que yo llegue. Tengo que hacer unas llamadas. No le digas a Neveah nada de lo que tenemos en marcha. En unos diez minutos estoy ahí. Cuando hablemos con ella, déjame llevar la voz cantante, ¿de acuerdo? —dijo Roman.

—Rome, ¿qué está pasando? —insistió Dante.

—Tú quédate ahí y espérame. Diez minutos.

Colgó y llamó a Khalil.

—Marco Aurelio —saludó Khalil.

—¿Dónde estás? —preguntó Roman.

—En mi hotel... bueno, en el gimnasio del hotel. ¿Qué pasa? —preguntó Khalil.

—Creo que los Ghost Town Crew acaban de intentar matarnos a mi hermana y a mí —dijo Roman.

—¿Perdona?

—Un coche lleno de tíos ha disparado contra Neveah. A mí también me han disparado, pero hemos logrado escapar los dos. Esos dos tíos a los que fichaste para que te echaran una mano con lo que tú ya sabes, ¿crees que están disponibles? Quiero que uno de ellos se pegue a Neveah y el otro a Dante —dijo Roman.

—Sólo tengo a uno disponible. El otro tenía un compromiso en Detroit. ¿A quién le digo que siga, a Dante o a Neveah? —preguntó Khalil.

—A Neveah. Dante sabe lo que hay —contestó Roman.

—¿Quieres que yo te siga a ti? —preguntó Khalil.

—No, quiero que sigas a otra persona, creo —dijo Roman, y enmudeció.

—¿Qué crees que ha pasado? —preguntó Khalil.

—Creo que el problema del que te hablaba el otro día me ha tendido una trampa. Cuando vino al crematorio, insinuó que estaba usando mis habilidades financieras para favorecer a cierto colectivo. Creo que me ha señalado ante los Ghost Town Crew y los ha usado para tenderle una trampa a Neveah. Míralo desde su punto de vista. Me negué a ceder a su chantaje, así que por ahí no tiene nada que rascar. Pero, si se alía con los Ghost Town Crew, consigue que me acojonen para que le pague o bien, si se les va la mano y me... ya sabes... si me quitan de en medio, se venga de Neveah. Para él, todo son ventajas —concluyó Roman.

Ahora fue Khalil el que permaneció unos instantes en silencio. Cuando tomó la palabra, a Roman se le pusieron los pelos de punta.

—Puedo hacer desaparecer ese problema.

—Todavía no. Quiero que lo sigas. Averigua con quién habla, adónde va. Pon a tu otro hombre con Neveah. Me voy a casa. Tengo que asegurarme de que está bien. Seguimos en contacto.

—Me pongo a ello —dijo Khalil, y colgó.

Roman volvió a meter el móvil en el bolsillo. Cogió las llaves del coche y echó a andar por la carretera en dirección a la casa, echando la vista atrás tan a menudo que empezó a dolerle el cuello. La acera se acabó a medio camino, de manera que tuvo que avanzar por el arcén embarrado, entre la hierba mojada. Cuando llegó a la casa, vio la camioneta de Neveah aparcada de cualquier manera, en sentido perpendicular al Challenger. Subió los escalones y entró en casa.

Dante estaba esperándolo en el salón, bebiendo a morro de la botella de whisky. Roman se acercó al sofá, se la arrebató de la mano y le dio un buen tiento. El whisky le abrasó la garganta y lo hizo atragantarse y toser.

—Roman, ¿qué ha pasado? —preguntó Dante.

Su hermano le dio otro sorbo a la botella y se la devolvió. Luego se sentó a su lado en el sofá. El whisky empezó a templarle el cuerpo poco a poco, como la luz piloto de un horno que enciende un quemador.

—Creo que los Ghost Town Crew han intentado matarnos —dijo Roman.

—¡¿Qué?! —exclamó Dante.

—Tal cual. Neveah se ha dado cuenta de que faltaban varias cajas, nos hemos puesto a hablar y hemos acabado discutiendo. Ella se ha largado y yo la he seguido con el coche. Cuando estábamos parados

en un semáforo, ha llegado un coche lleno de tíos de los Ghost Town Crew y han empezado a dispararnos como a una manzana del taller —dijo Roman.

—¿Estás bien? Tienes sangre en la frente —señaló Dante.

Roman pensó que su hermano sonaba como si volviera a ser un niño, como el día en que su madre había desaparecido.

—Estoy bien. ¿Cómo estaba Neveah cuando ha llegado a casa? —preguntó Roman.

—Bien, creo. Se ha ido arriba cagando leches, apenas la he visto. Rome, ¿qué está pasando? —preguntó Dante.

Roman le dio otro trago a la botella.

—Creo que Chauncey me ha puesto en el punto de mira de los Ghost Town Crew. El otro día vino al taller e intentó chantajearme por tener tratos con los Black Baron Boys. Me enseñó fotos mías, tuyas, de Neveah y los coches que conducimos. Tenía fotos en las que yo salía en el Kingdom, en Candy's y en Cooper's Rest con Torrent y sus hombres. A ver, sabiendo eso, si piensas en lo que pasó con Neveah y contigo a la puerta de Candy's, cuando ella lo amenazó con, en fin... No hace falta ser Sherlock Holmes para atar cabos—concluyó Roman.

—A ver si lo entiendo —repuso Dante—. El madero con el que Neveah ha estado tonteando intentó chantajearte y tú lo mandaste a tomar por culo, y ¿un par de días después los Ghost Town Crew intentan mataros a Neveah y a ti? Roman, ¿qué estamos haciendo? Deberíamos largarnos de la ciudad.

«No sólo eso —pensó Roman—, sino que es muy posible que hayan intentado matarnos con las armas que Khalil les dejó como regalo.»

—No podemos largarnos de la ciudad, Dante. Estamos metidos en esto hasta el cuello. Tenemos que seguir hasta el final —dijo Roman.

—¿Y eso cuándo será, tío? ¿Cuándo se acabará?

Roman se incorporó y se volvió para mirarlo.

—¿Tengo que recordarte que todo esto lo has provocado tú? Mi nueva dentadura, el dedo que te falta, los doscientos mil dólares que he tenido que sacar de mis ahorros, este tiroteo de verdad que casi nos mata a Neveah y a mí, y todo porque te dio por jugar a ser pandillero. ¿Que cuándo se acabará? Cuando podamos ir por la puta calle sin estar mirando todo el rato por encima del hombro, Dante, entonces se habrá acabado de una puta vez. Me cago en todo, ¿te crees que me gusta esta movida?

—Creo que sabes que se te da de puta madre —contestó Dante.

—¿Qué tratas de decir? —preguntó Roman.

—Estuve en Cooper's, y me encontré con Tank y otro tío de la banda. Estaban cocidos. Se me acercaron y empezaron a hablarme de la pasta gansa que su jefe está ganando gracias a ti. Hablaban de ti como si fueras una especie de rey Midas que convierte en oro todo lo que toca. Te conozco, hermanito. Te encanta ganar pasta. Siempre te ha gustado y siempre se te ha dado bien. Por eso pregunto si todo esto se acabará cuando les hayas hecho ganar suficiente pasta para que nos suelten o si vas a seguir convirtiendo en oro todo lo que tocas hasta que pierdas tu toque mágico —dijo Dante.

—El dinero es un instrumento, Dante. Nada más. Cuando todo se acabe, te avisaré. Tú intenta seguir vivo hasta entonces. Voy a echar un vistazo a mis pantalones para asegurarme de que no me he

cagado encima y luego intentaré hablar con Neveah —dijo Roman. Se levantó del sofá y se fue arriba.

Dante encendió la tele. Aún era pronto, pero la cadena local emitía un boletín informativo a las once de la mañana. Pulsó la tecla ocho en el mando a distancia y lo primero que vio fue un reportaje sobre el proyecto de reurbanización del Arrabal. Luego hablaron de los perros disponibles para adoptar en la protectora de animales. No dijeron nada sobre un intento de asesinato cerca de Industrial Way. Dante cogió el móvil y revisó las redes sociales. Entró en la página de Jefferson Run. La primera publicación que vio relataba un tiroteo en Lillyhammer y la posterior huida de los vehículos implicados.

«Alguien ha estado a punto de palmarla en el cruce de Lillyhammer con Lucy Earl. La calle no duerme», decía alguien llamado Duane Cross en una de las publicaciones.

«Esto es la jungla. Id con cuidado», opinaba alguien debajo de la publicación de Duane.

«Mierda —pensó Dante—. Como no ha muerto nadie, seguramente no saldrá en las noticias normales.» La veracidad de esta afirmación lo deprimió tanto que decidió apurar la botella de whisky y luego irse arriba y tragar otro puñado de gominolas. Sus sueños no eran mucho mejores que la realidad que estaba viviendo, pero al menos en sueños no podían dispararle.

—Neveah —dijo Roman.

Llamó a la puerta.

—Vete —replicó Neveah.

—Neveah, ¿estás bien? ¿Quieres llamar a la policía? —preguntó Roman.

La puerta se abrió de sopetón y él dio un paso atrás. Neveah estaba plantada en el umbral y llevaba puestos unos raídos pantalones de chándal.

—Me he meado encima, Roman. Me he meado en los putos pantalones. No he puesto una lavadora desde que me llamaron para decir que se llevaban a papá al hospital —dijo Neveah.

—Insisto, ¿quieres llamar a la poli? Podemos poner una denuncia y...

—Deberías dejar de mentir. Se te da demasiado bien. ¿Cómo vamos a llamar a la poli, Rome? ¿Qué les digo, que mis hermanos casi consiguen que me maten porque les ha dado por compadrear con una banda de delincuentes? ¿Cómo crees que se lo tomarán? ¿Llamo a los polis para que puedan detenerte? Estando Chauncey allí, eso es exactamente lo que pasará. Escúchame, sea lo que sea eso que Dante y tú os traéis entre manos, dejadlo. Haz lo que tengas que hacer, pero no podemos seguir así. Yo me niego a seguir así, ¿me oyes? ¡Me niego! —chilló, y le cerró la puerta en las narices.

Roman bajó la cabeza.

—Lo arreglaré, Nev. Te lo prometo. Lo arreglaré —murmuró.

Apoyó la mano en la puerta, casi esperando notarla caliente al tacto como si se hubiese desatado un fuego al otro lado, tan intensa era la ira de Neveah. Se le escapó un gemido, como si sintiera dolor. La ira de su hermana estaba justificada, su decepción tenía fundamento y su miedo era responsabilidad de Roman.

Él también estaba asustado, pero no podía permitirse el lujo de tener miedo.

El final estaba cerca.

30

Dante se despertó con el ruido de las desbrozadoras, las máquinas cortacésped y las voces de unos hombres que bromeaban entre sí levantando la voz para hacerse oír por encima del estruendo de las máquinas.

Bajó las escaleras y se asomó a la ventana de la fachada. Vio a tres hombres en el jardín. Uno de ellos manejaba un cortacésped autopropulsado, otro, una desbrozadora, y el tercero, un hombretón negro en camiseta de tirantes, estaba cubriendo con mantillo la tierra de las hortensias, las buganvillas y los rosales cercanos al porche.

El barullo de fuera contrastaba con el monástico silencio de dentro. Neveah se había marchado a eso de las seis de la mañana. Roman se había levantado hacia las diez y Dante había decidido salir de la cama y enfrentarse al mundo al filo del mediodía. Cogió una botella de agua y se dirigió a la puerta. Lo esperaba un largo viaje.

Roman había conseguido otro coche de alquiler después de decirle a la policía que le habían robado el anterior y luego lo había dejado tirado en Lucy Earl. Dante no salía de su estupor ante la naturalidad con la que su hermano mentía a la policía. Cada vez que él se topaba con los maderos, tenía la sensación de que no podía evitar

balbucear. Getty le había dicho en cierta ocasión que sonaba como un teleñeco siempre que les daban el alto.

Echando la vista atrás, se daba cuenta de que comentarios como ése demostraban que Roman estaba en lo cierto; Getty no había sido un buen amigo y, con la mano en el corazón (¿y por qué no iba a sincerarse consigo mismo?), debía reconocer que él tampoco lo había sido para Getty. De lo contrario, no habría empezado a acostarse con Cassidy a sus espaldas.

Pero Getty estaba muerto, mientras que Cassidy y él estaban vivos, y lo mejor que podía hacer era dejar que la naturaleza de su relación con Getty cayera en el olvido.

Salió de la casa y bajó los escalones dando saltitos. El negro corpulento de la camiseta de tirantes cruzó una mirada con él mientras se dirigía al Challenger.

—Buenos días. ¿Es usted el señor Carruthers? —le preguntó.

—Mmm, no, ése es mi padre, pero también mi hermano. Quiero decir, supongo que fue él quien os llamó. Antes era mi padre quien se encargaba del jardín, pero Roman lleva unos días hablando de arreglarlo —dijo Dante.

El hombre, que estaba arrodillado en el suelo, se levantó y se sacudió el pantalón con unas manos lo bastante grandes para abarcar una bola de bolos.

—Ah, de acuerdo. Por favor, dígale a su hermano que puede usar nuestra app para pagar el resto del trabajo. Nos dio una paga y señal, pero lo dejaremos listo hoy mismo —dijo el hombre. Se frotó las manos en la parte trasera del pantalón caqui y le tendió una de sus patas de oso.

Dante le estrechó la mano.

—Dante Carruthers —se presentó.

—Ike. Ike Randolph —repuso el hombre.

—Qué pasada de tatuaje, Ike. Ese del hombre y la niña —comentó Dante.

Ike flexionó el bíceps y el retrato tatuado pareció cobrar vida de pronto. Representaba a un hombre negro y a una niña que podría ser mestiza, sonriendo y mirando a la derecha como si contemplaran una lenta puesta de sol. Cuando Ike flexionó el brazo, las sonrisas de ambos parecieron ensancharse.

—Sí, me lo hizo un tipo en Gloucester. Son mi hijo y mi nieta —informó Ike.

—Ah, se les ve felices —dijo Dante.

Al hombre se le desencajó el rostro.

—Lo eran —dijo.

—Ay, mierda, lo siento, tío. He... he metido la pata. Perdona, tío —dijo Dante.

—No pasa nada. No lo sabías. Mi hijo murió, pero la niña vive con nosotros. Es... es su vivo retrato.

—¿Qué es eso, lo que hay debajo del retrato? —preguntó Dante. Y acto seguido—: Perdona, tío, no sé qué hago intentando leerte como si fueras un libro abierto —añadió, avergonzado.

Ike miró las palabras escritas debajo del tatuaje de su hijo y su nieta.

—Es la letra de una canción que le gustaba a mi mejor amigo. También está muerto —dijo Ike.

—Tío, lo siento. Quién me manda ser tan entrometido.

—No pasa nada. Has dicho que tu padre solía cortar la hierba, ¿le ha pasado algo? —preguntó Ike.

—Sí, tuvo un accidente de tráfico. Está en coma. Nos han dicho que tanto puede salir del coma la próxima semana como no volver a despertar nunca. No pinta demasiado bien, la verdad —dijo Dante.

—Pero sigue aquí. Eso es una buena señal, créeme —repuso Ike.

—Por lo menos ya no tiene que sufrir por mí. Mi hermano tiene su propia empresa y mi hermana dirige el negocio familiar. Yo soy la oveja negra de la familia —confesó Dante. Era extrañamente catártico compartir ese pensamiento con otra persona, aunque fuera ese jardinero de manos aterradoras.

Ike cerró el puño con fuerza y Dante retrocedió involuntariamente.

—Si de veras lo crees, habla con tu familia. Nunca es demasiado tarde para cambiar las cosas, salvo que estés bajo tierra. Pero el tiempo es un río traicionero, y cuando te quieras dar cuenta te habrá arrastrado corriente abajo. Habla con ellos ahora que puedes. Apuesto a que, en realidad, no piensan eso de ti. Pero... no esperes. No esperes —insistió Ike.

—De acuerdo, tío. Bueno, le diré a mi hermano lo que me has comentado. Y gracias, tío —dijo Dante.

—De nada, amigo —repuso Ike.

Dante salió del camino de acceso dando marcha atrás y, antes de incorporarse a la carretera, se despidió de Ike y su cuadrilla sacando la mano por la ventanilla.

«Si alguna vez me pegara, sería yo quien le pidiera perdón —pensó Dante—. Joder, qué yuyu da.»

Se dirigió a la carretera interestatal. Mientras conducía, sacó el móvil del bolsillo y llamó al móvil desechable de Cassidy. Dejó atrás los dos moteles que seguían en pie a las afueras de la ciudad.

—Buenos sitios para acabar asesinado —murmuró Dante.

—Hola —dijo Cassidy.

—Hola, voy para allá. ¿Cojo una pizza o algo por el camino? —preguntó Dante.

Cassidy no contestó.

—Cass, ¿me oyes? —preguntó Dante.

Cassidy soltó un profundo suspiro.

—Ya no estoy en Aruna —dijo.

Dante pisó el freno y se detuvo en el arcén, cerca de la rampa de acceso a la interestatal. Asiendo el volante con la mano derecha, cogió el móvil de nuevo con la izquierda y se lo llevó a la oreja.

—Cassidy, ¿dónde estás? —preguntó.

Hubo una pausa.

Otro profundo suspiro.

—En casa de mi madre —susurró.

Dante dejó el móvil en el asiento contiguo y se apeó del coche. Lo rodeó hasta la puerta del copiloto, se inclinó hacia delante y vomitó la cena de la víspera, junto con unas pocas gominolas y medio litro de bourbon. El bourbon fue lo peor, le abrasó el esófago al subir como si tuviese lava en las entrañas.

Se secó la boca con el dorso de la mano y se subió de nuevo al Challenger. Cogió el móvil y se lo acercó al oído una vez más.

—Cassidy, tienes que irte de la ciudad. Nadie puede verte —le dijo, hablándole con delicadeza, pero sin la menor vacilación, tratando transmitir con cada palabra la terrible gravedad de la situación. Sin embargo, no bien oyó su réplica, supo que estaban todos perdidos.

—He escondido el coche detrás de la casa de mi madre. Me sentía sola, D. Y no conocía a nadie allí. Mi madre dice que, si vamos a la

policía, seguramente podrán protegernos. Y tú hiciste lo que hiciste para protegerme. Dirán que fue en defensa propia —concluyó Cassidy.

Dante dejó caer la cabeza sobre el volante.

Eran muchas las cosas que quería decirle a Cassidy, pero no por teléfono. La ristra de ideas que acababa de enumerar, a cuál peor, amenazaba con hacerle sangrar los oídos. ¿Ir a la policía? ¿Contarles que le aplastó el cráneo a un tío con un martillo, que su hermano metió a Getty en una caja de cremación estando vivo y luego le prendió fuego? ¿Que luego metieron a Splodie en otra caja y lo quemaron también? ¿Esconder el puto coche detrás de la casa de su madre con ese enorme y feo alerón?

No creía que Cassidy fuera imbécil. No lo era, sino tan sólo una chica que nunca había tenido que preocuparse por las consecuencias y repercusiones de sus actos. Se había criado en una familia de clase media-alta, como Dante, pero, a diferencia de la suya, la de Cassidy nunca había tenido que apretarse el cinturón, ahorrar y saltarse las vacaciones para pagar las facturas. Existía la noción errónea de que los Carruthers siempre habían tenido un casoplón en la parte noble de la ciudad. Nada más lejos de la verdad. Dante recordaba vagamente tener que comer carne enlatada y salchichas industriales para desayunar, almorzar y cenar.

Cassidy nunca había tenido que soportar semejante horror gástrico. Su madre se había jubilado de Prosser como profesora adjunta de Lengua Inglesa, mientras que su padre vivía en Filadelfia, donde se ganaba la vida como profesor de música, pero, a juzgar por lo que le había contado Cassidy, estaba muy presente en su vida. A saber cómo y por qué había acabado con Getty.

Dante se dio un cabezazo contra la bocina del volante.

Cassidy no lo pillaba. Ese mundo en el que ahora vivían, donde cometer asesinato era tan habitual como ponerse un par de zapatos, donde la violencia se abatía sobre ti como el granizo, la aguanieve y los truenos, todo ello a la vez, donde su hermano y él habían matado para protegerse y donde ahora podrían acabar todos muertos porque ella no parecía tener instinto de supervivencia, ese mundo no estaba hecho para ella. Era demasiado cruel para su delicada alma.

—Cass, escúchame. Tienes que volver al motel. Visita a tu madre, pero luego vuelve. Por favor. Ahí no estás segura —suplicó Dante.

—Creo que podría quedarme con mi...

—Cass, como te vean, te matarán. ¡Y luego vendrán a por nosotros! ¡No me lleves la contraria! Esto va en serio, no es un juego. Nos matarán. Tienes que irte, ¡ahora mismo! —dijo Dante.

La oía respirar en una sucesión de breves y rápidas inhalaciones que sonaban casi como un silbido.

—Vale. ¿Vendrás a verme?

—Sí, cuando me digas que has vuelto a la habitación del motel. Te prometo que iré a verte —le dijo Dante.

Cassidy no contestó. Su silencio era de lo más elocuente. Dante sabía que no quería marcharse. Era como si viviera en estado de gracia, convencida de su propia invulnerabilidad. No podía concebir la idea de que alguien quisiera hacerle daño. Cuando fueran a por ella, chillaría como lo había hecho aquella noche, con un alarido salvaje y feroz que preguntaba a un universo indiferente por qué le estaba pasando eso. Y el universo haría lo de siempre.

—¿Cass? —dijo Dante.

—Ya me voy. Déjame despedirme de mi madre —repuso ella.

—Vale, nena. Oye, nos vemos en la habitación. Mándame un mensaje cuando llegues. Llevaré algo bueno de comer y me quedaré a pasar la noche contigo —sugirió Dante.

—Vale —contestó Cassidy.

—Y oye, Cass, no llames a los maderos, ¿vale? Ahora mismo no sería una buena jugada. Vamos a solucionarlo, pero no metas a los maderos en esto, ¿vale?

—Vale.

Dante se pasó la lengua por los labios.

—Mándame un mensaje cuando estés en la habitación.

—Vale. Hasta ahora —dijo Cassidy.

—Hasta ahora, nena.

Cassidy puso fin a la llamada.

Dante arrojó el móvil al asiento del copiloto. Los coches lo adelantaban a toda velocidad y él seguía parado en el arcén, aferrado al volante como si fuera una tabla de salvación. Tenía que contárselo a Roman. Lo sabía, pero no lograba reunir las fuerzas suficientes para soltar el volante y hacerlo de una vez. ¿Quizá porque había visto a su hermano meter a Getty en una caja, sellarla con cinta de embalar y prenderle fuego para mantenerlos a salvo a Neveah y a él?

Sabía que su hermano lo quería, tal como quería a su padre y a Neveah. También sabía que se hacían cosas terribles en nombre del amor. Cosas abominables.

Esperó hasta que se abrió un hueco en el tráfico, hizo un brusco cambio de dirección y se dirigió de nuevo a casa. Esperaría allí, toda la noche si era necesario, a que Cassidy lo llamara para confirmar

que había vuelto al motel de un pueblecito dejado de la mano de Dios. Se quedaría mirando por la ventana, contemplando el césped recién cortado, y, mientras el jardín desaparecía engullido por la creciente oscuridad, intentaría convencerse de que era lo bastante sensata para volver a la habitación.

Pero no creía tener valor para decirle a su hermano que Cassidy había vuelto.

Roman esperaba delante del ayuntamiento mientras grupos de funcionarios municipales salían del edificio para ir a almorzar. Estaba apoyado contra el nuevo coche de alquiler, un Camaro por el que había pagado un recargo, y escrutó el gentío en busca de Jealousy. Su mata de rizos la hacía destacar en cualquier multitud, pero seguía sin verla. Mientras los últimos funcionarios abandonaban el edificio, volvió al coche y marcó su número. Sabía que llamar por teléfono era poco menos que un anatema según las nuevas normas de ese experimento social al que llamaban ligar, pero ella no contestaba a sus mensajes.

El teléfono sonó y sonó. Roman estaba a punto de colgar cuando contestó por fin.

—Hola —dijo.

—Hola —contestó él.

—Te he mandado varios mensajes.

—Lo sé.

—¿Ha pasado algo?

Cuando Jae volvió a hablar, Roman se dio cuenta de que estaba llorando.

—Me mentiste.

—¿Qué? Te dije que estoy soltero —dijo él.

—No, te pregunté si trabajabas para mis hermanos y me dijiste que los estabas asesorando sobre cómo pasarse a la legalidad, ¿verdad? Eso me dijiste —replicó Jealousy.

—Sí, eso es lo que estoy...

—Tracy me ha dicho que trabajas para ellos. Que les blanqueas dinero. Que gracias a ti están ganando más pasta de la que nunca han sacado de la droga. ¡Me dijo que Terrance quiere que formes parte de la puta banda! —exclamó Jealousy, llorando ya sin disimulo, y otro trocito del torturado corazón de Roman se hizo añicos en su pecho.

—Jae, escucha, puedo explicártelo. Te juro que no es...

—Lo único que te pedí fue que me dijeras la verdad, nada más. Maldita sea, me estaba enamorando de ti y me mentiste a la puta cara. No vuelvas a llamarme. No me mandes mensajes.

—Jae, escúchame. Es verdad que estoy haciendo algunas de esas cosas para tus hermanos, pero todo con vistas a legalizar sus negocios. ¡Intento ayudarlos a dejar esta vida atrás! —mintió Roman.

—Son mis hermanos y los quiero, pero no quisiera en mis manos la sangre que mancha las suyas. ¿Cómo voy a abrazarte si tienes las manos empapadas en esa misma sangre? No puedo tener esto en mi vida, Roman. No puedo tenerte en mi vida. Así, no. Por favor, no vuelvas a ponerte en contacto conmigo —dijo Jealousy.

Y colgó.

Roman negó con la cabeza y se golpeó el cráneo con el móvil. Sabía que Tranquil le tenía manía, pero no creía que lo odiara tanto

como para sacrificar la felicidad de su hermana. Alzó la cabeza y miró hacia la tercera planta del edificio del ayuntamiento. Jealousy estaba allí arriba, llorando porque él le había mentido. Pero esa mentira era una de las muchas que estaba dispuesto a contar con tal de salvar a su familia y protegerla a ella. Porque lo cierto es que él también creía estar enamorándose de ella.

Y Tranquil había dado al traste con todo sólo por fastidiarlo.

«Me las pagarás, hijo de puta», se dijo.

Se subió al coche de alquiler y salió del aparcamiento. Fue hasta Cooper's Rest y se acomodó en un taburete situado en el extremo de la barra. El bar estaba lleno de gente que había ido a comer desde el centro comercial que había al cabo de la calle. También había un puñado de clientes habituales que ocupaban su lugar preferido en la barra como si les hubiese sido asignado por decreto real.

Roman pidió un whisky solo y lo bebió a sorbos mientras pensaba en la manera de conseguir que Jealousy volviera a hablarle sin darle grima ni tratar de imponer su voluntad. Sabía que ella necesitaba espacio, pero también que seguía sintiendo algo por él. No estaba dispuesto a renunciar a eso, no hasta que tuviera ocasión de decirle lo mucho que significaba para él.

Hubo momentos, tras la desaparición de su madre, en los que no sabía si merecía ser amado. Se había entregado a una sucesión de relaciones esporádicas o se rodeaba de compañía profesional porque la noción de que era digno de ser querido se le escapaba entre los dedos según pasaban los años como la arena a través de un colador. Poco a poco, grano a grano, se había borrado de su alma.

Hasta que conoció a Jealousy.

Una mujer que lo aceptaba, lo retaba, que lo hacía sonreír. ¿Cómo iba a renunciar a eso sólo porque Tranquil quería dárselas de hermano sobreprotector?

Bebió un sorbo de whisky y se quedó mirando la calle a través del cristal de Cooper's. Apenas había tráfico en esa parte de la ciudad, al igual que en Industrial Way. Era en la periferia de Jefferson Run donde se hacían más visibles los síntomas de una ciudad tocada de muerte. El Arrabal, Industrial Way y el tramo final de Sycamore Avenue: los canarios de la mina de carbón que todo el mundo parecía ignorar.

Roman apuró la copa y pidió otra. Una parte de sí mismo soñaba con coger una pistola, acercarse a Torrent y Tranquil y apretar el gatillo hasta quedarse sin balas, pero le dio otro sorbo al whisky y reprimió ese impulso haciendo acopio de voluntad. Eso sería de imbéciles. No podía vencer en un tiroteo contra esos dos como si fuera Doc Holliday.

Necesitaba más armas.

Y estaba a punto de conseguirlas.

Bebió otro sorbo y vio pasar unos pocos coches mientras el bar seguía llenándose de gente que salía a almorzar. Un par de hombres de Torrent entraron y lo saludaron haciéndole una seña con la cabeza antes de encaminarse a uno de los reservados del fondo. Roman apuró la bebida y dejó un billete de cincuenta dólares sobre la barra. Lo último que quería después de que Jealousy rompiera con él era quedarse sentado a la barra de un bar fingiendo que le apetecía tomarse una copa con dos soldados rasos de los BBB. No iba a derrochar su talento dramático con ellos.

Se encaminó a la puerta. Cuando fue a coger el desgastado pomo de latón, el corazón se le subió a la garganta como un conejo asustado.

El Honda de Splodie pasó de largo por delante del bar, yendo hacia el otro extremo de Sycamore. Eso era territorio de los Black Baron Boys.

Roman salió de Cooper's Rest y se esforzó por caminar despacio hasta el coche. Una vez dentro, llamó a Dante.

—¿Qué hay? —contestó su hermano.

—Cassidy ha vuelto. ¿Has estado en contacto con ella? ¿Le has dicho que no pasaba nada si volvía? Porque sí que pasa, ya lo creo que pasa —dijo Roman.

—Yo no le he dicho que vuelva, Rome. ¿Cómo sabes que es ella?

—No te hagas el tonto. ¿Cómo te crees que lo sé? Porque he visto el puto coche —dijo Roman.

—Joder. No lo sé, tío. Yo no le dije que volviera —se excusó Dante con un sonsonete que Roman reconoció al instante. Era el mismo tono que había empleado la primera vez que su padre le encontró hierba en la mochila.

—Vale, no le dijiste que volviera. Pero ¿sabías que estaba aquí? —preguntó Roman, aunque en realidad no era una pregunta. Ya conocía la respuesta. No sintió ira, pero el rencor lo inundó por dentro como el vapor caliente de una tetera, desde la planta de los pies hasta la coronilla. ¿Cómo podía Dante ser tan imprudente, tan egoísta, tan sumamente inconsciente?

—Roman, no sabía que iba a venir. Esta mañana me ha parecido ver el coche, pero no estaba seguro —dijo su hermano con el mismo soniquete de antes.

Roman decidió que no merecía la pena discutir con él. Llegados a ese punto, lo que Dante sabía y cómo lo había averiguado era del todo irrelevante. Lo importante era sacar a Cassidy de Jefferson Run antes de que alguien de los BBB la viera y Torrent se los llevara a todos a la granja.

—¿Puedes hablar con ella? ¿Convencerla para que se marche... ya mismo? —preguntó Roman.

Al otro lado de la línea, Dante respiró hondo.

—Lo intentaré.

—Nada de intentarlo, hazlo y punto —dijo Roman.

Colgó y llamó a Khalil enseguida.

—*Veni, vidi, vici* —saludó Khalil.

—¿Dónde andas? ¿Estás en la ciudad? —preguntó Roman.

—Sí, he venido a revisar nuestro problema —dijo Khalil.

—Reúnete conmigo en el Arrabal, a pie de obra. Burnt Mill Road. Van a demoler un almacén. Aparca calle arriba y...

—Sé llegar a un sitio sin ser visto, Rome —lo interrumpió su interlocutor, y Roman volvió a recordarse que nunca querría tener por enemigo a Khalil Sanders.

Cuando Roman llegó al almacén, encontró a Khalil sentado sobre una pila de palés. Llevaba una chaqueta de cuero negra, vaqueros y zapatos negros con suela de goma. Roman estaba aprendiendo a detectar si alguien iba armado, y Khalil tenía una pistola en una funda colgada al hombro. Sabía por conversaciones anteriores que llevaba por lo menos dos armas de fuego más y un cuchillo de combate encima.

—¿Qué hay de nuevo, viejo? Es broma, dicho sea de paso. Odio a la gente que te suelta esa clase de bobadas —anunció Khalil.

—¿Recuerdas la chica de la que te hablé, la novia de Getty? —preguntó Roman.

—Sí, Cassidy —contestó Khalil.

Roman se frotó el mentón con la mano izquierda.

—Ha vuelto a la ciudad. Acabo de verla al volante del coche de Splodie.

—Mal asunto —dijo Khalil.

—Ya. Si Torrent la ve en ese coche, sabrá que le mentimos y nos matará a los tres.

Khalil se bajó de un salto de los palés apilados.

—Lo intentará —dijo.

—Ni siquiera tú puedes protegernos a los tres en todo momento. He hablado con Dante, le he dicho que tiene que convencerla para que se marche.

—Pero no crees que vaya a hacerlo —repuso Khalil.

—No lo sé —dijo Roman—. No sé si podrá convencerla.

—¿Qué me estás diciendo, Roman? —preguntó Khalil.

Roman se apoyó contra la pila de palés. Habían desmantelado casi por completo el interior del almacén. Ya no quedaba ni rastro del cableado ni de las vigas metálicas del techo. Todo el proyecto de reurbanización hacía honor a un precepto: derribar para volver a construir.

Roman no sabía hasta qué punto creía en ese viejo axioma. Según su experiencia, las cosas rara vez volvían a ser las mismas tras la parte del derribo. La mayoría volvían como el barco de Teseo: sin

apenas haber cambiado en lo fundamental, pero distintas de formas imperceptibles.

Él se había propuesto derribar a los BBB y enterrar la banda, no reconstruirla.

Pero no podría hacerlo si caía en las fauces de los perros lobo de Torrent.

—Voy a darte las señas del coche. Quiero que hables con esa chica, que le hagas entender que debería estar cagada de miedo, si no de ti, de Torrent. Tiene que largarse cuanto antes. Hoy sin falta —dijo Roman.

—¿Y si no quiere largarse? ¿Y si no me hace ni puto caso? Porque debo decirte, Rome, que me parece que le diste un argumento bastante convincente la noche que quemaste a su novio vivo. No sé qué más puedo decirle yo —le advirtió Khalil.

Roman bajó la cabeza.

El polvo de hormigón que cubría el suelo le recordó las cenizas. Cenizas que habían perdido todo rastro del calor que las había originado, frías como una tumba.

—Tiene que largarse. Por las buenas o por las malas —concluyó Roman.

Khalil ladeó el cuerpo de tal manera que seguía apoyado contra los palés, pero mirando a Roman.

—Sólo por aclararlo, porque no quiero que haya ningún malentendido entre nosotros respecto a esto, si ella no lo pilla, si no le da la gana de marcharse, quieres que la obligue a hacerlo de todos modos. ¿Es eso lo que me estás diciendo? —preguntó Khalil.

Roman se tapó la boca con la mano por un instante. Fue un gesto inconsciente, como si su cuerpo quisiera impedir que brotaran de sus

labios las palabras que estaba a punto de decir.

—No puede seguir aquí. Haz lo que tengas que hacer para conseguirlo —dijo, y luego enmudeció.

Dante le había salvado la vida a esa chica en una ocasión. Dante, al que le daba cosa aplastar a un insecto, había cogido un martillo y aplastado el cráneo de Splodie como si fuera un melón demasiado maduro. Esperaba que esta vez Cassidy tuviera la sensatez de salvarse a sí misma. En su cabeza, un diminuto heraldo le advirtió a gritos que estaba a punto de pasar el Rubicón. Había líneas que era imposible descruzar. Pero sabía que eso era mentira. En realidad, no había líneas, sino tan sólo una dicotomía. O Cassidy se marchaba, o sus hermanos y él acababan muertos. O hacía lo que había que hacer, o su familia nunca estaría a salvo. No había líneas, sólo decisiones.

Ellos o nosotros.

Roman ya había decidido.

—Hazlo —dijo.

31

Neveah se sentó al pie de la cama de hospital en la que yacía su padre, en una silla tan cómoda como lo estaría ella en una cena formal de la cámara de comercio de Jefferson Run.

Llegó justo cuando empezaban las horas de visita matutinas. Las enfermeras le dijeron que no había habido ningún cambio significativo en el estado de su padre y el médico le advirtió que se acercaba el momento de hablar de su traslado a un centro de cuidados paliativos. Sabía que el seguro médico no cubriría un ingreso a largo plazo, pero la casa estaba a salvo porque Keith Carruthers la había puesto a nombre de la propia Neveah y de Dante cinco años atrás, al cumplir sesenta y cinco, precisamente en previsión de una situación como ésa.

—Si me pasa algo, no quiero que ninguna enfermera nos arrebate lo que hemos construido —había dicho mientras Neveah y Dante firmaban los papeles.

«Lo que habéis construido mamá y tú», pensó ella.

—Cuando me vino la regla por primera vez, aún vivíamos en la caravana del Arrabal. Mamá me encontró llorando en el baño, con el asiento del váter y los muslos manchados de sangre. Yo sabía que tenía que pasar, ella me lo había advertido, pero la primera vez fue muy abundante, maldita sea, y me acojoné. Una cosa es hablarlo, y

otra cosa muy distinta ver cómo mana la sangre de tu cuerpo. El caso es que me encontró llorando en el baño. Me limpió, me enseñó a usar compresas y me advirtió: «No voy a decirte que ya eres una mujer. Ser una mujer es mucho más que tener la regla. Pero ciertas cosas han cambiado, y debes ser consciente de ello.» Le pregunté qué cosas, y me dijo que ya hablaríamos de eso más adelante. Pero nunca lo hicimos —concluyó Neveah.

Se levantó y fue hasta la cabecera de su padre. Se inclinó hasta que su boca quedó a escasos centímetros del oído del anciano. Reconoció el aroma de los productos antisépticos con que lo aseaban y el olor ácido a orina que desprendía el catéter.

—Tú me arrebataste ese momento porque ella te ponía los cuernos. Podías haberla dejado en paz. No te quería, pero eso no significaba que no nos quisiera a nosotros. Y por eso la mataste —dijo Neveah.

La puerta de la habitación se abrió y entró una enfermera cargando una bandeja con tres bolsas intravenosas que depositó sobre la mesa, junto a la mesilla de noche.

—¿Me permites un minutito? Lo siento —dijo.

Neveah se hizo a un lado y la enfermera rodeó la cama y empezó a cambiar las bolsas.

—¿Qué llevan? —preguntó Neveah.

—Pues... una lleva una solución para que no se deshidrate. La otra es un suero rico en nutrientes para mantener la ingesta calórica y la tercera es un anticoagulante para evitar que se formen trombos.

Según su chapa identificativa, la enfermera se llamaba Dorothy.

—No sabía que tomaba anticoagulantes. En casa me encargo de controlarle la medicación. Toma sobre todo pastillas para la presión

arterial y unos suplementos de potasio y magnesio —dijo Neveah.

«Le controlo la medicación tal como controlo todo lo demás. Lo hago por el hombre que mató a mi madre.»

—Ah, no, le pusimos el anticoagulante porque a veces las personas en su estado pueden tener coágulos sanguíneos. No te preocupes, nos aseguramos de que estuviera limpio antes de dárselo —dijo Dorothy.

—¿Cómo que limpio? —preguntó Neveah—. ¿Limpio de qué?

—De cualquier medicación que pudiera generar una reacción adversa si se mezclara con el anticoagulante, como la aspirina —dijo Dorothy.

—Ah.

—Puedes estar segura de que hacemos cuanto está en nuestra mano por tu padre. Te he visto mucho por aquí, se nota que es importante para ti. Hacemos todo lo que podemos por él —dijo Dorothy.

—Gracias —repuso Neveah, aunque pensó: «Pero por mí podríais dejarlo. Dejar de hacer todo lo posible. Dejar que se vaya. Dejar que mi madre le diga adiós desde el cielo mientras él baja al infierno.»

—Creo que voy a marcharme y así te dejo trabajar —dijo.

—¿Quieres despedirte de él antes de irte? Nos oyen, aunque hablemos en susurros. Algunos pacientes salen del coma diciendo que lo han oído todo —comentó Dorothy.

—Ya he dicho lo que quería decir —repuso Neveah.

Mientras cruzaba el aparcamiento sacó el paquete de cigarrillos y encendió uno. Las nubes cubrían el cielo como una gruesa manta de

lana gris. Fumó apoyada en la camioneta. No creía que fuera a volver al hospital. Esa tarde, antes de salir hacia los viñedos, llamaría al médico para decirle que iniciara los trámites para derivar a su padre a un centro de cuidados paliativos. Que se encargaran otros de limpiarlo, cuidar de él y darle esa papilla que había visto suministrarle mediante la sonda de alimentación. Si lo mandaban a la clínica de rehabilitación del condado de Warren, o incluso fuera de Richmond, a Midlothian o Laburnum, no tendría que ir a visitarlo ni fingir que le importaba si estaba vivo o muerto.

En ocasiones, a lo largo de los años, se había sentido obligada a renunciar a su vida, como si fuera la recluta de un ejército individual, una centinela que debía montar guardia en todo momento —mañana, tarde y noche— para impedir la caída de la Casa de Carruthers. Veinticuatro horas al día, siete días por semana. Llevar el negocio, pagar las facturas, intentar que Dante se mantuviera sobrio, que su padre no perdiera la cabeza, que Roman no se olvidara de ellos.

Arrojó el cigarrillo al suelo y lo apagó con el pie.

Pero eso se había acabado. Nunca más.

Se había acabado su turno de guardia.

Bruce Wallis detuvo el coche en el aparcamiento adoquinado que había enfrente de Trout's, arrepintiéndose de haber aceptado un doble turno en el restaurante. Por lo menos la temperatura estaba bajando, de modo que el ambiente en las cocinas no sería tan tórrido como en la superficie solar. Bruce se apeó del coche y cruzó la calzada a paso ligero. Estaba a punto de llamar a la puerta del

restaurante para que Josh saliera a abrirle cuando oyó un tumulto a la vuelta de la esquina. Era una algarabía en la que, inexplicablemente, se mezclaban murmullos compungidos, charlas salpicadas de risas y unos pocos ruegos al cielo.

Habiendo vivido en Jefferson Run desde hacía cuatro años, Bruce sabía que lo más sensato era hacer caso omiso del jaleo y ponerse a trabajar, pero vio a un puñado de peatones doblando la esquina y negando con la cabeza en señal de reproche.

—¿Qué ha pasado? —preguntó a Tyler, uno de los auxiliares de cocina.

—Los Ghost Town Crew se han cargado a alguien —contestó Tyler.

—¿Qué dices, hay un cadáver en la calle? —preguntó Bruce.

—Qué va, un coche. El coche de Splodie, cosido a balazos.

Por un instante, Bruce creyó que iba a perder el conocimiento, pero luego se le pasó.

No estaba en el ajo, pero tampoco era imbécil. Sabía quién era el verdadero dueño de Trout's. Esos tíos que se presentaban allí y nunca pagaban nada, pero a veces dejaban unas propinas enormes. Torrent y Tranquil. Los hermanos Gilchrist y su banda. Splodie era uno de sus sicarios. Si ése era de veras el coche de Splodie y lo habían acribillado a balazos, la vida en Jefferson Run estaba a punto de volverse mucho más peligrosa.

—¿Dónde está? —preguntó Bruce.

—A la vuelta de la esquina, delante del viejo colmado. No sé cómo lo han llevado hasta allí. Está tan agujereado que parece un trozo de queso gruyer sobre ruedas —comentó Tyler.

Bruce salió en esa dirección.

—Me cago en la Virgen —dijo al doblar la esquina.

El Honda de Splodie se sostenía en pie de milagro. La carrocería estaba repleta de agujeros de bala por los que habría cabido su dedo índice. El parabrisas había implosionado en mil pedazos. Bruce no se acercó más al coche, pero tenía buena vista y no se le escapó que el asiento del conductor estaba empapado en una sustancia color burdeos que manchaba el tapizado blanco. En el capó, alguien había dibujado con espray la tosca silueta de un fantasma, la misma marca que habían dejado en la portezuela del conductor.

Tyler estaba de pie frente a Trout's cuando Bruce volvió al restaurante. Tenía una expresión pensativa y Bruce se dijo que seguramente él también.

—Los BBB van a cargarse a esos tíos, ¿verdad? —preguntó Tyler.

—Sí. Esperemos que el fuego cruzado no nos pille en medio. Venga, nosotros a lo nuestro —dijo Bruce.

Torrent estaba borracho cuando Roman llegó a la barra del Kingdom.

Lo encontró en un reservado, en compañía de D-Train, Corey y Tank. Iba despeinado y la camisa blanca que por lo general llevaba recién planchada se veía arrugada y con los faldones por fuera de los vaqueros. Tenía los pies apoyados en la mesa y bebía de una gran copa de cristal tallado.

No había ni rastro de Tranquil.

Roman pensó que, allá donde estuviera, alguien lo estaría lamentando.

—Siéntate, lumbreras —ordenó Torrent.

El abuelo materno de Roman se había criado en el condado de Red Hill, donde trabajaba sacrificando cerdos en un matadero. Solía

contar anécdotas sobre hombres que no sabían usar la pistola de perno cautivo correctamente y acababan con trozos de sus propias manos arrancados de cuajo.

«No hay animal más peligroso que el que tiene dientes y está herido», decía su abuelo.

Torrent estaba herido y tenía los dientes afilados. Su orgullo se resentía porque los Ghost Town Crew habían dejado el coche de Splodie a tiro de piedra de un local que todo el mundo sabía que era suyo. La herida también le había alcanzado el corazón, porque al parecer Splodie le importaba de veras, en la medida en que pudiera importarle alguien que no se llamara Tranquil o Jealousy. Pero era su espíritu el que parecía haber salido peor parado. Roman creyó ver agotamiento en su rostro, un malestar existencial que rezumaba por cada poro de su piel, tanto como la ginebra que se echaba entre pecho y espalda.

—Quiero preguntarte algo —dijo, arrastrando las palabras.

Roman cogió una silla de las mesas cercanas y se sentó en el reservado. Torrent bajó las piernas de la mesa y se incorporó para fulminarlo con la mirada. Roman notaba su ira como el calor que desprendían los hornos del crematorio.

«Ahora mismo sería capaz de cualquier cosa», pensó.

Otra cosa que su abuelo le había enseñado sobre los animales era que responder a la agresividad con miedo sólo podía acabar mal. «Tienes que mantenerte firme o te comerán vivo», decía.

Roman no se echó hacia atrás. Miró con su expresión más neutra a Torrent, que le plantó un dedo a escasos milímetros de la cara.

—¿Qué coño te dijo Splodie cuando se marchó aquella noche? ¿Te dijo adónde iba? No me mientas, lumbreras —le advirtió Torrent.

Unos pocos salivazos escaparon de su boca y salpicaron la frente de Roman.

—No me dijo nada —contestó—. Cuando acabamos de meter a esos dos en el horno, se marchó. No dijo adónde iba y yo tampoco se lo pregunté.

Torrent no apartó los ojos, pero Roman pensó que ya no lo veía. Tenía una mirada distante y soñadora que se debía principalmente al alcohol, pero en parte también a las largas horas que había pasado contemplando el abismo, pensó Roman. La violencia acaba pasando factura a quienes derraman sangre y, a juzgar por su mirada, Torrent se disponía a pagar por sus pecados.

En más de un sentido.

—Los Ghost Town Crew se van a enterar —dijo Torrent.

—¿De qué se van a enterar? —preguntó Roman.

—De lo que pasa cuando me tocan los huevos —dijo Torrent.

Apuró la copa y la sostuvo en alto para que le sirvieran otra.

—Le he dado carta blanca a Tranquil para que vaya a por ellos. Esos desgraciados no van a estar seguros en ningún sitio. Dime cuánto dinero hemos sacado esta semana del tinglado inmobiliario —dijo Torrent.

—He ingresado otros cien mil en la cuenta que abrí a tu nombre. También he acordado con Shade que coja un pequeño porcentaje de la empresa pantalla que creé para él y lo ingrese en tus cuentas —lo informó Roman.

Los ojos de Torrent brillaron como estrellas fugaces.

—¿Estás negociando con Shade a mis espaldas?

Roman notó que se le ponían por corbata, pero contestó.

—No, él quería que lo mantuviera al día, así que se lo conté. Me llamó, pero yo no le había dado mi teléfono, con lo que supuse que tú le dijiste que podía llamarme sin problemas.

Eso era cierto. Roman no había llamado a Shade, sino que Shade lo había llamado a él, pero la conversación había abarcado muchos otros temas. Algo de lo que Roman no creía necesario informar a Torrent.

—No me fío un puto pelo de ti. Te pasas de listo. Pero no eres más listo que yo. Sé que me odias, negro. Es como en *La guerra de las galaxias*, lo noto en el aire —dijo Torrent mientras blandía la mano izquierda delante de la cara de Roman—. Pero sabes ganar pasta, eso no te lo voy a negar.

Torrent se frotó la cara con la mano izquierda.

—Largo de aquí. Ve a ganar más pasta para mí, lumbreras —dijo.

Roman se levantó sin decir palabra. Hizo una seña con la cabeza a D-Train, Tank y Corey, y luego se dio la vuelta para marcharse.

—Creo que me estás mintiendo sobre Splodie. Pero no fuiste tú quien lo mató, sino los Ghost Town Crew, y lo pagarán caro. De eso puedes estar seguro —dijo Torrent.

Roman hizo una pausa antes de decir:

—No te estoy mintiendo, aunque tienes razón: no me caes bien. Pero no necesito que me caigas bien para hacernos ricos a ambos. De eso puedes estar seguro —dijo Roman.

Y se marchó.

Esteban Trujillo hizo una elegante finta mientras se movía alrededor de su amigo Diego Diaz con una pelota de fútbol. Hacía frío, pero no

lo lamentaba, porque Esteban tenía tendencia a sudar profusamente. Estaban jugando cuatro contra cuatro en Coleman Park, hacia el oeste de Jefferson Run. Había parques más grandes en la zona este, pero a Esteban no se le ocurriría pisar el territorio de los BBB. No formaba parte de los Ghost Town Crew, pero muchos de sus amigos sí, de modo que hacía vida en la parte de la ciudad donde tenía más conocidos. Estudiaba Ciencias Ambientales en Prosser State y pensaba irse de Jefferson Run nada más acabar la carrera.

Le encantaba pasar una fresca mañana de sábado jugando una pachanga de barrio con los amigos. Había unas pocas chicas sentadas en los bancos cercanos al campo, pero en su mayoría eran novias de los Ghost Town Crew, así que Esteban se aseguraba de no mirar fijamente a ninguna, aunque tampoco pasaba nada por echar un vistazo rápido aquí y allá.

O por lo menos eso esperaba.

Acababa de esquivar a Gabino Rodriguez y corría hacia la portería cuando oyó los primeros disparos. Un sonido discordante que rasgó el aire como una bolsa de clavos dentro de una lavadora.

Esteban se había detenido y dado la vuelta para tratar de averiguar de dónde procedían los disparos cuando cuatro balas revestidas de acero de una Heckler & Koch MP5A3 le atravesaron la frente y la mandíbula inferior. Se desplomó sobre la hierba, donde se unió a todos los integrantes de su equipo y a tres del equipo contrario, además de dos de las chicas que estaban sentadas en el banco y un hombre que paseaba a su perro.

El perro salió corriendo, pero regresó junto a su dueño al cabo de unos minutos.

Seguía allí cuando llegó la policía.

Aún estaban procesando el escenario del crimen cuando recibieron otro aviso por disparos, esta vez en la casa de Tommy Hernandez, segundo al mando de los Ghost Town Crew y primo de Ernesto Salaazar. Tommy estaba celebrando la fiesta de quinceañera de su sobrina cuando seis motoristas se presentaron en su casa y abrieron fuego contra los invitados con armas semiautomáticas. Para cuando llegó la policía, Tommy, su sobrina y siete invitados más habían muerto.

Al mismo tiempo, a tres manzanas de la sede del ayuntamiento, la tienda de tabaco y cigarrillos electrónicos de Jefferson Run saltó por los aires. Los testigos afirmaron que la tienda estaba allí y, un segundo después, se había visto reducida a un montón de escombros y cristales rotos. La explosión hizo trizas las ventanas del restaurante de enfrente y destrozó el puesto de sándwiches contiguo a la tienda de vapeo, que estaba vacío.

—¿Qué cojones está pasando? —preguntó el perito de siniestros a un agente de policía.

—Me da en la nariz que Torrent Gilchrist está ajustando cuentas.

La noche llegó y, por suerte, trajo consigo un poco de paz a las calles de Jefferson Run. Una fina llovizna caía sobre la ciudad como si llorara por la sangre derramada.

Roman estaba haciendo una videollamada con Lil Glock, reprendiéndolo por haber hecho una inversión tan abultada sin consultárselo, cuando oyó el timbre. Interrumpió la conversación y fue a abrir.

Tras asomarse a la mirilla, abrió la puerta.

Dante entró calado hasta los huesos y oliendo como una destilería. Cruzó el vestíbulo a trompicones y se desplomó sobre el sofá.

—No la encuentro —farfulló.

Arrastraba las palabras, pero Roman lo entendió a la primera. Tenía mucha práctica en hablar con su hermano estando éste bajo los efectos del alcohol.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Roman.

—Llevo todo el día llamando a Cassidy, pero no contesta. Y ha aparecido ese coche cerca de Trout's, ¿no has visto las noticias? Torrent se ha vuelto loco. Siete muertos en el parque. Una fiesta de cumpleaños infantil convertida en un baño de sangre, joder. Y luego han volado la tienda de vapeo. Pero es que no queda ni rastro, ¡se ha esfumado literalmente! —dijo Dante, abriendo la mano al tiempo que soplaba aire en su dirección, como un mago. El muñón se había curado, pero seguía usando mitones con el meñique cosido.

Roman se sentó a su lado.

—¿Por qué no te quedas aquí hasta que acabe, y luego volvemos juntos a casa? Neveah se ha ido a los viñedos. Podemos pedir una pizza, ver algo en Netflix.

—Está muerta, ¿verdad? Esos mamones la han matado, ¿a que sí? —dijo Dante, y rompió a llorar. Grandes lagrimones rodaban por sus mejillas y se fundían con el agua de la lluvia que empapaba su rostro.

—Creo... me temo que sí. Le dijimos que se fuera de la ciudad, Dante. No parece que hayan sido los BBB, pero ir por ahí en ese

coche... no fue la mejor de las ideas. Lo siento. Sé que la querías —dijo Roman.

—Rome, ¿cuándo se acabará todo esto? —preguntó Dante.

El dolor que había en su voz hizo que a Roman se le encogiera el corazón.

Lo rodeó con un brazo y lo atrajo hacia sí. El olor a whisky era fuerte, pero no tanto como el amor que sentía por su hermano.

—Pronto, hermanito. Pronto —le aseguró.

Dejó que Dante se quedara dormido en el sofá mientras terminaba la videoconferencia con Lil Glock. Cuando se convenció de que había abroncado adecuadamente al antiguo tambor mayor del ejército y rapero aspirante a gánster, se fue a la sala del horno.

Había una caja sobre el elevador hidráulico. Roman había entrado en el ordenador de su padre y encargado un paquete de cajas de cartón para incineración sin decírselo a Neveah. Sabía que iba a necesitar unas cuantas más antes de que todo hubiese acabado.

Cogió el asa del elevador y lo empujó en dirección al horno. Abrió la portezuela y alineó la plataforma del elevador con los rodamientos internos del horno.

Echó un vistazo a su espalda. La puerta que separaba esa sala del vestíbulo no tenía cerradura, así que más le valía darse prisa, no fuera Dante a despertarse y aparecer allí de pronto.

Retiró la tapa de la caja de cartón.

El rostro del cadáver que había en su interior reflejaba una placidez inusual. La cara y los párpados estaban completamente cerrados. La larga melena se derramaba sobre los hombros como una cascada de agua negra. Su ademán parecía sugerir que estaba sencillamente dormida.

—Lo siento —susurró Roman.
Volvió a tapar la caja y la empujó al interior del horno.

6 de junio de 2004

ATARDECER-NOCHE CERRADA

Roman va en bici con su hermano sentado en el manillar y se dirigen al crematorio. La calle en la que se encuentran todavía no se llama Industrial Way, sino Seventh Street. La mayor parte de las calles de Jefferson Run que aún no tienen nombre lo recibirán a lo largo de los siguientes veinte años y los números se verán reemplazados, tal como las calles que llevan el nombre de soldados confederados. Esos cambios no estarán exentos de polémica, pero para entonces Roman estará en Atlanta, en la Universidad de Georgia, saliendo con una de sus profesoras.

Pero de momento no sabe nada de todo esto, claro está. No puede prever el futuro. Si así fuera, daría media vuelta con la bici para volver a casa y ponerse a ver el canal de dibujos animados con Dante. Pero eso no es lo que va a suceder hoy.

El crematorio se alza ante ellos, imponente como una gran ciudadela de ladrillo cuyas chimeneas cilíndricas semejan fortificaciones. Ahora mismo no sale humo de las chimeneas, pero el olor —amargo y áspero— a restos incinerados impregna el aire. Es un olor al que Roman y Dante se acostumbrarán tanto que dejarán de notarlo.

Pero hoy sí lo notan.

Roman se apea de la bici y la deja apoyada en el caballete. No quiere entrar ahí. No quiere enfrentarse a su madre. Al igual que su padre, ella es para él una figura intocable. No exactamente una superheroína, pero tampoco una persona como otra cualquiera. Es su mamá, es una mujer preciosa, es de armas tomar y él la quiere con toda el alma. Pero también quiere a su hermano pequeño. Una idea que su mente aún no está preparada para aceptar, o articular siquiera, lo impulsa a ir hacia la puerta y entrar en el crematorio.

No necesita ver ese tipo de cosas, así es como la idea surge de forma simplista en su cabeza. Más tarde, cuando sea un hombre hecho y derecho, podrá añadir contexto y matices a esa idea:

Hay que proteger a los niños de la vida de los adultos, y en especial de la vida de sus padres. Deben poder existir ignorando por completo lo que éstos hacen dentro o fuera del vínculo matrimonial. Ese pacto sagrado se da entre el hombre y Dios, pero las madres y padres son dioses, en cierto sentido, y suscriben un pacto sagrado con sus hijos por el que se comprometen a mantenerlos a salvo, no perjudicarlos y permitirles ser niños mientras puedan.

Pero eso no es lo que Roman piensa a sus dieciséis años.

Lo único que piensa es que su hermano ha acudido a él llorando porque ha visto algo que no debería haber visto y alguien debe hacer algo al respecto. De manera subconsciente, sabe que ese alguien no será su padre. No alcanza a comprender todo lo que pasa entre sus progenitores, pero sabe que él siempre está ausente, pese a su presencia física. Construyendo, soñando, planeando el futuro de todos ellos, aunque sea a costa del presente.

Pero ésa es otra idea que aún no ha aprendido a articular. Es tan sólo una sensación que se le instala en los huesos y le pesa en el estómago como un bloque de hormigón.

Coge el pomo de la puerta y comprueba que no está cerrada con llave. Lo gira y entra en el vestíbulo. Dante sigue sus pasos, sin llorar, pero sin hablar. Tampoco quiere estar allí. No entiende lo que ha visto, no del todo, pero sabe que Oscar y su madre estaban haciendo algo que ella sólo debería hacer con su padre.

Cruzan el vestíbulo y acceden a la sala del horno.

Mientras viva, así la recordará Roman.

La piel morena, tersa y suave como los pétalos de una magnolia. Los ojos tan claros que parecen dorados. La luz del sol poniente que se cuela a través del tragaluz les arranca un leve fulgor.

Lleva puesto el uniforme del hospital, pero parece imposible que haya salido de trabajar hace tan sólo unas horas. Está radiante. Su sonrisa es como el amanecer, como la mañana del día de Navidad, como todas las cosas buenas de la vida juntas.

Roman aún no lo sabe, su sonrisa es lo que más echará de menos. Ninguna otra sonrisa lo hará sentir jamás como la de su madre.

—Vaya, ¿qué hacéis vosotros aquí? ¿Habéis venido a pedirme dinero para ir al nuevo McDonald's? Apuesto a que en Church's están que trinan porque lo han puesto justo enfrente de su local. No me extrañaría que le dieran una paliza al bueno de Ronald McDonald —dice Bonita Carruthers, y se ríe con su propia ocurrencia.

Ése es el recuerdo que hará llorar a Dante, el que lo perseguirá en los sueños y las horas de vigilia: el cascabeleo de la risa de su madre. Un sonido puro y bueno como ninguno de los que oirá el resto de su vida.

Bonita frunce el ceño al ver que no le ríen la gracia. Los observa con atención y se da cuenta de que ha pasado algo. Conoce a sus hijos.

—¿Va todo bien? Roman, ¿qué pasa? —pregunta.

Roman no puede hablar. Ahora que está allí, no le salen las palabras. No sabía lo duro que le resultaría y no está preparado para la inmensa pena que le llena el pecho de pronto.

Sin embargo, allí donde él titubea, Dante, en toda su inocencia, va directo al grano.

—Te he visto con el señor Oscar. Os he visto por la ventana. Estabas inclinada hacia delante y él detrás de ti, y te hacía cosas —le suelta de sopetón.

La sonrisa de Bonita se desvanece como una estrella fugaz. Roman sabe que se dispone a mentir, pero la verdad aflora a su rostro, y eso lo entristece aún más. Las palabras que está a punto de decir no importan, porque él ve la verdad en sus ojos, en la arruga que se le forma en la frente. En su boca desencajada.

—Ay, tesoro, eso no era... No es lo que piensas. No era... No sabes lo que has visto —dice Bonita.

Esa última parte, compuesta por seis sencillas palabras, abre una herida en el alma de Roman que nunca se curará. Una ira ardiente como el fósforo en llamas que le recorre todo el cuerpo.

El desengaño, una palabra que aún no conoce, le llena el corazón hasta que parece a punto de explotar. Para Roman, con esas seis palabras, su madre, la reina de la familia, ha arrojado su corona a la basura.

—Sí que sabe lo que ha visto. ¿Por qué mientes, mamá? ¿Cómo puedes hacerle esto a papá? ¿Cómo has podido? —le espeta Roman. Sus palabras la hieren, se da cuenta de que se estremece al oírlas.

Pero Bonita Carruthers no es la clase de mujer que permite que sus hijos le hablen de ese modo, por más que haya obrado mal.

—Cuidado con lo que dices, jovencito. Soy tu madre. Ni se te ocurra faltarme al respeto. Lo que hagan los mayores es cosa suya y los niños no pueden andar husmeando en sus asuntos —dice.

—O sea, que ¿los mayores pueden andar tonteando por ahí sin que nadie les diga nada? —replica Roman.

Comprende al instante que ha entrado en territorio desconocido. En un reino de ídolos caídos y emperadores destronados que todo niño debe atravesar algún día. Un viaje por el que deja de ver a sus padres como seres infalibles para empezar a considerarlos demasiado humanos. Para la mayoría, ese viaje termina con una aceptación teñida de nostalgia. Amamos a nuestros padres no porque sean perfectos, sino porque no se rinden pese a sus imperfecciones. Nadie está a la altura del ideal, pero la intención es lo que cuenta.

Roman y Dante nunca cruzarán ese valle que separa la adoración del entendimiento. Sencillamente no será posible. Ni para ellos, ni para Neveah, ni desde luego para Bonita.

Su madre le da una bofetada. El golpe es fulminante, fuerte y doloroso. La mejilla derecha le arde como si una abeja se hubiese posado en ella y se hubiese sacrificado sólo para hacerlo chillar de dolor. Roman no se tambalea ni se cae. A los dieciséis ya mide metro ochenta y pesa sus buenos setenta kilos. Llegará a medir metro ochenta y cinco. La mejilla le quema como si hubiese apoyado la cabeza contra la parte trasera de uno de los hornos crematorios.

Alarga las manos y agarra a su madre por los brazos.

Por más que lo intente, nunca podrá explicar por qué lo hizo. Se dirá que fue un acto reflejo. En los años venideros, intentará convencerse de que intentaba defenderse. Habrá momentos en los que querrá creer que iba a abrazarla, como si un abrazo pudiera calmar la zozobra que se había instalado entre ellos y a su alrededor. Como si, a los dieciséis años, su mente hubiese meditado a fondo sobre cómo reaccionar la primera vez que su madre le ponía la mano encima.

Lo que pasa a continuación quedará oculto tras un largo velo negro en la memoria de Roman y Dante. En la mente del primero, se traducirá en un batiburrillo de imágenes iluminadas por una cruda luz estroboscópica. No se fiará

de su recuerdo y nunca le preguntará a Dante por su punto de vista. Es una conversación que ninguno de los dos quiere tener.

Si pudiera observar ese instante desde fuera, tal como sucedió en realidad, tal vez se sintiera mínimamente absuelto, pero buscará esa atalaya en vano toda su vida.

Su madre intenta apartarse de él. Empieza a chillar y a maldecir, pero Roman le replica con palabras más hirientes todavía. La acusa a voz en grito de traicionarlos a todos: a su padre, a Dante, a Neveah y a sí mismo. Forcejean, aunque no es una pelea propiamente dicha, sino algo más primitivo: la expresión física del dolor, el resentimiento y la pena que comparten.

Dante se interpone entre ambos, les suplica que paren de una vez. Roman tiene un momento de lucidez y, en el preciso instante en que su madre se aparta de él con un último y hercúleo esfuerzo, le suelta los brazos mientras Dante lo empuja hacia atrás. Se da cuenta de que está a punto de pelearse con su propia madre, a la que quiere con locura a pesar de lo que ha dicho y lo que Dante ha visto.

La suelta y ella se cae.

Ni Dante ni él llegarán a entender cabalmente cómo sucede. En las peores pesadillas de ambos, sólo la verán precipitarse hacia atrás con las manos extendidas, una expresión de estupor en el rostro, la boca abierta en una exclamación muda.

Y luego las pesadillas cesarán por completo. Ninguno de los dos recordará el sonido de su cabeza al golpear el canto de la mesa de trabajo donde las cenizas se muelen hasta reducirlas a polvo y se empaquetan en bolsas de plástico que se colocan en urnas del mismo material. Sin embargo, ese instante permanecerá para siempre en el subconsciente de ambos. Años más tarde, Roman tendrá que ir corriendo al lavabo de un restaurante japonés cuando el cocinero deje caer un trozo de solomillo sobre la parrilla. El sonido de la carne al golpear el metal desbloqueará ese recuerdo en lo más recóndito de su mente y se inclinará sobre la taza del váter, vomitando y llorando sin saber muy bien por qué.

Ambos ven cómo su madre se desploma en el suelo. La sangre, roja como una llamarada, se derrama en torno a su cabeza como si de un halo se tratara. Tiene los ojos y la boca abiertos. Su lengua empieza a perder color rápidamente mientras el corazón le late cada vez más despacio hasta detenerse por completo.

Roman y Dante intentan despertarla tirándole de las extremidades, cubriéndole el rostro de besos. Ruegan a Bonita, a Dios, a quien sea, para que se levante, para que vuelva con ellos, «¡Mamá, por favor, levanta!».

Se quedan allí hasta que se hace de noche. Hasta que su padre vuelve. Lo ven llorar en silencio, derramando lágrimas que le surcan las mejillas como si estuvieran talladas en cristal.

Ordena a los chicos que se vayan al vestíbulo y se queden allí mientras él se encarga de todo. Su mujer, la madre de sus hijos, ha muerto, pero su cuerpo permanece.

Roman y Dante oyen a través de la puerta que el horno se pone en marcha.

Luego Keith Carruthers sale al vestíbulo.

—Nunca podemos contarle a nadie lo que ha pasado. A nadie. Ni siquiera a Neveah. Si alguien se entera, os apartarán de mi lado. Puede incluso que nos metan a los tres entre rejas. Esto es cosa nuestra, una cruz con la que debemos cargar. Nosotros y nadie más.

—Ha sido un accidente —acierta a decir Roman con un hilo de voz.

Keith lo coge, lo abraza con fuerza. Roman nota el latido del corazón de su padre a través de la camisa. Reconoce el olor a alcohol, tabaco y Brut, su agua de colonia.

—Lo sé, hijo mío. Lo sé, lo sé... —dice Keith con la voz rota.

Dante se acerca y Keith abraza a sus dos hijos. Los estrecha con tanta fuerza que les cuesta respirar. Roman llora con la cara enterrada en el pecho de su padre. Siempre recordará las manchas de sangre que, inexplicablemente, salpicaban los bajos del pantalón de su madre. Gotas de sangre que parecían un tatuaje de henna.

Habrá días y noches en los que pensará que, desde ese día, nunca ha vuelto a respirar con normalidad.

32

Roman pasó por el hospital de camino a Richmond, donde había quedado para comer con Shade. Llevaba consigo la información de la criptocuenta que había creado para su empresa pantalla. Pensaba darle los números de cuenta y luego hablar con él de unas pocas cosas más.

Cosas importantes.

Al entrar en la habitación de su padre vio que estaban empaquetando algunas de sus pertenencias. Dos auxiliares de enfermería guardaban en una caja de plástico las tarjetas que le habían enviado para desearle una pronta recuperación y varios jarrones con rosas y caléndulas marchitas. Roman interceptó a una enfermera que en ese instante salía de la habitación.

—Perdone, ¿por qué están empaquetando las cosas de mi padre? —preguntó.

—Van a trasladarlo a una unidad de cuidados paliativos —contestó la enfermera.

—¿Qué? ¿Lo dais por perdido? —preguntó Roman.

—Los médicos han hablado con su hermana sobre la perspectiva a largo plazo y han acordado entre todos que ésta es la mejor opción. ¿No lo habló con usted? —repuso la enfermera.

—No, no lo hizo. ¿Con quién debo hablar para suspender cualquier traslado hasta que pueda hablarlo con mi hermana?

La enfermera frunció el ceño.

—El doctor Naquin o la trabajadora social serían las personas más adecuadas, supongo —dijo.

—De acuerdo. ¿Puedo pedirle un favor? Dejen las cosas de mi padre tal como estaban. —Roman se volvió hacia las auxiliares de enfermería—. Ahora mismo, si son tan amables.

Llamó a Neveah antes de la reunión y justo después, pero no le contestó ninguna de las dos veces. Insistió mientras volvía a casa, en vano. Finalmente, mientras aparcaba, consiguió que se pusiera al teléfono.

—Volveré a casa en unos días —dijo.

—No me preocupa cuándo vuelves. Necesito que me expliques por qué has decidido meter a papá en una residencia sin hablarlo con nosotros —dijo Roman.

—Ajá, ¿igual que tú has hablado conmigo sobre lo que sea que te traes entre manos con Dante y que ha hecho de mí una diana andante? ¿Te refieres a eso?

Roman se mordisqueó los carrillos.

—¿Lo dan por perdido, es eso? ¿Tú también? —preguntó Roman.

—Yo no lo doy por perdido, pero por una vez trato de pensar en mí. Ha pasado más de un mes. La cobertura del seguro está a punto de agotarse y los médicos no creen que vaya a salir del coma. No pienso trabajar hasta caer muerta para seguir pagando las facturas del hospital.

—Yo puedo darte dinero —dijo Roman.

—Rome, sabes que te adoro, pero no quiero la clase de dinero que estás ganando últimamente. Esto es lo mejor que podemos hacer, por él y por nosotros. ¿Vas a llevártelo a tu casa? ¿Vas a limpiarle el culo, a cambiarle la sonda? Porque eso es lo que se nos viene encima. Perdón por la crudeza, pero intento ser realista —dijo Neveah.

—Haría cualquier cosa por papá. Movería cielo y tierra por él. Pero ésa no es la cuestión. Somos una familia, deberíamos tomar las decisiones entre todos. Papá se merece algo mejor —dijo Roman.

—¿Tú crees?

—¿Qué cojones insinúas? —replicó Roman.

—No voy a discutir contigo, pero ese hombre al que te empeñas en poner sobre un pedestal seguramente quemó a nuestra madre en ese crematorio que tanto adora, así que perdona si no me despierta una profunda compasión —dijo Neveah.

Roman cerró los ojos con tanta fuerza que le dolieron las mejillas.

—Él no la mató. Neveah, no te... No te juzgo por aspirar a tener una vida propia. Sabe Dios que te la has ganado a pulso. La situación a la que nos enfrentamos Dante y yo es complicada, y siento que no hayamos sido más sinceros contigo, pero estamos hablando de papá. El hospital puede darle el tratamiento que necesita. Las residencias están muy bien para las personas que no tienen adónde ir, ni nadie que los ayude, pero nosotros somos tres. Algo se nos ocurrirá. Por favor, hablémoslo —dijo.

—Mira, Rome, si quieres buscar una solución alternativa, adelante. Pero yo he tomado una decisión. Si quieres que siga ingresado en el hospital o traértelo a casa, allá tú. Lo digo en serio. Conmigo no cuentes. Sabes lo difícil que es mover un peso muerto, ¿verdad?

Pues imagina tener que hacerlo durante todo el santo día, todos los días, hasta que uno de los dos estire la pata. Porque eso es lo que va a pasar cuando las facturas del hospital vayan subiendo y el dinero vaya menguando en tu cuenta bancaria, hasta que no tengas más remedio que llevártelo a casa. Piénsalo bien. Te dejo, en los viñedos han organizado una salida en kayak por el río. Como te he dicho, estaré en casa dentro de un par de días.

Roman negó con la cabeza.

—Vale, ya hablaremos.

—Bueno, yo ya he dicho todo lo que tenía que decir al respecto, pero podemos hablar. Te dejo —se despidió Neveah.

—Yo también te quiero —dijo Roman.

—Lo sé. Hasta luego.

Roman esperaba que discutieran, pero su hermana no había dicho nada que él pudiera rebatir. Cuidar de su padre en casa sería una tarea titánica. No podría sostener de forma indefinida la atención hospitalaria, pero tampoco podía aceptar que se rindieran con su padre. Keith Carruthers tenía una voluntad de hierro y no podía creer que hubiese tirado la toalla. Todavía no.

Roman entró en la casa. Dante estaba tirado en el sofá. Había dos botellas vacías de Jameson sobre la mesa de centro. Al verlo, se incorporó y lo saludó con la mano.

—Buenas —dijo.

—¿Has comido algo hoy? —preguntó Roman.

—Sí, una galleta rellena de mermelada, y luego una botella de Jameson para bajarla —contestó su hermano.

—Dante, me preocupas. Esto está siendo demasiado, tío.

—Desde luego. Demasiado whisky, demasiadas drogas, demasiada gente muerta a nuestro alrededor. Demasiado «es lo que hay» —dijo Dante.

Roman soltó un suspiro.

—Estamos a punto de acabar con esto de una vez por todas. Necesito que aguantes un poquito más.

Dante rompió a reír. Echó la cabeza hacia atrás y soltó una sonora carcajada.

—No, no lo estamos. Ya te lo dije, a ti toda esta movida te encanta. Se te da de puta madre ganar pasta para esta peña. Te gusta llegar y moverla de aquí para allá como si estuvieras jugando al Monopoly. Cómo vas a arreglar esto, si estás metido hasta el cuello —dijo Dante.

Roman parpadeó varias veces seguidas.

—Intento arreglar una cagada tuya que casi le cuesta la vida a nuestro padre, por no hablar de tu dedo. Aquí estoy, intentando remediarla cuando podría estar tan ricamente en Atlanta.

—Por tu culpa se han cargado a Cassidy. Yo metí la pata con Torrent y demás, y nunca debí confiar en Getty, pero si tú no te hubieses ofrecido para incinerar sus problemas, no los habrían traído al crematorio. No habrías tenido que matar a Getty y yo no habría tenido que abrirle la crisma a Splodie como si fuera un melón —dijo Dante.

Roman se acercó al sofá y se apoyó sobre una rodilla.

—Quiero que escuches lo que voy a decir. Espero que te llegue al cerebro, a pesar de toda la ketamina, el eme, la heroína o lo que sea que te metes estos días. Eres mi hermano y te quiero, igual que a Neveah, pero tú y sólo tú eres el responsable de la muerte de

Cassidy, porque no supiste evitar que volviera. Eres el responsable de que papá esté a punto de ingresar en una residencia de ancianos. Tú eres el responsable. Te dedicas a cagarla una y otra vez y nosotros a arreglar tus cagadas, y vuelta a empezar. Es un círculo vicioso de excusas y meteduras de pata que se convierten en hábitos porque eres un caso perdido y ahí sigues, erre que erre. Te quiero, pero estoy hasta los huevos de esto. Sí, se me da bien ganar pasta, casi tanto como a ti cagarla. Así que no puedes pedirme ayuda y luego cuestionar mi forma de prestarla. Yo no te pregunto por qué te comportas así, y ojalá pudiera hacer algo para... para cambiarte, pero no puedo. Lo único que puedo hacer es intentar salvarte el pellejo —dijo Roman.

Dante sonrió.

—¿Que no sabes por qué me comporto así? Por culpa de mi primera cagada. La cagada suprema. El pecado original. Dilo. Sé que lo crees. Sé que papá lo cree. Dilo, Rome. Dímelo a la cara. Dime que es mi culpa que mamá esté...

Roman le rodeó la garganta con ambas manos y se levantó sin soltarlo, arrancándolo del sofá.

—No. Ni hablar. No voy a decirlo porque no vamos a hablar de eso. No fue... no fue culpa tuya. No fue culpa mía. Y no vamos a hablar de eso, me cago en Dios. Ni ahora, ni nunca. ¿Me oyes? ¿Me oyes? —dijo Roman entre dientes.

—Yo también la echo de menos —repuso Dante sin apenas resuello.

Roman lo soltó. Su hermano se desplomó en el sofá.

—Quédate aquí hasta que se te pase la curda —ordenó Roman.

—¿Adónde vas?

—Tienes razón. Ya es hora de acabar con esto.

Roman se fue hacia la puerta principal.

—¡Rome! ¡Oye, Rome! No hagas nada de lo que puedas arrepentirte. Lo siento, tienes razón. Yo soy el responsable. Es culpa mía. Le dije a Cass que todo se arreglaría y no ha sido así. Y ahora está muerta, igual que mamá. Lo siento, Rome. Lo siento. No vayas o te harán daño. Quédate aquí, por favor —suplicó Dante entre lágrimas.

—Espérame aquí. No salgas de casa —ordenó Roman—. Y oye, lo siento. No debería haber dicho eso. Todos nos equivocamos. Nadie es perfecto. Pero te prometo que nos mantendré a salvo. Tú sólo quédate aquí, ¿vale?

—Vale. No hace falta que te disculpes. Sé que tienes razón —dijo Dante.

Roman volvió al sofá y le dio un toque en la frente a su hermano.

—Mírame. No eres un caso perdido. Estaba cabreado por otra cosa y la he pagado contigo. No tendría que haberlo hecho. Voy a irme. Quédate aquí y no te agobies.

—Vale. Rome, sé que siempre te fallo, pero gracias por no dejarme tirado —dijo Dante.

—Nunca podría dejarte tirado, Dante —repuso Roman—. Tengo que irme.

Salió por la puerta y se subió al Challenger de un salto.

—Adiós, Rome —dijo Dante.

Chauncey estaba apurando una cerveza cuando su móvil empezó a sonar.

—¿Diga?

—Soy Roman Carruthers. Tengo que hablar contigo.

—Vaya, vaya, mira quién ha entrado en razón. ¿Tienes mi dinero? —preguntó Chauncey.

—Escucha, puedo conseguir el dinero, pero las cosas van a ponerse feas con Torrent. Ha perdido la chaveta. Hizo volar la tienda de vapeo. ¿Y lo de esos chavales en el parque, y la fiesta de cumpleaños? Es todo cosa suya. Mira, yo no puedo seguir adelante con esto. No puedo formar parte de algo así. Necesito tu ayuda —dijo Roman. Le temblaba la voz.

—¿Qué esperas que haga yo, tío? Quiero mi pasta —replicó Chauncey. La víspera, por fin, Sharon le había entregado la notificación de divorcio en casa de su madre, donde no podía quedarse durante mucho más tiempo porque su hermana estaba viviendo allí con los mocosos de sus sobrinos.

—Puedo llevar un micro cuando vaya a la reunión entre bandas que tendrá lugar en el Arrabal, en un viejo almacén. Se supone que los Ghost Town Crew van a enviar a un representante suyo y que Torrent, Tranquil y compañía van a intentar negociar una tregua. Podrías acercarte con un equipo de grabación y conseguir la hostia de pruebas para luego detenerlos. Cuando estén entre rejas, podré conseguirte la pasta. Mientras anden sueltos, no es seguro —dijo Roman.

—¿Por qué no llamas al departamento de policía de Jefferson Run? Ellos pueden ofrecerte protección —aventuró Chauncey.

—Porque, a diferencia de ti, ellos no se asegurarán de que mi nombre no salga a relucir en ningún momento. Porque quieres tu pasta —repuso Roman.

Chauncey sopesó la oferta que acababa de hacerle el niño bonito. Le dio vueltas en la cabeza por unos instantes, intentando verla desde todos los ángulos posibles. Finalmente, sonrió antes de decir:

—Pásame la hora y el lugar. Llegaré una hora antes para dejarlo todo a punto.

—Vale, pero ven solo, tío. Esta peña es de un paranoico que te cagas. Como se huelan algo, nos matarán a los dos —dijo Roman.

—No sufras por eso, monada. Tú prepárate para firmar mi cheque —replicó Chauncey.

—Si consigues que los detengan, lo tendrás al final del día siguiente —le aseguró Roman.

—Mándame un mensaje con los datos.

—De acuerdo. Gracias, tío —dijo Roman.

—Tú mándame los datos —repuso Chauncey.

Y colgó.

Roman volvió a guardar el móvil en el bolsillo.

«Ya tenemos la torre en su sitio», pensó.

Torrent y los Black Baron Boys estaban pidiendo otra ronda de copas y otra ración de pescado cuando Roman entró en Trout's. El líder de la banda parecía sentirse de mejor humor desde que había diezmado a buena parte de los Ghost Town Crew. Roman sólo esperaba que ese estado de ánimo siguiera acompañándolo durante la conversación que estaba a punto de tener con él.

—¿Podemos hablar un momento, en la trastienda? —preguntó Roman—. Es importante.

Torrent cogió un chupito de la bandeja que una de las camareras sostenía al pasar por su mesa. Tranquil clavó en Roman sus ojos sin vida, de un marrón opaco como el barro.

Trató de ignorarlo.

—¿Qué es tan importante, lumbreras? Tómate algo. Todo va de puta madre —dijo Torrent. Estaba de mejor humor, pero también algo achispado.

Roman se inclinó hacia delante y bajó la voz.

—Un tío de los Ghost Town Crew se ha dejado caer por el local de mi padre hoy para intentar reclutarme —dijo Roman.

—¿De qué coño hablas? —replicó Torrent.

—Se han pasado por el crematorio. ¿Podemos hablar en la trastienda? —insistió Roman.

—Sí, vamos. Joder —masculló Torrent.

En el despacho de la parte trasera del restaurante, Roman se sentó en una silla frente al escritorio de Torrent. D-Train, Tank, Corey y los gemelos Bang Bang formaron un semicírculo en torno a ambos.

—Un tío que dice llamarse Carlos Veracruz ha venido a verme. Me ha dicho que había oído por ahí que te estoy haciendo rico y se preguntaba si querría trabajar para él. Ha dicho que podría llevarme una mayor tajada si me unía a ellos, y que, si estaba interesado, podría reunirme con su jefe, Ernesto no sé qué más, esta misma noche. Así que le he dicho que sí, claro, me encantaría charlar con él, y aquí me tienes, contándotelo —dijo Roman.

Torrent entrelazó los dedos y apoyó las manos sobre el escritorio.

—Estamos hablando de los mismos tíos que intentaron mataros a tu hermana y a ti. ¿Por qué iban a querer que trabajes para ellos?

—No lo sé. A lo mejor han decidido probar con la zanahoria, en vista de que el palo no ha funcionado —aventuró Roman.

—¿Y por qué vienes a contármelo? Podrías haberles dicho que no y a otra cosa —apuntó Torrent.

—Porque no soy imbécil. No quería que te llegara el rumor de que me habían abordado, porque no me apetece que nos maten a mis hermanos ni a mí —dijo Roman.

—¿A qué hora se supone que has quedado con él esta noche?

—A las nueve, en el viejo almacén de tabaco del Arrabal.

Torrent tamborileó con los dedos sobre el escritorio.

—¿Crees que deberíamos hacerle una visita a ese mamonazo esta noche? —preguntó a su hermano.

—Los Ghost Town Crew están poco menos que muertos. Si ha sido Ernesto, no tiene bastantes soldados ni armas para aguantar mucho más. Jefferson Run es nuestra. No creo que haga falta cortarle la cabeza a esta serpiente teniendo en cuenta que el cuerpo está moribundo —dijo Tranquil.

Torrent volvió a tamborilear con los dedos.

—Ya. Pero si ha sido realmente Ernesto y lo quitamos de en medio, enviamos un mensaje —afirmó Torrent.

—La tienda de vapeo también era un mensaje —señaló Tranquil.

Torrent movió el cuello de un lado al otro. Roman oyó cómo crujían las articulaciones.

—A tomar por culo. Le cortamos la cabeza y así nos aseguramos de que esos hijos de puta están muertos. De acuerdo, lumbreras. Estate aquí a eso de las ocho. Vamos a ver qué se cuenta Ernesto. Venga, que hemos dejado las copas a medias —dijo Torrent.

Mientras salían del despacho, Tranquil pasó al lado de Roman.

—Siento que lo tuyo con mi hermana no haya salido bien. Creía que ella sabía lo que hay —dijo Tranquil.

«Qué vas a sentir tú, psicópata de mierda», pensó Roman.

—No te preocupes.

—No pensaba hacerlo —replicó Tranquil.

Roman se marchó de Trout's y se fue al crematorio. Aparcó el coche y entró en el edificio. Se fue al despacho, sacó la pistola de su padre de la caja fuerte y se la metió en el bolsillo de la chaqueta. Luego entró en la sala del horno y se plantó en el centro de la estancia, bajo el tragaluz.

La luna llena brillaba a través del cristal como un barco lejano haciendo señales luminosas. Neveah había escogido una buena semana para tomarse unas merecidas vacaciones. La cámara frigorífica estaba vacía y no habían recibido llamadas de ninguna de las agencias funerarias con las que trabajaban.

Roman no era creyente, aunque había ido a misa de pequeño. Su padre iba más que nada por costumbre, y cuando el crematorio empezó a funcionar a pleno rendimiento dejó de ir por completo. Ese edificio se había convertido en su santuario. Ningún sermón apocalíptico podría compararse con el ardiente calor que irradiaban los dos hornos. Ese edificio, escenario de tanto sufrimiento personal, era para su padre una suerte de iglesia.

Roman recitó una oscura plegaria:

«Pase lo que pase esta noche, Dante y Neveah estarán a salvo. Torrent y Tranquil no volverán a amenazar a mi familia. Me he equivocado mucho, he hecho cosas de las que me arrepiento, cosas

que me ponen enfermo. Pero, por favor, déjame hacer esto bien. Mamá, si puedes oírme, vela por mí esta noche. Te echo mucho de menos. Nunca me arrepentiré lo bastante. Por favor, vela por mí esta noche.»

Se fue al coche. Antes de arrancar el Challenger, envió un mensaje a Khalil.

todo en orden?

Khalil contestó al instante.

ya lo sabes

Roman arrancó el motor del coche y salió disparado del aparcamiento, rasgando la noche como un jinete cuyo corcel nunca hubiese conocido la derrota.

Había perdido muchas cosas en la vida, pero de algo estaba seguro: jamás lo habían derrotado.

33

Dante se detuvo frente al taller mecánico y aparcó el coche de alquiler al otro lado de la calle. Iba escuchando la emisora de hip-hop de los noventa en la radio por satélite. *My Mind Playing Tricks on Me*, de los Geto Boys, sonaba a todo trapo por los altavoces, haciendo temblar el cristal de las ventanillas.

Le dio un último trago a la botella de bourbon más barato que encontró. Sacó del bolsillo un frasquito de comprimidos y esnifó dos rayas de Percocet triturado. Luego abrió la guantera y cogió una Desert Eagle del calibre 380. Parecía sacada de la torreta de un carro de combate. Se la había cogido prestada a Tug, que no estaba para hacerle demasiadas preguntas —Raynell seguía ingresada en cuidados intensivos—, así que, cuando Dante le pidió prestada el arma, se la entregó sin más reservas que si le hubiese pedido prestado su mando de videojuegos preferido.

—Voy a tener una charla con un tío —le dijo Dante.

—Vale, colega —le contestó Tug sin apenas apartar los ojos del móvil por si llegaba alguna noticia de Raynell.

Dante se levantó, se metió el arma por dentro del pantalón y se fue hacia la puerta.

—Oye, Tug, gracias por todo, tío —le dijo.

—De nada, tío, nos vemos.

—Claro, tío, gracias de nuevo —insistió Dante.

Se marchó tarareando la canción *What About Your Friends*, de TLC.

El taller mecánico quedaba a las afueras de Jefferson Run, en el extremo oeste del término municipal. Kilómetro y medio más allá empezaba el condado de Chesterfield, igual que por el lado opuesto sólo había que cruzar el puente para adentrarse en el condado de Warren.

Dante siguió con la mirada el trazado de la calle, que más adelante se convertía en una carretera de dos carriles y dejaba atrás la ciudad. Había una evidente línea de separación entre el municipio y el condado, visible allí donde se alzaban árboles a ambos lados de la carretera. El condado empezaba donde terminaban las farolas.

Esa noche algunas de las farolas hasta funcionaban, pero su luz se veía eclipsada por el resplandor de la luna llena. Dante le dio otro lingotazo a la botella y notó un cosquilleo en el pecho.

De pequeño, la última farola de esa parte de la ciudad era la frontera de su territorio. Su madre le había dicho que no podía ir con la bici más allá de ese punto. El tráfico en Chesterfield era demasiado peligroso, decía. Dante nunca había sospechado que esa línea divisoria lo retendría durante treinta y cuatro años.

En la radio empezó a sonar otra canción, un viejo éxito de R&B: *Old Time's Sake* de Sweet Table, tema compuesto para la banda sonora de la película *Play Off*.

Los viejos tiempos. Los buenos viejos tiempos. Los tiempos que no le daban pesadillas.

Hurgó en el bolsillo y sacó una vieja foto tomada con una Instamatic. Su padre había gastado cerca de mil dólares en esas cámaras desechables baratas cuando él era pequeño para documentar la construcción del crematorio.

Se acercó la foto a los ojos.

En ella se veía a Roman, Neveah y el propio Dante con sus padres al salir de misa un domingo. Los dos hermanos lucían sendas corbatas de clip y Neveah llevaba un precioso vestido amarillo y el pelo recogido en dos grandes coletas afro.

Su madre era la viva imagen de la elegancia. Su padre estaba detrás de ella con una mano en su hombro, sobre la que Bonita había posado la suya. Llevaba puesto ese anillo con un diamante en forma de corazón que su padre le había regalado. Era pequeño, pero debía de tener un brillo espectacular, porque en la foto se apreciaba su centelleo.

Dante salía haciendo muecas. Rome se veía serio, como siempre. Neveah miraba a la derecha, no recordaba por qué.

Volvió a dejar la foto en el bolsillo.

Metió una bala en la recámara de la Desert Eagle.

Respiró hondo varias veces. Inspirar, espirar. Inspirar, espirar.

—Lo siento, Cassidy. Te he fallado —dijo en voz alta.

Y salió del coche.

—¡Ernesto Salaazar, he venido a por ti! ¡Ven aquí, hijo de la gran puta! —berreó Dante. Su voz retumbó por toda la calle, pero se desvaneció al llegar a las copas de los árboles.

La última farola parpadeó como una linterna que se apaga mientras los disparos resonaban en la noche.

Roman aparcó el Challenger junto al BMW de Torrent. Habían quedado en Trout's y luego habían salido hacia el Arrabal en una caravana que se abría paso como una daga en la noche. Se apeó del coche y se abrochó la chaqueta. Había farolas en torno al almacén, pero estaban fundidas desde hacía años y nadie se había molestado en cambiar las bombillas. La luz de la luna prestaba un tono violáceo a la calle, al almacén y a todo lo que había en las inmediaciones.

Roman esperó que Torrent y Tranquil se bajaran del coche. D-Train, Tank, Corey y los gemelos Bang Bang, que habían ido hasta allí en el Cadillac último modelo de D-Train, ya se habían apeado. La brisa fresca había dado paso a un viento frío y desapacible.

Por fin, Torrent y Tranquil salieron del coche.

—¿Hay luz ahí dentro? —preguntó el primero.

—Sí, aún no han cortado la corriente —dijo Roman—. Los de la empresa de derribos me pasaron la llave. Éste es el próximo edificio que van a echar abajo. Voy a encender la luz y entramos. He venido de vez en cuando para asegurarme de que todo estaba en orden. Supongo que podemos entrar y esperar dentro a Carlos y Ernesto.

—Sí, vamos a esperarlos —dijo Tranquil.

Roman no aminoró la marcha, pero había algo en el tono de voz de Tranquil que le produjo cierta inquietud. ¿Era sarcasmo? ¿Acaso era capaz de manifestar sarcasmo ese pedazo de sociópata? Roman abrió la puerta lateral del almacén y accedió al interior. Buscó a tientas en la pared hasta encontrar el interruptor. Un tercio del almacén se iluminó gracias a una serie de bombillas encerradas en armazones metálicos que colgaban del techo. Algo alumbraban, pero, puesto que el almacén sólo tenía ventanas en la parte trasera del edificio, que daba a un callejón en el que se alzaba otro viejo

almacén abandonado, a Roman no le preocupaba que alguien se fijara en la reunión.

Torrent y Tranquil entraron en el edificio, seguidos por el resto de la banda. Roman fue hacia unos palés apilados y se apoyó en ellos con las manos metidas en los bolsillos. El vaho generaba pequeñas bocanadas blancas delante de su cara, como nubes en miniatura.

D-Train fue el último en entrar por la puerta, que cerró a su espalda antes de situarse junto a Torrent y Tranquil. Fue entonces cuando Roman advirtió que estaba solo a un lado del edificio, mientras que el resto de los BBB estaban al otro lado. Entre ellos había dos montículos de basura y escombros que semejaban pequeñas yurtas.

Roman no creía que fueran a protegerlo de las balas.

—¿A qué hora dices que vienen Carlos y Ernesto? —preguntó Torrent.

—A las nueve, o sea, dentro de media hora —dijo Roman.

Esperaba que Chauncey tuviera la sensatez de esconderse detrás de los sacos de arpillera podridos que se amontonaban al fondo del edificio, o de la maquinaria abandonada que había en el otro extremo de la pared izquierda. Mientras estuviera en el edificio, todo saldría bien.

Con un poco de suerte.

Torrent se aclaró la garganta.

—Ya sabes que nunca me he fiado de ti, pero empezabas a caerme bien. Hasta llegué a pensar que Jae y tú hacíais buena pareja. Pero sólo eres otro lumbreras que se cree más listo que yo porque ha ido a la universidad —dijo Torrent.

—¿Qué? ¿De qué hablas? —preguntó Roman.

Torrent sonrió.

—Chauncey, ya puedes salir —dijo.

Roman vio boquiabierto cómo Chauncey abandonaba su escondite entre las sombras. No llevaba ningún equipo de grabación, ni videocámara, ni nada parecido. Se limitó a sonreírle mientras se colocaba a un lado de los BBB.

—¡Teníamos un trato, pedazo de cabrón! —chilló Roman.

—Hice otro mejor con Torrent. No te lo tomes como algo personal. Bueno, un poco personal sí que es. Tu hermana me ha destrozado la vida. Una de mis compañeras la oyó hablar en el aparcamiento de Candy's la noche que los GTC atacaron el bar y se lo contó a mi mujer. Ahora no puedo ni ver a mis hijos. No puedo ni entrar en la casa que he pagado con el sudor de mi puta frente. Así que, cuando acabemos aquí, seguramente estos chicos le harán una visita —insinuó Chauncey.

Roman se obligó a no sacar la pistola y dispararle allí mismo.

—Chauncey vino a verme después de que te fueras. Llegamos a un acuerdo. Ahora mismo está suspendido por una pequeña infracción del código de conducta. Tu hermana no era la única a la que se tiraba, ¿a que no, Chauncey? Una policía de tráfico lo delató —informó Torrent.

Chauncey no replicó.

—Pero, con su ayuda, te colgaremos unos cuantos marrones, y eso lo ayudará a congraciarse de nuevo con el cuerpo de policía. Entonces tendremos un amigo allí y otro en la oficina del alcalde, así que debo darte las gracias —dijo Torrent.

—¿Vas a matarme sin pedirle permiso a Shade? También trabajo para él, ¿acaso lo has olvidado? —preguntó Roman, sin poder evitar

que le temblara la voz porque todo él temblaba.

—No es Shade quien está al mando, sino yo. Ya le explicaré lo que ha pasado, y lo superará. Ese hijo de puta lo supera todo mientras no tenga que ir a la cárcel. Te lo dije, Roman, no eres más listo que yo. Pero no me has hecho ni caso. Hay gente que sólo aprende a las malas. Bueno, como solía decir mi madre, la letra con sangre entra. D-Train y compañía, voladle la tapa de los sesos a este cabronazo, si sois tan amables.

Roman sabía que Torrent diría algo así. Puede que tuviera a Chauncey en el bolsillo, pero no iba a cometer asesinato delante de un policía, ni a consentir que lo hiciera su hermano, por más que Roman viera en la mirada de Tranquil que lo deseaba con todas sus fuerzas.

D-Train sacó la pistola y apuntó a Roman, que le sostuvo la mirada.

Tank, Corey y los gemelos Bang Bang también le apuntaron con sus armas.

—Hasta nunca, gilipollas —dijo Torrent.

Roman agachó la cabeza.

—Vale. Vale. Hacedlo. Hacedlo ya —dijo.

D-Train, Tank, Corey y los gemelos Bang Bang dieron media vuelta y apuntaron con las pistolas a Torrent y Tranquil.

Pasó un instante, fugaz como un parpadeo, hasta que Torrent comprendió lo que estaba pasando. La confusión se adueñó de su rostro, rápidamente sustituida por la ira.

—¿Se puede saber qué coño estáis haciendo? —preguntó Torrent a voz en cuello.

La sonrisa de Chauncey se desvaneció como un fantasma a la luz del alba. Tranquil se llevó la mano a la parte baja de la espalda, pero Lucius le puso la pistola en la sien.

—D-Train, ¿cuánto dinero he ingresado en tu cuenta de ahorros? —preguntó Roman.

—Cien mil. Además de ayudarme a crear un plan de pensiones —contestó el interpelado.

—¿Corey? —siguió Roman.

—Setenta y ocho mil, y luego nos hizo invertir a mi madre y a mí en un fondo de inversión que es la hostia —dijo Corey.

—¿Y a ti qué tal te va, Tank? —preguntó Roman.

—Tío, aquí el colega me metió en el trato con Shade. Tengo bastante pasta para pagarle a mi sobrina los cuatro años de la carrera en Prosser State.

—Nosotros tenemos bastante para pagarle el traspaso al dueño de un bar en Richmond —dijo Lucius, hablando en nombre de los gemelos Bang Bang—. Y también tenemos acciones en ese fondo de inversión.

—Entre el trato que ha cerrado Shade con el estado de Virginia y la gentrificación del Arrabal, vamos a vivir como reyes durante mucho tiempo —dijo Roman sin levantar la voz—. Se acabó lo de inflar y vender como si no hubiera un mañana, se acabó lo de jugar con la Comisión de Bolsa y Valores. Vamos a vivir todos de puta madre sin tener que conformarnos con las migajas que nos das.

—¿Conque ésas tenemos? ¿Ésas tenemos, después de todo lo que he hecho por vosotros, pedazo de cabrones? Y hablando de Shade, ¿creéis que va a consentirlo? ¡Mamonazos, no sabéis con quién os estáis metiendo! —bramó Torrent.

—Terrance, tiene su permiso —apuntó Tranquil.

Torrent giró la cabeza bruscamente a la derecha para mirar a su hermano y, a juzgar por la expresión de su rostro, acabó de atar cabos. Se volvió hacia Roman.

—Shade dijo que estaba de acuerdo, mientras fuera limpio —recordó Roman. Dio un paso adelante—. Intentasteis matar a mi padre. A mi hermano. A mí. Me obligasteis a rebajarme hasta vuestro nivel, a revolcarme en el barro con vosotros hasta el punto de que no sé si volveré a sentirme limpio en la vida. Pero ahora toca ajustar cuentas. Esta noche no quedarán deudas pendientes —sentenció Roman sin apartar los ojos de Torrent hasta que éste empezó a mirar frenéticamente a su alrededor buscando, si no una vía de escape, si al menos la posibilidad de un indulto, pero los hombres que le devolvieron la mirada no le permitieron albergar esperanzas.

Roman retrocedió.

—Mira lo que le me hiciste en la mano, hijo de puta —masculló Corey.

—Me golpeaste en la cabeza por derramar una puta bebida —dijo Tank—. ¿Qué clase de tarado hace algo así?

D-Train estabilizó con la otra mano la que empuñaba la pistola.

—No tendrías que haberte cargado a Eddie, tío. Sólo era un chaval y no se lo merecía.

—A tomar por culo —dijo Tranquil. Sacó la pistola del calibre 45 de la cinturilla del pantalón.

Antes de que pudiera abrir fuego, Lucius apretó el gatillo.

Los demás siguieron su ejemplo. Los disparos crearon una violenta sinfonía que llenó el inmenso espacio del almacén con un estruendo

disonante.

Los hermanos Gilchrist cayeron juntos, Torrent tendido sobre su hermano pequeño, al que intentó proteger hasta el final. Haciendo honor a su nombre, Tranquil había enmudecido, pero Torrent rompió a toser mientras la sangre le manaba por la boca y se derramaba por mentón.

—Hijos... de la gran... puta... —resolló.

Roman se acercó a él. Metió la mano por dentro de la chaqueta y sacó la pistola de su padre.

—No vas a acabar con la cara estampada en una camiseta. Nadie va a saber siquiera que has muerto hasta que pase algún tiempo. Para entonces, no habrá ninguna vigilia a la luz de las velas. Sólo unas pocas personas llorarán tu muerte, y en realidad tampoco querían tenerte cerca —dijo Roman.

Apuntó con la pistola a la cara de Torrent.

—¿Qué... pasará... con... mis... perros? —preguntó.

—Ya no tienes que preocuparte por eso —contestó Roman.

Tragó saliva.

«Para ser un rey, tienes que pensar como tal. Tienes que hacer lo que hacen los reyes», le había dicho su padre cuando le enseñaba a jugar al ajedrez.

Roman apretó el gatillo.

La mejilla de Torrent implosionó y ya no volvió a moverse.

Chauncey tenía las manos en alto.

—Escucha, podemos llegar a un acuerdo. ¡No puedes matar a un madero! No con esa pistola. La rastrearán hasta llegar a ti, ¡hasta llegar a todos vosotros! —chilló Chauncey.

—Tienes razón. No puedo matarte con esta pistola —convino Roman.

Levantó la mano y alargó el dedo índice hacia el techo. Luego señaló el suelo con ese mismo dedo.

Una bala, silenciosa como una tumba, surcó el aire a través de una ventana situada en la parte trasera del edificio y penetró en el cráneo de Chauncey a una velocidad de mil metros por segundo. Chauncey se desplomó como una bolsa de ropa sucia arrojada al suelo.

—¿Quién ha hecho eso? —preguntó D-Train.

—Mi corredor de seguros. Vamos a meterlos en el coche. Lucius, vosotros vais en el coche de Chauncey. Coged la pasta que hay en mi maletero y esparcidla por todo el coche junto con la coca, ¿de acuerdo? —dijo Roman.

—Entendido —repuso Lucius.

—D-Train, asegúrate de que esos perros vayan a buenas familias. Véndelos en la granja y listos. No dejes que se los lleve ningún refugio, ¿vale? —dio Roman.

—Vale, no hay problema.

«Gracias, mamá. Gracias por velar por nosotros una última vez», pensó Roman.

Para cuando acabaron de colocarlo todo en su sitio y limpiarlo todo, era medianoche.

Roman volvió a casa y aparcó el Challenger en el camino de acceso, cerca del porche. El coche de alquiler no estaba. Supuso que Dante no le había hecho caso y se había ido de marcha o a casa de

Tug. Neveah seguía en los viñedos, de manera que tenía la casa para él solo. Entró, sacó una botella de agua de la nevera y se sentó en el sofá.

Sintió el impulso de llamar a Jealousy, pero decidió no hacerlo. Sabía que necesitaba algo más de tiempo. Encendió la tele y empezó a zapear entre canales hasta que aterrizó en el de dibujos animados y allí se quedó. Su cerebro necesitaba un contenido sencillo, fácil de digerir. Apuró la botella de agua y apoyó la cabeza en el respaldo del sofá.

Se estaba quedando dormido cuando empezó a sonarle el móvil.

Lo cogió y miró la pantalla. Era un número de Virginia, pero no lo reconoció. ¿Quién lo llamaría a esas horas intempestivas? Entonces pensó en Neveah y contestó al instante.

—¿Diga?

—¿Roman Carruthers? —preguntó una voz en tono oficial al otro lado de la línea.

—El mismo —dijo Roman.

—Señor Carruthers, lamento tener que llamarlo a estas horas para... Por desgracia, debo informarlo de que llamo de la oficina del forense.

—¿Qué ha...? ¿Por qué me llama? —preguntó Roman.

La voz oficial hizo una pausa.

—Lo siento, pero tenemos aquí el cadáver de su hermano. Usted figura como el pariente más cercano en la tarjeta identificativa que llevaba en la cartera. Lo siento muchísimo, pero tendrá que venir a confirmar la identificación.

Neveah notó la vibración del móvil en la espalda. Se lo había llevado a la cama y se había quedado dormida. Lamentó no haberle quitado el sonido. Lo cogió, vio que era Roman y estaba a punto de no contestar cuando cayó en la cuenta de que eran las cuatro de la mañana.

—¿Qué ha pasado? —dijo.

—Vuelve a casa. Necesito que vuelvas —dijo Roman. Sonaba extraño, como si estuviera lejos del altavoz.

—¿Qué pasa? ¿Es por papá? —preguntó Neveah. Llevaba bastante tiempo ocupándose de la muerte para saber que ciertas llamadas a horas intempestivas sólo podían deberse a una razón específica.

—No. Por favor, Neveah, vuelve a casa y punto —dijo Roman.

Neveah notó un vacío en el estómago capaz de engullir el mundo entero.

—Voy para allá —dijo.

Roman la estaba esperando sentado en el primer escalón del porche con la cabeza apoyada entre las manos, los ojos clavados en la grava del camino.

—Rome, ¿qué ha pasado? —preguntó Neveah.

Roman levantó la cabeza. Estaba llorando.

—Lo han matado. Lo han matado.

—¿Qué? ¿A quién? —preguntó Neveah, notando que el abismo en su estómago se hacía aún más grande y profundo, porque sabía a quién se refería su hermano, pero se aferraba a la idea de que, si no lo verbalizaba, si las palabras no brotaban de sus labios, no podía ser verdad.

—Dante. Está muerto, Neveah —dijo Roman.

Se precipitaron el uno hacia el otro y se fundieron en un abrazo que sólo quienes han perdido a un hermano pueden entender.

Jealousy se levantó y miró el móvil. Eran las seis de la mañana y alguien estaba llamando a su puerta como si quisiera arrancarla de los goznes. Cruzó el piso y se asomó a la mirilla.

—Vete, Roman, no quiero hablar contigo. Por favor, márchate —le pidió desde dentro.

—Han matado a mi hermano —dijo.

Jealousy se quedó sin aliento. Abrió la puerta y allí estaba Roman con los ojos enrojecidos, la ropa desaliñada.

—¿Qué has dicho? —preguntó Jealousy.

—Lo han matado —repitió en un susurro.

Jealousy tiró de él hacia dentro y cerró la puerta. Roman se aferró a ella con desesperación y se dejaron caer los dos al suelo. Él temblaba, lloraba y hablaba con la cara enterrada en su cuello.

—¿Qué voy a hacer ahora? Lo han matado, Jae. Lo han acribillado a tiros. He tenido que ir a identificarlo, y lo han destrozado. Han destrozado a mi hermano. ¿Qué se supone que debo hacer ahora? ¿Qué hago, Jae? No sé qué hacer.

—Ay, mi amor, deja que te abrace y quédate aquí conmigo. No tienes que hacer nada más, amor mío. Lo siento muchísimo. Shhh... Tú quédate aquí conmigo, amor mío —dijo Jae.

Fuera empezó a llover con fuerza mientras el sol naciente se escondía tras los nubarrones grises que se arremolinaban en el cielo.

Jealousy abrazó a Roman, que lloró como un niño, con lágrimas más copiosas que la lluvia.

Neveah estaba borracha.

Había cogido una botella de aguardiente casero del alijo privado que su padre guardaba en el cobertizo del jardín y había empezado a beber tan pronto como Roman salió hacia un paradero desconocido.

Tragó un lingotazo de aguardiente y notó como le quemaba por dentro, desde la garganta hasta los pies. La casa parecía desierta, irremediablemente vacía, como si nunca fuera a llenarse de vida otra vez. Dante estaba muerto. Esas palabras ni siquiera tenían sentido para ella.

Cuando fue a levantarse de la mesa, la botella se le resbaló de la mano y se rompió al caer, empapándole los pantalones de aguardiente de maíz y tachonándolos con esquirlas de cristal. Neveah miró el desastre que había hecho y de pronto perdió el control. Golpeó la mesa con los puños y barrió con el brazo los platos apilados y la fruta de porcelana, que cayeron al suelo con estrépito.

Empezó a chillar, a sollozar, a bramar. Fue hacia el fregadero y arrojó el escurridor al suelo. Los platos quedaron hechos añicos, desperdigados como confeti sobre las baldosas.

Dio media vuelta y se topó con el tarro de las galletas en forma de osito. De pequeños decían en broma que había sido decapitado, hasta que su madre desapareció y se acabaron las bromas. Pero su

padre había conservado el maldito cacharro, con esos ojos que daban grima sólo de verlos, en lo alto de la nevera.

Neveah cogió el tarro con ambas manos y alargó los brazos por encima de la cabeza.

—¡Odio esta puta mierda! —chilló.

Y lo arrojó al suelo con todas sus fuerzas.

El tarro se rompió en mil pedazos.

Había dado por hecho que estaba vacío, pero se equivocaba.

Se quedó mirando fijamente su contenido, que reconoció al instante. Había visto miles idénticos a lo largo de los años. Un ojo inexperto podría haber pensado que se trataba de arena, cemento o quizá incluso arena de gato, pero para ella no había lugar a dudas.

Neveah cayó de rodillas. Rebuscó entre las cenizas sin importarle los cantos cortantes de los añicos de cerámica. Eran las cenizas de una incineración. Lo que había quedado del cuerpo de un ser humano tras ser inmolado. Sus dedos encallecidos se toparon con algo duro, un trozo de metal retorcido. Lo cogió y lo sostuvo a contraluz. El metal se había deformado por efecto del calor y parecía un signo de interrogación. En la base de ese signo de interrogación había un corazón resplandeciente.

34

Roman volvió a casa dos días después.

Había pasado esos dos días con Jealousy, intentando adaptarse a una nueva realidad, en la que su hermano pequeño estaba muerto y su hermana no contestaba a sus llamadas. Se había puesto en contacto con Weldon para ir a recibir el cadáver de Dante cuando lo trasladara desde la oficina del forense. Se encargaría de la incineración, pero no se veía capaz de recogerlo y sacarlo de la camilla en la que yacía su cuerpo.

Cuando entró en la casa, encontró a Neveah sentada a la mesa de la cocina. Estaba fumando dentro de casa, algo que por lo general no hacía. Roman se dijo que las reglas de siempre ya no tenían demasiado sentido.

Se sentó también a la mesa de la cocina.

—Llevo días intentando hablar contigo —dijo Roman.

—Necesitaba tiempo —repuso Neveah.

—Ya. Habrá que organizar un funeral, supongo. Podríamos hacerlo en la funeraria de Weldon, no sé —aventuró Roman.

—No quería decírtelo por teléfono —empezó Neveah, y le dio una larga calada al cigarrillo antes de añadir—: Papá murió anoche. Dicen que ha sido un aneurisma abdominal.

Su tono de voz era sereno, pero en sus ojos había una expresión febril.

—¿Qué coño acabas de decir? —preguntó Roman. Pensó que iba a perder el conocimiento. La estancia había empezado a girar y se notaba una opresión en el pecho, como si fuera a estallar.

—Me han llamado esta mañana. Insisto, no quería decírtelo por teléfono —repitió Neveah.

—¿Qué ha causado el aneurisma? —preguntó Roman.

—No lo sé. Puede que le dieran aspirina o algún otro medicamento que haya provocado una interacción con los anticoagulantes. Quién sabe —dijo Neveah.

Roman la miró a los ojos y su hermana le sostuvo la mirada. Un pensamiento cruzó su mente, pero lo rechazó con todas sus fuerzas. Era algo inconcebible y no podía dejarse llevar por esa clase de ideas. Ni ahora, ni nunca.

Todo daba vueltas a su alrededor. Dejó caer el torso sobre la mesa y apoyó la cabeza en la tersa superficie de madera mientras buscaba a tientas el brazo de su hermana, que le cogió la mano izquierda.

Entonces notó que ella depositaba algo en su otra mano. Levantó la cabeza y la acercó a la cara.

Era un amasijo de oro retorcido con un diamante en forma de corazón incrustado en un extremo, como la cabeza de un alfiler. Roman lo dejó caer como si fuera un hierro candente.

—¿De dónde lo has sacado? —preguntó.

Neveah cogió un vaso de papel que descansaba en la punta de la mesa. Se levantó y vertió las cenizas sobre el tablero de madera.

—Él la mató, Rome. ¡La mató y metió las cenizas y el anillo en un puto tarro de galletas! —estalló Neveah.

Roman se apartó de la mesa, se apartó de las cenizas, y también se levantó.

—¿Qué...? Él no la mató —dijo en un susurro. No podía apartar los ojos de la pila de cenizas que ocupaba el centro de la mesa.

—¡Roman, abre los ojos de una puta vez! Eso de ahí es su anillo. Y eso son sus cenizas. ¡Eso de ahí es nuestra madre! ¡Ese tarado la guardaba encima de la puñetera nevera! —gritó Neveah. Su rostro era una máscara feroz.

—Él no la mató —dijo Roman.

—¿Por qué no quieres aceptar la verdad? ¡Mírala! La tienes justo delante de los ojos, pero vas a seguir defendiéndolo. ¡Él mató a nuestra madre! —dijo Neveah, y se le quebró la voz.

Roman alzó la cabeza y se miraron a los ojos.

—Él no lo hizo, te lo estoy diciendo —insistió Roman—. Él no lo hizo.

Neveah retrocedió horrorizada hasta chocar con el fregadero. Dejó caer el cigarrillo al suelo y se tapó la boca con ambas manos.

Roman rodeó la mesa y tomó las manos de su hermana entre las suyas.

—Fue un accidente. Mamá se cayó, y papá... Ella lo estaba engañando, la policía lo habría detenido, o nos habrían detenido a nosotros. Fue un accidente. Estábamos discutiendo y se cayó. Fue un accidente. Él no la mató, Neveah. Él ni siquiera estaba presente. Dante la vio con Oscar y yo... Fue un accidente —dijo Roman revelando al fin el secreto que había mantenido oculto durante veinte años.

—Entonces no ha servido de nada —murmuró Neveah.

—¿El qué? ¿Qué has hecho? ¿De qué hablas?

—¡Suéltame! —gimió Neveah.

Apartó a Roman de un empujón y corrió escaleras arriba. Él se quedó plantado en medio de la cocina, abriendo y cerrando los puños mientras todo su cuerpo temblaba.

Al poco, Neveah volvió a bajar las escaleras cargando una bolsa de deporte y se precipitó hacia la puerta. Roman fue tras ella.

—Neveah, ¿adónde vas? ¡Por favor, dime adónde vas! ¡Neveah! Sólo nos tenemos el uno al otro. No nos queda nadie más. ¿Adónde vas? ¡Te lo ruego, sólo nos tenemos el uno al otro! —insistió Roman.

Neveah se detuvo. Se volvió para mirarlo.

—En ese caso, no tenemos nada. Yo no tengo nada. Nosotros no somos nada —sentenció.

Instantes después, Roman oyó su camioneta. Se había marchado.

26 de octubre

POR LA NOCHE

Roman ocupa el centro de la estancia. Lo rodean D-Train, Corey, Tank, los gemelos Bang Bang y el resto de los Black Baron Boys. Les está comentando que tiene intención de incorporar las ganancias de la banda a su empresa para blanquear el dinero. Les explica que volverá a Atlanta durante un tiempo, y que D-Train estará al mando durante su ausencia. Les dice que, cuando regrese, Khalil y él los ayudarán a reestructurar los Black Baron Boys. Ya no habrá tiroteos en las esquinas. Sus acciones serán precisas, eficientes. Aplicarán una mentalidad empresarial a los negocios de la calle. De ahora en adelante, las noches en Jefferson Run serán tranquilas. Mientras lo dice, piensa en la llamada que recibió la víspera de Khalil, para informarlo de que por fin había dado con el hombre que había estafado a Lil Glock y lo había convencido de que le devolviera el dinero con la ayuda de una navaja de afeitar y una botella de alcohol isopropílico.

Corey pregunta qué van a hacer con lo que queda de los Ghost Town Crew. Al parecer, se rumorea que tratan de reagruparse.

Roman va hacia una caja de incineración que descansa sobre el elevador hidráulico y la abre. Coge un guante de látex de la mesa de trabajo, se lo pone y mete la mano dentro de la caja.

Saca la cabeza de Ernesto Salaazar.

—Eso no me preocupa —dice antes de dejar caer la cabeza de nuevo en la caja. Luego la empuja hacia la boca del horno.

Vuelve al centro de la estancia y explica que va a contratar personal para el crematorio, puesto que su hermana ya no trabaja en Servicios Crematorios Carruthers. Los Black Baron Boys tratarán directamente con él, y con nadie más, cuando tengan «material del que haya que deshacerse».

—Todo arde —dice.

Según salen las palabras de su boca, piensa en su padre, en su hermano, en su madre. Ve florecer las llamas al otro lado del vidrio templado de la puerta del horno, como furibundas rosas rojas y cobrizas, mientras devoran a Salaazar tal como habían devorado a las tres personas a las que amaba más que a su propia vida.

Piensa en Neveah. En el amor calcinado, ennegrecido y convertido en cenizas.

Corey le plantea otra duda y Roman tarda unos instantes en contestar.

—Estás muy preguntón. No hace falta que hagas tantas preguntas. Os estoy explicando cómo van a ser las cosas, cómo nos haremos ricos. Si sigues haciendo preguntas, me pondrás nervioso. Y, si me pones nervioso, podrías acabar en una de éstas —dice Roman, y arroja una urna de plástico vacía a los pies de Corey.

Corey deja de hacer preguntas.

Cuando Roman se dispone a continuar, alguien llama al timbre.

Les dice a los hombres que no hablen y va a abrir la puerta del vestíbulo.

Es Jealousy.

Entra en el vestíbulo. Le pregunta si ha visto a sus hermanos. Roman se había ido a vivir con ella después del funeral de su hermano y su padre. Le ha dicho que tiene pensado vender la casa y ella apoya la decisión. Ahora comenta que no se había preocupado cuando sus hermanos llevaban un par de días desaparecidos, pero que han pasado dos semanas y sigue sin tener noticias suyas. Roman le ha asegurado que ya no trabaja para ellos, y sus acciones desde la mañana que acudió a ella así lo demuestran.

Se ha apoderado del reino de Torrent y Tranquil y lo ha hecho suyo. Jamás volverá a trabajar para otros.

Pero ella le dice que tiene miedo. Está asustada. Sabe a qué se dedican sus hermanos y teme que les haya pasado algo. No ha podido hablar con Roman en todo el día, de modo que se ha presentado allí para hablar con él, tal como él se presentó en su casa el día que Dante murió.

Roman la abraza y le dice que lo ha pillado en medio de una reunión con la gente que ha contratado para llevar el crematorio, ahora que Neveah se ha marchado de la ciudad. La mira a los ojos y le asegura que sus hermanos acabarán apareciendo tarde o temprano.

—Espérame aquí. En cuanto acabe nos iremos a cenar y mañana vamos a la policía a denunciar su desaparición, ¿vale? —le dice.

La besa, y ella le muerde el labio sin darse cuenta. En público son novios y tal vez no tarden en ser prometidos, pero en el dormitorio, a oscuras, ella es mamá y él es su chico travieso, y ama esas dos versiones de Roman como no ha amado a ningún otro hombre en su vida.

—Cinco minutos —promete él, y vuelve a la sala del horno.

Jealousy se queda allí mirando la puerta unos segundos y luego sale a la calle. Hay cuatro coches en el aparcamiento, y los reconoce todos. Uno de ellos, el Cadillac, pertenece a D-Train. Sabe que trabajaba para sus hermanos.

Rodea la esquina del edificio hasta la puerta enrollable por la que, según le ha dicho Roman, entran los cadáveres en el crematorio. Se acerca a las estrechas ventanitas rectangulares de la puerta de garaje y mira hacia dentro.

Ve al hombre al que ama hablando con otros hombres que están de espaldas a la puerta. Detrás de él, el horno ha cobrado vida con un rugido. Llamaradas de un naranja encendido alumbran la silueta de Roman desde atrás, recortándola a contraluz. Ya no alcanza a verle el rostro.

Las llamas centellean con furia al otro lado del vidrio templado de la portezuela metálica del horno. Enmarcado por el fuego, Roman le recuerda un cuadro que le gusta, titulado *La caída de los ángeles rebeldes*, de un pintor cuyo nombre no le viene a la memoria. Ilustra la derrota de Lucifer, que prefería reinar en el infierno a servir en el cielo.

Mientras lo mira, se acuerda de algo que su hermano Terrance solía decir a propósito de un hombre que ella había tomado por un amigo de la familia, pero, según le aclaró, era tan sólo un socio comercial: «El diablo no tiene amigos.»

Jealousy observa al hombre al que ama. Lo ve reinar entre esos hombres que se comportan como sus súbditos. Se acaricia el vientre y piensa que tal vez haya una vida germinando en su interior. Tiene un retraso de dos semanas, algo muy raro en ella.

Contempla a través de los ventanucos el fuego que arrecia a espaldas del hombre que podría ser el padre de su hijo.

Piensa en sus hermanos.

En la paz que se respira en Jefferson Run desde que no están.

En algo que Roman le ha dicho más de una vez.

Una lágrima rueda por su mejilla mientras murmura con un hilo de voz:
—Todo arde.

Agradecimientos

Como escritores, siempre aspiramos a superar la versión más reciente de nosotros mismos, tarea que resulta imposible sin el apoyo de un reparto extraordinario.

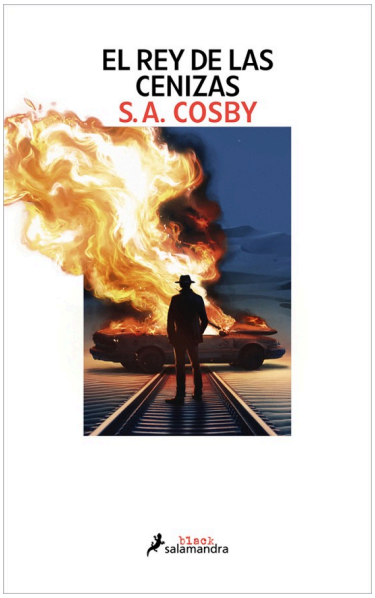
Gracias a Josh Getzler, el mejor agente del mundo.

Gracias a Christine Kopprasch, una editora sin parangón. ¡Mira adónde hemos llegado, amiga mía!

Gracias a la maravillosa comunidad de escritores que leyó *El rey de las cenizas* desde la idea nebulosa de la que partió hasta convertirse en una novela: Chad Williamson, Nick Kolakowski, Paul J. Garth, Rob D. Smith, Bobby Mathews, Holly West y, en especial, Jordan Harper. Tenías razón, Hoss.

Por último, este libro está dedicado a Kim. Ella sabe por qué.

Descubre al autor más potente y atrevido del thriller norteamericano que desata los elogios más encendidos.



Cuando Roman Carruthers, el hijo mayor de la familia y un genio de las finanzas, vuelve a casa tras el accidente de coche de su padre, se encuentra a su hermano pequeño, Dante, endeudado con criminales peligrosos, y a su hermana Neveah agotada de mantener unida a la familia y su negocio. Neveah, que dirige el Crematorio Carruthers en Jefferson Run, ve la muerte de cerca todos los días. Pero la mortalidad se acerca aún más a la familia cuando queda claro que el accidente que dejó a su padre en coma no fue tal, y que la imprudencia de Dante los ha puesto a todos en un verdadero peligro. Roman está dispuesto a cualquier cosa para ayudar a su hermano y a su familia a salir del apuro, y cuando sus monedas de

cambio se esfuman, sólo le queda una cosa que ofrecer para salvarlos: él mismo.

La crírica ha dicho:

«La novela negra estadounidense ha encontrado su futuro, y su nombre es S.A. Cosby.»
Dennis Lehane

«Una historia que rebosa velocidad envolvente y detalles sensoriales chispeantes. [...] Con Roman, Cosby ha esculpido un personaje de proporciones shakesperianas: majestuoso, devoto, astuto. Nos recuerda a Hamlet, un antihéroe atormentado que lucha por encontrar la mejor manera de vengarse sin perder su alma en una tierra depravada.»
New York Times Book Review

«No te pierdas la novela de la que todo el mundo hablará.»
The Atlantic

«Una mirada emocionante y estimulante sobre los privilegios y la lealtad. [...] Cruda, descarnada e innegablemente entretenida, El rey de las cenizas es una lectura veraniega apasionante que concluye con algunos giros inesperados.»
Atlanta Journal Constitution

«Cosby es uno de los nombres más importantes del mundo del crimen y el thriller en la actualidad. [ ] El rey de las cenizas se inspira en El padrino: un patriarca enfermo, una familia que se desmorona y un hijo que regresa a casa para mantenerla unida.»
NPR

«Un drama criminal sureño al estilo de *El padrino*.»
USA Today

«Apasionante, oscura e inquietante. [...] Un relato irresistible.»
Literary Review

S. A. Cosby, originario del sureste de Virginia, creció con su hermano en una caravana. Es autor de las novelas *Maldito asfalto*, galardonada con premios tan renombrados como el Los Angeles Times Book Prize, el Anthony, el Barry y el Macavity, y uno de los mejores libros del año según *The New York Times*; *Lágrimas como navajas*, ganadora también de los premios Anthony, Barry, Macavity y Dashiell Hammett, y cuyos derechos cinematográficos fueron adquiridos por la productora de Jerry Bruckheimer para Paramount; *All the Sinners Bleed*, que obtuvo el Anthony y el International Thriller Writers; y *El rey de las cenizas*, recibida con gran entusiasmo por la crítica y los lectores.



Título original: *King of Ashes*

Primera edición: enero de 2026

© 2025, S. A. Cosby
Publicado por acuerdo con Flatiron Books en asociación
con International Editors & Yáñez' Co. Barcelona.
All rights reserved
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2026, Rita da Costa, por la traducción

Ilustración de la cubierta: Vero Navarro

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-19851-95-6

Compuesto en: Comptex&Ass., S.L.

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: Salamandraed
X: @SalamandraEd
Instagram: @SalamandraEd
YouTube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

Emily Dickinson

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

El rey de las cenizas
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
6 de junio de 2003
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
6 de junio de 2004
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27

Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
6 de junio de 2004
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
26 de octubre
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre S.A. Cosby
Créditos